

LEOPLAN

M A G A Z I N E P O P U L A R A R G E N T I N O



1 AGOSTO 1943

30

CENTAVOS C/

1943 EL PAIS

EN ESTE NUMERO

EL CRIMEN DE SILVESTRE BONNARD, texto integro de la famosa novela de **ANATOLE FRANCE**

LA ZAMBA DE SANGRE, novela argentina de **HECTOR PEDRO BLONBERG**

y un episodio de **LA VIDA BOHEMIA**, la novela de **ENRIQUE MURGER**

NO IMPORTA SI UD. NOS EXIGE,



IMPORTE DE LOS CURSOS PAGADEROS EN PEQUEÑAS CUOTAS MENSUALES

Tenedor de Libros.....	\$ 40
Contador General.....	\$ 190
Contador Mercantil.....	\$ 130
Jefe Oficina.....	\$ 100
Empleado Bancario.....	\$ 105
Cajero.....	\$ 40
Emp. de Comercio.....	\$ 40
Corresponsal.....	\$ 40
Secretariado.....	\$ 95
Mecanografía.....	\$ 18
Tequigrafía.....	\$ 42
Téc. Arg. Cinem.....	\$ 175
Tequi-mecanógrafo.....	\$ 50
Caligrafía.....	\$ 30
Aritmético Comercial.....	\$ 28
Redac. y Ortografía.....	\$ 37
Matillero Público.....	\$ 54
Procuración.....	\$ 150
Prep. p/Id. Farmacia.....	\$ 130
Química Industrial.....	\$ 125
Técnico en	
Vinos y Licores.....	\$ 100
Jabones y Perfumes.....	\$ 100
Telegrafía (c. discos).....	\$ 110
Técnico en Pinturas,	
Barnices y Materias	
Colorantes.....	\$ 40
Aceites y Grasas.....	\$ 70
Dibujo Artístico.....	\$ 100
Dibujo Ind y Com.....	\$ 105
Adminis. de Hoteles.....	\$ 100
Radiotelefonía.....	\$ 170
Electrotécnico.....	\$ 100
Construcción.....	\$ 170
Arquitectura.....	\$ 185
Mecánico Automóvil.....	\$ 140
Mecánico Aviación.....	\$ 160
Motores a Explosión.....	\$ 140
Perito Agrónomo.....	\$ 195
Adm. de Estancias.....	\$ 100
Técnico Tambero.....	\$ 60
Mecánico Agrícola.....	\$ 65
Avicultura.....	\$ 45
Jard. y Arboricultura.....	\$ 78
Motores Diesel.....	\$ 160
Corte y Confección.....	\$ 39
Radiotelegrafía.....	\$ 165
Inglés (c. discos).....	\$ 150

"HORAS EXTRA!"

Para la dirección y el cuerpo docente de la **UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA**, el triunfo de cada uno de sus alumnos es una obligación sagrada!

No importa que a veces hay que repetir y aclarar algún detalle. Lo único que interesa es que, a través de nuestra enseñanza por correo, el alumno aprenda todo aquello que necesitará para poder destacarse en la carrera que ha elegido!

Esta dedicación especial, esta atención continua, no influye sobre el precio de nuestros cursos. Sus estudios pueden ser cortos o largos, Vd. puede tener más o menos dificultades, no por eso tendrá que abonar más! Nosotros lo atenderemos hasta 5 años después de haberse diplomado!

UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA

RIVADAVIA 2465 - Buenos Aires

REPRESENTANTE EN:

COLOMBIA
Alfonso Fernández Quintero
Edificio Olano, Medellín

CHILE
Italo Composto S.
Cencel 1529, Valparaíso

PARAGUAY
Ramón Ortiz Cabriza
Brasil 142, Asunción

Mandenos este cupon y recibiremos GRATIS y sin compromiso el importante libro "HACIA ADELANTE" que le enseñará a triunfar en la vida.

Sr. Ing. B. Margulán, Director de la "Universidad Popular Sudamericana"
RIVADAVIA 2465 - Buenos Aires.

NOMBRE
DIRECCION
LOCALIDAD

Sumario

	Págs.	Págs.	
EL CRIMEN DE SILVESTRE BONNARD, texto íntegro de la famosa obra de Anatole France.....	48	24	ALMAFUERTE, DIBUJANTE, en torno a un aspecto casi desconocido de la personalidad de Pedro B. Palacios, por Tibor Sekeli...
EL EXPERIMENTO DEL DOCTOR HEIDEGGER, cuento fantástico, por Nathaniel Hawthorne, 4		44	NUESTROS HUMORISTAS. - ADOLFO MAZZONE.....
CARLOS V EN EL REINO DEL OLIVIO, evocación histórica, por Carlos Daele.....	8	26	AQUEL DIA PERDIMOS EL PARAISO, recuerdos de Ginebra, por Clara Caspary...
KOSTIA, cuento humorístico, por Arcadio Averchenko.....	12	28	COMO FUE INSTITUIDO EL GENACULO DE LA BOHEMIA, un episodio de "Escenas de la vida bohemia", la popular obra de Enrique Murger.....
EL MALECON DE LA HABANA, de Cuba pintoresca, por Jacinto Ramon.....	14	30	PARA MATAR EL TIEMPO, palabras cruzadas, problemas, jeroglíficos, etc.....
LA ZAMBRA DE SANGRE, la célebre novela corta de Héctor Pedro Blomberg.....	16	32	AQUI LE CONTESTAMOS, correo de LEOPLAN.....
HISTORIA EN DOS FOTOGRAFIAS. - Elsa del Campillo y Sobina Olmos.....	20	34	Ilustraciones de: Valencia, Lisa, Rechain, Voldivio y Arteche. Historietas de: Cao, Tim, Barta, Toonder, González Fouast, etcétera.
EL CIELO DE LOS ELEFANTES, cuento poético, por César Fernández Moreno.....	22	40	Fotografías y chistes de diversos autores.
LOS PORTEROS DE TIME SQUARE, estampas del famoso barrio neoyorquino, por Alfredo de los Ríos.....			
LAS VOCACIONES TARDIAS EN LA LITERATURA, una colaboración exclusiva de Manuel Gálvez.....			
UNA ESCUELA DE DEMOCRACIA, de cómo un pueblo de los Estados Unidos se gobierna a sí mismo, por Valentín de Pedro			
ACTUALIDADES GRAFICAS.....			
EL REGRESO, cuento de guerra, por F. García y Guzmán.....			
CORDOBA RELIGIOSA, crónica de divulgación argentina, por Juan J. Ortiz Banili			
SIN COMPAS NI RITMO, sección recreativa.			
EL SALVAMENTO, cuento dramático, por Emilio Pérez Fernández.....			

En el próximo número DOS OBRAS FAMOSAS COMPLETAS:

UN INVIERNO DE MI VIDA, por MAXIMO GORKI EL COMENDADOR, por CAMILO CASTELLO-BRANCO

Y trabajos de: ENRIQUE MURGER ♦ PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN ♦ EDUARDO MALLEA ♦ NICETO ALCALA ZAMORA ♦ GIOVANNI VERGA ♦ MARK TWAIN, etc.

"LEOPLAN" APARECE EL 18 DE AGOSTO - 30 CENTAVOS EN TODO EL PAIS



EN LA CHACRA
Fotografía artística de Angel Castellano.

EXPERIMENTO DEL

El anciano doctor Héidegger, hombre muy original, invitó una vez a cuatro amigos suyos para que se reunieran en su estudio. Eran tres caballeros de barba blanca: el señor Médbourne, el coronel Killigrew y el señor Gascoigne, y una ajada señora, la viuda Wycherly. Todos ellos eran viejos y melancólicos personajes, que habían sufrido infortunios durante su vida, y cuya mayor desgracia consistía en que no gozaban tiempo ha del reposo de la tumba. El señor Médbourne había sido en el vigor de su edad un próspero comerciante; mas perdió toda su fortuna en especulaciones arriesgadas y era por entonces poco menos que un mendigo. El coronel Killigrew había malgastado sus mejores años, su salud y su energía en pecaminosos placeres que le produjeron multitud de incomodidades, como la gota y otros varios tormentos de cuerpo y alma. El señor Gascoigne era un político arruinado, hombre de mala fama, que le había perseguido hasta que el tiempo le borró de la memoria de la presente generación, haciéndole obituario en vez de infame. En cuanto a la viuda Wycherly, contaba la tradición que fue una belleza en sus días; mas había vivido largo tiempo en profundo aislamiento a causa de ciertas historias escandalosas que levantaron contra ella la opinión de la sociedad. Es digno de mencionarse la circunstancia de que los tres viejos caballeros, el señor Médbourne, el coronel Killigrew y el señor Gascoigne, habían sido en otro tiempo pretendientes de la viuda Wycherly, y estuvieron una vez a punto de cortarse el cuello por gozar del privilegio de su amor. Y antes de proseguir, quiero también dejar apuntado que se susurra que tanto el doctor Héidegger como sus cuatro invitados se encontraban a veces algo fuera de sus cabales; cosa no del todo sorprendente tratándose de personas ancianas atormentadas por actuales sufrimientos o por angustiosas reminiscencias.

Mis antiguos y queridos amigos —dijo el doctor Héidegger, haciéndoles tomar asiento—, desco que me ayudéis en uno de los pequeños experimentos con que acostumbro divertirme a solas en mi estudio.

Si hemos de dar fe a la historia, el estudio del doctor Héidegger era un sitio de los más curiosos: una oscura cámara, aneja a la antigua, fesonada de telarañas y cubierta de polvo desde tiempo inmemorial. Apoyados contra el muro veíanse varios estantes de roble, cuyos anaqueles inferiores estaban llenos de infolios gigantescos y libros góticos; en cuartos superiores la parte superior guardaba los pequeños libros en duodécimo con cubierta de pergamino. Sobre el estante central había un busto de Hipócrates con el cual, según fuentes autorizadas, acostumbraba sostener consultas el doctor Héidegger en todos los casos difíciles de su profesión. En el rincón más oscuro del aposento, había un armario de roble, alto y estrecho, a través de cuyo entreabierta puerta se divisaba confusamente un esqueleto. En el espacio comprendido entre dos estantes pendía un espejo mostrando su alta y empolvada superficie dentro de un delustrado marco dorado. Entre muchas otras historias maravillosas que se relataban acerca de este espejo, decíase que las almas de todos los pacientes difuntos del doctor habitaban dentro de su vera, y se encerraban con él siempre que miraba en

aquella dirección. El lado opuesto de la cámara estaba decorado con el retrato de cuerpo entero de una joven dama, vestida de raso, seda y brocado en descolorida magnificencia, y con semblante tan pálido como su atavío. Hacía medio siglo que el doctor Héidegger estuvo a punto de casarse con la joven señora; mas sucedió que, afectado de ligero malestar, tomó una de las recetas de su prometida y murió en la mañana de las bodas. Queda aún por mencionar la principal curiosidad del estudio: un enorme infolio, encuadernado en cuero negro y cerrado con pesados broches de plata. No llevaba letras en el lomo y nadie podía decir el título de la obra. Pero sabía perfectamente que era un libro de magia, y una vez que lo agarró una camarera, simplemente con la idea de quitarle el polvo, el esqueleto se removió en su armario, el retrato de la dama colocó un pie sobre el pavimento y varios rostros de fantasmas asomaron en el espejo; en tanto que la bronceada cabeza de Hipócrates fruncía el ceño y decía: "¡Detente!"

Tan pronto el estudio del doctor Héidegger. En la tarde de estío a que se refiere nuestra historia, había una pequeña mesa redonda, negra como el ébano, en el centro de la habitación, sosteniendo un ánfora de cristal cortado, de bella forma y delicado trabajo. Los rayos del sol penetraban a través de la ventana, entre los pesados festones de dos cortinas de damasco descolorido, y caían discretamente sobre el ánfora; de manera que un suave resplandor se reflejaba en los cenicientos rostros de los cinco viejos reunidos en torno. También había cuatro copas de champagne sobre la mesa.

—Mis antiguos y queridos amigos —repitió el doctor Héidegger—, ¿puedo confiar en vuestra cooperación para realizar un experimento extremadamente singular?

Hay que advertir que el doctor Héidegger era un viejo caballero muy original, cuyas excentricidades habían llegado a ser la base de mil fantásticas historias. Es posible que algunas de estas invenciones, dicho sea para vergüenza mía, puedan remontarse hasta mi propia y verídica persona; de modo que, si algunos pasajes de este cuento chocan con la credulidad del lector, soportaré gustosamente el estigma de novelero.

Cuando los cuatro visitantes oyeron hablar al doctor de su famoso experimento, no imaginaron maravilla mayor que la muerte de un ratón por medio de alguna bomba neumática, el examen de cualquier basura en el microscopio, o alguna otra tontería por el estilo, con las que tenía el hábito de importunar a sus amigos. Mas, sin aguardar respuesta, el doctor Héidegger atravesó renqueando la habitación y volvió con aquel enorme infolio encuadernado en cuero negro, que la opinión general declaraba ser un libro de magia. Desabrochando las plateadas cerraduras, abrió el volumen y sacó de entre sus góticas páginas una rosa o lo que fue alguna vez una rosa, pues que entonces las verdes hojas y pétalos de púrpura habían adquirido un tinte pardusco, y la flor entera parecía a punto de convertirse en polvo entre las manos del doctor.

—Esta rosa —explicó suspirando el doctor Héidegger—, esta misma rosa que veis aquí marchita y casi deshecha, floreció hace cincuenta y cinco años. Me la dió Sylvia Ward,

cuyo retrato pende allí; y yo pensaba llevarla sobre el pecho el día de nuestras bodas. Cincuenta y cinco años la he conservado como un tesoro entre las páginas de este viejo libro. Ahora bien; ¿creerías posible que esta rosa de medio siglo pueda revivir alguna vez?

—¿Qué ocurriría! —exclamó la viuda Wycherly con un impertinente movimiento de cabeza—. ¿Podrías preguntar igualmente si un rostro arrugado de vieja puede rejuvenecerse alguna vez?

—¡Mirad! —respondió el doctor Héidegger.

Descubrió el ánfora y echó la rosa seca en el agua que allí había. Al principio se mantuvo la flor en la superficie, sin absorber nada de humedad, al parecer. Pronto, sin embargo, pudo notarse un cambio singular. Los arrugados y secos pétalos se agitaron, adquiriendo un tinte carmesí más vivo, como si la flor despertara de algún sueño mortal; el estemal bello y las ramitas de follaje tornaron tonos verdes; y por último la rosa de medio siglo atrás apareció tan lozana y fresca como cuando Silvia Ward la obsequió a su prometido. Apenas si lucía completamente abierta, pues algunas de sus delicadas hojas encarnadas aparecían todavía modestamente sobre su húmedo seno, donde brillaban dos o tres gotas de rocío.

—Es ciertamente una linda ilusión óptica —dijeron desconfiadamente los amigos del doctor, pues habían presenciado mayores milagros en espectáculos de prestidigitación; haced el favor de mostrarnos de qué manera se realiza.

—¿Habéis oído hablar alguna vez de la Fuente de la Juventud? —preguntó el doctor Héidegger—, aquella que fué a buscar Ponce de León, el aventurero español, hará dos o tres centurias?

—Pero ¿la encontró al fin Ponce de León? —preguntó la viuda Wycherly.

—No —respondió el doctor Héidegger—, porque nunca la buscó en su verdadero sitio. La Fuente de la Juventud, si estoy bien informado, se encuentra situada en la parte meridional de la península de la Florida, no lejos del lago Macaco. Su manantial está sombreado por varias magnolias gigantescas, que aun cuando cuentan innumerables siglos se conservan tan frescas como violetas, por la virtud de esta agua maravillosa. Un amigo mío, conociendo mi afición a esta clase de estudios, me ha enviado la que veis en aquel vaso.

—¡Ejé! —murmuró el coronel Killigrew, que no creía una palabra de la historia del doctor—, y ¿cuál sería el efecto de este líquido en la naturaleza humana?

—Podéis juzgarlo por vos mismo, mi querido coronel —replicó el doctor Héidegger—, y vosotros todos, mis respetados amigos, sois los bienvenidos para beber de este líquido maravilloso la cantidad necesaria para devolveros el brillo de la juventud. Por mi parte, he tenido tantos disgustos antes de hoy, vejez, que no tengo prisa de volverme joven otra vez. Con vuestro permiso, observaré solamente los progresos del experimento.

Mientras hablaba, llenaba el doctor Héidegger los cuatro copas de champán con el agua de la fuente de la juventud. Parecía impregnada de algún gas efervescente, porque continuamente ascendían pequeñas burbujas desde el fondo de los vasos y estallaban en

DOCTOR HEIDECCKER

Por **NATHANIEL HAWTHORNE**

ILUSTRACIONES DE LISA



plateado roció en la superficie. Como el líquido difundía agradable perfume, los viejos personajes no vacilaron en creer que poseyera propiedades cordiales y reconfortantes y, aun cuando escépticos con respecto a su poder rejuvenecedor, sentábase inclinados a beberlo inmediatamente. Pero el doctor Héidegger les detuvo por un momento.

—Antes de que bebáis, mis respetables y antiguos amigos —dijo—, sería conveniente que, con la experiencia que habéis adquirido durante vuestra vida, adotarais algunas reglas generales de conducta al afrontar por segunda vez los peligros de la juventud. Pensad que sería un crimen y una vergüenza si, con las ventajas especiales de que vais a disfrutar, no fuerais modelo de virtud y de sabiduría para todos los jóvenes de vuestra edad!

Los cuatro venerables amigos del doctor, sólo respondieron con una débil y trémula carcajada; tan ridicula les pareció la idea de que, conociendo cuán próximo llega el atreptamiento de las huellas del error, hubieran de extraviarse nuevamente.

—Bebed entonces —dijo el doctor inclinándose—. Me regocijo de haber elegido con tanta discreción los sujetos para mi experimento.

Con temblorosas manos levantaron las copas hasta sus labios. Si el licor poseía en realidad las virtudes que le atribuía el doctor Héidegger, no podía emplearse en cuatro seres humanos que lo necesitarán más lastimosamente.

Parecía que nunca hubieran tenido juventud ni placeres, que hubieran sido un producto anormal de la naturaleza, siempre las mismas criaturas grises, decrepitas y sin avia, que se encontraban en derredor de la mesa del doctor, tan yertas de cuerpo y alma que ni siquiera sentían entusiasmo ante la idea de rejuvenecer. Bebieron el agua y colocaron de nuevo los vasos sobre la mesa.

Indudablemente pudo notarse al punto cierta ansiedad en el aspecto de los invitados; algo así como el efecto producido por un vaso de vino generoso, con un resplandor de claridad repentina que irradiaba en los cuatro rostros a la par. Apareció un sonrosado de salud en sus mejillas, reemplazando la palidez terrosa que les había asemejado a un cadáver. Miráronse unos a otros, imaginando que algún mágico poder principiaba a borrar la realidad la honda y triste huella que el Tiempo había grabado en sus frentes, y así en su entreciejo. La viuda Wycherly arregló su capota, casi sintiéndose mujer de nuevo.

—¡Dadnos un poco más de esta agua maravillosa! —exclamaron ansiosamente—. Hemos comenzado a rejuvenecer, pero estamos todavía demasiado viejos. ¡Pronto, dadnos un poco más!

—Paciencia, paciencia! —dijo el doctor Héidegger que, sentada, observaba los efectos del experimento con filosófica frialdad—. Habéis puesto largo tiempo para haceros viejos. No dudo que os contentaréis con rejuvenecer en una hora. ¡Sin embargo, el agua está a vuestra disposición!

Llenó las copas nuevamente con el licor de la juventud, el cual quedaba lo bastante en el recipiente para volver tan jóvenes como sus nietos a la mirada de los viejos y a la ciudad. Mientras estrallaban aún las burbujas en el borde, los cuatro invitados del doctor se apoderaron de los vasos y bebieron el contenido de un solo sorbo. ¿Era ilusión, acaso? No bien acababa de pasar el líquido por su garganta cuando pareciera presentarse un cambio en toda su naturaleza. Tornáronse sus ojos claros y brillantes; una sombra oscura se extendió sobre sus plateados rizos; y se en-



contraron reunidos en torno de la mesa del doctor Héidegger tres caballeros de mediana edad y una dama salida apenas de la primera juventud.

—¡Mi querida viuda, estáis encantadora! —exclamó el coronel Killigrew, que había conservado la mirada fija sobre el rostro de la señora, mientras las sombras de la edad se desvanecían como la obscuridad ante la aurora de un nuevo día.

La hermosa viuda sabía desde largo tiempo, tras que los elogios del coronel Killigrew no siempre se basaban en la estricta verdad; así, saltando de su asiento se abalanzó al espejo, temiendo aún que sus miradas tropezaran con el feo rostro de una mujer de edad. Entretanto los tres caballeros se comportaban de manera tal que daba lugar a creer que el agua de la fuente de la juventud poseía ciertas cualidades espirituosas; a menos que la evaluación de sus ideas fuera simplemente el alegre desvanecimiento producido por la súbita desaparición del peso de los años. La imaginación del señor Gascoigne parecía encaminarse a temas políticos; mas no era fácil determinar si sus elucubraciones se referían al pasado, al presente o al futuro, pues que las mismas ideas e idénticas frases habían estado en boga durante los últimos cincuenta años. Ya enunció a plena voz proposiciones sobre el patriotismo, la gloria nacional y los derechos del pueblo; ya mustaba algunos planes atrevidos en receloso y tímido murmullo, tan cautelosamente que ni siquiera su propia conciencia llegara a apoderarse del secreto; o expresábase de nuevo con acento mesurado y docta entonación de orador, como si todos reales escucharan los bien redondeados períodos de su arenga. El coronel Killigrew entonaba al mismo tiempo una alegre canción báquica, tamborileando en su vaso el compás del coro, mientras sus ojos vagaban sobre el risueño semblante de la viuda Wycherly. Al otro lado de la mesa el señor Médbourne sumiase en profundos cálculos de dólares y centavos, que tenían que ver particularmente con un proyecto para proveer de hielo a las Indias Orientales o equipar un tiro de ballenas para los témpanos polares.

En cuanto a la viuda Wycherly, permanecía frente al espejo haciendo monadas y coqueas a su propia imagen y saludándola como al amigo más amado que existía en el mundo para ella. Acercó su rostro muy junto al es-

pejo para observar si la pata de pollo y las importunas arrugas marcadas largo tiempo atrás habían desaparecido verdaderamente. Examinó si la nieve de sus cabellos habíase fundido por completo y si podría echar atrás su capota con entera seguridad. Al fin, volviéndose alegremente, avanzó hacia la mesa en una especie de paso de baile.

—¡Mi viejo y querido doctor! —exclamó—, ¡por favor, brindadme otro vaso!

—¡Ciertamente, mi querida señora, ciertamente! —replicó el complaciente doctor—. ¡Mirad! Ya tenía los vasos llenos.

En efecto, los cuatro vasos aparecían llenos hasta el borde de aquella agua maravillosa, cuyo delicado rocío, efervescente en la superficie, semejaba el trémulo chispear de diamantes. Estaba ya tan próximo el ocase que la habitación se hallaba más sombría que nunca; pero un resplandor suave, análogo al de la luna, emanaba de la ánfora, reposándose por igual sobre los cuatro invitados y sobre la figura venerable del médico. Sentóse éste en un sillón de roble, de alto respaldo y primorosamente tallado, con tal aire de antigua majestad que habría podido caracterizar al Tíenpo, cuyo poder jamás había sido discurrido, salvo por esta afortunada tertulia. A pesar de que bebían ansiosamente en aquel momento la tercera copa del licor de la fuente de la juventud, sintiéndose, casi atemorizados por la misteriosa expresión de la fisonomía del doctor Héidegger.

Pero pronto la alegre efusión de la juventud cundió por sus venas. Hallábase ahora en la dichosa adolescencia. Recordaban la vejez, con su séquito miserable de preocupaciones, sufrimientos y enfermedades, tan sólo como un sueño desagradable del cual acababan de despertar alegremente. La farsa de alma, perdida tan temprano, y sin la cual las escenas sucesivas de la vida eran únicamente una colección de cuadros descoloridos, prestaba otra vez su encanto al porvenir. Sintieron como seres nuevos creados en un universo nuevo.

—¡Somos jóvenes! ¡Somos jóvenes! —exclamaban en su éxtasis.

La juventud, al igual que la vejez, borraba los caracteres fuertemente ligados de la edad mediana y asimilaba murmurando a todos aquellos personajes. Era un grupo de muchachos alegres, casi enloquecidos con el regocijo exuberante de sus pocos años. El efecto más singular de su alegría era el impulso de mofarse de las enfermedades y la decrepitud de que habían sido víctimas hasta hacía pocos instantes. Relán locamente de su extravagante estirio de las chaquetas de ampocor y los chalecos florantes de los jóvenes, y de la antigua capota y vestimenta exóticas de la deslustrada señora. Uno de ellos púsose a cojejar alrededor del cuarto como un abuelo gótico; otro colocó en su nariz un par de gafas, pretendiendo descifrar las góticas páginas del libro de magia; el tercero tomó asiento en una gran silla de brazos y procuraba imitar la venerable dignidad del doctor Héidegger. Todos alborotaban regocijadamente, saltando en torno de la habitación. La viuda Wycherly (si una damisela tan fresca podía llamarse viuda) se acercó bailando ágilmente hasta la silla del doctor, con el sonrosado rostro brillando de malicioso alegría.

—¡Doctor, viejo y querido corazón mío, levántate y danzad conmigo! —exclamó. Y entonces los cuatro jóvenes hicieron más estrépito que nunca al pensar en el extravagante figura que haría el pobre viejo doctor.

—Os ruego dispensarme — respondió el doctor tranquilamente —. Estoy viejo y reumático y mi tiempo de bailar concluyó muchos años há. Pero cualquiera de estos jóvenes sera muy feliz de tener tan linda pareja.

—¡Bailad conmigo, Clara! — gritó el coroneel Killigrew.

—¡No, no; yo seré su compañera! — profirió el señor Gascoigne.

—¡Fuí su prometido hace cincuenta años! — exclamó el señor Médbourne.

Todos se agruparon en torno de ella. Uno asió sus dos manos con impulso apasionado; otro, pasó el brazo en derredor de su tallo; el tercero hundió la mano entre los sedosos rizos que asomaban debajo de la capota de la dama. Sonrosada, palpitante, luchando, riñendo, riendo y lanzando por turno su aliento ardoroso a la faz de cada uno de los pretendientes, hacía ella además de desprenderse, mas sin llegar a librarse del triple abrazo. Nunca se había presenciado cuadro más vivo de rivalidad juvenil con hermosura tan hechicera como galardón. Sin embargo, por extraña ilusión, debida a la oscuridad de la cámara y a los antiguos vestidos que aun llevaban los invitados, se dice que el gran espejo reflejaba la figura de los tres ancianos, canosos y ajados abuelos, contendiendo por la fealdad angulosa de una vieja encogida y arrugada.

Pero eran jóvenes; por lo menos sus pasiones lo demostraban. Inflamados hasta la locura por la coquetería de la damisela viuda que no otorgaba ni rehusaba por completo sus favores, los tres rivales comenzaron a cruzar amenazadoras miradas. Sujetando con una mano el ahelado galardón, echaron la otra mutuamente a sus gargantas, llenos de rencor. Mientras luchaban aquí y allá, cayó la mesa, destrozándose el vaso en mil fragmentos. La preciosa agua de la juventud corrió en brillante arroyo sobre el pavimento, humedeciendo las alas de una mariposa, envejecida al declinar del verano y que había venido a morir allí. El insecto voló ligeramente a través de la habitación y fué a colocarse en la nevada cabeza del doctor Héidegger.

—¡Venid, venid, caballeros! ¡Venid madame Wycherly! — exclamó el doctor — Tengo que protestar seriamente de este tumulto.

Aquietáronse y se estremecieron; porque parecía que el Tiempo gris les llamara haciéndoles retroceder de su luminosa juventud, muy lejos, hasta el helado y obscuro valle de los años. Miraron al doctor Héidegger, quien tomó asiento en su tallado sillón, sosteniendo la rosa de medio siglo que había recogido entre los fragmentos del estrellado vaso. A un movimiento de su mano, los cuatro revoltosos asumieron sus asientos a la mayor brevedad, pues su violento ejercicio habíalos fatigado en extremo, a pesar de la juventud de que creían disfrutar.

—¡Mi pobre rosa de Silvia! — exclamó el doctor Héidegger, exponiéndola a la luz de las nubes del poniente —; parece que se marchita otra vez.

Y así era en verdad. Bajo las miradas de la reunión continuó ajándose la flor hasta que apareció tan seca y frágil como cuando el doctor la había arrojado en el vaso. Sacudió el anciano las pocas gotas de rocío que aun pendían de sus pétalos.

—La amo tanto ahora como en su húmeda frescura — observó el doctor, oprimiendo la marchita rosa contra sus labios ajados. Mientras hablaba, la mariposa voló otra vez de su nevada cabeza y cayó sobre el pavimento. Los invitados se estremecieron de nuevo.

Una frialdad extraña, que no sabían si atribuir al cuerpo o al espíritu, apoderábase de ellos gradualmente. Se miraron unos a otros e imaginaron que cada minuto que se escapaba arrebatabales un encanto, y dejaba en su semblante surcos más profundos donde nada se notaba en el momento precedente. ¿Era acaso una ilusión? ¿El cambio de una vida entera limitábase a tan breve espacio, y eran ya sólo cuatro ancianos sentados con su viejo amigo, el doctor Héidegger?

—¡Nos volvemos viejos tan pronto, otra vez? — exclamaron dolorosamente.

Así era en realidad. El agua de la juventud poseía solamente virtudes más pasajeras que las del vino. El delirio que creaba habla desaparecido. ¡Sí! Eran viejos otra vez. Con impulso repentino, que demostraba que era aún

mujer, la viuda oprimió sus flacas manos contra su semblante, deseando que la tapa del ataúd cayera sobre ella, ya que no podía volver a ser hermosa.

—¡Sí, amigos míos; sois viejos otra vez — dijo el doctor Héidegger — y, ¡ay!, el agua de la juventud se ha derramado toda por el suelo. Bien; no lo lamentaré; pues aun cuando la fuente brotara en los mismos umbrales de mi puerta, mis labios no la habrían de tocar, no, aunque el delirio que produjera durase años en vez de algunos instantes; ¡Esa es la lección que me habéis enseñado!

Pero los cuatro amigos del doctor no aprovecharon para sí la lección. Resolvieron organizar una peregrinación a la Florida y beber mañana, tarde y noche de la Fuente de la Juventud. ☼

VIVA MEJOR TOME GENIOL



CONTRA EL RESFRIO

Es tan fácil "pescar" un resfrió y tan poca la importancia que se le dá! Sin embargo, lo tiene y mucha, pues un simple resfrió puede ser causa de muchos males. Por eso, contra el resfrió tome GENIOL.

La triple fórmula de GENIOL ayuda eficazmente a descongestionar las vías respiratorias y, en consecuencia, a eliminar más rápidamente el resfrió.

GENIOL

CALMA, ENTONA Y DESCONGESTIONA

CARLOS V EN EL REINO

LUTERO FRENTE AL EMPERADOR - FRANCISCO I O "TODO SE HA PERDIDO..." - UN MONASTERIO EN LA VERA DE

¿Dónde podrá huir, que suadida
un rato me de mi la grave carga
que oprime mi cerviz enflaquecida?

(GARCILABO DE LA VEGA).

UNA de las facetas más interesantes de la intensa vida del que fué poderoso señor Carlos I de España y V de Alemania, la constituye, sin duda alguna, su voluntario retiro al Monasterio de Yuste. ¿Cuáles fueron las causas que llevaron al emperador a abandonar todas las riquezas y pompas de aquel maravilloso imperio? Este monarca, que a la temprana edad de dieciséis años cedió la corona de España y a los diecinueve se vió dueño del imperio "en donde jamás se ponía el sol", no encontró la felicidad hasta que renunció, una tras otra, a todas las coronas, para esconderse en melancolía en la soledad de un monasterio en la Vera de Plasencia.

Naturalmente, resultó agobiado al emperador la carga de un imperio que abarcaba España, Portugal, Bélgica, el Sur de Italia, partes extensas de Francia, toda la América Central y Meridional, grandes posesiones en el Sur y Oeste de los Estados Unidos, las Islas Filipinas, Madera, Azores,



Rodeado de sus relojes, "Carlos Quinto, el esforzado" — como dijo Campesino —, descansó en el monasterio de Yuste.

En este fíretro de madera de costaño estuvo depositada el cuerpo del monarca durante cuatro años, antes de ser trasladada a El Escorial.

Cabo Verde, Guinea, Angola y las Molucas, además de considerables islas y territorios en el continente asiático. Pero la causa de sus sinsabores, de su prematura vejez, fueron otras. Más desazonaron al emperador las pretensiones de aquel "frailuco" astuto que se llamó Lutero.

Como paladín del cristianismo que era, Carlos dedicó todo su poder y toda su energía a combatir sus intentos de mellar la unidad de la Iglesia. Se mantuvo firme en sus convicciones hasta que, viendo que los odios amenazaban seriamente a Europa, dió una tregua a Lutero concediéndole la audiencia. Por primera vez se encontraron así, frente a frente, los dos adversarios.

En esta ocasión, puso Carlos de relieve sus dotes de gobernante. Pocas y concisas fueron las palabras que mediaron entre ambos.

—¿Estima — preguntó el emperador — que los Concilios Generales de la Iglesia pueden engañarse?

Lutero, pálido y nervioso, respondió con frases mal hilvanadas, pidiendo que se le diera tiempo para reflexionar.

Al día siguiente celebró una

Los aposentos de San Jerónimo de Yuste, en los cuales Carlos V fué "a acabar la vida". "Grande celda para un fraile, corto albergue para un César" — expresó Azedo de la Bermeja.



DEL OLVIDO

PLASENCIA - FUNERALES EN VIDA

Por
Carlos Dueno
ESPECIAL PARA "LEOPLAN"



El tiempo ha cumplido su obra y hoy sólo quedan las ruinas del claustro, invadidas por las plantas silvestres.



Restos de uno de los puertos de la austera vivienda donde el vencedor de Francisco I fue a buscar la soledad. Comunicaba con el jardín del convento.

El ansiado retiro, al cual llegó el emperador un día desahogado de 1557, sufrió mucho durante la guerra de la Independencia. Este es su estado en la actualidad. ➤



nueva entrevista en la que declaró resueltamente que no estaba de acuerdo con los Concilios de la Iglesia.

En vista de ello, Carlos I reunió la dieta, manifestando, iracundo, que no toleraría la propagación de las doctrinas luteranas en sus dominios. "Estoy resuelto — afirmó — a defender esta causa sagrada (la religión católica) con mis dominios, mis amigos, mi cuerpo, mi sangre, mi vida y mi alma".

El emperador no tuvo un remanso en su vida. Cuando no era Lutero, era Francisco I, y cuando no éstos, los turcos y moriscos. Fácil es, pues, comprender la razón de su carácter taciturno. Amaba la paz, y sin embargo no pudo gozar de ella hasta que, agotado y enfermo, se retiró a Yuste.

Estando en Granada pasando su luna de miel con Isabel de Portugal, debió abandonar la bella ciudad de la Alhambra, por la que sentía especial estima, dejando a su esposa, a quien, como es sabido, quería entrañablemente. ¿De nuevo la guerra iba a enturbiar sus pocos momentos felices!

De las innumerables batallas que sostuvo España contra Francia, ninguna tan crucial y decisiva como la de Pavia.

El 7 de agosto de 1524, las fuerzas imperiales al mando del príncipe Borbón, ponen sitio a Marsella. Francisco I, con su impulsivo carácter, ordena la destrucción de todos los pueblos vecinos y exige la defensa de la plaza, a cuyo efecto había enviado de antemano una guarnición considerable.

Las tropas imperiales, exhaustas y sin víveres, no tienen otro remedio que levantar el sitio, refugiándose en Italia.

Creyó el emperador que esta victoria dejaría satisfecho a su rival. Mas no fue así. Por el contrario, alucinado por este éxito militar, Francisco I organizó sus ejércitos y atacó a Milán, la codiciada ciudad, de la que se había apoderado una terrible epidemia. Esta y la reciente derrota sufrida en Provenza contribuyeron grandemente a que las tropas españolas abandonaran la ciudad, amparándose en Lodi. El bizarro oficial español Antonio de Leiva, con seis mil hombres, se refugió en Pavia. Así quedó copado el ejército imperial, con la amenaza de perecer por falta de víveres. Confiaba el monarca francés que los cercados acabarían por rendirse. Esta confianza excesiva le costó muy cara.

El jefe de los españoles, Marqués de Pescara, con su genio estratégico decidió dar un golpe de sorpresa e ir a tiempo en socorro de los sitiados en Pavia. Hizo poner sobre los uniformes de sus soldados amplias camisas blancas, con el fin de hacerlos menos visibles, ya que el país estaba cubierto de nieve. Al grito de "¡Santiago y España!" atacaron los "encamisados" con un empuje tan arrollador que pronto los franceses fueron dominados.

Pereció en esta sangrienta batalla la flor y nata de los hidalgos franceses, que demostraron un heroísmo digno de Bayardo, "el caballero en tacha y sin miedo".

Francisco I fue hecho prisionero. Condujérase a un castillo de Lombardía, recibiendo todos los honores que su real persona merecía. Es desde allí desde donde, dolorido por la derrota, escribe a su madre aquella famosa carta en la cual dice: "todo se ha perdido menos el honor".

seguido dice: "y la vida que se ha salvado", que cambia totalmente el sentido de la tan mentada frase histórica.

Llevado a Madrid ante Carlos V, éste hizo gala de su nobleza esmerándose en atender debidamente al prisionero. Al cabo de un año concluyóse un tratado entre ambos monarcas, por el cual Francisco I renunciaba a todas sus pretensiones en los Estados de Milán, Génova, Artois y Hainaut, además de otras condiciones. Una vez libre el soberano francés, hizo caso omiso del tratado, recrudeciéndose las hostilidades.

Viene después aquel ruidoso desafío que Carlos dirigió al soberano francés, en el que le llamaba *lache* et *mechant* (bellaco y vil), por no haber cumplido el tratado firmado en Madrid, proponiéndole zanjarse sus antagonismos en un duelo "para bien de la paz del mundo". Francisco no se dio por enterado de este reto.

La vida del emperador no está colmada de aventuras románticas como la de otros monarcas, contrastando con la de Enrique VIII, que escandalizaba al mundo en aquella época. Quieren algunos ver en Catalina de Blomberg su gran pasión; mas en realidad éste sólo fue un romance pasajero, gracias al cual España se vio avallorada con el genio militar de don Juan de Austria, el vencedor de Lepanto, esta batalla que tantos poetas han narrado en floridos versos. Su matrimonio con Isabel de Portugal le dio tres hijos, María, Juana y Felipe. Tuvo, además, antes de casarse, dos hijos bastardos, Margarita y el célebre don Juan de Austria.

El emperador amó mucho a España. Su carácter llano y cordial lo hacía accesible al pueblo. Numerosas son las anécdotas que han quedado en la Historia. Así cuéntase que en cierta ocasión, pasando por una carretera, entabló conversación con un aldeano. Como el pobre labriego no sabía con quién estaba hablando, se puso a lanzar terribles improperios contra los impuestos que el pueblo sufría. Cuando, al fin, Carlos se dio a conocer, el buen hombre, en lugar de azararse, exclamó: "¡Si lo sé antes, mucho más le digo!"

El 13 de febrero de 1557, el sueño dorado del emperador se plasma en realidad. El ansiado retiro, lejos de la fastuosidad de la corte y del ruido de las batallas, se alza en lo más recóndito de la Vera de Plazencia, medio envuelto por la bruma. Es el monasterio de San Jerónimo de Yuste, lugar elegido por Carlos V, quien había ya dispuesto la construcción de una casa pegada al convento. A tal efecto, escribió una carta al prior de los jerónimos, en los siguientes términos:

"Deseo retirarme entre vosotros a acabar la vida y por eso quería que me labracéis unos aposentos en San Jerónimo de Yuste y por lo que fuera menester acudiréis al secretario Juan Vazquez de Molina que él procurará dimitir por lo cual os envío el modelo de la obra."

Un día desahogado de febrero, Carlos V ve desde su litera la silueta del viejo monasterio. Esta era la única recompensa que por sus fatigas y desazones ansiaba recibir. Tuvo cuanto quiso, menos una cosa: la soledad. ¿Acaso no la había ganado? Allí quedaba un imperio resplandeciente que podía responder. Una civilización y una fe para el mundo entero. La ardua tarea tocaba a su fin.

Solitario y silencioso, el monasterio de Yuste se halla enclavado, cual un oasis, entre peladas sierras blancas y guijarrosas. La villa más cerca-

na es Cuacos, que dista unos dos kilómetros. Un poeta extremeño, Gabriel Azedo de la Berrueza, escribió unos versos de mucho colorido sobre la vida del emperador en Yuste. Dice así una de las estrofas:

*Yace en la valiente España
Un gran pedazo de tierra*

*Dulce olvido de los hombres
En la Vera de Plasencia...*

Por las aseadas huertas del monasterio pasó Carlos su melancolía. Gustaba oír el cantar de los pajarillos, el susurrar de las fuentes y, a menudo, sentábase a la sombra de un viejo nogal. Tal vez desde allí, al contemplar la exuberante naturaleza, pareciera modesta su obra.

*Aquí pues, donde el rigor
Del tiempo no se respeta,
Por ser alba todo el día,
Todo el año primavera,*

*Se vino el emperador
Por gozar en esta tierra
Del cielo más favorable...*

El palacio en que moró Carlos V y que hoy está semiderruido, sufrió mucho en la guerra de la Independencia. Intentó restaurarlo, pero sin éxito. El edificio contiguo al convento constaba de cuatro amplios salones, situados dos a cada lado de un corredor. En el ala izquierda había una gran habitación, que el emperador destinaba para recibir las pocas visitas que iban a turbar su sosiego. En la habitación vecina tenía su modesto aposento, muy sobriamente decorado. La parte derecha comprendía el comedor y la cocina. Era tal la austeridad de la vivienda, que Azedo de la Berrueza así la expresa:

*Los animosos naranjos,
Cidros y limoneros trepan
Por meterse en las venanas
Y admirando las grandezas*

*No del cuarto de su dueño
Van diciendo en agrias lenguas
"Grande celda para un fraile
Corto albergue para un César".*

¿Qué vida hizo el emperador los 18 meses que pasó en el retiro? Mucho se ha fantaseado. No es cierto, por ejemplo, que cambiara su vestimenta por la de fraile, como aseguran algunos cronistas. La inventiva de ciertos historiadores del siglo XVII los lleva hasta a afirmar que Carlos, ordenó a los Padres Jerónimos del monasterio celebrar sus propios funerales, y, lo que todavía es más novelesco: que contempló la ceremonia encerrado en el aljód. Verdad es que mandó efectuar una misa de requiem por su alma, además de las que encargaba por sus familiares desaparecidos, pero tan sólo se limitó a ennegrecer un

cirio al sacerdote como ofrenda a Dios.

Pasaba los días plácidamente, rodeado de sus relojes favoritos, que luego mencionó Campanor:

*Carlos Quinto, el esforzado,
Se encuentra aiaz divertido
De cien relojes rodeado
Cuando va, en Yuste olvidado,
Hacia el reino del olvido*

Leía mucho y hablaba muy poco: las palabras precisas. San Francisco de Borja, antes poderoso Duque de Gandía, lo acompañaba a menudo en sus paseos por el huerto. Su hijo Felipe II pedaleó consejos frecuentemente sobre asuntos de gobierno, que el emperador le hacía llegar en extensas cartas.

Una tarde de agosto, mientras comía en la azotea del monasterio, le sobrevinieron unos escalofríos que le causaron fiebre, por lo que debió acostarse, ¡ay!, para no levantarse más. Después de veintidós días de postración, sintiendo cercano su fin, pide un crucifijo y, dirigiendo la mirada hacia la ventana, como dando su postrer adiós a los vicios, nogales, testigos mudos de sus solitarios paseos, exhala el último suspiro.

Quiso ser enterrado en España, a la que tanto amó y allí descansó, en El Escorial, sepulcro de Reyes. Su obra cristiana y civilizadora ha capitaneado en el mundo hasta nuestros días. Su figura fué tan grande que únicamente puede ser comparado a Carlomagno.

Frente a la cerca del Monasterio, y junto a una cruz, hay un escudo de piedra con las armas de Carlos V, y debajo una inscripción que dice:

"En esta santa casa de San Jerónimo se retiró a acabar su vida el que todo lo gastó en defensa de la Fe y conservación de la Justicia, Carlos V, Emperador, Rey de las Españas, cristianísimo, invictísimo. Murió a 21 de setiembre de 1558".

Esto fué la última visión que el mundo tuvo Carlos V antes de abandonar el postrer aliento: los costados a través de la ventana de su cuarto.

Gracia y Belleza



El perfume es un adorno; adorno inmateral, que, si bien no se exhibe, sugiere.

Colonia Rusa de Preal sugiere, precisamente, todos los encantos a que puede aspirar una mujer elegante.

Adórnese con unas gotas de Colonia Rusa de Preal; su perfume suave y acariciador, y a la vez persistente, pondrá en su tocado esa nota final de aristocracia, muy de acuerdo con las exigencias de un gusto refinado.

La Colonia Rusa de Preal se vende en todas las farmacias, tiendas y perfumerías.

En el Uruguay: José C. Cadenazzi y Cía. - Paysandú 906 - Monterideo.
Camauér y Cía. Soc. de Resp. Ltda.
Capital: \$ 200.000

BUENOS AIRES

INCLAN 2839/47



COLONIA RUSA de PREAL

KOSTIA

I

No querían los otros niños al pequeño Kostia, que era quebradizo y tenía la cara transparente, y llevaba siempre sus rizos atados despidados... No, no lo querían. ¿Por qué?

Seguramente debido a la misma causa por la cual los mayores no quieren a los mayores meñiques al Kostia pensativo y de ojos claros. Un bando y otro se diferencian únicamente por la edad; pero el desmoronarse... Casi todos los niños repellan por igual a Kostia, en cuanto se acercaba a un grupo de chicos chicos, se levantaba un grito unánime: «¡Fuera, fuera! ¡Largo de aquí, no te que- mos!»

Después de permanecer un instante junto a

ellos, suspiraba y probaba a comenzar de un modo suave e indolente.

—Nuestro portero estaba en el patio haciendo un hoyito para plantar un árbol y la palachocó contra algo duro. Miraron y eran huesos, una calavera y una arqueta de hierro... La abrieron, y en ella...

—¡Largo de aquí, no te hace falta saberlo... siempre viene con nosotros!...

De nuevo suspiraba sunisamente, retirábase a un lado, y tomando asiento en un banco del parque que calentase el sol, se ensimismaba...

Un señor ocioso que estaba a su lado, conmovido por su aspecto melancólico, dejó caer su mano pesada sobre su cabeza, quebradiza como cáscara de huevo, y le preguntó amablemente:

—¿Cómo te llamas, chico?

—Jim...

—Ah, vamos! ¿No eres acaso ruso?

—No, inglés, sir.

—¿Vamos, vamos! ¿Y cómo hablas tan bien el ruso?

—Es que huimos de Londres cuando era aún muy pequeño.

—¿Huisteis? ¿Qué dices?

¿Qué os obligó a huir?

Los pensativos ojos del niño se elevaron hacia el cielo. Seguían el paso de las nubes que navegaban a incommensurable altura.

—¡Oh! Es una historia difícil, sir; el caso es que mi padre mató a un hombre...

El señor comenzó a inquietarse y se retiró unos cuantos centímetros del melancólico chico, que hablaba con tono sencillez de cosas tan horribles.

—¿Mató a un hombre? ¿Y por qué?

—¿Usted sabe lo que es la City, sir?

—¿Qué es vo! ¿Y qué pasó?

—En la City había un Banco, que todavía existe, y se llama...

"Deutch Bank"... Mi padre estaba allí de empleado, y luego, gracias a su honorabilidad, fue hecho cajero. Una noche, cuando iba a poner en orden algunas cuentas enrevesadas, vió una figura que a hurtadillas se deslizaba por el corredor en dirección a los sótanos en que se guardaba el oro...

Mi padre se escondió y se dispuso a seguirle. ¿Y quien cree usted que era aquel hombre?

«El director del Banco! Bajó éste al sótano, llenó una cartera de oro y billetes, y en cuanto salió como una flecha, ¡zas!, lo agarró mi padre por el cuello y le apretó la garganta. Papá comprendió que, si el otro lograba escapar, toda la culpa se haría recaer sobre él... La desesperación le dió fuerzas; entablaron una dura lucha y logró ahogar al canalla... Llegó a casa aquella misma noche, me tumbó en brazos, atravesados en no sé qué cáscara del Tamesis, y vinimos a Rusia...

—¡Pobre cabezita! —dijo el señor con cierta pena, dándole palmaditas en el hombro—.

¿Y dónde está tu madre?

—Se abráso, sir.

—¿Cómo que se abráso?

—Una vez los chicos de Londres rociaron de petróleo a una rata y le pegaron fuego; en aquel momento pasaba mi madre por la calle, con las cometas que había hecho, la rata, que estaba ardiendo, se metió debajo del abrigo de mi mamá, y al cabo de un minuto ella parecía una antorcha...

El niño abatió tristemente la cabeza sin decir más; faltó poco al compasivo señor para haberse deshecho en lágrimas, profundamente afectado por tanta desdicha como había caído sobre el pobre huertanito.

—Pobre criaturita! Ven, te voy a acompañar hasta tu casa; no sea que te pase algo malo.

Jim se sonreía suavemente.

—¡Oh, no, sir; no nie va a pasar nada! ¿Ve usted este talismán? ¡Me protege de todo y contra todos!

La criatura sacó del bolsillo un silbato y lo mostró confiadamente a su interlocutor.

—¿Qué talismán es éste?

—Me lo dió en Grínica una vieja tártara. Recuerdo cuando estábamos subidos a un altísimo peñasco, junto al mismo mar, ¿Y qué pasó?

En cuanto lo tuve en mi poder deslizóse la piedra debajo de sus pies y... ¡pum!

Ella y la piedra, al mar...

—¡Milagro, un verdadero milagro! ¿De modo que es ésta la casa en que vives? ¡Bueno; adios, Jim; que sea feliz, querido niño!

Jim subió animosamente la escalera y el señor acompañó con la vista al admirable niño.

Permaneció abstraído tan largo rato, que la portera, con las faldas recogidas, se le acercó interrogándole:

—¿Por quién pregunta usted?

—No pregunto por nadie... Dígame... ¿Quién es este chico que acaba de entrar?

—Es Kostia, el hijo de los Cherepitsin.

¿Por qué lo pregunta usted?

—¿Cómo? ¿Acaso no es inglés?

—¡A qué santo, señor! Es un chico, y nada más... De seguro que le ha mentido, ¿verdad? Su madre hace todo lo posible por curarle de esa falta; pero nada, no lo consigue...

—¿Si, señor, le vive! Pero, por lo visto, va a acabar con ella si sigue con sus mentiras; ya se acordará usted de lo que le digo. ¿Qué chico más embustero! ¡Es algo sorprendente! Ya le conocen por toda la calle, ¡alabado sea Dios!

II

Al llamar prolongado del timbre abrió la puerta la doncella Uliacha.

—¿Por dónde ha estado usted, Kostia, hasta esas horas?

—Me he entretenido en la calle; un automóvil acaba de atropellar a nuestro portero, y nie entreuve allí curioseando. Mira a ver si tengo sangre en las botas...

—¿Cómo que le han atropellado? ¿A quién, a Esteban? ¿Le ha matado?

—Sí... El caso es que los caballos se habían desbocado; llevaba el coche a una señora muy guapa... y Esteban se adelantó para sujetar por las riendas a los animales...

—¿Por qué miente usted, Kostia? Primero un automóvil, ahora un caballo...; siempre inventa alguna tontería.

—No, no es ninguna tontería; ha dicho esa condesa que cuando se cure se casará con él.



Por **ARCADIO AVERCHENKO**

ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA

—Bueno, está bien; basta de embustes. La comida se ha enfriado; su mamá ha salido y la abuelita le está esperando.

Balancéandose sobre sus delgadas piernas, Kostia hizo un mohín misterioso y se dirigió hacia el comedor.

—¿Y tú por qué vienes tan tarde? —dijo le la abuelita, arrojándose a su encuentro—. ¿Dónde has estado metido?

—Hace ya una hora que estoy junto a nuestra misma puerta; pero tuve que volverme. Una historia interesantísima...

—¿Qué ha pasado?

—Verá usted. Acababa de llegar frente a nuestra puerta, miré y... dos sujetos estaban haciendo no sé qué con la cerradura; y uno decía: "La cera está muy dura, no sale el molde", el otro, que era más bajito, le respondió: "¡Aprieta, aprieta, que ya saldrá!".

—Kostia! —gritaba la abuelita—, ¡no mientas! —Otra vez, hombre, otra vez!...

—Ésta bien, si cree que son mentiras... —dijo sonriéndose sarcásticamente—, pero deje que penetren en la casa y que nos quiten todo y que nos degüellen... ¡y entonces verá si son mentiras o verdades!... ¿A mí qué? Mi obligación es decir lo que he visto...

Se desesperaba la abuelita:

—Kostia, estás mintiendo! Leo en tus ojos que acabas de inventar esa historia...

—¿Inventar? —dijo Kostia lentamente, dando a sus palabras un tono sibilo, que hacía crisar los nervios—. ¿Y si le enseño a usted el pedazo de cera, me dirá también que es cosa que he inventado?

—¿Y cómo lo tienes en tu poder?

—Pues muy sencillo; ellos subieron a un coche; yo me monté a la traseira, y cuando llegamos a los arrabales, nos corrieron junto al hombre más bajito, le di un empujón y le saqué el modelo del bolsillo. ¡Aquí está!...

Sacó por segunda vez aquel mismo silbato que había mostrado en el jardín y lo enseñó desde lejos a la cegata abuelita.

La duda desgarraba el corazón de ésta: "Claro está que miente; pero... ¿y si por casualidad es cierto lo que dice? Si bien darse casos en que se sacan moldes de las cerraduras, penetran en las casas y degüellan a una familia... Precisamente ayer lei en un periódico un caso semejante... Habrá que decir a Uliacha que corra el cerrojo de la puerta!..."

—¡Llama a Uliacha!

Kostia obedeció y se fué corriendo a la antecala, en donde gritó atemorizado a Uliacha, que hablaba con alguien por teléfono:

—Uliacha! ¡Otra vez se le ha olvidado cerrar el grifo de la cocina! ¡Y está toda llena de agua, y las cosas se están ya saliendo por la ventana!...

Uliacha abandonó con rapidez el auricular, que chocaba estrepitosamente contra la pared, corrió apresuradamente a la cocina, tropezando y derribando los muebles que encuenra a su paso...

Al cabo de un minuto se desarrolla una escena horrible.

—¡Kostia! ¡Otra vez ha mentido usted! Ya

no puedo aguantar más, no quiero seguir sirviendo en esta casa...; me voy...

—Me había parecido que corría el agua —decía Kostia, justificándose tímidamente, mientras miraba con ojos suplicantes a la enfurecida muchacha—. Había oído el agua...

Sólo Dios sabe lo que era este dulce e inofensivo niño; tal vez le pareció una realidad el que dos señores que estaban fumando pacíficamente en la acera de su casa intentasen efectivamente sacar el molde de cera de la cerradura.

III

Por la noche estaba Kostia en el despacho de su padre junto a la mesa de escribir, y con los ojos muy abiertos miraba las manos de su progenitor, que movían y removían rápidamente unos papeles.

—¿Dónde has estado hoy, Kostia?

—En el parque.

—¿Y qué cosas buenas has visto allí?

—He visto a la madre de Lidochka Priguina.

—¿Qué dices, hombre? La madre de Lidochka ha muerto...

—Pues eso precisamente es lo asombroso; estaba sentado en un banco, y de pronto, por debajo de las matas, comenzó a surgir y acercarse algo así como una especie nube gris...

—Más cerca, más cerca, Miro y... ¡la mamá de Lidochka! Estaba tan triste... Se acercó a mí rápidamente, me puso la mano sobre la cabeza, me amenazó con un dedo... y se marchó sin haber dicho una palabra...

—¡Ya, ya!... —exclamó el padre mirando a su hijo con semblante risueño—. ¡Qué cosas pasan a veces!

—¿Qué papel es éste, papá? —preguntó Kostia, mirando por encima del hombro de su progenitor...

Tiene dibujada una pistola...

—¿Eso? La cuenta de una armería; he comprado un revólver para nuestro Banco.

—¿Un revólver?

—Sí, para el cobrador.

—¿Un revólver?

Kostia, con los ojos muy abiertos, miraba fijamente al rostro sonriente de su padre. Ya había volado muy lejos su imaginación... y por su faz desearían imperceptibles sombras de pensamientos.

Tembió, levantóse de un salto y pasito a pasito se escurrió del despacho. Como un torbellino atravesó las dos habitaciones y como un torbellino, con los rizos desgredados, entró en el gabinete de su madre, que trabajaba pacíficamente junto a la mesa.

—¡Mamá: papá se encuentra mal!

—¿Qué pasar, qué?

—Al entrar en su despacho le he visto tumbado en la alfombra, junto a la mesa, y a su lado un revólver... En la frente, una manchita, y en la habitación huele a algo extraño...

Un grito salvaje, espantoso...

—¿Qué hago yo con este niño? —decía la madre, llorando y mirando casi con odio a Kostia, que, asustado, tímido, como un pajarito en mal tiempo, se estrechaba contra el recio hombro de su padre—. Con sus mentiras e invenciones, este chico hará que todos los de la casa nos volvamos locos. La doncella no puede ni verlo, y los niños le echan como a un perro famoso... Es un chico que da pena. ¡Fíjate lo que va a ser de él cuando sea mayor!...

—Por desgracia me lo figuro —dijo a media voz el padre, estrechando contra su hombro la cabecita greduda de su defectuoso hijito—. Crecerá y todo el mundo se alegrará de su lado, como ahora; no le comprenderán, y... se mojarán de él.

—¿Y qué va a ser de él cuando sea mayor? —Querida —dijo tristemente el padre, no viendo su cabeza, que ya había comenzado a encanecerse—, será poeta...!



EL MALECON DE LA

El escudo de La Habana

La Habana tiene un escudo en el que figuran tres castillos y una llave cruzada. Le fue concedido en 1665; la llave es de oro y va sobre fondo azul; los castillos representan las fortalezas de El Morro, La Punta y La Cabaña. El simbolismo es bien claro: las tres construcciones defensivas cierran la entrada del mar azulado, muy azulado, en la capital de La Perla de las Antillas.

El castillo de El Morro

La irregular fábrica militar que se alza sobre el peñasco situado al este de la bahía, se llamó, en un principio, Castillo de los Tres Reyes. Está asentada sobre sólida base de roca y las escarpaduras de esta forman, a veces, los baluartes de la fortaleza. Data de 1589 y su construcción se debe al ingeniero Antonelli. Tres siglos después, se le añadió el faro, la Farola, que avisa al navegante la presencia en el mar de la ida de Cuba, como un oasis de ensueño en el desierto movedizo de las aguas.

Esta situación privilegiada hace que sobre el castillo del Morro recaigan los recuerdos históricos de la época colonial de La Habana. En realidad, los mitos que más acontecimientos presenciaron son los de La Fuerza.

Piratas en las Antillas

Muchas veces vieron los ojos de los cubanos desembarcar en su suelo a las abigarradas huestes de los salteadores del océano.

En los jardines del antiguo convento de Santa Clara, inmenso edificio que actualmente ocupa la secretaría de Obras Públicas, se conserva, tal y como era hace cuatro siglos, junto con otras de la misma época, una de las más antiguas construcciones de La Habana, llamada "La Casa del Marino". Habítala un enamorado nauta, que hubo de embarcar dejando en ella a su esposa. Durante su viaje, los piratas saquean La Habana y entran en la casa legendaria: hay escenas de muerte, de pillaje... Por último, el rapto... Cuando el marino regresa en busca de los amorosos brazos en que descansar de las zozobras de la navegación, halla su hogar vacío y destruido.

Sucesos muy propios de los tiempos de los veleros y de las goletas,

Un grupo de cubanitas riendo bajo el sol tropical.



que el barco de hierro y el vapor habían de arrinconar para siempre en los desvanes de la Historia... Algunos adquieren tal intensidad y se desarrollan con una saña tan enconada, que en 1555, por ejemplo, sólo quedan en La Habana treinta y ocho familias después de asaltarla el calvinista Jacques de Sores.

Precisamente para evitar que hechos tales puedan repetirse, se ensancha La Fuerza, se construye La Punta y nace la idea de edificar el castillo del Morro.

Y ya en 1585 se rechaza a Drake.

Francisco Drake

La reina Isabel, la frenética enemiga de Felipe II, el monarca hispano a quien llama el demonio del Mediodía, ama caballero a Drake sobre el puente de su navío insignia. En el escudo del corsario inglés hay un globo terráqueo con esta leyenda:

—Tu primus me circumdedit.

¡El primero que dió la vuelta al mundo! No... El orgulloso pirata había olvidado a Magallanes y a Elcano.

Una frase que explica la predilección con que el famoso saqueador ataca las posesiones y las naves hispanas, es la siguiente:

—Haya paz o haya guerra entre España e Inglaterra, Drake luchará siempre contra los secuaces de la Inquisición.

No obstante, Francisco Drake se hunde en la nada como sus barcos en el fondo de los mares, vencidos o arruinados por los lustreros. Y en los anales de la literatura mundial, queda inmortalizada su azarosa vida por un poema: *La Dragontea*. Lo escribió un español: Lope de Vega.

Los ingleses

Ya se yergue altanero el castillo del Morro. Media el siglo XVIII. El almirante Pococok y lord Albemarle se presentan frente a él. Son los ingleses unos doce mil hombres a los que se añaden luego otros quince millares. El gobernador militar, Juan de Prado y Portocarrero, hace evacuar a las mujeres, los niños y los religiosos, arenga a los trescientos treinta y cinco soldados que guarnecen El Morro y se apresta a la defensa. Pero comete el error de hundir en la embocadura de la bahía al *Neptuno*, al *Aria* y al *Europa*, hermosos buques de setenta cañones. Ello no interesa a los ingleses que desembarcan por el otro lado: sobre Gua-

La situación privilegiada del Castillo del Morro hace que se concentren en él los recuerdos históricos.

La farola del Castillo del



HABANA

Por Jacinto Ramos

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

nabacoa... Los españoles tienen que abandonar La Cabaña, defensa de menor categoría, después de clavar sus cañones, y refugiarse en el antiguo Castillo de los Tres Reyes, que termina rindiéndose, luego de una defensa heroica en la que muere el capitán don Luis de Velasco, ídolo del pueblo y de las tropas.

Batería de Velasco, se llamó hasta última hora la batería del este del Castillo del Morro, hasta la hora en que se arrió para siempre en su farto la bandera española, al morir el siglo pasado.

La brisa

En La Habana hace calor todo el año... Si acaso, en los amaneceres de la estación invernal, allá por las calles de Damas y Cuba y Egido, se ven las encorvadas figuras de unos negros que, uritando, van camino de los muelles para descargar y estibar, envueltos en sobretodos, bufandas y unos gorros arbitrarios calados hasta las orejas... Mas cuando el sol sale, el trópico vuelve a reinar.

Indiferente a todo lo que el pasado guarda, la brisa habanera, al caer la tarde, sopla en torno al castillo del Morro y choca suavemente con las señoriales moradas del pasco del Malecón, en cuyas terrazas, sobre las veredas, se mecen, entornados los bellísimos ojos de largas pestañas, soñadoras y vaporesas, en sus batas almidonadas, las lindas cubanitas que pueden permitir el lujo de habitar en tan frescas viviendas.

Sobre el asfalto anchuroso, cruzan rápidos los automóviles y antaño las volantas, semejantes a livianas arañas.

Suena la música y el público se acoda sobre el pretil del muelle que se enfrenta con las olas u ocupa el anfiteatro para oír a su placer.

Los fluses, trajes sin chaleco, de drill crudo o de purísima blancura envarada por el abundante almidón, tiesos y replanchados al salir de casa, comienzan a arrugarse...

En el Vedado, en el Cerro, en los barrios de la cintura habanera metidos en el campo, que saben del crepúsculo rojo como un telonazo brusco y de la palmera ondulante que abanica con su penacho los patios en sombras y en paz, no hace falta moverse de casa para disfrutar de este frescor delicioso, pero a la ciudad no le queda otro remedio que volcar en los parques o en el Malecón para olvidar la jornada de fuego. Repartiendo sus dones a todos por igual, la brisa sigue soplando suavemente, dulcemente... El castillo del Morro se recorta en negro sobre el fondo más negro aun del cielo sembrado de estrellas, unas estrellas muy blancas, muy jóvenes, una de las cuales cayó sobre la bandera de Cuba el día de su independencia.

Y en la noche se confunden el aire de la Historia y la brisa del mar.

Morro y la bandera de la estrella solitaria saludan al día que muere.



Ahuyente su TOS



Al primer amago de los tome GABA. Sentiré alivio y evitaré males peores. Las PASTILLAS GABA protegen las vías respiratorias, desinfectándolas, refrescándolas.



PIANOS



DE COLA

DE CAMARA

VERTICALES

Gran Surtido de Pianos "Seminuevos"
EN CUOTAS MENSUALES DESDE \$ 30

Métodos y estudios para todos los
Conservatorios

ATENDEMOS PEDIDOS DEL INTERIOR CONTRA
REEMBOLSO

BREYER

SARMIENTO 757 — BUENOS AIRES

LA ZAMBA

El rancho erguise solitario en la entraña de los llanos. Un algarrobo alzaba hacia el cielo claro y ardiente sus árboles, erectos y sombríos, y el viento, que llegaba de las montañas lejanas, traía voces misteriosas, estremeciendo los viejos algarrobos.

En la orilla del algarrobo acampaba la última montonera. Hacía dos años que la cabeza de Peñañoza fuera poseída por los caminos de La Rioja en la punta de la lanza de Irizabal, y hacia cerca de cuarenta que estaba seca la sangre de Barranca Yaco.

En el rancho ruinoso, el jefe de la última montonera jugaba al monte con su teniente.

Era un hombre de rostro cetrino, flaco y hercúleo el coronel Medina. Hacía seis meses que estaba allí, en la frontera de La Rioja, con sus pobres gauchos, rotos e indómitos.

En las noches claras de los llanos, la mirada del coronel Medina se volvía hacia Catamarca; creía escuchar, entre el murmullo sollozante de los algarrobos, las voces amargas de la derrota y de la muerte.

El Chacho estaba muerto, muerto a traición, degollado en presencia de su amazona; su cabeza lívida, pasada por los pueblos. Pero seguía combatiendo después de muerto...

¿Acaso los montoneros no estaban todavía sobre las armas?

Eran pocos, es cierto. No pasaban de trescientos hombres andrajosos, sin fusiles, sin más armas que sus lanzas y sus dagas. Pero el alma brava y heroica del gran caudillo latía en ellos.

Medina sabía que La Rioja iba a caer tarde o temprano.

El viento, que soplabá desde Catamarca, traía las voces de la invasión y de la derrota. Pero la última montonera caería combatiendo.

Y en las noches claras, oyendo los murmullos misteriosos de la soledad, sonaba en el campamento una canción, heroica y triste, como el alma de aquellos hombres, como el espíritu de aquel pueblo que había combatido durante dos generaciones:

*Coroneles de Arredondo,
Vengan a bailar la zamba,
Que al pie de cada algarrobo
Hay una lanza riojana...*

Era la zamba montonera; era la voz de los llanos, que sonaba entre las lanzas; el último desafío desesperado de los postreros paladines, que montaban la última guardia en la frontera. Medina suspiró.

Era un hombre joven todavía. Contaba alrededor de cuarenta años, y desde los diecinueve, desde el día distante que abandonó su aldea del Fuerte Matina, formó en las filas de Peñañoza.

¿Peñañoza! El corazón del montonero sangraba ante aquel nombre legendario. Desfilaba por su memoria el recuerdo de los entreveros, la entrada a Tucumán, la invasión de San Luis, las derrotas y las hazanas...

Medina había escuchado en los campamentos las leyendas de Facundo. Supo cómo el Chacho, después de Barranca Yaco, desligado de la voz de fidelidad hacia el Tigre de los Llanos, volvió sus lanzas contra Rosas y se ciñó vincha unitaria.

Si La Rioja tenía que caer en poder de las opas nacionales, al mando del general Arredondo. Pero la muerte del Chacho no sería vida para jamás; jamás viviera un montonero, mientras hubiera un algarrobo en La Rioja. Aquella mañana ardiente, el coronel Medina quedaba abstraído en medio de la partida. Vividabase de los naipes, y sus ojos, penetrantes y sombríos, miraban hacia el lado de Catamarca, por donde vendría la muerte.

—Talla usted, mi coronel.

Urrutia, el teniente, estaba acostumbrado a las distracciones de su jefe. Criado también en los campamentos, saturado de las leyendas bravías y del anhelo heroico, Urrutia, que era muy joven, comprendía el drama silencioso y oscuro que estaban viendo; adivinaba la doble tragedia que se ocultaba en el corazón intrépido del jefe montonero, y respetaba aquellos bruscos silencios, aquellas sonrisas meditativas.

Un sargento entraba y salía durante toda la mañana, cebando y sirviendo los mates interminables; un gaucho, ya viejo, que había conocido a Facundo y nunca se había querido separar del Chacho hasta la cobarde tragedia de Oita.

Y era el viejo sargento quien solía narrar a Urrutia las hazañas estupendas de otro tiempo, cuando Peñañoza lanzaba sus jinetes al entre-

había de vencer para siempre a la montonera.

Ante el jefe silencioso y el teniente, teja sus largos y trágicos relatos, interrumpiéndose con frecuencia, pálido de rencor, trémulo de rabia.

—¡Arredondo! Dicen que él no es tan malo. Pero los jefes nacionales... ¿Se acuerda, mi coronel?

Medina se acordaba. ¿Cómo se iba a olvidar de la tragedia de cuarenta años?

—¿Se acuerda del coronel Ises? ¿Se acuerda del comandante Linarez?

Este último nombre se le escapó un día, y Medina ahogó un rugido. Urrutia lo miró curiosamente. El sargento tosía.

—¡Qué bruto soy! ¿Pa qué lo dije?... Pero Urrutia conocía la historia. Toda La Rioja la conocía.

Era una historia vieja y terrible, como todas



vero, cuando desbandaba las fuerzas del fraile Aldao y sacaba a lazo los cañones del ejército federal de entre los cuadros de la infantería.

—Eos eran tiempos...

La barba del sargento temblaba cuando hacía las evocaciones heroicas. El también quería vengar el asesinato del Chacho, las lágrimas de La Rioja, la sangre de los padres degollados, de las mujeres deshonradas, los ranchos incendiados...

—Peñañoza! — solía gemir —. Lo carnearon como a una res, al más brava y al más bueno de los hombres...

Su alma, supersticiosa y simple, creía que el espectro degollado del paladín vagaba por los llanos, bajo la luna, esperando la hora que lo vengaran. Y la voz del viejo gaucho temblaba con rabia heroica sobre la guitarra, cuando el sol se iba hundiendo en el horizonte y las sombras de los montoneros muertos parecían suspirar bajo el cielo calcinado de la provincia indómita y triste:

*Coroneles de Arredondo
Vengan a bailar la zamba...*

El viejo volcaba todo el odio de su pobre alma sobre aquel jefe desconocido, que un día

las historias de los llanos, como cada historia de valor, de venganza, de odio, de sangre, que dormía al pie de cada algarrobo solitario y lloraba en el viento sobre los huesos de los muertos, sobre las cenizas de los paladines. Databa de ocho años atrás.

Era la historia de la novia de Medina. Medina iba a casarse con ella, cuando el Chacho desbandara sus montoneras, en una de las treguas de la invasión. Llamábase Casilda, y el montonero la amaba con toda su alma ruda y brava.

Durante una invasión inesperada, las tropas nacionales entraron en el pueblo donde vivía Casilda. Era la división del comandante Linarez, aquel hombre brutal y famoso, cuyo nombre execrado anda, todavía por las leyendas de sangre del interior.

La violación y el rapto de la Casilda añadió una hazaña más a la lista del célebre militar. Medina andaba por San Luis, y lo supo muchos meses después. Los baquianos, obligados a contestar a sus preguntas, le dijeron cómo Linarez había abandonado a su novia después de hacerla su querida durante unos meses.

Ella rondaba desde entonces por los campamentos...

DE SANGRE

Por **HECTOR PEDRO BLOMBERG**

Linares supo también, por boca de los prisioneros, que Medina había jurado buscarle y darle muerte en medio de los más espantosos suplicios, y huyó a Mendoza, donde flotaba todavía la sombra ensangrentada y diabólica del fraile Alto.

Ocho años habían transcurrido.

A ella no quería verla más. Deseaba, en el fondo de su alma, que estuviese muerta. Y él continuaba combatiendo sobre la tumba de Peñafoza.

—No vienen, mi coronel...

Medina sabía que su teniente se refería a las fuerzas de línea. Estaban acampadas en Catamarca; sabido por los baquianos que cruzaban la frontera solitaria.

—Pero un día han de venir—contestaba el montero, y sus ojos, sombríos, penetrantes, volvíanse siempre hacia la frontera, donde el

Urrutia se puso de pie, abandonando las cartas sobre la mesa, y se asomó a la puerta del rancho. El cielo era de un azul profundo. Fumaba tensamente el teniente, contemplando las tierras quemadas.

De pronto, allá lejos, creyó ver una nube-cilla de polvo.

—¡Sargento!

La guitarra calló bruscamente.

—Mi teniente.

La figura hercúlea y rugosa del montero estaba frente a él. Bajo la sucia vincha azul, los ojos del viejo estaban húmedos de odio y de recuerdo.

—¿No viene alguno por allá?

Miró el sargento en la dirección indicada.

—Sí, es uno... y viene cansado...

La silueta borrosa de un jinete se advertía en el horizonte.

El sargento se encogió de hombros, con gesto ambiguo.

—Que se lleve un caballo... El que trae es bueno.

Se volvió al rancho, huyendo del sol, que ardía cada vez más.

Dentro vió al coronel que rasgueaba la guitarra con expresión distante.

—¿Cómo era aquella canción de hacía ocho años?

En voz baja, sin advertir la presencia de teniente, Medina tarareaba un estilo, viejo como el corazón de los llanos, pleno de un suave tristeza, de obscuro presentimiento, de angustia sutil...

Urrutia se asomó a la ventana. La tragedia antigua volvía al alma de su coronel, en aquella frontera solitaria: las voces muertas volvían a sonar en el corazón del montero...

Allá, bajo el sol calcinante, el baquiano se hundía entre los algarrobos, lentamente, sin prisa, inclinado sobre el caballo, mirando la tierra resaca.

Algo como un sollozo estalló en la garganta de Medina. Dejó la guitarra en el suelo y acercándose a Urrutia él también miró a los lejos, hacia la frontera de Catamarca.

—No vienen todavía... No vienen... murmuró, y añadió con voz ronca: —¡Jugamos una partida, teniente?

Durante dos horas jugaron sin pausa, mientras fuera continuaba el incendio del sol. La Rioja se abrasaba.

Un rumor inusitado interrumpió la última partida.

—Perdone, mi coronel... Ahí está otra vez el baquiano...

El sargento miraba curiosamente a su jefe.

—¿El baquiano? ¿Qué baquiano?

—Uno que vino a pedir un caballo a cambio del suyo, hace unas horas, mi coronel—respondió el teniente, dejando de jugar.

—¿A Arredondo que viene?

—No, mi coronel... todavía no...

La figura andrajosa de un baquiano se dibujó en la puerta del rancho.

—¿No me conoce, mi coronel?

Era un hombre alto, flaco como el sargento. Su barba estaba enredada y sucia, y su cabell enmarañado, estaba sujeto con una vincha an-

—Ya no se acuerda de mí; ¡Ah, mi coronel Medina!

Los ojos sagaces del hombre se clavaban en el rostro duro y triste del montero.

—He venido a saludarlo, mi coronel Medina...

—¿No se acuerda de que un día, en San Luis, usted me sacó de las uñas de las fuerzas federales?

—Hace tiempo, pero yo no lo olvidé. Era la trapa de Iseas, en el mismo día del combate de Las Playas...

Me habían estado quedado, porque yo no quería decir por dónde andaba el Chacho...

Me crucjía la osamenta. Así me quedé sin huesos...

Iseas me daba la cabeza con el cabo del rebunque; pero yo soltaba prenda. Al fin mandó que me diera ahí no más un tiro atrás de la oreja. ¡Ah, coronel Medina!

Si en ese momento usted llega con sus montereros, a esta hora yo estaría pudriendo al pie de un algarrobo.

Medina tuvo un vago recuerdo.

—Bermúdez, el estrodero... —exclamó.

El sargento sonrió enigmáticamente.

—Ah, mi coronel Medina! ¿Ve cómo recuerda? Bueno, pues...

He venido a saludarlo... Y también a pagarle mi deuda.

Antes que me olvide, le voy a decir una cosa. Iseas, el verdugo, el que quiso darme el tiro atrás de la oreja, el que hacía carnear viv-

ta a los montereros, anda por Córdoba. El asistente lo tájeó en los brazos, y los brazos se le secaron... Lo echaron del ejército.



viento sacudía los algarrobales poblados de espectros y de voces misteriosas.

—Vendrán...

El coronel levantábase antes del amanecer. Desde la ventana del rancho, en la penumbra azul del alba, divisaba la figura inmóvil y ruda de un gaucha, recordándose trágica y vengadora contra los llanos rescos y polvorientos.

Esa era la hora en que el sargento creía ver pasar el espectro degollado del Chacho, cansado de vagar y de gemir bajo la luna...

II

El sol estaba alto. Los llanos ardían y en los algarrobos inmóviles ni una hoja se agitaba.

—¿Talla usted o tallo yo, mi coronel?

Urrutia alzó los ojos y vió que Medina había caído en una de sus sombras y téticas meditaciones.

Guardó silencio y encendió un cigarro.

Un soplo ardiente venía de los llanos calcinados. Los montereros, fuera, dormían la siesta. El sargento rasgueaba una guitarra, y las banderolas de las lanzas pendían inmóviles.

Una quietud de muerte reinaba bajo la fiesta de fuego del sol. El bostezo distante de un tigre soñoliento vino desde los algarrobos.

—Viene acá...

Medina, absorto en sus pensamientos, no prestaba atención. Con los ojos semicerrados, estaba viviendo las horas lejanas de otros tiempos. Veía unos ojos negros y ardientes que quemaban los suyos; oía una voz dulcísima, casi apagada, en la hondura trágica del tiempo...

Y el coronel escuchaba, como en un sueño, el son de una guitarra lejana, vibrando en la siesta de un pueblo mientras sus labios besaban aquellos otros labios calientes y trémulos...

—¿Cómo era aquel estilo inolvidable, aquella canción de ocho años antes? Procuraba recordarla...

Descolgó la guitarra del teniente, que pendía de la pared del rancho, una pobre guitarra vieja que había vibrado al son de las zambas de Facundo, y rasgó las cuerdas.

Estaba solo en el interior del rancho. Urrutia y el sargento habían ido a esperar al jinete, que ya llegaba a los algarrobales.

—Era un baquiano.

Habló aparte con el sargento.

—Dícele que si quieren darle un caballo, que el suyo viene muy cansado—informó el sargento un instante después.

—¿No trae noticias del...



LA PRODUCCION PARA LA DEFENSA DEMANDA TECNICOS

*"Necesitamos manos expertas
y mentes especializadas"*

LOS JEFES DE LA INDUSTRIA

En las FABRICAS

La industria fabril, tanta en las empresas pequeñas, como en las grandes, se está ensanchando, modernizando y "mecanizando." Esta gran expansión requiere el empleo de miles de técnicos en Fuerza Motriz, Electricidad, Radiotécnica, etc., y éstos ocuparán importantes y remunerativos puestos.



En las COMUNICACIONES

El ensanchamiento de las comunicaciones en todo Hispano-América, es asombroso. Las naciones necesitan extensas y eficaces redes de comunicación. Los vastos programas de Defensa exigen una ampliación enorme. En Radiocomunicación, Telégrafos, Teléfonos, Radiodifusión, etc., etc., se acentúa cada día más la demanda de Expertos.

En la AGRICULTURA

Es sorprendente el desarrollo de la producción agrícola moderna y mecanizada. Para la instalación, reparación y manejo de la gran cantidad de maquinaria que se utiliza en los campos, hay urgente necesidad de peritos en Fuerza Motriz y Electricidad, aplicadas a la Agricultura. Los especialistas ganan buenos sueldos.



En la TRANSPORTACION

Importante actividad que ofrece oportunidades sin límite al Experto en Motores de Gasolina y Diesel, Sistemas Diesel-Eléctricos, Aviación, Plantas Motopropulsoras Marinas, Sistemas de Alumbrado Eléctrico, etc. El establecimiento de nuevas vías para la Defensa, pide urgentemente especialistas.

En la MINERIA Y EL PETROLEO

¡Materias primas! Este es el grito de la industria para satisfacer la demanda de producción para la Defensa. Los productos del subsuelo se hallan en todas las partes latinoamericanas; pero se necesitan miles de Técnicos que se encarguen de la gran cantidad de maquinaria especial, necesaria para extraerlos.



En la INDUSTRIA FRIGORIFICA

La conservación de todas los productos del Continente, exige ampliación de las plantas. En estos tiempos de acrecentada producción y almacenamiento de comestibles, se necesitan técnicos en Electrotécnia y Refrigeración, especialistas a quienes se les pagan sueldos atractivos.

HAGA USTED ESTUDIOS RAPIDOS DE ESPECIALIZACION

National Schools, con su experiencia de 37 años, le ofrece Enseñanza por correo, teórico-práctica, comprobada en sus propios laboratorios y talleres, en: 1.—Radio, Televisión y Cine Sonoro; 2.—Fuerza Motriz y Diesel; 3.—Aviación; 4.—Electrotécnia, Refrigeración y Acondicionamiento de Aire.

Mi Enseñanza lo hará un Técnico Experto

Envíe
HOY
ESTE
Cupón

Cualquiera de estas Enseñanzas convertirá a usted en Técnico Experto, capaz de ocupar envidiables puestos en las industrias. Miles de graduados prósperos comprueban su efectividad. ¡Sea usted uno de ellos! Envíe el cupón al calce, solicitando informes.

PIDA PROSPECTO GRATIS

Dr. J. A. ROSENKRANZ, Presidente:

Dpto. GD 380 - 8

Mándeme su prospecto con datos para ganar dinero en la industria que marca con una X; así ☒

Escoja sólo una:

RADIO ☒

DIESEL ☐

AVIACION ☐

ELECTRO-TECNIA ☐

NOMBRE _____

EDAD _____

DIRECCION _____

LOCALIDAD _____

PROV _____



FUNDADA EN 1905

Renombrada Institución Educativa, establecida en Los Angeles, California, desde 1905, ofrece a usted las facilidades de su Sucursal en este país.

NATIONAL SCHOOLS

VICTORIA 1556
Buenos Aires Arg.

Historia en 2 fotografías

Elsa del Campillo



Ayer

He aquí a Elsa del Campillo 'Mauviera' a la edad de un año. Nació en Santiago de Chile y allí cursó sus primeros estudios, como alumna de un internado. Hijo de un conocido concertista del vecino país, ella misma dió su primer concierto de violín a la edad de catorce años. "De ese día — nos dice — guardo la más grande emoción de mi vida". Hablando de la época de la infancia, Elsa del Campillo asegura que, a diferencia de su hermana Alicia Barrié, que encerraba los palomas en el horno de hacer empanados, ella, en cambio, era una chica muy buena y estudiosa. En Santiago de Chile, la actriz, luego de algunas experiencias teatrales, filmó la película "Madre sin soberbia", en el año 1935, "la cual — asegura — era tan mala que ni yo misma la he querido ver".



Hoy

Ahora tiene veinticinco años y vive en la calle Santiago del Estero. La encontramos allí, acompañada de su pequeña hija, en un hogar amable y acogedor. "Llegué a este país — nos dice — en el año 1937. Casi de inmediata me incorporé al elenco del teatro Maipo. Desde entonces hasta hoy, mi labor se sucedió sin interrupción en diversos escenarios de la capital y del interior. En 1941 inicié aquí mi labor en el cine, con "Señor Mucama". Últimamente filmé "Papá tiene novia". Al responder a una de nuestras preguntas, la actriz dice que a pesar de haber conquistado en el teatro sus mejores triunfos, el cine le seduce con mayor fuerza. "Es una cosa de más vastas proyecciones, más completo artísticamente".



Sabina Olmos



Ayer

Sabina Olmos, que con el tiempo había de ser una figura importante en nuestro cine, aparece en esta foto a la edad de ocho meses. Nació en el barrio Once, y sus primeros recuerdos están relacionados con sus años de Colegiala. "Entonces — dice — era yo una chiquilla realmente insupportable. El estudio, sobre todo el de los matemáticos, me resultaba muy antipático... Me gustaba jugar, y aprovechar todas las recreos para ensayar danzas en el patio. Mis maestras me reñían por eso, pero, sin embargo, me querían mucho"... Los primeros aplausos como artista los recibió Sabina Olmos en esa época de su niñez, pues su ofición al baile hizo que los superiores lo designaran siempre para intervenir en las fiestas de fin de curso. "En una ocasión — recuerda — llegó a la escuela un señor a quien maestras y profesores atendían con mucha deferencia. Era el momento del recreo, y ya estaba, como siempre, ensayando mis danzas. Al verme, el visitante me pidió que bailara una zumbó. Yo, naturalmente, no quería hacerla, porque jamás había oído esa palabra ni sabía lo que ella significaba. Su insistencia, sin embargo, venció mis vacilaciones, y... bailé... Al terminar, unos cuantos caramelos y chocolatinas fueron la recompensa a mi trabajo y también la primera remuneración que recibí como artista".



Hoy

Han pasado ya, para Sabina Olmos, los duros momentos de la iniciación artística. Ahora la vida se le ofrece con un camino ancho, despejado, pleno de éxitos y de satisfacciones. Recuerda con emoción su primera película: "La rabia del camino". "Días antes de que fueran entregado al juicio del público — dice la estrella — pasó momentos de verdadera impaciencia. Sentía deseo de saber cómo iba a "quedar" yo en el marco de la exhibición. Pero ese deseo se convirtió en temor cuando llegó el momento definitivo. Quise salir del cine, pero uno de mis portientes me retuvo diciendo: "No tengas miedo de verte, que no eres tan fea". Sabina Olmos — 27 años, ojos claros, expresión soladora — sonríe. Después, comenta: "Por fin me quedé, y el susto pasó, porque en realidad no me veía tan mal".



EL CIELO DE LOS

A pesar de sus escasos cinco años, Leonardo vivía una vida realmente intensa. Su espíritu sensible y desnudo se iba apropiando gozosamente de todo aquello que el mundo le ofrecía a borbotones: dolores, sonidos, sabores. Los hombres, los animales, las plantas, las piedras, se iban inscribiendo en su alma, y no precisamente tal como le habían llegado, sino corregidos, matizados, desmentidos por su palpitante imaginación. Así vivía Leonardo, entre el mundo de afuera y el de adentro, fluctuante, tan atento a uno como a otro, tan suyo uno como otro, hasta que aquel episodio vino a decidirlo bruscamente.

La cosa es que un buen día se enfureció Koala, el elefante del jardín zoológico. Había muerto Tamara, su esbelta compañera de las selvas malayas, y le habían enviado en su reemplazo una elefanta joven, oriunda de África, muy cariñosa con él, pero no de su gusto. De nada valieron con Koala los tratamientos afectuosos de su nueva pareja, ni los severos de sus guardianes. Su furia iba en aumento, hasta que una noche rompió la pesada cadena que lo sujetaba, y trizó como si fuera un barquillo la reja de hierro que delimitaba su casa. No hubo más remedio que sacrificarlo. Al día siguiente, los diarios publicaban fotografías del pobre Koala, y anunciaban en grandes titulares que se habían necesitado nada menos que veinticuatro tiros de carabina para matarlo.

La noticia llegó a Leonardo antes que a nadie de su casa. El no sabía leer, naturalmente, pero se encontró con el retrato de su amigo yacente, y acudió de inmediato a sus padres en demanda de explicaciones. Leonardo conocía muy bien a Koala: todos los domingos por la mañana su padre lo llevaba a visitar el jardín zoológico, y el gran elefante era su favorito. No hubo forma de ocultarle la triste aventura.

Leonardo quedó consternado con la noticia. ¡Veinticuatro tiros de carabina! De modo

que ya no podría acariciar más su esperanza de que Koala se hiciera realmente su amigo, y un día lo alzara con la trompa, como había visto en alguna figura, y lo colocara suave, maternalmente, sobre su cabeza, entre una y otra oreja. De modo que Koala, tan grande, también se moría. La grandeza, entonces, no era un obstáculo para morir. Al contrario, tal vez ser grande favoreciera la llegada de la muerte. Leonardo recordaba la evasiva respuesta de su madre aquel día que le preguntó:

—Mamá... ¿y cuando yo sea grande, ¿quién va a ser el chiquito de la casa?

Y se pasaba consternado por todos los corredores. Apretaba en su mano la imagen arrancada del diario, ya arrugada y marchita. De pronto tomó una brusca decisión. Muy mal se habría portado Koala cuando había salido la pena pensar tanto en él. Se acercó a su madre, le mostró la fotografía, y le preguntó si estaba mal que la tirara a la basura. Ante la respuesta negativa, comenzó a caminar hacia los fondos de la casa. No había dado dos pasos cuando vaciló, se detuvo, regresó a orillas de su madre, le entregó la fotografía y le dijo, al tiempo que huía:

—Tírala tú. Yo no quiero tirarla.

Después de este episodio, Leonardo quedó huraño y silencioso durante dos o tres días. Por las noches, cuando conversaba con sus amigos Periquito Salaveña y Tristán, sólo hablaban de la muerte del elefante. Cada uno de sus amigos encaraba el caso de una manera distinta. Periquito Salaveña, vital e inclinado como su nombre, lo tomó un poco a broma; le pareció exagerado que Leonardo le concediera tanta importancia. Total, ¿qué les

importaba a ellos? A Tristán, en cambio, le impresionaron tanto o más que a Leonardo los veinticuatro tiros de carabina recibidos por Koala. Sus grandes ojos melancólicos brillaron con un fulgor de lágrimas, su voz se quebró, vencida por la brutal noticia. Inútilmente, Leonardo miraba con irritación la actitud de Periquito, en tanto que la de Tristán le impulsó a consolarlo y ponerle una mano sobre el hombro.

Estas conversaciones y estas divergencias le hicieron pensar otra vez en una vieja cuestión: ¿quién de sus amigos era más amigo suyo: Periquito Salaveña o Tristán? Periquito era la verdad, la vida, la fuerza, los colores. Tristán era más transparente, más callado, más triste; parecía envolverse y diluirse con más abandono en las sombras de la noche. Porque los tres chicos sólo se veían de noche. Y es natural, pues hay que saber que estos amigos nacían cuando Leonardo se acostaba, y sus padres apagaban la luz, y él cerraba los ojos, y comenzaba a contemplar ante sí la oscura y luminosa pantalla de su imaginación. Sus aventuras eran más fantásticas a medida que el sueño lo iba invadiendo; se realizaban las cosas más inverosímiles: Periquito se hacía cada vez menos perceptible, y, en cambio, Tristán se agrandaba, oscilaba, se confundía con las sombras, era la noche, era el sueño. Y a la mañana siguiente llegaba el café con leche con sopas, y los postigos entrecerrados dejaban filtrar tijantes espadas de sol.

Una tarde, cuando ya habían transcurrido varias de melancolía, vino César a visitar a Leonardo. Este quería a su primo mayor por instinto, porque adivinaba en él algo de sí mismo, porque le gustaba su novia, porque César jugaba con él y le preguntaba por sus cosas y por sus amigos Tristán y Periquito, especialmente por Tristán. Por eso fue una revelación para Leonardo cuando su primo le dijo:

—No hay que preocuparse por Koala. El es muy feliz ahora. Está viviendo ya en un cielo

especial, más alto que el nuestro: el cielo de los elefantes. Los elefantes buenos, cuando mueren, se van a ese cielo.

Leonardo nunca había pensado semejante cosa. Ahora se daba cuenta que era, sin embargo, la más sencilla, la más natural. Una objeción se le ocurrió, sin embargo: tendrían que ser muy grandes y muy sólidas las nobes que hubieran en ese cielo, para poder soportar el peso de los elefantes.

—¡Oh, no!—respondió César.—Es un cielo especial, poblado de árboles, y hierbas, y arroyos, y grutas. En fin, todo lo que les gusta a los elefantes.

Aquella noche Leonardo estaba impaciente por acostarse. Quería participar la novedad a sus amigos, a Tristán en particular. Y a Periquito también, que se pondría muy contento. Porque Leonardo todavía ignoraba de cuál de los



ELEFANTES

Por **César
Fernández
Moreno**
ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

dos era mi amigo. La madre se quedó extrañada del apuro del niño por irse a la cama en seguida de comer, él, que otras veces quedaba a toda costa quedarse con los mayores. Es que Leonardo no podía más por acostarse y apagar la luz, y cerrar los ojos, en espera de sus amigos.

En cuanto llegaron, Leonardo, ansioso, los detuvo.

—¡Tristán! ¿Periquito! ¿Sabén dónde está ahora Koala? ¡En el cielo de los elefantes!

Sus amigos se interesaron mucho. Le preguntaron detalles sobre ese cielo. Leonardo los fué contando, tal como los había oído de labios de su primo. Describía, gestaba, excitado. Y a medida que les iba hablando, sus palabras se iban haciendo más lentas, y sus ojos asombrados iban recorriendo el lugar en que estaban. Árboles, lianas, hierba... Un arroyo, a pocos pasos... Una gruta... Y la verdad se hizo en él. Estaba, con sus amigos, en el cielo de los elefantes. Nunca se le había ocurrido pensar con precisión cuál era el lugar en que se encontraba con ellos: nunca lo había mirado, en realidad, porque en su interior, por siempre se había confiado a la mirada trista, y para dentro de Tristán. Pero ahora caía. No podía ser de otro modo. ¿Qué lugar que no fuera el cielo de los elefantes podía ser tan aéreo, tan difusante, tan delicioso como aquel? ¿En qué lugar que no fuera el cielo de los elefantes podía flotar tan acogedora penumbra? Entusiasmado, transmitió la observación a sus compañeros. Desde luego que Periquito Salaveña se burló un poco de él. No podía creer que estuvieran en el cielo de los elefantes. Pero su frase insólita se detuvo en seco. Se escuchaba un crujido de hojas y de ramas partidas. La fronda se abrió, crujida...

—Has visto, Periquito? Aquí está Koala —murmuró Leonardo.

Y allí estaba Koala. Los niños no le tuvieron miedo. ¿Por qué iban a tenerlo? Se acercaron a él, lo contornearon, palpearon su piel rugosa, jugaron a las esquinillas en sus cuatro patas. Cuando las sombras lo iban invadiendo, Leonardo se prometió a sí mismo pedirle a Koala, la noche siguiente, que lo alzara con su trompa, lo colocara sobre su cabeza y lo llevara a dar un paseo por la selva.

Y así lo hizo. Uno por uno, Koala montó sobre sí a los tres niños y los llevó de paseo, un largo paseo, hasta las fuentes mismas del arroyo. Allí lo esperaba Tamara, su antigua compañera, que por lo visto también había sido buena durante su vida, y que los acompañó en el viaje de retorno. Aquella noche, el sueño llegó más lentamente: fue necesaria la fatiga del regreso para que los perfiles se fueran desdibujando, y las maravillas de aquella excursión se sumieran en la oscuridad.

La tercera noche, la confianza de los niños con Koala era ya completa. Leonardo contó a Koala que, la mañana siguiente, su padre quería llevarlo al zoológico, pero que él prefería no ir. Sabía que lo iba a entristecer mucho recordar que en ese lugar los crueles policías habían herido a Koala con veinticuatro tiros de carabina. Koala meneó la cabeza, comprensivamente, y le dijo a Leonardo que no importaba; que en el cielo de los elefantes los tiros de carabina se convertían en mariposas. Le aconsejó que saliera con su padre, que no se privara del paseo. Leonardo cambió una mirada con Tristán y se quedó pensativo.

—¡Tengo una idea! —exclamó de pronto

Periquito Salaveña—. ¿Y si Koala se apareciera mañana en el zoológico, donde todos lo creen muerto por los veinticuatro tiros de carabina? ¿Qué susto se llevaría la gente! ¿Y los policías! Pero, ¡bah! Es imposible. Un elefante muerto nunca podría volver a la tierra. Que siga viviendo en el cielo de los elefantes, todavía, pero... ¡volver a la tierra! Además, estoy convencido de que Koala les tiene miedo a los carabineros.

Las miradas de los tres niños convergieron en el elefante. Tristán y Leonardo deseaban fervientemente que desmintiera las palabras insolentes de Periquito. Koala vaciló un momento, pero se decidió. Prometió que iba a volver al zoológico a la mañana siguiente, y que aparecería en el momento justo en que Leonardo pasara frente a su antigua casa. Y desapareció de repente, como una gran pompa de jabón.

Los tres niños, solos en el bosque, se quedaron mudos un momento. Luego, Leonardo y Periquito hablaron a un tiempo. Este insistía en no creer que Koala bajaría a la tierra. Leonardo afirmaba que estaba seguro, seguro, de que lo haría. Tristán no decía nada, pero sus grandes ojos tristes decían que él también lo creía; que creía en todo. Y vino la noche.

Y vino la mañana. Leonardo se levantó temprano, como todos los domingos. Su madre lo lavó y lo vistió, y él salió caminando por la vereda soleada, de la mano de su padre. Iba pensando por el camino en la sorpresa que se llevarían las gentes cuando vieran aparecer a Koala, con su gran cara bondadosa; cuando vieran que nada pueden veinticuatro tiros de carabina contra un elefante bueno. Pero el asombro de todos, y su dicha, llegarían al máximo cuando Koala lo tomara con la trompa, y lo alzara a él, Leonardo, y lo colocara sobre su testa. ¿Qué diría su padre? Mi padre, pensó Leonardo, se parece un poco a Periquito Salaveña.

Cuando entraron en el zoológico, la impaciencia de Leonardo no conocía límites. Atrásrozó velozmente a su padre entre las enormes jaulas de las aves; cruzó, indiferente, ante la casa de los monos; eludió el estanque de los hipopótamos; rechazó, ante el asombro del padre, su invitación a subir a uno de los carritos-estrados por una llama que otras veces hacían su felicidad.

En el momento mismo en que yo llegué frente a su casa, pensaba Leonardo, en ese mismo momento prometió aparecer Koala. ¿Qué contento se pondrá Tristán! Y Periquito también, porque, aunque no lo pareciera, se tan bueno como Tristán, y todavía no sé a cuál de los dos quiero más.

El padre de Leonardo nunca pudo comprender por qué su hijo se echó a llorar tan desconsoladamente cuando llegaron frente a la casa de los elefantes. Ni por qué Leonardo se quiso volver inmediatamente a casa, él, que otras veces no se cansaba de dar vueltas y vueltas por el jardín. Ni por qué, en cuanto llegó, pidió que lo dejaran acostar, y se encerró en su habitación, sollozando.

Desde aquel domingo, Leonardo supo definitivamente que Tristán era su mejor amigo. ♦

Sea MECANICO DENTAL

LE ENSEÑAREMOS EN POCOS MESES. CLASES DIURNAS Y NOCTURNAS. Se otorga diploma. Usted podrá abrir laboratorio propio para atender trabajo de los Dentistas. HAY GRAN DEMANDA. No hace falta experiencia mecánica previa. ¡ABRASE CAMINO EN LA VIDA! GRATIS. — Pido inmediatamente el interesante folleto explicativo, o mejor pose a conversar personalmente. — NO SE DICTAN CLASES POR CORRESPONDENCIA



Profesión lucrativa para ambos sexos. Escribanos hoy mismo.

Escuela de Mecánico Dental de Buenos Aires
2021 - RIVADAVIA - 2021

Nombre
Calle
Localidad..... L. 221

GUITARRAS
FABRICANTES DESDE 1870
DESDE \$18 HASTA \$1.500
CREDITOS
APRENDIZADO A TOCAR LA GUITARRA

MÉTODOS MÚSICA CUERDAS COMPONENTES GUITARRAS

ANTIGUA CASA NÚÑEZ
SUS DIEGO & GRACIA
BARRIO DE LA PLAZA
U.T. 35-6164-35-ARCE

INTERIOR. SOLICITE INFORMES
GRATIS
REMITELOS CANTIDAD 2025

El hombre moderno prefiere...

AYER ROPA INTERIOR

"Quintana"
CALZONCILLO TIPO SPORT. CINTURA ELÁSTICA. CORTO Y A PLIO DE PIERNAS. EN POPLINES IMPORTADOS. TALLERES INGLESES. \$250

CAMISETA EN HILADO RE. TORDIDO EGIP. C/O. AJUSTE PERFECTO AL CUERPO
\$180

INTERIOR. DESPACHOS EN EL DIA.
DAR MEDIDA DE CINTURA.
FLETE: \$ 0.60

HOY

QUINTANA
LAVALLE 894 • Buenos Aires

De algún sér-
dido suburbio
neoyorquino sa-
ció el empres-
ario del Casino
Ruso o este
espectacular
cosaco del Don
que "comandó"
la entrada de
dicha boíte.

AL MARGEN DE LA GUERRA

Los porteros de

Este cinemato-
gráfico legiona-
rio tiene a su
cintada, en Ti-
mo Square, los
puertos de "El
Marruecos", club
nocturno de moda
en aquel sector.



TIMO Square, en Nueva York, era ya un barrio bastante divertido. Sede de las boîtes más exóticas y de los clubs más *snoobs*, sus calles, escenario de la fastuosa vida nocturna de la ciudad de los rascacielos, han visto pasar bajo el reflejo propicio de sus letreros luminosos a las más heterogéneas caravanas de yanquis noctámbulos y de turistas ansiosos de color local.

Pero lo que ha acentuado más su fisonomía pintorescamente cosmopolita, lo que ha conferido a su elegante frivolidad un curioso matiz internacional ha sido, aunque pareciera paradójico, eso mismo que perfilara y acendrará en el alma del país del Norte el sentido de lo nacional: la guerra.

En efecto, desde que el drama que asuela al mundo contara al Tío Sam entre sus protagonistas, los uniformes militares de los países aliados empezaron a suscitar, en las calles de Nueva York, la expectación de los norteamericanos. El agregado militar a una embajada, que se moviera hasta entonces inadvertido en la vorágine de la vida neoyorquina; el miembro de la comisión naval extranjera, que apenas llamara ayer la atención de ciertos círculos; el aviador o el marino visitantes, que fueran en otros tiempos unos entes más en la formidable batallola del tránsito de la gran ciudad, son ahora contemplados, saludados y aclamados por los estadounidenses, que ven en ellos, no simples soldados, sino representantes de países que están luchando hombro con hombro con su país.

Y este auge de los uniformes militares extranjeros, registrado ya en la producción teatral norteamericana de los últimos meses, ha llegado también a las puertas de los clubs nocturnos de Nueva York. Los dueños de éstos, advertidos de esa evolución a lo cosmopolita que se opera cada vez más marcadamente por influjo de la guerra en los gustos del público, han querido ponerse a tono subrayando la peculiaridad racial que caracteriza el ambiente de sus boîtes.

Así, el propietario de "El Marruecos" no se ha conformado con el estilo morisco de sus salones, ni con el improvisado color local de las palmeras que mienten frescuras de oasis sobre el falso desierto en miniatura de su escenario, y ha apostado a la puerta del club a un señor que luce con cinematográfica arrogancia el más o menos mixtificado uniforme de la Legión Francesa.

Y así en el ball del Casino Ruso proclama desde no hace mucho la nacionalidad del establecimiento un hercúleo y orondo cosaco del Don, extraído por el concienzudo empresario de sabe Dios qué sórdido suburbio neoyorquino.

Y así más allá, sobre un escandaloso telón en rojo en el que un diestro envuelve en





En "El Habana-Madrid" no han considerado suficientemente simbólico el *officer* turístico que se ve al fondo de la foto. Y han puesto a este señor sacado en la rica capa... ¿modestia?...



Aquí este simpático *police man* que escolta los puertos del "The Gay Nineties", uno no sabe nunca si mostrar los documentos o darle una propina.

Time Square

Por Alfredo de los Ríos

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



los vuelos de su capote el testuz de un toro apocalíptico, yergue su gallardía pseudohispana, como símbolo del carácter habano-madrileño de la *boite*, otro ciudadano al que no quisieron vestir de militar y arrebujaron en una capa de dudoso corte castizo.

No falta tampoco, en las filas de este baldío ejército de cancerberos, el que viste un uniforme vagamente policial, como Sailor Grande, a cuya custodia se han puesto las puertas del "The Gay Nineties", y ante el gesto del cual uno no sabe nunca qué sacar del bolsillo: si el portamonedas para darle una propina o la cartera para mostrarle los documentos de identidad...

En realidad, cosas parecidas les ocurren a cada rato a los noctámbulos de Time Square. Yo he visto a más de un buen turista empeñado en arrancar confidencias militares a algún pacífico portero de éstos, confuso y molesto bajo su galoneado uniforme de utilería.

Y todavía recuerdo, por otra parte, la indignación con que aquel coronel centroamericano impreca, en la puerta de cierto *night-club*, a un elegante y achispado *habitué* de Time Square.

—¿Qué le ocurre, coronel? — interrogué a mi enfurecido amigo llegando milagrosamente a tiempo de apartarlo de su antagonista, que, ante la reacción iracunda del coronel, apenas acertaba a balbucear unas excusas.

Y el coronel me confió, contemplando de arriba abajo al confundido clavera:

—¿Se da usted cuenta, amigo mío? ¡Pues no tiene el caballereite la pretensión de que le llame un taxi!

A pesar de los incidentes de esta índole, quizá por ellos precisamente, la "militarización" de los porteros de Time Square ha agregado un nuevo atractivo al más bullicioso de los barrios nocturnos de la ciudad. Claro que eso no impide que la mayoría de los neoyorquinos siga siendo partidaria de otro estilo de cancerberos: de las cancerberas.

Time Square, el barrio donde se concentra la vida nocturna de la ciudad de los rascacielos. Sus *night-clubs* han dado ahora en "militarizar" a sus cancerberos, lo que confiere al populoso sector un matiz pintoresco.

En lo cual, dicho sea de paso, forzoso es alabarles el gusto a los noctámbulos de Nueva York. ...

LAS VOCACIONES TARDIAS EN LA

SUELE llamarse "vocación tardía" a la que aparece cuando el ser humano se halla en plena madurez, pasados, más o menos largamente, los cuarenta años. A la verdad, no existe la vocación tardía, sino la manifestación retrasada de la vocación que estaba latente y adormecida.

Muchas causas tienden o retardan las vocaciones auténticas: el empuje paterno de que el niño siga determinada carrera; el capricho infantil; el contagioso ejemplo de lo que vemos a nuestro alrededor; el consejo equivocado; las circunstancias sociales y económicas de la familia y aun del ambiente o del grupo social en que va creciendo el adolescente. Pero sea cual fuere la causa que induce al hombre a seguir un rumbo que no es el suyo, no cabe duda de que la vocación tardía existe y de que es harto frecuente.

Casos notables de vocación tardía

Conozco dos casos, entre muchos otros, de vocación tardíamente manifestada, que vale la pena recordar.

Uno es el del gran escultor belga Constantino Meunier. Hasta que hiciera cierto viaje a España, Meunier había sido un pintor mediocre. Al recorrer los pueblos vascongados en compañía del pintor Darío de Regoyos, que me contó el caso, Meunier se entusiasmaba al ver en las carreteras algunos hombres que le parecían magníficos para tema de una escultura. "¡Míre ese vasco que va llevando una vaca! ¡Cómo me gustaría hacerle una estatua!" Regoyos le contestaba: "¡Pues hágala, hombre!" No sé si Meunier utilizó o no algún vasco en calidad de modelo, pero sé que abandonó para siempre la pintura y empezó a los cincuenta años su nuevo oficio de escultor, que le ha-
ría universalmente célebre.

Otro caso es el del uruguayo Figari. El doctor Figari era abogado, y había sido legislador en su patria. Un día tomó los pinceles sin preocuparse de que tenía sesenta años, y fué, desde el primer momento, uno de los más eminentes pintores de la América española, y el primero entre todos por su originalidad, imaginación, modernidad, colorido y expresividad.

La vocación tardía entre

nosotros

En la Argentina, donde hasta hace poco nada significaba el ser escritor o artista de mérito, han abundado las vocaciones tardías. A principios de este siglo, el escritor, para casi todo el mundo, en Buenos Aires como en las provincias, era un pobre diablo, un muerto de hambre. De ahí que más de un muchacho con talento literario debiese envainarlo para hacerlo lucir treinta años más tarde. Los padres querían que sus hijos fuesen doctores, y el ambiente, lejos de estimular el consagrarse a las letras, lo obstaculizaba.

Entre los muchos casos de vocación tardía no conozco ninguno igual al del doctor Juan Balestra. Había sido Balestra abogado cerca de sesenta años, y político durante veinte o treinta. Llegó a ser ministro de Pellegrini. Pues bien: un día, próximo a los ochenta, se siente escritor, reúne los documentos que necesitaba para un libro sobre el go y se estrena en la literatura, en plena vejez, con una obra maestra. Es penoso para el país que este hombre no haya comenzado a escribir cincuenta años antes.

Tres principiantes excepcionales

En los dos últimos años se han producido varios casos de hombres maduros que se iniciaron con éxito en las letras. Y no me refiero al éxito de librería ni a los elogios de los diarios, sino al éxito de haber realizado una obra de valer y aun de belleza.

¿Cómo estos hombres, que pertenecen a una época posterior a la de Balestra, no sintieron en la juventud el llamado urgente de la vocación? Habría que estudiar cada caso y esto me llevaría demasiado lejos. Lo importante es comprobar cómo en 1941 y en 1942 se estrenan en la literatura tres hombres maduros que antes no habían escrito, de quienes nadie posiblemente había esperado que resultasen de pronto escritores.

Un evocador del ayer

El primero de estos casos es el de Federico Quintana, que desgraciadamente murió muy poco después de su magnífico estreno literario. Quintana había sido siempre hombre de mundo y diplomático. Fue embajador en Chile. Luego el gobierno le encomendó una embajada extraordinaria en el Japón. Yo lo había conocido en 1906, en el vapor Clyde, donde volvíamos de Europa. Me sorprendieron sus juicios literarios, su información sobre libros y escritores y su sentido humano y comprensivo de la vida. Pero jamás supuse que pudiera escribir. Por esto, me sorprendí cuando, en casa de un pariente suyo, nos hizo conocer, a las varias personas allí presentes, tres capítulos de un libro que preparaba. Le dije lo bueno que pensaba de esas páginas y en diversas ocasiones le incité a publicarlo. Tardó un par de años en hacerlo. Tenía sesenta y cuatro cuando lo publicó. Sin duda, algún amigo le había aconsejado "no meterse", acaso insinuándole el desprestigio de un fracaso.

El libro, aparecido en junio de 1941, titúlase *En torno a lo argentino*. No se trata, precisamente, de "memorias", pero algo tiene de este género. Quintana evoca cosas de su infancia y de su adolescencia, de una temporada en una estancia inglesa, de otra temporada en los verbales de Misiones. Recuerda el viejo ejército del 80, la conscripción en Curumalal, la Buenos Aires de los últimos veinte años del pasado siglo, la calle Florida en ese tiempo, los tenorios y los matones de entonces, la revolución del 90 y el tango.

Este libro, escrito con rara distinción y corrección, es la obra de un



Federico Quintana.



Roberto Uballes.



Daniel Ovejero.

artista que siente hondamente las cosas del pasado y sabe mostrarlas. Tiene Quintana descripciones realmente bellas, como una de la selva, que me parece digna de Horacio Quiroga o de Eustasio Rivera.

Pero lo más notable del libro de Quintana es la abundancia y la calidad de sus ideas. Hablando del donjuanismo, dice que "surgió entre nosotros como un producto inevitable y lógico de nuestra inmadurez espiritual". Explica al matón y asevera: "En la escala del caudillaje; el matón es la figura mínima". Considera nuestra historia como "un anhelo de constante dominación sobre el ambiente, sobre los hombres, sobre sí mismo". Es Quintana una especie de filósofo de nuestra evolución, a la que él asistiera en las últimas jornadas del siglo pasado. Pero un filósofo que nada critica porque todo lo comprende, porque a cada cosa la coloca en su tiempo y en su ambiente y porque él mismo tiene un alma suave y bondadosa.

Su gran página, la más reveladora y la más honda, es la que dedica al tango. No le heido nada tan verdadero, bello y profundo sobre el tema. Quintana, sobriamente, nos muestra lo que pudiéramos llamar "el itinerario del tango". El lo ha visto nacer, entrar en la ciudad a modo de una invasión y apoderarse del alma colectiva. No lo condena. Lejos de eso, dice que, en sus primeros tiempos, representaba "la insatisfacción y los anhelos del medio cuya vital aliviez supo interpretar". Muestra su marcha comenzada en el suburbio, donde naciera. "Poesía — explica — una fuerza sugestiva y una cadencia contagiosa que le abrieron fácil camino. Pasó de su cuna al centro, seguido de un numeroso séquito de compositores y guitarreros, intérpretes espontáneos, que actuaban como sus introductores a la vez que como sus modelos vivientes".

LITERATURA

Por **MANUEL GALVEZ**

ESPECIAL PARA LEOPLAN

Una estancia del sur de Buenos Aires

El señor Roberto Uballes se ha estrenado en las letras con algunos años menos que Quintana. No ha de andar lejos de los sesenta. Entiendo que nunca había escrito. No le faltan antecedentes intelectuales, como que su padre fué médico eminente y rector de la Universidad de Buenos Aires. Pero él es, a lo que parece, un hombre de campo. Quiero decir un hombre que desde hace años trabaja en el campo y que conoce profundamente y ama las cosas de nuestros campos.

Un buen día, el señor Uballes tuvo la feliz idea de componer un libro describiendo su estancia, una vieja estancia criolla en Tapalqué. Le puso a su libro un título que no da idea de lo que es: *Boleando chimangos*. Porque, a la verdad, se trata nada menos que de evocar una estancia típica, con sus hombres, sus árboles, su fauna, sus costumbres, sus trabajos.

Uballes escribe correctamente, mejor que algunos escritores conocidos. Es probable que, al meditar en su futuro libro, pensara en Hudson. Algo en sus páginas recuerda al autor de *Allá lejos y hace tiempo*. No pretendo comparar al argentino con el inglés. No hay comparación posible en el terreno literario. Pero Uballes no le va en cuanto al conocimiento del asunto y a la honradez con que lo ha tratado. Este libro cobrará cada día mayor interés y mérito y llegará a tener, si no lo tiene ya, el valor de un documento.

Una revelador del Norte

Daniel Ovejero es jujeño. Dicta una cátedra en la Facultad de Derecho de Buenos Aires. Su padre ha sido gobernador de su provincia. El ha dedicado su vida al ejercicio de su profesión. Creo que aun no ha cumplido los cincuenta años y es posible que haya escrito alguna página antes de su verdadero estreno en la literatura. Pero esto mismo demuestra la existencia en él de una vocación. Tengo para mí que Ovejero ha de haber luchado con su deseo de consagrarse por completo a escribir.

Su reciente libro *El Terruño*, que lleva el subtítulo de *Vida Jujeña*, es, en su mejor parte, una bella evocación de su infancia en Jujuy. Es Ovejero un escritor hecho, que nada tiene que aprender en materia de técnica literaria. Sabe componer y dialogar, y su prosa, generalmente sobria, elegante y aun castiza, parece la de un hombre que hubiese escrito mucho antes de publicar este libro. Es que al escribir le ha guiado el buen gusto, el conocimiento de nuestra lengua y, sobre todo, su instinto de escritor nato.

Tiene Ovejero tres aptitudes: el sentido de lo pintoresco; la habilidad para narrar y pintar tipos, sobre todo populares; y un fino humorismo. Su literatura recuerda en algo a la de su hermano político Juan Carlos Dávalos. Pero hay en Ovejero mayor fondo melancólico en los recuerdos del pasado y menos riqueza de elementos pintorescos. Entre los tipos de Ovejero, ninguno tan notable como el del compositor de gallos de riña, don Fidel, y acaso ninguna de sus descripciones valga tanto como la de la riña. En esta animada, dramática y característica descripción, que está corada por los diálogos de los concurrentes y sus apuestas, es de admirar el hábil desarrollo del combate, la cantidad de observaciones sobre los luchadores y los concurrentes, el vigor de la frase y lo que pudiéramos llamar "la psicología" del gallo derrotado. El momento final es realmente hermoso. Vencido el gallo de don Fidel, y ciego, alguien dice que se va a ir. Don Fidel protesta. "¿Cuándo has visto — increpa al insolente — irse un gallo de mi cría?" El gallo va a morir en su ley. "Como si hubiera comprendido lo que ocurría, hizo algo portentoso. Con un esfuerzo supremo, en el que concentró cuanto le quedaba de fuerza y de vida, se irguió, banó las alas y, desde la noche trágica de sus tinieblas, lanzó un canto claro, vibrante, desafador. Luego, agitado por un temblor convulsivo, fué sentándose lentamente sobre las patas; se tendió sobre un costado, y quedó inmóvil. Estaba muerto".

Moraleja

De todo lo dicho deduzco: que para escribir un buen libro no es necesario ser un profesional de las letras, ni menos vivir pasmándose ante cuanto escriben los extranjeros, sino que basta con tener el don literario, sentir amor por nuestras cosas y saber observarlas. Sólo es de lamentar que personas bien dotadas para revelar lo argentino mediante el libro, tarden tanto tiempo en manifestarse. De esto tiene la culpa el ambiente, el público, que, lejos de interesarse por lo argentino, sigue, como en años pasados, con los ojos fijos en los libros que nos llegan del extranjero y que a veces, muchísimas veces, son absolutamente inmerecedores de ser leídos.



EN LA PRIMER PUERTA!

Así como usted no va a ver a cualquier médico, cuando se trata de su salud, tampoco confíe en cualquier escuela, cuando se trata de su futuro!

Ateniéndonos estrictamente a los hechos, podemos decirle que la **UNIVERSIDAD POPULAR DE LA MUJER** es un instituto especializado desde hace 15 años exclusivamente en la enseñanza por correo, que dedicó siempre a todas sus alumnas una máxima atención personal, que sus cursos son modernizados constantemente para mantenerlos "al día" con todo progreso, que más de 40.000 alumnas han triunfado ya gracias a esta enseñanza, tan seria como sencilla, y que estas alumnas triunfantes son

¡LA MEJOR GARANTIA PARA SU FUTURO!

UNIVERSIDAD POPULAR DE LA MUJER

IMPORTE DE LOS CURSOS PAGADERO EN PEQUEÑAS CUOTAS MENSUALES *

Curso de Cosmética... \$ 25	50 por mes	Secretaría... \$ 15	50 por mes	Lengu. alemana... \$ 30	50 por mes
Laborio... \$ 25	100 >>	Cancionero General... \$ 100	50 >>	Idi. Arg. Comu... \$ 175	100 >>
Laborio y...		Tipografía... \$ 22	50 >>	Química Industrial... \$ 100	50 >>
Artes Manuales... \$ 22	100 >>	Neurología... \$ 10	50 >>	Pop. públ. Formacio... \$ 100	100 >>
Artes... \$ 22	100 >>	Idi. Oficina... \$ 100	50 >>	Idi. Griego... \$ 75	50 >>
Idi. y Idioma Francesa... \$ 22	100 >>	Idi. de Comercio... \$ 12	100 >>	Idi. Indio... \$ 100	100 >>
Idioma de Llamas... \$ 45	50 >>	Química General... \$ 100	50 >>	Idi. Chino... \$ 100	100 >>
Química Industrial... \$ 100	100 >>	Caligrafía... \$ 20	100 >>	Idi. Japonés... \$ 100	100 >>
Cuipo... \$ 31	50 >>	Idi. y Idioma... \$ 20	100 >>	Idi. Indio... \$ 100	100 >>
Correspondencia... \$ 27	50 >>	Idioma... \$ 20	100 >>	Idi. Chino... \$ 100	100 >>

REPRESENTANTES EN:

COLOMBIA
Alfonso Fernández Quintero
Edificio Olano, Medellín

CHILE
Italo Comptos S.
Correil 1529, Valparaíso

PARAGUAY
Ramón Ortiz Caballero
Brasil 142, Asunción

Manuales en venta y catálogos GRATIS y sin costo. Soliciten al profesor LAFERRÈRE UN COUPON QUE LE ENVIAREMOS GRATIS por correo.

NOMBRE
DIRECCIÓN
LOCALIDAD

MANDE ESTE CUPÓN HOY.
Y VIVIRÁ MEJOR MAÑANA

Una escuela



Las nuevas autoridades elegidas por un año, prestan juramento. Los hombres del pueblo no tienen nada que envidiar a los de la ciudad en lo que se refiere a la vida social y política; es decir, a la vida civilizada.

Las asambleas de Pelham se singularizan por la presencia en ellas de los niños de los grados superiores de la escuela del pueblo, quienes asisten allí a una clase práctica de democracia.



LA cultura europea se distinguió por el esplendor de las artes y las ciencias; y, desde este punto de vista, se atacó frecuentemente a Norteamérica, como país negado, indiferente o desdichoso, para las actividades del espíritu, cuando lo que ocurría era, sencillamente, que éstas tomaban allí otras formas y, en especial, las de la organización de su vida colectiva y la creación de una pujante democracia.

Interesantísimo resulta el ver cómo empieza a manifestarse esa democracia en el período colonial, cuando los granjeros de Pelham, un pueblecito de Massachusetts, se reunieron por primera vez, en 1743, en el *ball* donde años más tarde se alzarían, al influjo de la palabra inspirada de Daniel Shays, uno de los precursores de la independencia norteamericana, contra los tributos onerosos y las injusticias de la tiranía, derrocando a las autoridades impuestas por el gobierno.

Esta asamblea — ellos la llaman *meeting* — de Pelham es un órgano de gobierno del pueblo por el pueblo, que constituye una de las gloriosas tradiciones liberales de los E.E. UU., y ha sido calificado de unidad molecular y quintesencia de la democracia. Algunos historiadores buscan su origen en las asambleas realizadas, por los suizos en el siglo XIII, y otros, remontándose más, creen descubrirlo en la antigua Grecia. No puede negarse tampoco su semejanza con el municipio español, si bien éste, modelo de instituciones libres, no ha podido desarrollarse ni dar los frutos apetecidos, ahogado, como en el caso de las Comunidades de Castilla y las Germanías valencianas, por el poder central. Sólo en nuestra América... Pero, oigamos a este respecto la palabra magistral de don Bartolomé Mitre en la Convención Constituyente de la provincia de Buenos Aires, reunida en 1871, cuando salió en defensa de algunas virtudes básicas del sistema colonial español. A la pregunta de: "¿Qué tenía la colonia?" él contestó: "La Municipalidad, bajo el nombre de Cabildo, institución que España nos había otorgado y que entrañaba un principio democrático

Todos los asuntos que interesan a la comunidad se debaten en la asamblea, prevaleciendo siempre la opinión de la mayoría. Mark Aldrich, almocenero, aboga aquí por un proyecto, que luego se pondrá a votación.



de democracia

Por
Valentín de Pedro
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

de libertad, que debía dar con el tiempo el fruto que en la madre patria no había podido madurar. La España tuvo antes que la Inglaterra la inteligencia y la conciencia de las instituciones libres del propio gobierno... Teníamos los cabildos y los cabildos abiertos, es decir, la sombra de la municipalidad y el medio de dar participación al pueblo en la cosa pública. En aquel momento supremo — se refiere a nuestro 25 de Mayo —, el pueblo se agrupó alrededor del Cabildo... delibera como soberano en la plaza pública, como en Atenas y Roma en sus antiguos tiempos, y manifiesta su irrevocable voluntad".

En Norteamérica, el *meeting* nació a la vida pública por lo que se ha llamado "ejercicio del sentido común inglés", practicado por hombres amantes de la libertad, y llegando a alcanzar su máxima eficacia en virtud del espíritu de asociación y de colaboración que los ha animado siempre. Esto es lo que vio Sarmiento en sus viajes a los EE. UU. y lo que tanto le entusiasmaba. "Donde se reúnen unos cuantos yankees — escribió — formulan las bases de una asociación; la obra empieza y progresa rápidamente, material y espiritualmente". Y luego, refiriéndose a la asociación como agente de libertad y progreso, decía: "De este modo gobierna el pueblo, trabajando directamente y sin la intromisión de autoridad alguna, en procurarse su bienestar. No es ésta una teoría irrealizable; es un hecho existente en dondequiera que el pueblo es todo y el gobierno lo que debe ser. Si en Norteamérica algún embarazo interrumpe el pasaje en la vía pública, deteniendo la circulación, los vecinos se reúnen en un cuerpo deliberante, de cuyo seno saldrá un poder ejecutivo que remediará el mal, antes que a nadie le haya ocurrido la idea de una autoridad preexistente a la de los asociados. Lo mismo sucede para la seguridad pública, comercio, templanza, industria, moral y religión".

Y que Sarmiento supo ver con meridiana claridad las cualidades esenciales de la vida norteamericana, lo prueba este pueblito de Massachusetts, de no más de quinientos habitantes, aldea más bien por su escaso vecindario; pero, ¡qué distinta a las aldeas de cualquier otro país, a la impresión que de la aldea nos transmite Europa, imagen del atraso, contrarfigura de la ciudad! Pelham, muy lejos de las urbes importantes, lleva una existencia ajustada no sólo a las más avanzadas normas de progreso, sino también a los más puros principios democráticos. Hasta el punto de que el hombre de esta aldea no tiene nada que envidiar al hombre de la ciudad, en lo que se refiere a nivel de vida social y política, es decir, de vida civilizada.



Dirigiéndose al *meeting* que se celebró una vez al año en el hall fundado en 1743. El *meeting* en los Estados Unidos nació a la vida pública por lo que se ha llamado el "ejercicio del sentido común inglés".

Desde que en 1743 se construyó el hall de Pelham, lugar de sus *meetings*, éstos no han dejado de celebrarse todos los años. En estas asambleas se delibera sobre cuantos asuntos interesan a la comunidad, y en los acuerdos que se toman prevalece la opinión de la mayoría.

Las autoridades coloniales de Massachusetts veían en estas reuniones un peligroso foco revolucionario y quisieron suprimirlas, pero no lo consiguieron. Pudo más el espíritu de asociación. Los habitantes de la colonia se iniciaban en estas asambleas en las prácticas de la vida democrática, que habían de implantarse con la independencia, y así el hombre de la más recóndita aldea norteamericana pudo verse cabalmente representado en un Washington, y los corazones estaban preparados para que fructificasen en ellos las palabras de un Franklin, apóstol del bienestar y la virtud.

Después de la independencia, los habitantes de Pelham siguieron — y siguen — reuniéndose una vez por año en el hall glorificado por el recuerdo del capitán Daniel Shays. Toda persona anotada en el registro de votantes tiene derecho a opinar y a emitir su voto en la asamblea. Si el asunto de

que se trata es de poca monta, la votación se hace a la vista, levantando la mano en señal de conformidad; cuando se han de decidir cuestiones de cierta importancia, entonces la votación es secreta, depositando cada uno su papeleta en una urna. Todo esto no tiene, en realidad, nada de particular. Pero, hay algo en estas asambleas que las singulariza, y es la presencia en ellas de los niños de los grados superiores de la escuela del pueblo. Para que estos niños puedan asistir al *meeting* que los vecinos de Pelham celebran un día al año, y en el que eligen el comité que ha de administrar los fondos de la comuna y resuelven cuantos asuntos interesen al pueblo, ese día se declara feriado en su escuela. En realidad, la fiesta para ellos no consiste en otra cosa que en cambiar de local, pues si al hall del pueblo — escuela de democracia — es en calidad de alumnos, para asistir a otra clase: clase un poco larga, pues suele durar desde el mediodía hasta el atardecer, pero en la que ellos pasarán sin duda un buen rato, cumpliendo así el precepto clásico de enseñar divirtiendo. Los muchachos asisten a las deliberaciones desde una tribuna, como espectadores. Y así van aprendiendo una lección que de igual modo aprendieron sus padres, y que sin duda ha de grabarse de manera indeleble en sus almas. Bella forma de irse transmitiendo, de padres a hijos, el legado de libertad que recibieron de sus antepasados, los inmigrantes escoceses presbiterianos que, afincados en aquellas tierras, iniciaron estas prácticas democráticas hace exactamente dos siglos.

Los granjeros de Pelham se alzan contra los tributos onerosos, derrocando a las autoridades, al influjo de la palabra inspirada de Daniel Shays. He aquí cómo se recuerda su memoria a lo entrada del pueblo.

Si el asunto de que se trata es de poca monta, la votación se hace a la vista; pero cuando se ha de decidir sobre cuestiones de cierta importancia, entonces cada uno deposita su voto en una urna.



PELHAM

SETTLED BY SCOTCH PRESBYTERIAN EMIGRANTS 1739
ORGANIZED AS THE LISBURN PROPRIETY 1740
INCORPORATED AS THE TOWN OF PELHAM 1743
OLD BURYING GROUND LAID OUT 1739
MEETING HOUSE COMPLETED — THE OLDEST
TOWN HALL IN CONTINUOUS USE IN NEW ENGLAND 1743
CONGREGATIONAL CHURCH BUILT 1839

THE HOME OF CAPT. DANIEL SHAYS
AND THE CENTER OF THE TOWN REBELLION 1786-87

ACTUALIDADES

EL FALLECIMIENTO DEL
CONTRAALMIRANTE

Con todo y pesar fue recibida en todo la República la noticia del fallecimiento del vicepresidente de la Nación, contraalmirante Saba H. Seyra. Este sentimiento popular se puso de relieve en el acto del sepelio de sus restos, efectuado con los altos honores decretados por el Poder Ejecutivo, y que constituyó una grandiosa manifestación de duelo. Una inmensa muchedumbre presenciaba el paso del cortejo fúnebre en su trayecto hacia el cementerio de la Recoleta, donde compañeros de armas y de gobierno despedían con sentidas oraciones al magnífico desaparecido.



Un aspecto de la llegada del cortejo fúnebre a la Recoleta, donde las fuerzas de mar y tierra rindieron honores, ante la presencia de la inmensa muchedumbre que asistió al sepelio.



"HIDALGO DE LOS MARES". — En su microcine de la calle Lavalle, y especialmente dedicada a la Editorial Sopena Argentina, ofreció la distribuidora Artistas Unidos una exhibición de "Hidalgo de los mares", película de sello inglés dirigida por Noel Coward, en la que, a través de la historia de un barco, se refleja el gesto de la marina de guerra británica en la actual conflagración y se glorifica a los hombres que integran sus fuerzas de mar. Asistieron al acto elementales directivos de nuestro casa y una representación de la embajada británica, integrada por Mr. Alfred Roberts y por Mr. y Mrs. Brutton, presenciando igualmente la exhibición los cronistas cinematográficos de nuestras revistas. Hizo los honores de la casa, con su habitual gentileza, el gerente de Artistas Unidos, señor Sam L. Seideman, acompañado por el jefe de publicidad de dicho distribuidor, Sr. Aramayo.



EL II CONGRESO NACIONAL Y PANAMERICANO DE PRENSA. En el Capitolio Nacional de Cuba celebráronse recientemente los jornadas del congreso del epígrafe, a cuya inauguración asistió el presidente de la república hermano, mayor general Fulgencio Batista y Zaldívar. Concurrieron al congreso delegados de prensa de casi toda América, haciéndola en representación de la Editorial Sopena Argentina el señor Fidel Sorobio. En la foto se ve al presidente de Cuba durante la ceremonia inaugural.



COMMEMORACION. — Con diversos actos de carácter público conmemoró la Congregación Israelita de la República Argentina al 75º aniversario de su fundación. En la fotografía aparece un sector de la cabecera del almuerzo que se sirvió en el salón comedor del Asilo Argentino de Huérfanos Israelitas, y al cual asistieron destacadas personalidades de esa colectividad.

No malgaste sus cartuchos!!

EXIJA LAS LEGÍTIMAS.

ESCOPELAS, RIFLES Y CARABINAS

CENTAURO



RECOMENDAMOS
LAS CARABINAS
"DIANA"
CALIBRE 22 PARA
TIRO AL BLANCO

GARANTIZADAS PARA POLVORA SIN HUMO

PIDA FOLLETOS EN LAS BUENAS
CASAS O A SU DISTRIBUIDOR:

LEANDRO REDAELLI - SALTA 1071 - Bs. AIRES

gentino de Huérfanos Israelitas, y al cual asistieron destacadas personalidades de esa colectividad.

CONCIERTO. — En el Teatro del Pueblo ofreció un recital de piano la concertista Genny Blach, quien ejecutó obras clásicas de conocidos compositores nacionales y extranjeros. La reunión contó con el auspicio de la agrupación artística "La Peña".



GRAFICAS

VICEPRESIDENTE DE LA NACION

SABÁ H. SUEYRO



El féretro es conducido a púls hacia el peristilo de la Recoleta, acompañado por parientes del extinto y altas autoridades de la Nación.



Con sentidas oraciones fueron despedidos los restos mortales del vicepresidente. El ministro del Interior, coronel Alberto Gilbert, aparece aquí haciendo uso de la palabra.



LA FIESTA NACIONAL DEL URUGUAY. — Una elocuente expresión de solidaridad continental constituyó la fiesta con la cual el Instituto Cultural Argentino-Uruguayo celebró el 113° aniversario de la Constitución de la República Oriental del Uruguay. Ocuparon la cabecera del banquete distinguidas personalidades, entre otras, el intendente municipal, general Basilio Pertiné; el doctor Enrique Larreta; el embajador de los Estados Unidos, Mr. Norman Armour; el embajador del Brasil, doctor José de Paula Rodrigues Alves, y el embajador de Chile, doctor Conrado Ríos Gallardo. Durante el brillante acto hizo uso de la palabra el señor Luis E. Azarola Gil, consejero de la embajada del Uruguay, en representación del doctor Eugenio Martínez Thedy.



LOS NUEVOS SUB-TENIENTES. — Lucidos contornos adquirió el acto de la entrega de los sabres a los nuevos subtenientes de nuestro ejército. Asistieron a la ceremonia el presidente de la Nación, general de división Pedro P. Ramírez, y altas autoridades del país, quienes aparecen aquí escuchando el Himno Nacional.



ANIVERSARIO. — Personal directiva y empleados de las Librerías MacKern, S. A., y miembros de la Sociedad de Ayuda Mutuo de Vendedores de Diarios de esa casa, reunieron en una comida de camaradería al cumplirse el 25° aniversario de la fundación de dicha firma, y el 6° de aquella sociedad. La foto muestra la cabecera del banquete.



ARTISTICAS. — En los salones de la Asociación de Artistas Argentinos realizó una exposición de sus obras la pintora Carmen Fernández Roas de Prieto. Las cuadros al carbón que constituyen la muestra, merecieron unánimes elogios de los críticos de arte locales.

"VOLCAN"

Cocinas "VOLCAN", las primeras que en el mundo se han fabricado a gas de kerosene.

En venta en todas las casas del ramo.

Fabricantes: Cuareta & Cia.

Maipú 250 - 33 - 9731 - Bs. Aires



a gas de kerosene

EL REGRESO

EN estos momentos siento haber dejado de ser lo que era. Todo, se abandona en mí. Atento sólo a la orden que va a ser dada, sujeto con fuerza el fusil a mi pecho y espero. Mi pobre corazón late sin ansiedad, y sufro un poco de frío dentro de la noche cálida que nos esconde. En la espera nos miramos todos, y aunque nada decimos, sabemos comprendernos: la única vez. Recordamos, sin querer, nuestros días pasados, nuestras pasadas bromas y nuestra pasada vida. Vamos a entrar en lo arcano, así pues, cuando dejemos esta sucia trinchera y demos ese

salto, cada uno de nosotros dejará en ella su propio mundo. A pocos pasos de donde caeremos quedará toda nuestra vida anterior. En la pared de barro que nos cobija, tu nombre grabado y unas fechas, lo mejor, el mejor de todos los recuerdos, quedará aquí muy sucio de barro y de sangre. Con luz de luna bañado y coronado de estrellas. Este cielo que es lo único limpio, lo único que vive y lo único que existe en este cuadro, se parece a otros cielos muy lejanos. Si lo vieras lo reconocerías. Con una pequeña lágrima en la mejilla, pensarías como yo en muchas cosas bellas y en muchas cosas malas.

Ahora es el sargento — que sin herir la noche — nos ordena en voz baja. Instantáneamente las bayonetas palidecen en el aire. Pienso que ha llegado el gran momento y en mis

manos el fusil se inquieta. Tu imagen no me abandona, ni me abandonará más.

El tiempo pasa lento, lentísimo. El silencio es completo. Y la noche al mirarla es bella, bellísima. Debo confesar que tengo miedo: no de morir, puesto que días hace que he dejado de existir para mí mismo. De este pozo sé que es difícil salir. Además nadie reconocería la persona que fui hasta hará pocas semanas. Quién sabe si tú misma no me tendrías ya por muerto. Han sido muchos hoy los cálidos. Nuestra posición es tan difícil como fácil para el enemigo, que no ha dejado de cañonearnos en todo el día. Y ahora, así el destino lo quiere, vamos a enfrentarnos con ellos, a echarlos de donde nos dominan, a luchar cuerpo a cuerpo, a matar y morir. A morir cuando la noche invita a todo menos a eso, y a matar precisamente con el alma rebosante de amor por ti, que me esperas lejos. Creo que ahí está todo mi temor. He de ser el primero en caer, por no haber sabido matar. Y la orden es dada. Y junto con los otros al saltar, avanzamos. Y en menos que lo pienso me veo en el vórtice mismo de un rugiente torbellino de balas. Con otros dos me protejo en el hoyo de una granada. Y es al poco de advertirlo cuando me quedo solo. Desde que hemos saltado espero recibir ese golpe seco que ha de quitarme la vida. Por eso llevo en mis labios tu nombre.

El repiqueteo de la ametralladora cesa. El silencio vuelve. Experimento la sensación de crearme el único ser vivo en la vastedad del espacio. A modo de comprobación, asomo la cabeza. A poca distancia, yacen los cuerpos inertes de mis compañeros. En las sombras se mueven los otros. Sigo con ellos. Debemos avanzar, avanzar y terminar cuanto antes. Es



TODDY NUTRE, DA ENERGIA Y ES BASE DE ECONOMIA

Por **F. García y Guzmán**ESPECIAL PARA
"LEOPLAN"ILUSTRACIÓN
DE VALDIVIA

me muestra consigna y con ella no sé cuanto tiempo paso arrastrándome. Mi intención es ganar un pozo cercano, tal vez la última etapa. Poco falta por alcanzarlo cuando de pronto retumba la tierra a mis pies y caigo. Antes de que me sea posible cerciorarme de si he sido herido, veo cómo se va abriendo una serie de agujeros en la tierra, cómo se extiende en líneas perfectas, lo mismo que si la perforase un punzón vertiginoso. Escondo mi cabeza entre mis brazos, al mismo tiempo que siento un formidable mazazo en la nuca.

Se hace una espesa tiniebla en torno mío. Las fuerzas me abandonan. Apenas si me quedan las suficientes para mover el dedo meñique. Siéntome desmayar... desmayar como bajo la acción de un anestésico. Pierdo la noción de todo..., menos de aquella densa oscuridad que me rodeaba. Y no sé dónde, allí en un rinconcito de mi cerebro, brilla aún un raso tenue de conciencia. A su débil luz me digo... "Tú ves, también a ti te tuvo que tocar el turno. Convéncente, nadie se escapó. Cuenta ahora los minutos que te quedan y guzalos como puedas.

Aunque estás ciego, aunque te sientes caer en el espacio como un bólide, eleva tu cabeza al cielo y contempla cómo las estrellas te abandonan a tu suerte. Ya todo es imposible. No hay paso hacia atrás que te salve. Ya estás donde querías, donde ansiabas estar, si, porque lo ansiabas, porque tú viniste por tus propios pasos. Fué un ideal, ahora lo recuerdas, fué por defender algo muy bello. Bien, va lo defendiste, ya te chorrea la sangre lo suficiente como para ser aclamado por las muchas lumbres que te vieron partir. No tendrás ahora el aire marcial, solemne, de aquellos días: todo se ha perdido en el fango. Ahí, pero si te queda la inquebrantable voluntad de vencer, y vencerás, claro que sí. ¿Qué importa el milésimo hombre? ¿Qué importa que tú quedes aquí? Si detrás hay otros, hay muchos, ¿qué importa que tú mueras, que te ignoren las multitudes, si hay alguien, muy lejos de estos campos sin rosas, que te llora y espera? Anda, haz tu último esfuerzo, trata de evitar que te lleven, contén esa sangre que te chupa la tierra, y vive, vive como puedas, de lo que puedas, pero vive.

—Miguel..., Miguel...

...???

...Miguel...

...???

—Ya mueve sus manos, doctor... Miguel...

...Si,

—Me oves..., soy yo..., Estela,

—Estela... ¿Dónde?

—Aquí, a tu lado, tus manos tienen las mías.

—No te veo... ¿Dónde estoy?... ¿Dónde estamos?

—En el hospital San Roque, en casa. No puedes verme, porque tienes tu cabeza vendada...

—¿Qué tengo en la cabeza?

—Nada; cosas de la guerra, pronto sanarás.

—Estela...

—Si...

—¿Eres tú, tú?

—Sí; no te preocupes, descansa... Ha sido un milagro...

—Has sido tú... *

La nena ahora es más rica:
economiza... y se "toddyfica"...



Gracias a TODDY, el delicioso y nutritivo TODDY, que restituye con ventaja el natural desgaste de energías, los chicos saltan y juegan "como benditos", ¡sin resentirse físicamente! Las criaturas "meTODDYcamente" alimentadas son más despiertas, vivarachas, y destacan en el estudio una inteligencia clara, vivaz, permanente.

Los chicos venderán salud y energía y la mamá realizará buenas economías, ¡si les dá TODDY tres veces por día!




DOS GRANDES AUDICIONES DE RADIOTEATRO "TODDY"

17 horas - Catalina Bárcena dirigida por Gregorio Martínez Sierra en la Red SLENDD, diariamente menos domingos.

18 horas - Oscar Valicelli y Nelly Hering en RAD10 BELGRANO de lunes a viernes.

DE ARGENTINA ADENTRO

CORDOBA



Las ventanitas, sólidamente protegidas por barrotes y gruesos maderos, frente a las cuales desfilaron los hombres de "El Chacho" pocos días antes de ser derrotados por el general Piquero. ←

La ruta es larga y el amanecer sorprende a los devotos en pleno marcha. Pero las distancias, que a veces no pueden salvarse en una sola jornada, no arredran a los creyentes cordobeses. ↓

Influjo de los templos

El cordobés posee un innato sentido religioso que se le ha hecho fibra en su carne y letra en su historia. Desde su catedral hasta la más humilde capilla, perdida en un rincón de la serranía, los templos ejercen sobre su espíritu una influencia natural y espontánea, cuyas raíces se nutren no solamente de hechos espirituales, sino también de sucesos históricos.

Al serrano no le arredran las dificultades de las distancias hacia los templos, a veces insalvables en una sola jornada. Halla siempre la manera de cumplir esa su acendrada necesidad del espíritu y, devoto, alberga varios días en su humilde hogar de la sierra una imagen sagrada o, cuando no la tiene, un cuadro representativo de su devoción, velándola, alumbrándola y orándole algunos días, transcurridos los cuales la transporta a la casa vecina, en una continua rotación lugareña.

Así, no es difícil hallar en las más remotas latitudes serranas, en medio de la travesía de la Pampa de Achala, Olan o Pocho, a muchos lugare-



RELIGIOSA

Por Juan J. Ortiz Barili

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"
FOTOGRAFÍAS DE SCHNEIDER

ños que portan en procesión a un sagrado símbolo a través de largas distancias, bajo un clima a veces tórrido, a veces frígido, hasta llegar a casa del vecino al que le corresponde albergarla.

Cuando en una de esas peregrinaciones se encuentran dos procesiones, acostumbran a detenerse y besar por turno, reciprocamente, las imágenes que custodian.

Piadosa tradición de un pueblo resignado, trabajador y noble, que se enaltece al compartir las obligaciones materiales con las especulaciones superiores del espíritu, llenando ese nuestro "primer vacío del corazón", como lo llama Scheler.

Una estampa de 18...

El sentido religioso del cordobés y el influjo que sobre él ejercen los

Cuando dos procesiones se encuentran en los caminos de la serranía, acostumbran a detenerse para reverenciar a sus respectivos imágenes. He aquí un aspecto de la original ceremonia.

El templo de la Compañía de Jesús, tras de cuyos muros se refugiaron los niños de la sociedad cardobesa durante el desarrollo de los episodios que se relatan en la presente nota.





El aguatero cordobés, de los que aun hoy se ven muchos, transportando agua de la sierra a la ciudad, en su curioso vehículo.



Una típica procesión serrana conduciendo una imagen sagrada a la casa del vecino a quien le corresponde guardarla.

templos, provienen tanto de un sentido espiritual como material. Aparte del aspecto espiritual, fácil de comprender, el segundo, es decir el material, halla su explicación en épocas aun no muy lejanas. La historia de nuestra organización nacional está jalonada de episodios guerreros, de hechos turbulentos que tenían por protagonistas a las tropas regulares unas veces, y otras a los grupos de gauchos, monroneras, etc., que bajo diversas banderas y con distintos móviles, rompían a menudo la paz del interior del país con sus encuentros sangrientos. Córdoba no fué ajena, por cierto, a esos acontecimientos, y cuando algún caudillo la hacía el blanco de su objetivo, los débiles — las mujeres y los niños — tenían que buscar amparo seguro. ¿Dónde? En los templos, en los conventos, cuyos muros brindaban sensación de seguridad moral y material. De este modo, fueron adquiriendo, con el correr de los años, esa fisonomía particular. Pero dejemos que hablen los hechos. Un solo episodio de aquella turbulenta época bastará para dibujar el perfil exacto de sus características.

¡Viene "El Chacho"!

La paz de aquella Córdoba monacal y tranquila de 1863, había sido sacudida por algunos acontecimientos políticos de singular transcendencia; en realidad, la ciudad se hallaba en la anarquía más completa: el 10 de junio de ese año, un motín destituyó al gobernador don Justiniano Posse, despojándolo del poder para entregarlo a don José Pío Achával, en medio de la dominación del partido federal, el de "los rusos", como se les llamaba entonces.

Apenas restablecidos un tanto los ánimos, y cuando los aguateros ponían otra vez su nota típica en las calles polvorientas, pregonando su fresca mercancía, obtenida en las limpias cascadas de las sierras y que transportaban a la ciudad en los curiosos carros contruidos con madera y mientos; cuando se diluían en el aire tibio las cristalinias notas de las campanas del templo de la Compañía de Jesús, corte una tarde, como reguero de pólvora, la noticia de que "el Chacho" se acerca a narchas forzadas.

— ¡Viene "El Chacho"! — es la exclamación que está en todos los labios.

Efectivamente: salvador de los cambios políticos producidos en Córdoba, el "eterno derrotado", coronel Angel Vicente Peñaloza, "El Chacho", que, vencido por Sandes en Punta del Agua y Lomas Blancas se dirigía a Los Llanos, cambia rápidamente de rumbo y "como una exhalación" — al decir de Sarmiento — se encamina a Córdoba marchando día y noche. El 19 aparece sobre las barrancas que dominan la ciudad las torres.

Entretanto, el terror reina en la mejor clase de la sociedad, en la ciudad mediterránea, ante la horrible perspectiva del saqueo y los atropellos que se supone cometerán las hordas de "El Chacho".

En tales momentos, la granítica e imponente arquitectura del templo de la Compañía de Jesús, con sus enormes muros de piedra, da — junto con otros claustros — la única sensación de amparo; y hacia ellos acuden presurosas las niñas de la escogida sociedad.

De tal modo, el majestuoso templo cobija a una muchedumbre que ora y espera. Las naves, débilmente iluminadas, presentan un aspecto fantasmal: las sombras se alargan y la ansiedad crece... Todos

los ojos están fijos en las sagradas imágenes, cuyos rostros de cera animan el titilar de los cirios. En ellos confían los fieles que rezan sin descanso, atendidos solícitamente por los jesuitas que se multiplican para prestar ayuda a las gentes, con la premura e improvisación de un hospital de sangre en las líneas del frente.

— ¡Ya llegan los llanistas! — exclama uno, mientras la ansiedad dilata los pechos.

— Parece que siguen de largo — murmura otro.

— Oh, sí!... ¡Alabado sea Dios! — agrega un tercero que, como los demás, asista a través de una estrecha ventana sólidamente protegida por barrotes y gruesas maderas.

— ¡Pobrecitos; si parecen almas en pena! — añaden varios, contentiendo los descos de correr y ofrecerles agua y brindarles descanso.

Efectivamente; los que pasan frente al convento, en lugar de ser gente salvaje y hostil, tienen aspecto manso y cansado. Un hombre de apariencia humilde, de barba casi blanca dividida en dos, los ojos azules, la mirada suave, correteas las facciones, con indumentaria gaucha: chilrín, poncho y guardamonteras, pasa al frente de unos 200 jinetes armados con lanzas. La tropa desfila lenta y religiosamente, tal vez añorando sus ranchos de La Rioja.

La calma, entonces, renace entre los refugiados. Los llanistas se dirigen a la calle con nombre medieval: Ancha. Mala suerte les espera.

El encuentro de "Los Playos"

El general Paunero — que en San Luis tiene la noticia de la entrada de "El Chacho" en Córdoba — acude con rapidez y el día 27 forma sus tropas en línea de batalla, en el paraje denominado Las Playas. Allí, al amanecer del 28, reproducen "El Chacho" y Paunero, un caudillo y un militar, la misma escena de 30 años antes, que tuvo por protagonistas al "Tigre de los Llanos", Juan Facundo Quiroga, y al general don José María Paz. Lo mismo que los gauchos de Facundo no pudieron aguantar la carga del disciplinado ejército de dragones de Paz, tampoco las hordas de Peñaloza resisten esta vez el embate de las tropas del general Paunero, quien una hora más tarde de aquel amanecer sangriento, remite un victorioso parte al ministro de guerra de Mitre, general Gelly y Obes, con la nueva del aniquilamiento casi completo de las fuerzas de "El Chacho" y "los rusos" de Córdoba. Se cierra así una página roja que ha registrado la historia de la heroica organización nacional.

Aquella página — que se hallará quizá revolviendo en los cofres viejos del pasado — explica, en su parte material, el influjo que la impávida severidad ascética de los templos ejerce sobre el ánimo de los creyentes y devotos hijos de la seranía cordobesa. Son ésas, por lo demás, las únicas reminiscencias que no se desvanecen como el perfume místico del incienso en el recogimiento del secular monasterio, cuyo aliento palpita en la ciudad.



Coronel Angel Vicente Peñaloza, "El Chacho".

¡TENGALO USTED PRESENTE!

La gordura no es como muchos creen una prueba de salud. Puede ser, por el contrario, un síntoma de decadencia vital.

Combatir la excesiva grasa es prolongar la juventud, el bienestar y, por lo tanto, la vida. La moda, a tono con la ciencia, aconseja la línea esbelta y el cuerpo ágil, tanto en el hombre como en la mujer.

Hoy la medicina cuenta con elementos valiosos, tales como la Yodosalina, asociación de los alcalinos con el Yodo, producto de eficacia e indicado para las personas con tendencia a engordar.

La Yodosalina regula las funciones de recambio, sus bases alcalinas saponifican el exceso de tejidos grasos y obra a la vez como un activo expelente.

YODOSALINA

PISANI

Se halla en venta en todas las farmacias del país.

Sin compás

COSAS RARAS, CURIOSAS, ILUSTRATIVAS.

HIJA PERFECTA

Cierto señor se presenta un día en Ferry, y se anuncia a Voltaire de la siguiente manera:

—Tengo el honor de pertenecer a la Academia de Châlons, que, como usted sabe, señor, es hija de la Academia Francesa.

—¡Oh, sí, señor! —le contesta Voltaire—; y una hija tan buena que nunca ha dado que hablar.

SENSATEZ

Y con perdón de la gloria,
Mucho más estimaría
Vivir en el mundo un día
Que mil años en la historia.

ANÓNIMO.

PRECOCIDAD Una señora de edad le pregunta a un chico de unos 6 años:

—Jovenito, ¿fuma usted?
—No, señora. Pero puedo ofrecerle un cigarrillo.

“Haré tal PROVERBIO JAPONES cosa, si Dios quiere”, decía un hombre; pero eso carecía de todo sentido, pues todavía no había pedido permiso a su mujer.

PRECAVIDO

—Haga usted la prueba, si quiere; pero es mi deber advertirle que papá ya ha arrojado a los precipitantes por la ventana.

—¿Y Po-
dría decirme en qué piso vive usted?



—¿Un asiento, señor?
—Según; si usted quisiera podrían ser dos.

DOMINGO VILLAFANE

el conocido dibujante, tiene en el pincel y en el alma un personaje de histeriote, que dentro de lo gracioso suele ser trágico, como todo lo humorístico. Se llama

PINCELITO PURAPOSE

ya no podía resistir la tentación de hacerse una escapada a “Sin Compás ni ritmo”, para echar, desde este anuncio, un vistazo a los lectores, que seguirán, en adelante, sus hazañas de pintor bohémico y desprecioso. Desde el próximo número seguirán, en estas páginas, a las aventuras y tropiezos de

PINCELITO PURAPOSE

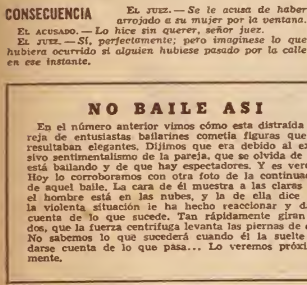
al que le desamos divertido vida.

CONSECUENCIA

El juez. — Se le acusa de haber arrojado a su mujer por la ventana.
El acusado. — Lo hice sin querer, señor juez.
El juez. — Sí, perfectamente; pero imagínese lo que hubiera ocurrido si alguien hubiese pasado por la calle en ese instante.

NO BAILE ASI

En el número anterior vimos cómo esta distraída pareja de entusiastas bailarines cometía figuras que no resultaban elegantes. Díjimos que era debido al excesivo sentimentalismo de la pareja, que se olvidó de que está bailando y de que hay espectadores. Y es verdad. Hoy lo corroboramos con otra foto de la continuación de aquel baile. La cara de él muestra a las claras que el hombre está en las nubes, y la de ella dice que la violenta situación le ha hecho reaccionar y darse cuenta de lo que sucede. Tan rápidamente giran los ojos, que la fuerza centrífuga levanta las piernas de ella. No sabemos lo que sucederá cuando él la suelte sin darse cuenta de lo que pasa... Lo veremos próximamente.



UN VENENO... LENTO

Al decirle un amigo a Fontenelle que el café era un veneno lento, éste le respondió:

—Muy lento, porque hace casi ochenta años que me viene matando.

UTILIDAD DEL BAMBU

El bambú es la planta que se emplea más universalmente. No hay categoría de necesidades humanas que no pueda ser suplida por alguna forma de bambú o algún producto de esa planta. De él se obtienen alimentos, armas, abrigo, canastos y recipientes, puentes, caños, papel, cables, adornos y muchos otros artículos especiales.



CADENITAS

Cuando Gulliver, el conocido personaje de Swift, visitó el país de los gigantes, tomó esta fotografía. Son cadenas de reloj expuestas en un escaparate de relojería. Cada una pesa treinta y dos toneladas, y están hechas de un metal más duro que el acero. Sin embargo, los habitantes de ese país las contaban al menor descuido, sobre todo cuando se les escapaba el reloj de las manos; pues éste pesa unas docenas de toneladas. Hemos resuelto llevar a cabo una investigación sobre la autenticidad de la presente fotografía; nos parece que quizá se trate de simples cadenas de esas que usan las ancianas de los buques, fotografiadas en un puerto del Canadá.

EL MAR TRAGICO

El mar Báltico es el mar de los naufragios; por término medio se registraba uno por día en tiempos de paz.

ABOGADOS VIGILANTES

En Finlandia se obliga a los abogados a servir, durante algún tiempo, de mozos de policía, antes de ejercer su profesión.

JACINTO PIESFELICES



Zapatos



ni ritmo

PINTORESICAS Y HUMORISTICAS

BORDADO HISTORICO

La reina Matilde, esposa de Guillermo el Conquistador, era una dama de gran paciencia. En la Biblioteca de la ciudad de Bayeux se conserva una tira de tela de setenta metros de largo bordada por dicha reina con lanas de diversos colores, representando episodios de la conquista normanda. El bordado comprende 623 personajes, 22 caballos y mulos, 55 perros, 505 animales diversos, 41 barcos, 37 edificios y 49 árboles, lo que hace un total de 1.342 figuras magníficamente ejecutadas. La tela está algo amarillita, pero los colores de las lanas se conservan con todo su brillo y esplendor.

EPIGRAMA

Estudio jugando, cuando
Lo que es trivial seriamente
Trato; y cuando trivialmente
Lo serio, juego estudiando.

F. DE LA TORRE.

DE TODO UN POCO

Se llama autor moderno un señor que es al mismo tiempo financiero, director, comediante, "mélleur en scène", bohemio... y quizá escritor. —PIERRE VEBER.

PROBLEMA

—Sírvase, señora: Una pilora para la indigestión, otra para los nervios y otra para el bigote.
—Está bien, doctor. Pero, ¿cómo sabrán ellas dónde tienen que ir cuando estén dentro del estómago?



LA MUJER HERMOSA

Hay hombres atrapado (con la cámara) a la mujer hermosa que necesitamos cada quince días para recrear el buen gusto de nuestros más refinados lectores. Los hombres atrapado en una especie de bicicleta con motor, que por el momento no viene al caso, haciendo ruido y levantando tierra, a toda velocidad por esos calles de Dios. No comprendemos cómo es que se encuentra en paños menores. Sin embargo, ella nos explicó, con un respetable serie de razones, que su vestimenta es correctísima y que no se trata de paños menores. También dijo que se llama Mildred Cole, y que es norteamericana, de Hollywood ¿Será cierto?

MAL ESTADO

—Acusado, ¿cuál es su estado?
—Un poco afiebrado, señor juez; no he conseguido pagar los ojos en toda la noche. Le agradeceré de todos modos, señor juez.

JUEGOS DE SOBREMESA

Este lazo, aquí donde usted lo ve, señor lector, es un lazo mágico. Está pasado por el ojal de un traje gris, pero el color de este nada tiene que ver con la magia de tal lazo. Tampoco tiene nada que ver el hecho de que el botón no se halle en su correspondiente ojal ni en ningún otro. La magia de esta prueba consiste en librar el saco de tal seguro lazo sin deshacer éste, sin cortarlo y sin romper el ojal; tampoco se debe recurrir a echar todo al fuego ni a esperar que los dioses intervengan. Se puede esperar, eso sí, que aparezca el próximo número con la reglamentaria solución, la que, de aquí a entonces, ya habremos encontrado.

OFICIO FACIL

El número de los literatos va "in crescendo", por lo que es el único oficio que se puede ejercer sin aprendizaje previo.

ALFONSO KARR.

PELIGRO VITAMINICO

Una asociación científica de los Estados Unidos advierte al público en general que la actual boga de las vitaminas puede llevar a extremos peligrosos y recomienda que se siga un régimen alimenticio equilibrado con preferencia a ingerir comprimidos de vitaminas.



UN BURRO EN

LA HUERTA

¡Adiós los repollos! ¡Y cómo grita la hortelana! No es para menos: el burro apareció esta mañana con la panza llena de repollos y lechugas, descansando en medio de la huerta, su gran plato, y haciendo la digestión apaciblemente, en espera de volver a sentir hambre para continuar el banquete. ¡Y después dicen que el burro no es inteligente! "Nunca olvidas ande como", dijo el viejo Vizcacha, y sepase que ésta es la clase de inteligencia que más falta hace en la vida.

DE LA MUJER

La mujer tarda, por lo menos, cuarenta y cinco años para cumplir los treinta.
Dijo un haragán:
—El trabajo es una cosa sagrada; ¡no hay que tocarlo!

Refrán Español

Quien lejos se va a rezar, o va engañado o va a cogerse.



nuevos

por CAO



EL SALVAMENTO

O CURRIO una tarde de diciembre en un pequeño puerto de la costa cantábrica.

El vendaval soplabá con pujanza incontinente. Las olas semejaban inmensos caballos blancos e iban a estrellarse, impetuosas, contra el acantilado de la costa, lanzando a gran altura la escarcha de su espuma plateada.

Las lanchas, en la dársena, estaban apiñadas, como atemorizadas de la furia del tiempo. Los marineros, cubiertos con sus largos capotes y calzados con sus pesadas botas de agua, comentaban bajo el refugio. Sólo uno, el más viejo quizá, paseábase, nervioso, con la pipa entre los labios, avizorando con inmenso interés las encrespadas olas.

Era este hombre un verdadero lobo de mar. Su figura recia y achaparrada, su mirada fría y penetrante y su enmara-

ñada barba, poblada de blancas canas, dábanle ese aspecto propio de los veteranos del mar. Tendría unos 60 años, y sobre su persona tejíanse leyendas emocionantes.

Sus memorables hazañas en los mares del "Gran Sol" habíale aureoleado de gran prestigio, y por ello gozaba de mucho ascendiente entre los marineros. Conociábase con el nombre de *Altruán*.

En la triste tarde a que nos referimos, en medio de la bahía algo pasaba que atraía su atención.

El *Audaz*, un pequeño velero de pesca, debatíase desesperadamente entre las agitadas aguas que pugnaban por apresarle entre sus poderosas fauces; pero sus amarras, tensas y crujientes, sostenían en esta enconada lucha al pequeño bergantín. Las olas, en sucesión constante, lamían, golosas, sus frágiles costados

y castigaban sin cesar la codiciada presa.

En la cubierta de la nave un marinero, el único que había a bordo, clamaba al Señor y pedía angustiosamente socorro.

La tormenta no aminoraba y el vendaval silbaba sobre las jarcias; la fuerza de sus endiabladas rachas obligaba a las amarras a ceder, y *El Audaz* encontrábase en inminente peligro.

En el muelle, los marineros dejaron de hablar. Sus rostros estaban pálidos y sus ojos entreveían la desgracia que se avecinaba. Presentían horas de angustia.

De pronto, en el silencio impresionante, que allí reinaba, una voz resonó potente: era la voz del *Altruán*.

—¡Es necesario salvar ese hombre y ese barco! ¡Organicemos el salvamento!

Bastaron estas palabras para que aquellos seres vibrasen emocionados y se dis-



Por **Emilio Pérez Fernández**

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"
ILUSTRACION DE RAUL VALENCIA

eran a la lucha. Nadie pensó en el
gro que ello entrañaba, y una frágil
fue preparada de inmediato.
El Altruán designó a los hombres que
acompañarían: Nan, Luciano, Ricar-
do Enrique, y él de patrón. Todos se
apoyaban para lanzarse a la lancha.
Se apoyaron de sus capotes y empuña-
ron los remos. Se sentían como los hé-
roes, dirigidos por la fe en su Dios y el
valor de sus músculos.

Las cortantes palas esperaban, im-
patientes, hundirse en las entrañas de ese
monstruoso mar. La señal de la partida
fue dada y la pequeña embarcación
abandonó la dársena.

Unas tras otras las olas se rompían con-
tra su proa, pero los marineros bogaban
con descanso. El ¡hala, hala! del patrón
animaba y enardecía. Sus puños aco-
modados imprimían un movimiento rítmico
a los remos, y el avance continuaba ale-
jados de la dársena. Ya el ¡hala, ha-

la! iba perdiéndose en la distancia y la
embarcación semejaba una gaviota, ju-
guete de las inmensas olas. La gente,
que desde el muelle presenciaba anhe-
lante la aventura, no pronunciaba pala-
bra. El temor y la duda trocáranse en
pesado silencio.

Las amaras de El Audaz iban perdiendo,
poco a poco, su consistencia, y las
filísticas gemían al desgarrarse. Pronto
el barquichuelo marcharía al garete e
iría a estrellarse contra los escollos. Los
marineros bogaban más apurados: ya no
había ritmo en sus paladas; el corazón
se imponía y los brazos se desplazaban
con nerviosismo.

Poca distancia los separaba; ya ni el
plañir del tripulante ni la voz animosa
del vendaval resonaban entre las ráfagas
del vendaval. Unas bogadas más y lle-
garían. Ahora tan sólo un cabo sostenía
a la nave y a él se agarró, por fin, el
viejo patrón, encaramándose hasta la
cubierta. De inmediato lanzó un nuevo
cabo que fué recogido por sus compañe-
ros, y dió la orden de bogar hacia estri-
bor. Con este nuevo refuerzo, y en po-
sición más favorable, el barco no era tan
azotado.

El viento, como asombrado por la te-
merría de esos hombres, iba amainan-
do. Las olas, resignadas a perder su bo-
cado, al retirarse castigabanle aún con
violencia.

El ancla del pesquero fué levada y la
lancha, enorgullecida, arrastraba la pe-
sada mole.

En el muelle, las gentes, alborozadas,
aclamaban a los marineros. El Audaz de-
cubase arrastrar mansamente, y con len-
titud se aproximaba a tierra.

Cuando todo hacía entrever un feliz
desenlace; cuando por todas partes re-
sonaban vítores de alegría ante la lle-
gada; cuando dábanse gracias al Señor
por el afortunado arribo, apareció en la
cubierta el viejo lobo de mar sostenien-
do entre sus nervudos brazos el cuerpo
yerto del atribulado tripulante de El
Audaz.

¡El miedo lo había matado!



La tarde iba declinando y la luna
emergía de entre las montañas. Un rojo
oscuro daba color a la tragedia. Horas
después, cuando la noche se enseñoreó
del pequeño puerto, vióse a las mujeres,
con velas encendidas, encaminarse, si-
lenciosas y afligidas, hacia la pequeña
capilla. Iban a llevar sus oraciones y a
pedir por la salvación del alma del in-
fortunado marinero.

Entretanto, en una humilde casucha,
sentado al pie del hogar, el viejo Altruán
relataba a sus nietos la desgracia de
aquella tarde.

La campana, tocando ánimas, cortó sus
palabras, y un postrer amén entrecerró
sus cansados párpados. ♦

APRENDA RADIO en su casa

GRATIS ESTE
SUPER



a componer y armar aparatos
y ganará 5 20 diarios - Ense-
nanza práctica con material y
equipos que enviamos GRATIS
desde el principio para un po-
tente receptor de TODA ONDA
Ento asegurado - Curso rápido
Puede pagar en pequeñas cu-
otas y ganar dinero - Pida aho-
ra mismo informes gratis y se
decidirá por aprender RADIO

RADIO INSTITUTO UNIVERSAL
AVENIDA DE MAYO 945 - BUENOS AIRES

Nombre

DIRECCION

REVOLUCION en la enseñanza

EN LOS NUEVOS TIEMPOS, SE IMPONEN
NUEVOS SISTEMAS. Hoy día, gracias a los
libros editados por la Editorial Parera y que
ofrece en venta en forma de cursos, puede
usted aprender en su casa una carrera al
precio de un buen libro y con igual resulta-
do. ¿Para qué entonces gastar mucho dine-
ro en un curso por correspondencia cuando
puede adquirir igual instrucción con pocos
pesos?

Cursos completos de enseñanza. Cada uno de
los textos de que está compuesto el curso es
completo: lecciones en las que todo ha sido
previsto con numerosos ejemplos y que no
dan lugar a dudas, explicaciones amplias,
ejercicios resueltos y exámenes con su clave
en lugar aparte para su confrontación y co-
tejo. Es como tener el profesor en su casa.
Usted es a la vez alumno y profesor.

Lo que vale \$ 100.— puede obtenerlo hoy
día gracias al nuevo sistema de enseñanza
por \$ 10.—

¿Qué busca usted, instrucción práctica y efí-
ciente o un diploma? Si quiere aprender bien,
adquiera con pocos pesos, ahora mismo, un
curso de la Editorial Parera, enviando el cu-
pón con su importe.

Lista de cursos a precio de libros

(Entre paréntesis se indica el número de li-
bros de que está compuesto el curso con sus
claves).

Teneduría de Libros (6).....	\$ 10.—
Contabilidad Superior (11).....	15.—
Práctica Judicial del Contador (8).....	7.—
Caligrafía Comercial (5).....	5.—
Ortografía y Redacción (9).....	7.—
Escritura a máquina (1).....	2.—
Aritmética Comercial (7).....	8.—
Correspondencia Comercial (9).....	10.—
Dibujo Artístico (25).....	15.—
Dibujo Artístico y Comercial (39).....	22.—
Avicultura (12).....	10.—
Procuración (23).....	10.—
Chaufeur (10).....	40.—
Perito Mecánico (10).....	10.—
Perito Electricista (16).....	20.—
Dibujo Lineal (5).....	5.—
Dibujo de Máquinas (8).....	7.—
Dibujo Arquitectónico (10).....	12.—
Constructor (12).....	10.—

EDITORIAL PARERA

Av. de Mayo 945 Buenos Aires

CUPON

Incluyo \$ para que me envíe los siguién-
tes cursos:

.....

Nombre

Dirección



Almafuerte.

UNA FACETA CASI

El pincel antes que la pluma

Muy pocos son los que conocen a Almafuerte en su condición de dibujante. Sus biógrafos, no pudiendo eludir este aspecto de la personalidad del poeta, hacen mención de él en pocas palabras, sin darle importancia. No obstante, el autor del "Misionero" sabía trocar la escritura en dibujo cuando sentía impulsos de ello, y lo hacía con el acierto de un gran artista.

El mando pierde un pintor y gana un poeta

Es curioso saber que las "Milongas Clásicas" y las famosas "Evangelícas" deben su existencia a una casualidad, pues en su infancia Pedro B. Palacios aprendió a manejar el pincel antes que la pluma, y jamás hubiera pensado cambiarlo por ésta, si las circunstancias no le hubiesen deparado un desengaño.

A los 19 años se presentó ante el Congreso Nacional pidiendo una beca para ir a Florencia a perfeccionarse en el arte pictórico. Junto con su solicitud entregó también algunas telas, de las que el diputado Lucio Vicente López dijera que honrarían a un artista de fama. Y mientras el despacho se resolvía favorablemente en la comisión de la Cámara, algunos diputados atacaron esa decisión diciendo que se trataba de "un menor" y además de un "chileno".

El futuro poeta, de "La Sombra de la Patria", profundamente ofendido en su sentido patriótico, presentóse con su fe de bautismo extendida en la iglesia de Morón, pero al mismo tiempo retiró su solicitud sin aceptar la sanción de la Cámara de Diputados, que "llevaba el sello de un sometimiento de la altivez ciudadana", pues, según él lo entendía, el arte no tiene patria ni conoce límites.

Fué ésta su primera protesta contra la burocracia y la incomprensión de sus contemporáneos, que él mismo expresara en su "Pobre Teresa" en estos términos:

*¿Quién se ocupa, ni se fia
de medrar con el pincel
si la sociedad cruel
se mofa de esa mania;
si al pensamiento fecundo,
al estudio y al desvelo,
una sonrisa de hielo
sólo concede el mundo...?*

Su mejor amigo, don Francisco Cruz, que iba con él y con Ameghino formando el soberbio trío de los maestros mercedinos, supo mejor que nadie apreciar la fuerza de su paleta. Al hacer la descripción de una tela pintada por Almafuerte en sus años juveniles, dice: "Había pintado un mar agitado y oscuro; sus olas

"Nocturno" se llama este sutil dibujo de Almafuerte; a lo derecho del dibujo pueden observarse unos versos borrados por el autor.



dibujante - - -

DESCONOCIDA DE LA PERSONALIDAD DE PEDRO B. PALACIOS



El cronista de LEOPLÁN recoge anécdotas de la vida íntima del poeta-dibujante, de labios de su ahijado y discípulo don Domingo Gismano.

La hermosa "Cabeza de viejo", verdadera obra maestra que presentamos aquí como primerizo, fue regalada por su autor al señor Bautista Olivera con esta sencilla palabra: "Levátelo".

Por Tibor Sekelj
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



hirvientes, rompió en un lejano peñón, en cuya cumbre aparecía la cruz de Cristo bañada de espuma, levemente sonrosada al beso del albor de un nuevo día". Y al comentar el gesto que el joven artista tuvo ante la Cámara, dijo: "Esa fué su primera protesta airada en la cual el mundo del arte pictórico perdió un genio; pero la patria ganó en cambio al misionero de la escuela rural y la América latina al poeta filósofo".

El maestro y su alumno

Desde que vió desvanecerse sus esperanzas de perfeccionarse

en el arte del color, vertió en las letras su genio inquieto. Pero ¿abandonaba por completo sus ambiciones juveniles? ¿Desaparecía, como por arte de magia, el pintor Pedro B. Palacios?

En busca de respuesta a estas preguntas entrevistamos al señor Domingo Gismano, ahijado del poeta, el que más tiempo convivió con él. Escuchémoslo:

—En realidad, don Pedro nunca abandonó completamente el arte pictórico. Dibujaba cuando sentía necesidad de ello. Porque el maestro era todo impulso, sin normas que sujetaran su intuición.

—¿Tuvo algún maestro?

—No. Era autodidacta en eso como en todo. Pero, en cambio, también enseñaba dibujo a sus alumnos. Recuerdo cierta época en que éramos unos quince muchachos que pasábamos el día junto a él y nos dedicaba todo su tiempo enseñándonos a cada uno lo que nos interesaba más. Tres o cuatro de nosotros teníamos interés por el dibujo, y todos los días nos hacía dibujar y nos corregía con mucha paciencia. Todavía hoy, lejos de aquellos días, podría reproducir aquellas cabezas que él me ha enseñado a dibujar.

—¿Obtuvo alguna vez ganancia material con sus dibujos?

—Muy poca. Casi siempre regalaba sus trabajos al primero que venía, o, si no le gustaban, los rompía o los dejaba sin terminar. Sin embargo, algunas veces mandaba a "Caras y Caretas" poesías con ilustraciones.

—¿Y se los pagaban aparte?

—Llegaban giros que a veces excedían a cualquier honorario. En realidad no se puede decir que le pagaban los trabajos; más bien subvencionaban al poeta. Así hacía también "La Nación". De este diario le mandaban 300 ó 400 pesos por un soneto y le hubieran mandado más también, pero sabían que él era el que menos se beneficiaba con el dinero: todo lo repartía generosamente, muchas veces el mismo día, sin preguntar quién era el necesitado ni de dónde venía.

—Esa generosidad le depuso situaciones sumamente apremiantes más de una vez en la vida. Así le sucedía cuando en el año 1894 lo nombraron maestro en Trenque Lauquen, pueblo de la provincia de Buenos Aires, adonde llegó sin un centavo en el bolsillo, sin crédito ni amigos que le pudieran ayudar. Escribió entonces una carta a su amigo Francisco Cruz, fechada en Trenque Lauquen, el 12 de abril de 1894, en la que después de contarle todas las penurias por las que atravesaba, le dice así:

"... Hazme el favor de ver al caballero ese que me encargó el retrato de su señora madre y particípalme mi odisea. Dile que si me facilita doscientos pesos habrá salvado al poeta, que yo se los pagaré con el retrato ese y con todos los que quiera para él y sus relaciones. Háblale con elocuencia, que lo perentorismo del caso requiere, etc., etc."

Este párrafo no deja de ser significativo, pues revela que el poeta también dibujaba retratos, que debían gustar a sus clientes, porque de otro modo no se los hubiesen encargado.

En busca de documentos

El primer documento referente a su actividad pictórica lo encontramos en el Museo Almaguer, de La Plata, donde el señor Francisco Timpone, incansable y activo secretario de la Agrupación "Bases"—institución que fundó y tiene a su cargo este museo—nos abre de par en par las puertas, vitrinas y ficheros de la institución, instalada en la casa en que vivió y murió el poeta.

Trátase del retrato de una sobrina de Almaguer. Tiene un metro de alto por 70 centímetros de ancho, y es la ampliación de una pequeña fotografía que se puede observar en un ángulo del cuadro. El trabajo está ejecutado a lápiz color sepia y revela indiscutible conocimiento del oficio, seguridad de mano y una



Este retrato es una ampliación de la pequeña fotografía que puede observarse en el ángulo izquierdo del grabado. Representa a una de las sobrinas de Pedro B. Pelocini, y es propiedad del Museo Almaguer, de La Plata.



Este autorretrato de Almaguer —el parecer una fotografía—, de líneas audaces y seguras, es muy conocido, aunque no muchos saben que es obra del poeta.

paciencia asombrosa. Está firmado "Almaguer", que es la firma que usaba en todos sus dibujos.

En el mismo museo encontramos también una reproducción de su "Autorretrato ideal", que parece ser una xilografía. Sorprenden en él las líneas audaces y seguras. Esta obra ha sido reproducida muchas veces, aunque no pocos ignoran que se trata de un autorretrato.

Pero la obra pictórica de Almaguer que pone de manifiesto indudablemente el más profundo sentido artístico, es la "Cabeza de viejo", cuyo original hallamos en poder del señor Bautista Olivero, antiguo amigo del poeta. El dibujo tiene el tamaño de 30 por 40 centímetros aproximadamente y está ejecutado a pluma en tinta china con rayitas cortas y livianas que, entrelazándose, forman un exquisito juego de blanco y negro. La frente amplia y las cejas abundantes de la cabeza de viejo se parecen mucho a las del autor y es probablemente un trozo de autorretrato inconsciente. La mirada de sus ojos se pierde en la sombra de las cejas; la lengua y blanca barba que se esfuma en el fondo oscuro, da un cierto aire de santo a esa "Cabeza de viejo".

—La trazo —nos cuenta el señor Bautista Olivero— durante una de esas tertulias inolvidables, mientras discutíamos y él nos hacía partícipe de su gran fuerza espiritual. Tenía delante de él un papel, y en tanto hablaba, la pluma en su mano inquieta trabajaba al parecer automáticamente. Tal vez al iniciar el trabajo, él mismo no sabía lo que iba a surgir de él. Fue yo el primero en expresar mi admiración al ver el dibujo terminado. "¡Llévatelo!", dijo don Pedro tendiéndome el papel.

"Así era Almaguer. En su casa era peligroso decir: "esto me gusta" o "aquello me agrada", pues su única contestación era: "lévatelo".

La "Cabeza de viejo" a que acabamos de referirnos, la presentamos como primicia hoy a los lectores.

El "Nocturno" es otro dibujo a lápiz, sutil y delicado. Presenta a un fralle que ha salido del convento con su violín para buscar inspiración en la noche estrellada. A la derecha del dibujo hay unos versos borrados. Dice el señor Olivero, propietario del original, que Almaguer lo hizo para "Caras y Caretas". Pero como no fué posible reproducirlo, se lo devolvieron pidiéndole que lo ejecutara a pluma, lo que él cumplió.

Otro retrato ampliado es el de don Ignacio Dario de Irigoyen, ex gobernador de la provincia de Buenos Aires, dibujado por el poeta para que sirviera de modelo a doña Juana A. Olivero, que lo iba a ejecutar en seda y con hilos finísimos, trabajo en el que esa dama perdió la vista.

Por último, son varios los dibujos con que el poeta acompañó sus poesías publicadas en "Caras y Caretas", y cuyo autor quedó desconocido o pasó inadvertido para el público lector. Asimismo debe existir un número apreciable de originales en casas de sus relaciones, cuyo conocimiento pudiera refirmar lo que esta nota pone en evidencia: la personalidad de Almaguer como dibujante. ♦

¡NUESTROS AMORISTAS

ADOLFO MAZZONE



HACE cuatro años que ingresé en la gran familia periodística. Todavía recuerdo el día en que, alentado por el gran Lino Palacio, me presenté en una redacción. ¡Cómo para no acordarme, si fui rechazado! Es decir, yo no; mis "monos". Cuando salí a la calle comencé a pensar quién tendría razón: si Lino Palacio, que me alentaba, o el director que... Bueno, ¡hay que ver las cosas que me dijo el director! Hasta me hizo un chiste a costa de mis chistes. Pero yo soy muy caprichoso y decidí llevarle la contraria al director. Dicho y hecho: a fuerza de constancia, un día tuvo que admitir "que no lo hacía del todo mal", y así me inicié a su lado. Trabajo me costó adquirir el pulso necesario, tan endurecida tenía la mano por el uso del martillo. Pero de todo esto él no sabe nada.

En cuanto al humorismo, cuando alguien les diga que es cosa fácil, no le crean. No saben ustedes el trabajo que cuesta; como que a veces estoy tentado de volver a empuñar el martillo... Pero no lo haré; no, señor. Además, ya les he dicho que soy muy caprichoso.

Con respecto a mi persona, para qué les voy a decir nada. Eso lo dejo a cargo del fotógrafo y... de la fotografía.



— Pero... ¿es que no puede un hombre sandwich caerse en una boca de tormenta?...

AQUEL DIA PERDIMOS

OFICIALMENTE se anuncia, desde Inglaterra, que ha muerto en Bruselas el jurista belga Henri La Fontaine. Es una más de las sombras ginebrinas, desaparecidas durante esta etapa prolongada, que ha hundido en el silencio tantas figuras cuyos nombres y actuaciones resonaban mucho en los oídos del mundo, durante la época brillante de la Liga de Naciones.

El señor La Fontaine era una figura popularísima, en Ginebra y entre los asiduos de la Liga. Durante algún tiempo representó a su país en la Asamblea, y pasó a la atención pública, tanto histórica como anecdótica.

En lo primero, por sus acertadas intervenciones de jurisperito sutil, amable y sereno; en lo segundo, porque aquel mundillo de Ginebra, que se pasaba la vida reunido, ya en los comités o asambleas, ya en los banquetes, fiestas y agasajos de las delegaciones diplomáticas, se parecía por la pequeña historia de dichos, chistes y *maís d'esprit*, unas veces con gracia otras con ensañamiento.

En aquellos primeros años de la Liga de Naciones, Bélgica era el airon romántico de la pasada guerra. Había tomado mucho más en serio que nadie su papel, y con su delegación, compuesta por los señores La Fontaine, Poulet y Legend, intervenía sin descanso en todo. Había elevado a la categoría de realidad aquella ilusión de que no existían diferencias entre grandes y pequeñas naciones dentro de la Liga...

Por estar tanto en primera línea, la delegación belga se ganó el "dicho", al que difícilmente se sustraían grupos y personas, y circulaba la siguiente definición de aquel trío oficial, tan inteligente, ardoroso y patriótico: *Legend, très petit; Poulet, immangeable; La Fontaine, intraisable*.

El señor La Fontaine, siempre sonriente, no desmentía el boceto.

Su físico era entonces algo distinto del que ofrecen sus últimas fotografías; llevaba el blanco callo, largo, casi melindro; y sus bigotes y la gala, eran muy tupidos y con enormes guías.

Le encontramos y tratamos también mucho, en su delegación a la Unión Interparlamentaria, a la que prestaba su preciosa aportación, casi siempre agradable a todos.

Porque, en tanto que el griego señor Politis, otra de las sombras de Ginebra últimamente desaparecida, era incisivo, y a veces un poco cruel, M. de La Fontaine era apacible,



El antiguo policía de la Liga de Naciones, en una de cuyas salas ocurrió el episodio que dejó lugar a que mister Drummond pusiera de patitas en la calle a los miembros de la Unión Parlamentaria.

conciliador y galano. Circunstancias estas tan apreciables para la Unión Parlamentaria, que no vacilaba en utilizarle como pararrayos en los momentos borrascosos.

Uno de ellos se presentó en septiembre de 1921. Celebraba la Unión su asamblea anual, a la que asistía yo como miembro de la delegación parlamentaria española.

Las reuniones tenían lugar en una de las salas del palacio antiguo de la Liga, que con gesto magnífico nos había permitido utilizar, a los diputados y senadores de todos los países congregados en la Unión, el secretario general de la Sociedad de Naciones y administrador nato del edificio, Mister Drummond.

Y ocurrió entonces que el senador socialista francés M. Renaudel — otra sombra más, que perseguía con verdadera saña a la delegación italiana, presidida por el conde de San Martino, aprovechó la primera oportunidad para promover contra los fascistas un terremoto.

Para ello, finalizando ya su intervención en un aspecto atañedor al reglamento de discusión, Renaudel, tomando aliento, nos lanzó una traca final, en su rapidísimo y elegante francés parisiense, una verdadera *boutade* contra los parlamentarios fascistas, atacando su representación no popular.

Presidía en aquel momento la Asamblea un di-

putado inglés, M. Murphy creo, que, con su clásico *spleen* nativo hacia las lenguas extrañas, no pudo captar a tiempo la tormenta que se nos venía encima, y no intervino con esa agilidad y eficacia que tanto puede distinguirse a veces a un presidente.

Difícil es reflejar el barullo que allí se produjo. Como a mí me correspondía suceder en la tribuna al señor Renaudel en aquel crítico momento, y estaba ya tras de él, presta a avanzar en la plataforma, tuve sitio de preferencia para disfrutar de aquella escena, de vivos colores por la plasticidad un tanto cónica y confusa que motivó.

Grababa el senador italiano conde de San Martino, con un aire de prestancia digna de arena a las muchedumbres; inquiría en vano el presidente lo ocurrido; se precipitaba a estrados como un salvador el señor La Fontaine, animado de su mejor espíritu conciliador; sonreía melancólico Renaudel e intentaban los otros, en vano, por el runrún, que yo, con el gesto ingenuo de "aquí no ha pasado nada", iniciase mi intervención para ver si se acallaba el escándalo, que era como el de una sesión de lujo en las cámaras francesa o española.

En tanto, se iban agolpando a la puerta todos los asistentes a otras reuniones, ávidos de saber por sus propios ojos como escandalizaban los diputados de todos los países reunidos.

La verdad es que el grupo que formábamos en el estrado el presidente, Renaudel, La Fontaine y yo, se parecía bastante al cuarteto del último acto de Rigoletto.

El presidente y La Fontaine creían cosa fácil obtener de Renaudel una de esas explicaciones parlamentarias de "donde dije digo, digo Diego" que a nada obligan; pero aquel francés, tan parlamentario en su tierra, negóse a serlo allí, y gritaba: — ¡Yo no doy explicaciones a...!

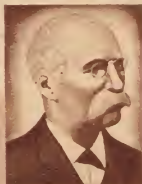
Elevaban aquí todos el tono, con la piadosa intención de que no lo oyera San Martino.

— Me parece que esto no lo arregla ni Merlin — decía melancólico La Fontaine.

— ¿Merlin? ¿Qué Merlin? ¿El de la cueva? — inquiría un diputado español.



En una sesión de la Unión Interparlamentaria, a la que asistía la autora de esta nota, el señor Renaudel, que aparece en esta fotografía, aludió a los parlamentarios y la emprendió contra el representante italiano.



Henri La Fontaine, figura popular en la Liga, cuyo espíritu conciliador lo llevaba a utilizarse como pararrayos en los momentos borrascosos.



El conde San Martino. Fue este representante italiano quien enfrentó al delegado francés. El y los demás miembros de su delegación abandonaron la sala.



El delegado griego, Nicolás Politis, de espíritu incisivo y a veces hasta un poco cruel, que contrastaba con La Fontaine, apacible y galano.

EL PARAISO

Por la doctora

CLARA CAMPOAMOR

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

Merlin era el senador jefe del grupo parlamentario francés. Hombre encantador y gran habilidad y luces, al que acababa toda representación francesa, buenos Renaudet aquella mañana.

Por cierto que debía ser un hombre de ideas un tanto fijas, porque a partir de aquel día de batalla campal, uniendo mi nombre, mi raza y mi presencia a sus reminiscencias literarias, se equivocaba constantemente y solía llamarme *Mademoiselle Campeador*.

No se aquietaron los ánimos, para expresarse de algún modo, hasta que, iracunda, la delegación italiana abandonó el salón y la Unión Interparlamentaria, dejándonos a todos confundidos y perplejos.

La cosa no pasó ahí, la salida de *enfant terrible* de Renaudet iba a costarle cara a la Unión Interparlamentaria.

Fra la hora en que Inglaterra ansiaba contemperizar con Italia, haciéndose ilusiones de futuro, y mister Drummond fue implacable. Puso a la Unión de patitas en la calle. Cualquier delicado eufemismo sería vano en esta ocasión. La verdad triste fue ésa. Tuvimos que buscar alojamiento para el día siguiente. En la Liga no podíamos reunirnos mientras no hubiera excusas y armonía, y no surgían unas ni otras. Se impuso el desalojo.

Vanos fueron todos los generosos y abundantes esfuerzos del señor La Fontaine, en aquella ocasión más *intarisable* que nunca. Ni Renaudet se explicó, ni los italianos volvieron, ni nosotros pudimos reunirnos más en el Palacio de la Liga.

Todos los Adanes y las dos Evas parlamentarios que integrábamos en 1912 la Asamblea Internacional de Ginebra, quedamos fuera de aquel paraíso, expulsados por la espada diplomática del arcángel M. Drummond.

Huimos de trasandinos, con todos nuestros petates, al único local que el ejecutivo de la conferencia pudo hallar disponible en aquellas circunstancias: la

iglesia protestante de María Magdalena, enclavada al otro lado del lago y situada entre tres establecimientos muy conocidos en Ginebra: un mercado, un famoso restaurante y una *bolite*.

No fué pequeño mi asombro, como orador de turno, al ver al día siguiente transformado el templo del derecho internacional en templo sin adjetivo alguno. Aunque los menos mohinos con el cambio éramos los españoles, que coincidimos todos en hacernos la ilusión de evocar las primeras Constituyentes nacionales, las de 1812, celebradas también en una iglesia: la gaditana de San Felipe de Neri.

Y hasta nos distribuímos los personajes. Recuerdo al diputado catalán Juan Esterlich, rolizo, jocosito, con aire de abate, a quien le distribuímos el de Muñoz Torrero, al que no se parecía en nada. Como yo no tenía eco en las cortes de 1812, alguno me sugirió a la infanta doña Carlota, que sí no estuvo dentro de aquellas, las enredó desde fuera de lo lindo; pero había aquello posterior de la bofetada...

Nunca asistí a reuniones de tipo más singular que aquellas lóbregas de la oscura iglesia, en la que podía esperarse de un momento a otro ver surgir la imagen de Calvino, irridada contra las inocentes brumas de Serrano Blanes, para arrojarnos también del templo.

No fué así. Terminamos en paz las deliberaciones, sin más novedad que aquella perulante facundia de nuestro compañero que, fingiendo equivocarse, interrumpía a veces:

—Porque *monseñor* La Fontaine..., perdón, *monsieur* La Fontaine...

Al año siguiente nos reunimos ya en un palacete privado cedido al efeco.

Como quedaban aún en la Interparlamentaria diputados alemanes, pues que entonces no existía el Eje, el señor La Fontaine fué el presidente obligado, que, secundado en mucho por Merlin, evinó ya nuevas tormentas.

Tanto se hermanaron ambos, que hasta La Fontaine acabó por contagiarse, y en el banquete de clausura, al dirigir un galante saludo a la minoría femenina parlamentaria internacional, saludaba a mi colega (una polaca, a quien por llevar con frecuencia un traje rojo llamaba alguno la Kollontai), y a su dilecta amiga, a la que escuso a punto de llamar "la diputada española *mademoiselle Campeador*".

**Aproveche
sus
ratos libres
DIBUJANDO**



Distrayéndose aprenderá, en POCO tiempo y con POCO gasto, la más lucrativa de todas las profesiones, pues permite ganar fuertes sumas ilustrando cuentos y novelas, o como dibujante de modas, artista decorador, Jefe de Publicidad, etc.

UNIVERSIDAD COMERCIAL

SARANDI 1273 - BUENOS AIRES

"cobra más barato y enseña mejor".

Envíe este aviso con su nombre y dirección, y recibirá GRATIS el folleto con amplios detalles de todos nuestros Cursos por Correspondencia (Taquiografía, Caligrafía, Aritmética, Contabilidad, Cálculos Mercantiles, etc.)

CUALQUIER CURSO \$ 3 POR MES

Dr. MANUEL ENRIQUE BELLO

Médico Especialista en Enfermedades del Pulmón

Ex Médico del Hosp. Militar

HUMBERTO I. 1947 U. T. 26 - 1420

Dr. ALFREDO S. RUGIERO

Méd. Cirujano - Clínica Méd. - Vías resp. - Rayos X

CORDOBA 1853 U. T. 44 - 4780

Dr. ANGEL E. DI TULLIO

MEDICO CIRUJANO

Especialista Oídos, Nariz y Garganta

BUENOS AIRES 4020 U. T. 50 - 4278

Dr. ROMEO J. MESSUTI

Médico Cirujano del Hospital Zubizarreta - Cons. de 15 a 17

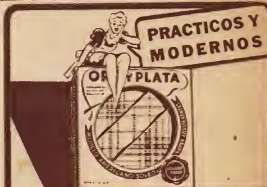
VALLEJO 4645 U. T. 50 - 0224

Dr. ANIBAL O. de ROA (h)

Enfermedades de la piel - Tumores - Electrocupulación

Cons. Martes y Jueves, de 17 a 19 h.

CORDOBA 817, 2º piso U. T. 32 - 0285



**REPASADORES
ORO Y PLATA
COLORES FIRMES
GARANTIZADOS**

Gratis y sin compromiso las
ESCUELAS LATINO - AMERICANAS,
Rivadavia 7145, Buenos Aires, le remi-
tarán el interesante libro ilustrado de
76 páginas. Más detalles, ver la últi-
ma tapa.



Minister Drummond, secretario general de la Sociedad de las Naciones, fue implacable: puso a la Unión de patitas en la calle.



Un aspecto parcial de la ciudad de Ginebra, sede general de la Sociedad de las Naciones, que se relatan en esta nota. En primer plano, el puente del Mont Blanc, que se tiende sobre los aguas del lago Lemán.

El crimen de SILVESTRE BONNARD

Miembro del Instituto

TEXTO INTEGRO de la famosa novela de
ANATOLE FRANCE

Traducida especialmente para "Leoplán"
por Valentín de Pedro

TAPA E ILUSTRACIÓN DE RAUL VALENCIA

PRIMERA PARTE
EL LEÑO

M 24 de diciembre de 1861.
e había calzado las babuchas y me puse la bata. Enjuagué una lágrima, con la que el cierzo que soplabá sobre el muelle había oscurecido mi vista. Un claro fuego ardía en la chimenea de mi gabinete de trabajo. Láminas de hielo en forma de hojas de helecho, florecían los vidrios de la ventana y me ocultaban el Sena, sus puentes y el Louvre de los Valois.
Aproximé al hogar mi butaca y mi mesa portátil, y ocupé junto al fuego el sitio que Amilcar se dignó dejarme. Amilcar estaba acostado junto a los morrillos, hecho una bola sobre un cojín de plumas, con la nariz entre las patas. Su rítmica respiración levantaba su piel tupida y ligera. Al acercarme, entreabrió lentamente las pupilas de ágata entre sus párpados entornados, que volvió a cerrar en seguida, pensando: "no es nada, es mi amigo".

—Amilcar — le dije estirando las piernas —, Amilcar, príncipe soñoliento de la ciudad de los libros, guardián nocturno, tú defiendes contra los viles rodeos los manuscritos y los impresos, que el viejo sabio ha adquirido al precio de un módico peculio y de un celo infatigable! ¡En esta biblioteca silenciosa, que protege tus virtudes militares, duermes, Amilcar, con la molición de una sultana! Pues reúnes

en tu persona el formidable aspecto de un guerrero tártaro y la gracia indolente de una mujer oriental. Heroico y voluptuoso Amilcar, duermes, mientras esperas la hora en que los ratones bailarán al claro de la luna ante las *Acta sanctorum* de los doctos Bolandistas.

El principio de aquel discurso le gustó a Amilcar, que lo acompañó con un ruido de su garganta, semejante al canto de una olla que hierve. Pero mi voz se había elevado y Amilcar me advirtió, agachando las orejas y plegando la piel rayada de su frente, que resultaba de muy mal gusto el declamar así. Sin duda reflexionaba:

—Este hombre de los libros habla para no decir nada, mientras que nuestra ama de llaves no pronuncia jamás sino palabras llenas de sentido, llenas de cosas, conteniendo ya sea el anuncio de una comida, ya la promesa de una azotaina. Se sabe lo que dice; pero este viejo no hace más que acumular sonidos que no significan nada.

Así pensaba Amilcar. Dejándole entregado a sus meditaciones, abrí un libro que me puse a leer con interés, pues se trataba de un catálogo de manuscritos. No conozco una lectura más fácil, más azarosa, ni más dulce que la de un catálogo. El que yo leía, redactado en 1824 por M. Thompson, bibliotecario de sir Thomas Raleigh, pecaba, es cierto, por un exceso de brevedad y no presentaba esa gran exactitud que los archiveros de mi generación habían introducido, los primeros, en

las obras de diplomacia y de paleografía. Dejaba mucho que desear y que adivinar. Quizá por esto experimenté, leyéndolo, un sentimiento que, tratándose de una naturaleza más imaginativa que la mía, merecería el nombre de ensueño.

Me abandonaba dulcemente a la vaguedad de mis pensamientos, cuando mi ama de llaves me anunció, con un tono desabrido, que el señor Coccoz quería hablarme.

Alguien, en efecto, se deslizaba detrás de ella en la biblioteca. Se trataba de un hombrecillo, un pobre hombrecillo, de rostro consumido, que vestía una escasa chaqueta. Avanzaba hacia mí haciendo numerosos saludos y dirigiéndome multitud de sonrisas. Estaba muy pálido y, aunque joven y vivaz todavía, se dijera enfermo. Al verle, no pude evitarle de pensar en una ardilla herida. Llevaba debajo del brazo un paquete de tela verde que dejó sobre una silla. Después, desatando las cuatro puntas de la tela, dejó al descubierto un montón de libritos amarillos.

—Señor — me dijo entonces —, no tengo el honor de que usted me conozca. Soy corredor de librería, señor. Corro la plaza por las principales casas de la capital, y con la esperanza de que usted se digne honrarme con su confianza, me tomo la libertad de ofrecerle algunas novedades.

—Dios de bondad! ¡Justo Dios! ¡Qué novedades me ofreció el homúnculo Coccoz! El primer volumen que me puso en las manos



fué la "Historia de la Torre de Nesle", con los amores de Margarita de Borgoña y el capitán Buridán.

—Es un libro histórico — me dijo — sonriendo —. Un libro de historia verdadera.

En ese caso — le respondí — será muy aburrido, ya que los libros de historia que no mienten son todos insopitables. Yo mismo he escrito historias verdaderas, y si por su desgracia fuera usted presentando alguno de ellos de puerta en puerta, correría el riesgo de guardarlo toda la vida en su pañuelo, sin encontrar jamás una cocinera lo bastante mal aconsejada para comprarlo.

—Seguramente, señor — me respondió el hombricillo por pura complacencia; y, sin dejar de sonreír, me ofreció los *Amores de Eloísa y Abelardo*; pero le hice comprender que a mi edad no iba a saber qué hacer de una historia de amor.

Sonriendo siempre me propuso una *Regla de Juegos de Sociedad*, juegos de baraja, domino, damas y ajedrez.

—Ay, le dije —. Si quiere usted recordarme las reglas del domino, devuélvame a mi viejo amigo Bignan, con el que jugaba yo todas las noches antes de que las cinco academias le hubiesen conducido solemnemente al cementerio; o mejor todavía, procure usted hacer descender hasta la frialdad de los juegos humanos la grave inteligencia de Anaxágoras, que puede usted ver dormido sobre esa cojín; y que es hoy día el único compañero de mis veladas.

La sonrisa del hombricillo se tornó vaga y azorada.

—Aquí tiene usted — me dijo — una nueva colección de pasatiempos de sociedad, juegos de manos, chistes, con la fórmula para cambiar una rosa roja en una rosa blanca.

Yo le dije que hacía ya tiempo que estaba enamorado con las rosas y que, en cuanto a los chistes, me bastaba con los que me permitían, sin saberlo a veces, deslizarme en mis trabajos científicos.

El hombricillo me ofreció su último libro con su última sonrisa, diciéndome:

—Aquí tiene usted *La clave de los sueños*, con la explicación de todo lo que usted pueda sufrir en su sueño de esta noche. Sueño de muerte, sueño de una caída desde lo alto de una torre... ¿Y está muy completo!

Yo había agarrado las tenazas, y agitando-las vivamente, respondí a mi visitante comercial:

—Sí, amigo mío; pero esos sueños y otros mil mis, alegres y trágicos, se resumen en uno solo: el sueño de la vida. ¿Acaso su librito antiguo podría darme la clave de semejante sueño?

—Sí, señor — me respondió el hombricillo —. Es un libro muy completo y nada caro. Cuesta sólo un franco y veinticinco céntimos. Usted sólo un franco y veinticinco céntimos.

No quise prolongar más mi conversación con el vendedor ambulante. No me atrevería a asegurar que mis palabras hayan sido exactamente las que pronuncié. Es posible que las haya variado un poco al escribirlo. Es muy difícil conservar, si siquiera en un diario, la verdad literal. Pero sí no fué así mi discurso, así fué mi pensamiento.

Llamé a mi criada, pues no tengo campanilla en mi habitación.

—Teresa — le dije —, el señor Coccoz, al que ruego acompañe usted, tiene un libro que puede interesarle: es la *Clave de los sueños*. Tendría mucho gusto en ofrecérselo.

—Señora — me respondió —.

—Señor, cuando no se tiene tiempo para dormir despierta, tampoco se tiene para sufrir dormida, gracias a Dios. Mis días son suficientes para mi trabajo y mi trabajo es suficiente para mis días; así puedo decir todas las noches: "Señor, bendicid el descanso que voy a tomarme". No sueño ni levántame ni acostada, y no tomo a mi edredón por el

diablo, como le ocurrió a mi prima. Y si me permite usted que le dé mi opinión, le diré que tenemos ya bastantes libros aquí. Mi señor tiene milis, que le hacen perder la cabeza, y a mi me sobra con los dos que tengo: mi libro de misa y mi *Cocinera Burguesa*.

Y hablando así, mi criada ayudó al hombricillo a guardar su pacorilla en la tela verde.

El hombricillo Coccoz ya no sonreía. Sus rasgos tomaron semejante expresión de sufrimiento que lamenté haber hecho burla de aquel hombre tan desgraciado. Le llamé y le dije que quería acordar haber arrojado de reojo la *Historia de Eloísa y Abelardo*, y que como me interesaban mucho los pastores y las pastoras, le compraría con mucho gusto a un precio razonable la historia de aquellos dos amantes perfectos.

—Le vendré a usted ese libro en un franco veinticinco — me respondió Coccoz con el rostro resplandeciente de júbilo —. Es histórico y le gustará a usted mucho. Ahora ya sé lo que le interesa. Veo que usted un buen conocedor. Mañana le traeré *Los crímenes de los Papas*. Es una obra magnífica. Le traeré a usted la edición de lujo con láminas en colores.

Le rogué que no se molestara y se marchó muy contento. En cuanto la tela verde se hubo desvanecido, junto con el vendedor ambulante, en la sombra del corredor, pregunté a mi criada de dónde nos había caído aquel desdichado.

—Caído, esa es la palabra — me respondió —. Nos ha caído del tejado, señor, donde vive con su mujer.

—¿Dice usted que tiene mujer, Teresa? ¿Pero esto es maravilloso! Las mujeres son unas criaturas muy extrañas. Será una mujercita insignificantísima.

—Yo no sé exactamente lo que es — me respondió Teresa —, pero me la encuentro todas las mañanas arrastrando por la escalera trajes de seda manchados de grasa. Tiene unos ojos muy relucientes. Y a decir verdad, esos ojos y esos trajes corresponden a una mujer a la que se ha recibido por caridad? Porque le han dejado en el desván mientras reparan el tejado, en compensación a que el marido está enfermo y la mujer embarazada. Su hermana me ha dicho que esta mañana ha sentido los dolores y que ya está en cama a estas horas. ¿Qué necesidad tenían de un niño!

—Teresa — le respondí —, no tenían ninguna necesidad. Pero la naturaleza quería que lo tuviesen y los ha hecho caer en su trampa. Es preciso una prudencia cieglar para defenderse de los engaños de la naturaleza. Comparados con los animales, los humanos. En cuanto a los trajes de seda, no hay una mujer a la que no le gusten. A las hijas de Eva les encanta adornarse. Usted misma, Teresa, que es tan prudente y tan sensata, ¿las voces que da cuando le falta un delantal blanco para servir a la mesa! Pero, digame usted, ¿tienen lo necesario en su desván?

—¿Cómo quiere usted que lo tenga, señor? El marido, a quien acaba usted de ver, era corredor de joyería, según me ha dicho la portera, y no se sabe por qué ya no vende relojes. Ahora vende almanaque. Ese no es un oficio decente y yo podré creer jamás que Dios bendiga a un vendedor de almanaque. La mujer, aquí entre nosotros, me parece que debe ser una inutilidad, una "química las den todas". La creo tan capaz de criar a un niño como yo de tocar la guitarra. Nadie sabe de dónde han salido, pero tengo la seguridad de que han llegado, en el coche de la miseria, del país de la desamparación.

—Vengan de donde vengan, Teresa, son unos desgraciados, y su desván debe estar helado.

—¿Desde luego! El techo se ha hundido por varios sitios y la lluvia del cielo se caía en él a chorros. No tienen ni muebles ni ropas.

¿Y me parece a mí que ni el ebánista ni el tejedor trabajan para los cristianos de esa cofradía!

—Todo eso es muy triste, Teresa, y ahí tenemos a una cristiana pero atendida que este pagano de Amilcar. ¿Y ella, qué dice?

—Yo no hablo nunca con gente de esa calaña. No sé ni lo que dice ni lo que canta. Pero se pasa todo el día cantando. La oigo desde la escalera, cuando entro y cuando salgo.

—¡Buena! El heredero de los Coccoz podrá decir como el huevo de la adivinadora Julia refa: "mi madre me ha hecho cantando!" Una cosa pareciera le sucedió a Enrique IV. Cuando Juana de Albret sintió los dolores del parto se puso a cantar una antigua tonada bearnesa:

*Notre dame du bout du pont,
Venez en mon aide en cette heure!
Priez le Dieu du ciel
Qu'il me délivre vite,
Qu'il me donne un garçon!*

(Nuestra señora del fin del puente,
¡Véniend en mi ayuda en esta hora!
Reza al Dios del cielo
Que me libre pronto,
¡Que me dé un varón!)

—Es evidentemente absurdo dar la vida a seres desgraciados. Pero es una cosa que se hace todos los días, mi buena Teresa; y entre todos los filósofos del mundo no logran reformar esa costumbre tan idiota. La señora de Coccoz la ha seguido y canta: ¡Eso está bien! Digame, Teresa, ¿ha puesto usted hoy puchero?

—Sí, señor, lo he puesto y ya es hora de que vaya a espumarlo.

—Muy bien, Teresa. Pues no deje usted de sacar de la olla un buen tazón de caldo y súbrselo a la señora de Coccoz, nuestra hervi-cina.

Mi sirvienta iba ya a retirarse cuando añadí muy oportunamente:

—¡Ah, Teresa! Antes que nada, haga el favor de llamar a su amigo el mandadero y le dice usted que coja de nuestra leñera una buena carga de leña y que la suba al desván de los Coccoz. Y sobre todo, le encargo usted muy especialmente que no deje de poner en el montón un tronco bien gordo, un verdadero leño de Navidad. En cuanto al hombricillo, le pido a usted por favor que si vuelve le ponga en la puerta con mucha cortesía. A él y a todos sus libros encuadernados en amárillo.

Y después de haber tomado estas menudas determinaciones, con el refinado egoísmo de un viejo solterón, me puse de nuevo a leer mi catálogo.

Con qué sorpresa, con qué emoción, con qué turbación, vi esta nota que no puedo transcribir sin que mi mano tiemble:

"La leyenda dorada de Jacobo de Génova (Jacobo de Voragine). Traducción francesa en 6^{ta} edición."

Este manuscrito del siglo XIV contiene, además de la traducción, bastante completa, de la célebre obra de Jacobo de Voragine: 1^o Las leyendas de los santos Ferrel, Ferruccio, Germán, Vicente y Droctoveo. 2^o Un poema acerca de la *Milagrosa sepultura del señor San Germán de Auxerre*. Esta traducción, estas leyendas y este poema son debidos al erudito Juan Toutmouillé. El manuscrito está en Vitela. Contiene un gran número de mayúsculas ornamentadas y dos miniaturas primorosamente ejecutadas, pero en muy mal estado de conservación: una representa la Purificación de la Virgen y la otra la coronación de Proserpina.

¿Qué descubrimiento! El sudor me inundó la frente y un velo cubrió mis ojos. Tembale. Enrojecí. Y, no pudiendo hablar, experimenté la necesidad de lanzar un grito.

—¿Qué temo! Hace cuarenta años que estaba estudiando la Galia cristiana y especialmente aquella abadía gloriosa de Saint-Germain.

Diccionarios

**MODERNOS,
PRÁCTICOS Y
ECONÓMICOS**

Insuperables ventajas ofrece cada uno de los Diccionarios de esta modernísima serie, REDACTADOS, IMPRESOS Y PUBLICADOS EN LA ARGENTINA, y orgullo de su industria editora. Poseen un valioso léxico aumentado con numerosos neologismos y americanismos, y registran, además, las notísimas voces técnicas derivadas de los más recientes acontecimientos, y que no figuran en ningún otro diccionario.

VASTUS Diccionario Enciclopédico Ilustrado de la Lengua Castellana
Obra modernísima, basada en la última edición del diccionario de la Academia Española, ampliada con numerosos americanismos, neologismos y tecnicismos. Su información enciclopédica es amplia y universal. Incluye 270.000 acepciones, 5.000 grabados y un magnífico Atlas de 62 páginas a todo color, 1.608 páginas. Tam. 15 1/2 x 12 1/2 cms. Precio del ejemplar, ... **\$ 3.50**

MAGNUS Diccionario Ilustrado de la Lengua Castellana
Obra completamente al día, en cuyo nutrido y rico léxico se consignan y definen con rigurosa precisión todos los vocablos que la evolución política, social, literaria, económica, industrial y científica ha hecho surgir en estos últimos tiempos. 140.000 acepciones, Tam. 15 1/2 x 15 1/2 centímetros. Encuadernado en tela. El ejemplar, ... **\$ 2.-**

BREVIS Diccionario Práctico Castellano
Contiene 50.000 acepciones para el perfecto dominio del idioma, entre las que figuran numerosos americanismos y neologismos. El Brevis es un diccionario de 512 páginas, y resulta un elemento de fácil consulta. Encuadernado en tela. Tam: 13 x 9. Precio, del ejemplar, **\$ 1.-**

TRAMES Diccionario de la Lengua Castellana
Puesto al día con las voces técnicas novísimas, y presentado en un atrayente volumen de 1.056 páginas, el Trames contiene un seleccionado y valioso cuadro de voces sólo hallable en grandes diccionarios. Registra 100.000 acepciones. Su tamaño es de 7 1/2 x 10 centímetros; encuadernado en tela. Precio del ejemplar, **\$ 1.40**

PARVUS Pequeño Diccionario Castellano
Registra el Parvus en su reducido tamaño todas las voces usuales, y contiene también los americanismos y neologismos más corrientes. Constituye un medio sumamente económico de proveerlos consulta. Está impreso en letra clara y legible, y consta de 384 páginas, con un total de 18.000 acepciones. Tamaño 9 1/2 x 7 centímetros. Tapa flexible. Precio, ... **\$ 0.45**

BARCIA Sinónimos Castellanos
Contiene 5.000 acepciones explicadas, y sirve de magnífica orientación y guía para el mejor empleo del idioma. Facilita la manera de construir frases, y enseña las analogías y diferencias de las voces y su adecuado uso. 560 págs. Tamaño 22 1/2 x 15 cms. En cartóné, **\$ 4.50**
Encuadernado en tela, ... **\$ 6.50**

GRATES Diccionario de Sinónimos Castellanos
El Grates facilita de inmediato la búsqueda de la palabra adecuada o del concepto preciso, y elimina el problema, tan frecuente, de no hallar el vocablo exacto para la total y feliz expresión de una idea. 120.000 acepciones. 256 págs. Tam. 22 1/2 x 15 cms. Cartóné, **\$ 2.50**

PARVUS BILINGÜES

Los más completos en su tamaño. Contienen considerable cantidad de vocablos y acepciones, y constituyen un medio útil y económico de consulta.

Inglés - Castellano	Castellano - Portugués
Castellano - Inglés	Italiano - Castellano
Francés - Castellano	Castellano - Italiano
Castellano - Francés	Alemán - Castellano
Portugués - Castellano	Castellano - Alemán

384 páginas. Tamaño 9 1/2 x 7 centímetros. Encuadernación flexible. Precio del ejemplar, ... **\$ 0.70**

PARVUS DUPLEX

Sumamente prácticos, ya que contienen en un tomo las equivalencias del castellano a otro idioma y viceversa.

Portugués - Castellano y Castellano - Portugués
Italiano - Castellano y Castellano - Italiano
Francés - Castellano y Castellano - Francés
Alemán - Castellano y Castellano - Alemán
Latino - Castellano y Castellano - Latino
Inglés - Castellano y Castellano - Inglés

768 páginas. Tamaño 10 x 9 centímetros. Encuadernados en tela. Precio cada uno, ... **\$ 2.-**

BREVIS BILINGÜES

Diccionarios manuales y de fácil consulta, que presentan en sus respectivos idiomas todas las excelentes características de seleccionado léxico y esmerada presentación de la serie a que pertenecen. 512 páginas.

Francés - Castellano	Castellano - Francés
Inglés - Castellano	Castellano - Inglés
Italiano - Castellano	Castellano - Italiano

Encuadernados en tela. Tamaño 13 x 9 centímetros. Precio de cada ejemplar, ... **\$ 1.40**

BREVIS DUPLEX

Modernos y prácticos, ofrecen nutrido y seleccionado léxico y llenan las exigencias de quien necesite consultarlos. Contienen en un solo tomo las equivalencias del castellano a otro idioma y viceversa. 1.024 páginas.

Francés - Castellano y Castellano - Francés
Italiano - Castellano y Castellano - Italiano
Inglés - Castellano y Castellano - Inglés

Encuadernados en tela. Tamaño 13 x 9 centímetros. Precio de cada uno, ... **\$ 3.-**

PENALVER

Diccionario de la Rima
Esta famosa obra es un catálogo sistemático de voces y contiene el vocabulario rimado más completo. Resuelve toda duda, ya se trate de la creación poética, o de la búsqueda informativa o didáctica. 256 páginas. Tamaño 22 1/2 x 15 centímetros. Enc. cartóné, **\$ 2.50**

BENOT

Diccionario de Ideas Afines
Compuesto bajo la dirección de Eduardo Benot, de la Academia Española. La finalidad de su léxico especial es: "Dada una idea, encontrar las palabras que la expresen". Contiene completos vocabularios de Ciencias, Artes, Oficios, Profesiones, etc. 1.420 páginas. Encuadernado en tela. Tamaño 22 1/2 x 15 centímetros. Precio, ... **\$ 12.-**

PIDÁLOS A SU LIBRERO O A LA
EDITORIAL SOPENA ARGENTINA
ESMERALDA 116 - Bs. Aires - U. T. 33-0043

Adjunto \$ para que me remitan los diccionarios marcados con una X

Nombre,

Dirección,

Localidad, L. 221

Nota. — Agregar para siete 20 centavos por un tomo, y 10 centavos por cada tomo más.



main-des-Prés, de donde salieron los reyes nortijos que fundaron nuestra monarquía nacional. Y aun a pesar de la culpable insuficiencia de la descripción era evidente para mí que aquel manuscrito procedía de la gran aldea. Todo me lo demostraba: las leyendas añadidas por el traductor, se referían a la piadosa fundación del rey Childberto. La leyenda de San Droctoveo resultaba particularmente significativa por ser la del primer abad que hubo en Saint-Germain-des-Prés. El poema en verso francés que se refería a la sepultura de San Germán, me recordaba la nave de la venerable lujuria que fué el orgullo de la Galia cristiana.

La leyenda dorada constituye una obra extensa y atrayente. Jacobo de Voragine, definidor de la Orden de Santo Domingo y arzobispo de Génova, coleccionó en el siglo XIII las tradiciones que se referían a los santos católicos, formando una recopilación de tal riqueza, que exclamaron en los monasterios y en los castillos. Es la leyenda dorada. La leyenda dorada es, sobre todo, muy rica en hagiografía italiana. Las Galias, las Alemanias e Inglaterra ocupan en ella muy poco lugar. Voragine sólo acertaba a vislumbrar a través de una fría niebla a los más famosos santos de Occidente. Por eso los traductores aiquitanos, germanos y sajones, se preocuparon de añadir a su relato las vidas de sus santos nacionales.

He leído y coleccionado muchos manuscritos de La leyenda dorada. Conozco los que ha descrito mi sabio colega Paulino París en su magnífico catálogo de los manuscritos de la biblioteca del rey. Especialmente hay dos que han llamado mi atención. Uno es del siglo XIV y contiene una traducción de Juan Baleri; otro, del siglo XIII, encierra la versión de Jacobo Vinter. Ambos proceden del globo Colibri y fueron colocados en los estantes de aquella gloriosa Colibrina por el bibliotecario Baluze, cuyo nombre no puedo pronunciar sin quitarme el sombrero, porque en el siglo de los gigantes de la erudición, Baluze asombró por su grandeza. Conozco un códice muy curioso del fondo de Bigot; conozco sesenta y cuatro ediciones impresas, empezando por la venerable de Jean de Strassbourg, que fué comenzada en 1471 y terminada en 1475. Pero ninguno de esos manuscritos, ninguna de esas ediciones, contenía las leyendas de los santos Ferréol, Ferruccio, Germán, Vicente y Droctoveo; ninguno lleva la firma de Juan Toutmouillé; ninguno procede de la abadía de Saint-Germain-des-Prés. Son todos, en comparación del manuscrito que describe Thompson, lo que la paja es al oro. Veía con mis propios ojos, tocaba con la mano un testimonio innegable de la existencia de aquel documento. Pero, ¿qué había sido de este documento? Sir Thomas Raleigh había ido a terminar su vida a la orilla del lado de Como, llendose allí con él parte de sus nobles riquezas. ¿Dónde habría ido a parar después de la muerte de aquel curioso elegante? ¿Dónde habría ido a parar el manuscrito de Juan Toutmouillé?

—¿Por qué, me preguntaba, por qué habría llegado a saber que ese precioso libro existe, si no he de poseerlo ni verlo jamás? Sería capaz de ir a buscarlo hasta el corazón ardiente de África o entre los hielos del polo, si supiese que estaba allí. Pero, no sé, no sé dónde está. No sé si se encuentra guardado en un armario de hierro, bajo triple llave, por un celoso bibliómano; no sé si se enmohece en el desván de un ignorante. Tiemblo ante la idea de que quizá sus hojas arrancadas cubren los tarros de pepinillos en vinagre de alguna buena ama de casa.

30 de agosto de 1862.

Un calor sofocante refrenaba mis pasos. Iba rasando los muros de los muelles del norte y

su sombra tibia; las tiendas de libros usados, de estampas y muebles antiguos, recreaban mis ojos y hablaban a mi espíritu. Flaneando y manoseando libros, saboreaba de pasada unos versos alitanos de algún poeta de la pléyade observada en una elegante mascarada de Watteau; tanteaba con la vista un mandoble, una gola de acero, un morrión. ¿Qué caso tan resistente y qué coraza tan pesada! ¿La vestidura de un gigante? No; el caparazón de mi insecto. Los hombres de entonces iban acorazados como saltamontes; su debilidad era fuerza. Ahora ocurre lo contrario: nuestra fuerza es interior y nuestra alma bien armada, habita el cuerpo débil.

Aquí ve el retrato al pastel de una dama antiqua; su rostro borrroso como una sombra, sonríe; y puede verse una mano ciliada por mirones calados retener sobre sus rodillas de par un perillito todo lleno de bazos. Aquella imagen me llenó de una tristeza encantadora. ¿Que se burlen de mí los que no tengan en su alma un retrato borrroso!

En mismo que los caballos que ofitecan la cuadra, apuro el paso al acercarme a mi domicilio. He aquí la columna humana donde tengo mi celdilla para destilar la miel un poco acre de la erudición. Pesadamente subo los peldaños de mi escalera. Unos cuantos escalones más y llego a mi puerta. Advino, más que veo, un vestido que baja, con un ruido de seda ajada. Me detengo y me apoyo contra la barandilla. La mujer que baja la escalera lleva la cabeza descubierta; es joven y va cantando; sus ojos y sus dientes brillan en la oscuridad, pues rie con la boca y con la nariz. Seguramente es una vecina y de las más populares. Lleva en sus brazos una criatura preciosa, un niño completamente desnudo, como un hijo de diosa. Lleva al cuello una medalla colgada de una cadena de plata. Le voy a apurarse los dedos y nimerme con sus grandes ojos, muy abiertos sobre este viejo universo, tan nuevo para él. La madre se fija en mí con un aire al mismo tiempo misterioso y obstinado; se detiene, ruborizándose y tendiéndome la criatura. El niño presenta ese lindo pliegue en la muñeca y en el cuello, que tienen los niños gorditos; y de la cabeza a los pies se le forman graciosos hoyuelos que rien en su cara sonrosada. La mamá me lo muestra con orgullo.

—¿Verdad que mi niño es precioso? — me dice con una voz melodiosa.

Le agarra una manita, se la pone junto a la boca, luego dirige hacia mí los lindos dedos sonrosados, diciendo:

—Anda, nenito, envíale un beso a este señor. Es un señor muy bueno, que no quiere que los niños recién nacidos tengan frío. Envíale un beso.

Y estrechando al pequeño ser entre sus brazos, se escapa con la agilidad de una gata, hundiéndose en un corredor que, a juzgar por el aroma que exhala, conduce a una cocina. Entré en mi casa.

—Teresa, ¿quién podrá ser una joven que he visto en la escalera con la cabeza descubierta y un niño precioso en brazos?

Y Teresa me responde que es la señora de Coccoz.

Miro al techo como para buscar en él alguna luz. Teresa me recuerda entonces al antiguo vendedor ambulante que el año pasado vino a venderme almanagues, en tanto su mujer daba a luz.

—¿Y Coccoz? — pregunté.

Supongo que no le veré más. El pobre hombre había sido enterado sin que nos enteráramos de tal cosa, poco tiempo después del feliz alumbramiento de su mujer. Supe también que su viuda se había consolado ya; yo hice lo mismo.

—Pero, Teresa — pregunté —, ¿la señora de Coccoz no carece de nada en su desván?

—Sería usted un incauto — me respondió

mi sirvienta — si se preocupara por esa criatura. Le han dado orden de irse del desván, al que ya le han arreglado el techo. Pero síguela en él, a pesar del propietario, del encargado, del portero y del alguacil. Creo que los tiene a todos embrujados. Dejará el desván cuando le parezca, pero se irá en coche, yo se lo aseguro a usted.

Teresa reflexionó un momento, luego pronunció esta sentencia:

—Una cara bonita es una maldición del cielo.

Aunque me constaba positivamente que Teresa había sido fea y desprovista de todo atractivo, aun en su juventud, bajando la cabeza le dije con malévola intención:

—Vámonos, vamos, Teresa, que ya sé yo que en sus tiempos tuvo usted también una cara bonita.

No se debe tentar nunca a ninguna criatura del mundo, aunque sea la más santa.

Teresa, bajando los ojos, respondió:

—Yo, sin ser lo que se dice una mujer bonita, nunca he resultado desagradable. Y si hubiese querido, podía haber hecho lo que las demás.

—¿Quién osaría dudarlo? Poro tome mi bastón y mi sombrero. Voy a leer, para recrearme, algunas páginas del Moreti. Si puedo firmarme de mi olfato de perro viejo, vamos a cenar esta noche una gallina que exhala un aroma delicado. Cuida, hija mía, a tan apreciable ave y procure perdonar al prójimo, a fin de que nos perdonen también a usted y a su viejo amo.

Habiendo hablado así, me apliqué a seguir las enmarañadas ramas de una genealogía principesca.

7 de mayo de 1863.

He pasado el invierno según los deseos de los sabios, en *angelito* *con libello*, y las golondrinas del muelle Malakaus me encuentran al regreso casi lo mismo que me dejaron. Quien quiere vivir poco cambia, y casi no es vivir el gastar sus días sobre antiguos textos.

Sin embargo, hoy me siento más impregnado que nunca en esa vaga tristeza que la vida destila. El equilibrio de mi inteligencia (no me atrevo ni a confesárselo a mí mismo) está perturbado desde la hora exacta en que me fué revelada la existencia del manuscrito de Juan Toutmouillé.

Es extraño que por algunas hojas de viejo pergamino haya llegado a perder el reposo; pero así es, en efecto. El pobre que no siente deseos es dueño del más grande tesoro; se posee a sí mismo. El rico que ambiciona no es más que un miserable esclavo. Así me ocurre a mí; los placeres más dulces: el contacto con un hombre de espíritu fino y ponderado, el beso, el amor, el amigo, no me hacen olvidar el manuscrito que me es tan necesario, desde que sé que existe. Lo necesito por el día; lo necesito por la noche; lo necesito en medio de la alegría y en medio de la tristeza; lo necesito para trabajar y para el descanso.

Recordando mis deseos de niño es como comprendo ahora mis tenaces antojos de mi edad primera.

Vuelvo a ver con singular precisión una muñeca que, cuando yo tenía diez años, había en una tenducha de la calle del Sena. No sé cómo pudo llegar a gustarme aquella muñeca. Yo me sentía muy orgulloso de ser varón; despreciaba a las niñas y esperaba con impaciencia el momento que — ¡ay! — llegó hace tiempo, en que una barba pinzante me erigiera el mentón. Jugaba a los soldados y para dar de comer a mi caballo mecánico, arrastraba las plantas que mi pobre madre cultivaba en su ventana; ¡Me parece que estos juegos eran varoniles, y, sin embargo, tenía el antojo de una muñeca! Los Hércules tienen a veces sus debilidades. ¿Era

¡Por lo menos bonita la que me gustaba a mí! No. Me parece estar olvidada todavía. Tenía una roseta de bermeillo en cada mejilla, unos brazos cortos y blanchunos, unas horribles manos de madera y las piernas largas y muy abiertas. Su falda floreada estaba sujeta al talle por dos alfileres. Parece que estoy viendo todavía las cabezas negras de aquellos dos alfileres. Era una muñeca ordinaria, que apesta a arrabal. Recuerdo muy bien que, a pesar de ser una criatura que no había roto muchos pantalones, percibía a mi manera, pero muy vagamente, que aquella muñeca no tenía gracia ni atractivo alguno, era torpe, vulgar, pero, a pesar de eso y quizá por eso mismo, me gustaba, sólo ella me gustaba. La quería. Mis soldados y mis compañeros me eran indiferentes. Ya no metía en la boca de mi caballo mecánico ramitas de heliotropo y de verónica. Inventaba verdaderas asustas de salvaje para obligar a Virginia, mi niña, a pasar conmigo por delante de la tienda de la calle del Sena. Aplastaba la nariz contra el cristal y mi niña se veía obligada a tirarme del brazo, diciéndome: «Vamos, señorito Silvestre, que es muy tarde y su mamá va a regañar». El señorito Silvestre se burlaba de los regaños y de las azotes. Pero su niña lo levantaba como a una pluma y el señorito Silvestre cedía ante la fuerza. Después, con los años, se le echado a perder y cede ante el tenor. Pero entonces no tenía nada.

Era muy desgraciado. Una vergüenza irreflexiva, pero irresistible, le impedía confesar a mi madre el objeto de mi amor. De ahí mis sufrimientos. Durante algunos días, la muñeca estuvo presente sin cesar en mi imaginación, danzaba ante mis ojos, me miraba fijamente, me abría sus brazos, tomando en mi mente una especie de vida que la hacía misteriosa y terrible, cada vez más querida y más deseable. Un día, por fin, un día que no lo olvidaré jamás, me llevó a mi niña. Esa de mi tío, el capitán Víctor, que me había invitado a almorzar. Ya admiraba mucho a mi tío el capitán, tanto porque había quedado el último carucho francés en Waterloo, como por verle preparar por su cuenta, en la mesa de mi madre, los ajos que echaba luego en la ensalada de achicorias. Yo encontraba aquello magnífico. También me daba una gran consideración mi tío Víctor por sus levitas galonadas y sobre todo por su manera especial de revolver toda la casa de arriba abajo en cuanto llegaba. Todavía hoy no he llegado a saber cómo se las arreglaba, pero puedo afirmar que, aun cuando mi tío Víctor se hallara en una reunión de veinte personas, no se veía ni se oía más que a él. Me parece que mi excelente padre, no compartía mi admiración por el tío Víctor, que le envenenaba con su pipa, dándole amistosamente fuertes puñetazos en la espalda, acusándole al mismo tiempo de falta de energía. Mi madre, aunque tenía para con él una indulgencia de hermana, le invitaba a menudo a acariciar menos las frascas de aguardiente. Pero yo no participaba ni de esas repugnancias ni de esos reproches, y el tío Víctor me inspiraba el más puro entusiasmo. Por eso experimenté un sentimiento de orgullo al entrar en su pequeño departamento de la calle de Guinegault. Todo el almuerzo, arrojado en un velador junto al fuego, estaba compuesto de fiambres, emburidos y golosinas.

El capitán me atribuyó de pasteles y de vino. Me habló de las innumerables injusticias de que había sido víctima. Se quejaba sobre todo de los Borbones, y como no se preocupó de decirme quienes eran los Borbones, llegué a imaginar, ignoro por qué, que los Borbones eran unos tratantes en caballos establecidos en Waterloo. El capitán, que sólo se interrumpía para servirme de beber, acusó de mentarzas y de en absoluto y a los cuales me puse a odiar con todo mi corazón. A los postres, creí oír decir al capitán que mi padre era un hombre al que se podía conducir del roncal; aunque no estoy muy seguro de haber comprendido bien. Sentía zumbidos en los oídos y me parecía que bailaba el velador.

Mi tío se puso su levita galonada, tomó su sombrero y bajamos a la calle, que me sorprendió encontrar extraordinariamente cambiada. Me parecía que no la había visto desde mucho tiempo atrás. Sin embargo, cuando llegamos a la calle del Sena, la idea de la muñeca asaltó mi mente, causándome una exaltación extraordinaria. Mi frente ardía. Me resolví a intentar un gran golpe. Pasábamos por delante de la tienda. Estaba allí, detrás del cristal, con sus mejillas rojas, su falda floreada y sus largas piernas.

—Tío— le dije, haciendo un esfuerzo —, ¿quiere usted comprarme esa muñeca?

Y esperé.
—Comprare una muñeca a un chico, vive Dios! — gritó mi tío con voz de trueno —. ¿Es que quieres deshonrarte? ¡Y es esa pepona la que te gusta! Te felicito, hijo mío, ¡si a los veinte años sigues teniendo tan buen gusto como ahora, y escoges así tus muñecas, no te irá muy bien en la vida, te lo aseguro, y tus amigos dirán de ti que eres un grandísimo majadero! Pídemelo un sable o un fusil y te los compraré, aunque para ello tenga que gastar la última moneda de mi pensión de retiro. ¡Pero comprarme una muñeca, rayos y truenos! ¡Para verte deshonrado! ¡Eso nunca! Si alguna vez te viera jugar con una pepona semejante, señor hijo de mi hermana, no te reconocería como sobrino mío.

Oyendo aquellas palabras, sentí oprimirse mi corazón de tal manera, que únicamente el orgullo, un orgullo diabólico, me impidió llorar.

Mi tío, calmado de repente, volvió a sus ideas sobre los Borbones, pero yo, que aun me hallaba bajo el peso de su indignación, sentía una



El Exito...

...y triunfa de "LA ESMERALDA" se debe a su experta dirección, dedicada exclusivamente a este gran Instituto por la belleza de nuestras damas, o su selecto y culto personal, o sus inimitables aceites y a sus máquinas ultramodernas. Por eso si usted desea lucir los permanentes más de moda

Pluma y Colegiala

debe confiar en "LA ESMERALDA" y quedará encantado y moralizoso!

PERMANENTES PLUMA

SUAVES O SEDOSAS

PERMANENTES CORONITA

MAGNÍFICAS Y PERFECTAS

PERMANENTES PLUMA

PARA PEINADOS

PERMANENTES PERMANENTES
AL OLEO CREMA, como SEDA AL VAPOR "ROBERTS", Perfectores



Nuestro Casa Central
Corfios Pellegrini 425

PERMANENTES

AUTOTERMO DE BUCLES MARAVILLOSOS

TINTURAS \$6.-

POLICROM AL ACEITE, Colores NATURALES, \$

RETOQUE DE TINTURAS 4.-

COLOR UNIFORME, \$

MASAJES

MODERNOS HOLLYWOOD, \$ 3.-

BAÑO FACIAL

LIMPIEZA DEL CUTIS, \$ 1.50

DEPILACION GENERAL

PERMANENTES ESPECIALES PARA

CABELLOS TERIDOS Y OXIGENADOS

LA ESMERALDA

(LA MEJOR Y MAS GRANDE PELUQUERIA
DE SEÑORAS EN SUDAMERICA) *

Casa Matriz: PIEDRAS 79 - U. 34 - 1019

(CASI ESQUINA AVENIDA DE MATO)

Casa Central: C. PELLEGRINI 425 - U. 35 - 6645 - 1231

Suc. CENTRO: Suc. FLORES: Suc. ONCE: Suc. BELGRANO:

LAVALE 735 - RIVADAVIA 7150 - RIVADAVIA 2579 - CABILDO 2342

U. T. 31-5720 U. T. 66-0030 U. T. 48-2267 U. T. 76-4017

PRODUCTOS DE BELLEZA LA ESMERALDA

Creaciones nobles GUILLERMINA SCHWARTZ

Arrugas Las CANAS Envejecen

Acetate de Flores Tinturas "POLICROM"

CUTINET

a base de bálsamos y aceites de flores. Un leve masaje alrededor de los ojos demuestra su bondad en las Arrugas. Pájar de Gallo o Bolas de los Ojos. Frascos de \$ 2.-, 3.- y \$ 5.-.
Al interior contra reembolso.

dan aspecto juvenil. Es la tintura mejor experimentada en todos los tonos. Caja completa, para un retoque de tintura, \$ 2; doble, \$ 3.50; y caja gigante, \$ 6.-. Al interior c/reembolso.

En VENTA LABORATORIOS LA ESMERALDA, C. Pellegrini 425, y en las principales farmacias y perfuméricas.
CONSULTAS sobre Estética y Belleza dirigirse a GUILLERMINA SCHWARTZ, directora del Instituto de Belleza LA ESMERALDA.

vergüenza indignada. Túnez bien pronto una resolución: me prometí a mí mismo no deshonrarme; renuncié irrevocablemente, y para siempre, a la música de neñillas coloradas. Aquel día gusté la austera dulzura del sacrificio.

Capitán: es verdad que en vida juraste como un pagano, fumaste como un suizo y bebiste como un campesino, pero a pesar de ello, que tu memoria sea honrada, no tan sólo porque fuiste un valiente, sino también por que has revelado a tu sobrina, vestido aún con pantalones cortos, el sentimiento del heroísmo. ¡El orgullo y la pereza te hacían casi insoportable, oh, tío Víctor! Pero un gran corazón latía bajo los galanes de tu levita de uniforme. Llevabas siempre, lo recuerdo muy bien, una rosa en el ojal. Y aquella flor que ofrecías con tanto agrado a las muchachas, aquella flor, como un gran corazón abierto que se deshojaba a todos los vientos, era el símbolo de tu gloriosa juventud. No despreciabas ni el vino ni el tabaco, pero despreciabas la vida. No podía aprenderse de ti, capitán, ni el buen sentido ni la delicadeza, pero en cambio me diste, a la edad en que todavía la niñera me sonaba los mocos, una lección de honor y de abnegación que no olvidaré jamás.

Descansas hace ya tiempo en el cementerio de Mont-Parnasse, bajo una humilde lápida con este epitafio:

AQUÍ YACE

ARISTIDES VICTOR MALDENT

CAPITÁN DE INFANTERÍA

CABALLERO DE LA LEGIÓN DE HONOR

Pero no era ésa, capitán, la inscripción que tú habías reservado para tus viejos huesos, ¡que tanto rodaron por los campos de batalla y por los lugares de placer. Encontraron entre tus papeles este amargo y arrogante epitafio, a pesar de conservar tu última voluntad no se atrevieron a poner sobre la tumba:

AQUÍ YACE

UN BANDIDO DE LA LOIRE

—Teresa, mañana iremos a llevar una corona de siemprevivas a la tumba del bandido de la Loire.

Pero Teresa no está allí. ¿Cómo iba a estar junto a mí en la gloria de los Campos Elíseos? Allí, a la distancia, al final de la avenida, el Arco del Triunfo que ostenta grabados bajo sus bóvedas los nombres de los compañeros de armas del tío Víctor, abre sobre el cielo su puerta gigantesca. Los árboles de la Avenida despliegan al sol primaverales sus primeras hojas, aun pálidas y acridas. A mí sólo rudo rudo, como hacía el bosque de Bolonia. He llegado en mi paseo hacia esta avenida inundada y me he detenido, sin saber por qué, ante un puestecillo al aire libre en el que hay bollos y garrafas tapadas con un limón. Un niño miserable, envuelto en andrajos, que dejan ver su piel curtida y agrietada, abre desmesuradamente los ojos ante aquellas subrepticias golosinas que no son para él. Sus ojos redondos, y fijos, contienen un bulto de gran tamaño en forma de nueño. Es un general y se parece un poco al tío Víctor. Lo tomo en mi mano, lo pago y se lo tengo al pobre pequeño que no se atreve a alargar su mano hasta él, pues sin duda, debido a una experiencia precoz, no cree en la felicidad. Me mira con esa expresión que se descubre a veces en los ojos de los perros y que parece decir: "est used cruel burlándose de mí".

—Vamos, chiquillo — le dije con ese tono áspero que me es propio — toma y come, pues más feliz que yo lo era a tu edad, pue-

des satisfacer tus antojos sin deshonrarte. Y tú, tío Víctor, tú, cuyo rostro varonil me recorda ese bulto, ven, ven, sombra gloriosa, ven para hacerme olvidar mi nueva miseria. Somos estos niños y corremos sin cesar detrás de nuevos juguetes.

El mismo día.

¡La familia Cocozz está asociada en mi espíritu de la manera más extraña al clérigo Juan Toutmouillé!

—Teresa — dije, dejándome caer en mi butaca —. Cuénteme usted cómo está el niño de los Cocozz, dígame si tiene ya dientes y déme usted mis zapatas.

—Debe tenerlas hace ya tiempo, señor — me respondió Teresa —, pero yo no se los he visto. El primer día hermoso de primavera, desapareció la madre con su hijo, dejándose aquí los muebles y las ropas. Se han encontrado treinta y ocho tarros vacíos de crema para la cara en su desván. Es una cosa que no se concibe. En los últimos tiempos recibía muchas visitas y ya puede usted figurarse que a estas horas no estará precisamente en su convento de monjas. La sobrina de la portera dice que la ha visto en un coche por el bulevar. Ya me parecía a mí que ésa acabaría mal.

—Teresa — le respondí —, esa joven no ha acabado ni bien ni mal. Esperemos el término de su vida para juzgarla. Y procure usted no hablar mucho con la portera. La señora de Cocozz, a quien me encontré una vez en la escalera, parecía querer mucho a su hijito, y está amor dolo tenerle en cuenta.

—Desde luego, señor, al niño no le faltaba nada. No se habría encontrado en todo el barrio otro mejor alimentado, mejor cuidado, ni mejor aseado que él. Todos los días le ponía un babero limpio y le cantaba, desde la mañana a la noche, canciones que le hacían reír.

—Teresa, un poeta ha dicho: "El niño a quien su madre no ha conocido nunca, no es digno ni de la mesa de los dioses ni del lecho de las diosas".

8 de julio de 1863.

Habiéndome enterado de que iban a enlazar de nuevo la capilla de la virgen de Saint-Germain-des-Prés, me dirigí a la iglesia, con la esperanza de encontrar algunas inscripciones dejadas al descubierto por los obreros. No me equivoqué. El arquitecto me mostró una piedra que había hecho arrimar al muro. Me arrodillé para descifrar la inscripción grabada sobre aquella piedra, y bajo la sombra del antiguo ábside léi estas palabras que hicieron palpar mi corazón:

Aquí yace Juan Toutmouillé, monje de esta iglesia, que hizo poner de nuevo la portada de San Vicente, de San Aniano y el pie de los Inocentes: fué, mientras vivió, un hombre prudente y valeroso. Rogad por su alma.

Limpicé suavemente con mi pañuelo el polvo que ensuciaba aquella losa. Hubiera querido bersarla:

—¡Es él, es Juan Toutmouillé! — exclamé. Y en lo alto de las bóvedas retumbó aquel nombre con estrépito sobre mi cabeza.

El rostro grave y mudo del perturbado que avanzaba hasta mí me avergonzó, haciéndome reprimir mi entusiasmo y salir huyendo por entre los dos hisopos cruzados sobre mi pecho por dos ratas de iglesia rivaes.

Sin embargo, era mi Juan Toutmouillé, ¡lo era, sin duda ninguna! Era el traductor de *La leyenda dorada*, el autor de la vida de los santos Germain, Vicente, Ferrn, Perceut y Droctoveus; era, como yo le había figurado, un monje de Saint-Germain-des-Prés. Y, además de ser un buen monje, muy

piadoso y muy liberal. Había mandado hacer una barbilba de plata, una cabeza de plata y un pie de plata para que los restos preciosos estuvieran cubiertos por una envoltura incompromisible. Pero, ¡llegaré alguna vez a conocer su obra, o este nuevo descubrimiento servirá tan sólo para aumentar mis desvelos!

20 de agosto de 1863.

"Yo que resulto agradable algunas veces y pongo a prueba a todos los hombres; yo que soy la alegría de los buenos y el terror de los malos; yo que alimento y destruyo el error, me propongo desplegar mis alas. No me censuréis si en mi rápido vuelo me deslizo sobre algunos seres..."

—¿Quién habla así? — Un anciano a quien conozco bastante: el Tiempo.

Shakespeare, al final del tercer acto del *Cuento de invierno*, se detiene para dejar a la infantil Perdita el tiempo de crecer en prudencia y en belleza, y, cuando vuelve a abrirse la escena, evoca al antiguo coro para dar razón a los espectadores de los largos días que han gravitado sobre la cabeza del celoso Leontes.

He dejado en este diario, como Shakespeare en la comedia, un largo intervalo en el olvido, y siguiendo el ejemplo del poeta hago intervenir al tiempo para explicar mi silencio de seis años. Efectivamente, hace seis años que no he escrito una línea en este cuaderno y no puedo, ¡ay!, al volver de nuevo a tomar la pluma, describir una Perdita cuyas gracias se han aumentado al correr de los días. La juventud y la belleza son los fieles compañeros de los poetas. Esos fantasmas encantadores apenas nos acompañan durante el espacio de una estación. No acertamos a retenerlos. Si la sombra de alguna Perdita se decidiera, por un incomprensible capricho, a atravesar mi cerebro, se marchitaría horriblemente junto a los montones de pergaminos arrugados. ¡Dioses los poetas! Sus cabellos blancos se cuentan a las sombras flotantes de las Húlfas, de las Francescas, de las Julietas, de las Julias y de las Doroteas. Y sería suficiente la nariz de Silvestre Bonnard para poner en fuga a todo el enjambre de las grandes apasionadas.

Sin embargo, yo he sentido la belleza como puedan sentirla los demás. Me ha enloquecido el encanto misterioso que la naturaleza incomprensible extiende sobre las formas animadas; una arcilla viviente me ha comunicado ese estremecimiento que produce amantes y poetas. Pero no he sabido ni amar ni cantar. En mi alma, abarrotada de viejos textos y de viejas fórmulas, encuentro de nuevo, como una miniatura en un desván, un claro rostro con dos ojos brillantes de almidura.

Bonnard, amigo mío, eres un viejo loco. Más te valiera leer el catálogo que un librero de Florencia te ha enviado esta misma mañana. Es un catálogo de manuscritos y seguramente vendrá en él la descripción de algunas obras notables conservadas por aficionados de Italia y de Sicilia. Eso es lo que conviene a tu edad y a tu físico.

Me pongo a leer y de repente linzo un grito. Amilcar, que como años ha llegado a tener una gravedad que me intimida, me contempla con aire de reproche y parece preguntarme si el reposo es de este mundo, pues que él no puede disfrutarlo junto a mí a pesar de ser yo tan viejo como él.

Necesito un confidente para la alegría de mi descubrimiento y es al pacífico Amilcar a quien me dirijo con la efusión de un hombre feliz.

—Amilcar, no, el reposo no es de este mundo y la quietud a que tú aspiras es incompatible con los trabajos de la vida. ¿Quién ha podido decirte que somos viejos? Oye

bien lo que leo en este catálogo y dime después si ha llegado la hora del descanso:

—La leyenda dorada de Jacobo de Voragine, traducción francesa del siglo XIV por el clérigo Juan Toutmouillé.

—Sobervio manuscrito ornado con dos miniaturas maravillosamente ejecutadas y en perfecto estado de conservación. Una representación la Purificación de la Virgen y otra la Coronación de Proserpina.

—Siguiendo a La leyenda dorada se encuentran las leyendas de los santos Ferreo, Ferruccio, Germán y Droctoveo, páginas xxviii, y la Sepultura milagrosa del señor Saint-Germain d'Auxerre, páginas xii.

—Este precioso manuscrito, que formaba parte de la colección de sir Thomas Raleigh, se encuentra actualmente en el gabinete del señor Miguel Angel Polizzi, de Girenti.

—¿Has oído, Amilcar? El manuscrito de Juan Toutmouillé está en Sicilia, en casa de Miguel Angel Polizzi. Puede que este hombre tenga algún aprecio por los sabios. Voy a escribirle.

—Cosa que hice en seguida. En mi carta rogaba al señor Polizzi que me facilitara el manuscrito del clérigo Toutmouillé, haciéndole saber los títulos por los cuales me atrevía a juzgarme digno de semejante favor. Ponia al mismo tiempo a su disposición algunos textos inéditos que yo poseo y que no carecen de interés. Le suplicaba que me favoreciera con una pronta respuesta, inscribiendo debajo de mi firma todos mis títulos honoríficos.

—¡Señor! ¡Señor! ¿Dónde va usted con tanta prisa? — exclamó Teresa alarmada, bajando de cuatro en cuatro los escalones y corriendo detrás de mí con el sombrero en la mano.

—Voy a echar una carta al correo.

—¿Dios mío! Escaparse así, con la cabeza descubierta, como un loco.

—Es que estoy loco, Teresa. ¿Y quién no lo está? Déme corriendo mi sombrero.

—¿Y los guantes? ¿Y el paraguas?

—Estaba al pie de la escalera y aun la oía gritar y lamentarse.

10 de octubre de 1869.

Estaba esperando la respuesta del señor Miguel Angel Polizzi, con una impaciencia mal contenida. No me hallaba en mi centro; hacía movimientos bruscos; abría y cerraba ruidosamente los libros. Me ocurrió que un día tiré con el codo un tomo del *Moreni*.

Amilcar, que se estaba lamiendo, se detuvo de pronto y con la pata sobre una oreja, me miró con ojos húmedos. ¿Era acaso aquella vana humillación la que debía esperarme bajo mi techo? — No habíamos convenido tícidamente llevar una existencia apacible? Yo había roto el pacto.

—¡Pobre compañero mío! — le respondí —. Es que soy presa de una pasión violenta que me agita y me domina. Las pasiones son enemigas del reposo, pero sin ellas no habría ni industria ni arte en este mundo. Cada cual descamará desnudo sobre un montón de estiércol y tú, Amilcar, no dormirás durante todo el día sobre un cojín de seda, en la ciudad de los libros.

No seguí exponiendo durante más tiempo ante Amilcar aquella teoría sobre las pasiones, porque mi criada me entregó una carta con sello de Nápoles, que decía:

—¡Irrisimo señor: Te felicito, poseo el incomparable manuscrito de La leyenda dorada, que no ha pasado inadvertido a su lúcida atención. Razones capitales se oponen imperiosa y tícidamente a que me despenda de él ni un solo día, ni un solo minuto. Será para mi una alegría y una gloria mostrárselo a usted en mi humilde casa de Girenti, la que se



DOS GENERACIONES

— le hablan



Dos generaciones le le hablan de cuánto, cómo, que bien y que rápidamente se aprende cualquier profesión Técnica, Comercial o Artística en las Escuelas Zier.

Dos generaciones le aconsejan hacer como lo hicieron ellos —padres e hijos — (desde 1914 y por boca de 90.000), prepararse cuanto antes, para hacerle frente con ventaja a la nueva era que se inicia; que será la era del TRIUNFO y las grandes ganancias para los mejores.

Dos generaciones, por último, le dicen la verdad:

Mediante el sistema de Enseñanza Teórico-Práctico de las Escuelas Zier, tan seguro como eficaz — en su casa — usted puede ser el mejor PROFESIONAL COMPETENTE, sin otro esfuerzo que unos minutos de estudio por día.

Las Escuelas Zier le enseñan a TRIUNFAR:

Las Escuelas Zier son, prácticamente, una "ESCUELA SUPERIOR DE LA VIDA", que prepara TECNICAMENTE al alumno y por medio de sabias LECCIONES DE CARACTER le dan una enseñanza completa tendiente a vigorizar sus cualidades morales y emplear con provecho los conocimientos adquiridos.

Aquí tiene 150 Profesiones para que Vd. ELIJA:

Ingeniero Civil, Arquitecto, Constructor, Ingeniero en Radio y Televisión (Radio, Televisión, Cine Sonoro, Amplificación de Sonido, Instalación de Broadcasting, etc.), Técnico en Radio y Televisión, Ingeniero Electricista, Electrotécnico, Montador Electricista, Aprendiz Electricista, Jefe de Usina, Ingeniero Mecánico, Técnico en Industria Siderúrgica, Técnico Mecánico, Maestro Tornero, Montador Mecánico, Ingeniero en Motores Diesel, Técnico en Motores Diesel, Montador en Motores Diesel, Ingeniero Aeronáutico, Técnico Aeronáutico, Ingeniero en Exploración de Minas y Petróleo, Técnico en Exploración de Minas y Petróleo, Ingeniero en Puentes y Cominas y Obras Hidráulicas, Técnico en Hormigón Armado, Arquitecto Naval, Ingeniero Agrónomo, Agrónomo Industrial, Técnico Endlogo, Farmacéutico, Sobrestante en Obras Sanitarias, Dibujo Comercial y Publicidad, Jefe de Propaganda, Dibujo Artístico, Concursatario, Retratista, Dibujo y Pintura Decorativa, Deseado Artístico, Dibujo Lineal, Arquitectónico, Lineal Mecánico, Lineal de Ebonistería, de Herrajería Artística, de Ornato, de Figuras, de Letras, Poisejista, Pintura Artística, Profesor de Dibujo, Vidriero, Contador Comercial, Tenedor de Libros, Mecánico Dental, Piloto Avionero, Técnico en Argumentos Cinematográficos, etc.

OTORGAMOS DIPLOMAS.

Próximo 30 Aniversario - Grandes Facilidades de Ingreso.

Y después de todo, los precios de todos los Cursos de las Escuelas Zier son sorprendentemente bajos.

Escuelas
ZIER
de Buenos Aires
FUNDADAS EN 1914
Con Sucursales en todos los países de América

30
ANIVERSARIO

Señor Director del
Departamento de Orientación Profesional
de las Escuelas ZIER de Buenos Aires - Lavalle 900

Sirosae enviarme, a Vuelta de Correo,
informes sobre la forma de GANAR DINERO
con la Profesión que elijo.

Nombre
Calle N°
Localidad P. C.
Ocupación Edad
Me interesa el Curso de



Una Institución noble y honesta para encauzar a la juventud, - no para lucrar.



LA
UNICA
Y
VERDADERA

Las imitaciones pueden costar centavitos menos por su inferior calidad, pero peinan mal y rinden poco. La legítima Gomina resulta más conveniente porque peina mejor, tonifica el cabello y tiene doble rendimiento.

verá iluminada y embellecida con su presencia. Con la impaciente esperanza de su venida, me atrevo a ofrecerme, señor académico, vuestro humilde y devoto servidor. — MIGUEL ANGEL POLIZZI, *Negociante en vinos y arqueólogo de Girgenti, (Siria).*"

¡Pues bien, iré a Sicilia!

Extremum hunc, Aetibus, mihi concede laborem.

25 de octubre de 1869.

Teniendo ya resuelto mi viaje y habiendo hecho mis preparativos, sólo me faltaba advertirle a mi ama de llaves. Confieso que dudé mucho tiempo antes de anunciarle mi partida. Temía su advertencia, sus burlas, sus reproches, sus lágrimas. "Es una buena mujer, nie decía, muy adicta a mí, que me retiene, y Dios es testigo de que cuando quiergo algo hace un verdadero derroche de palabras, de gestos y de gritos. En esta ocasión llamará a mi ayuda a la portera, al encendedor, a la colchonera y a los siete hijos del frutero; se pondrán todos de rodillas a mi alrededor, me llorarán y estarán tan feos que cederé por no verlos".

Tales eran las espantosas imágenes, los sueños de calentura que el miedo agrupaba en mi imaginación. Sí, el miedo, el miedo fecundo, como dice el poeta, creaba esos monstruos en mi cerebro. Pues, lo confieso en estas páginas íntimas, tengo miedo de mi criada. No ignoro que ella sabe que soy débil, y esto me quita todo el valor en mis luchas con ella. Esas luchas son frecuentes, y yo sucumbo invariablemente.

Pero era preciso anunciar mi marcha a Teresa. Entré en la biblioteca con un hazado de leña para encender un poco de lumbre, "una llamarada", como ella decía, pues las mañanas son frescas. Yo la observaba con el raballo del ojo, mientras estaba acurrucada, con la cabeza metida dentro de la chihuenita. No sé de donde saqué el valor, pero dejé de vacilar. Me levanté, y paseándome de arriba abajo de la habitación:

—A propósito —le dije con tono que quería ser risueño y con esa fanfarronería propia de los poltrones—, a propósito, Teresa, me marchó a Sicilia.

Después de haber hablado, esperé muy inquieto. Teresa no respondía. Su cabeza y su amplia cofia continuaban hundidas dentro de la chimenea, y nada en su persona, que yo observaba atentamente, demostraba la más mínima emoción. Seguía metiendo astillas bajo los troncos, y nada más.

Por fin volvió el rostro; y la vi tan tranquila, tan tranquila que me irritó.

Verdaderamente, pensé, esta solterona no tiene corazón. Deja que me marche sin decirme siquiera: "¡Ah!" ¿Es que significa tan poco para ella la ausencia de su vicio amado?

—Vaya usted, señor — me dijo al fin —, pero vuelva usted a las seis en punto. Tenemos para cenar un plato que no espera.

Nápoles, 10 de noviembre de 1869.

—Co tra calle vive, magne e lave a faccia (1).

—Sí, ya te entiendo, amigo, por tres céntimos puedo comer, beber y lavarme la cara, todo ello adquiriendo una de las rajás de sandía que tienes expuestas en esa mesita.

Pero los prejuicios occidentales, me impiden gozar con el suficiente candor tan sencilla voluprosidad. ¿Cómo voy a disfrutar con una de estas rajadas de sandía? Ya hago bastante con sostenerme en pie en medio de esta multitud. ¿Qué noche tan luminosa y llena de ruido en Santa Lucia! Las frutas se alzan formando montañas en las tiendas alumbradas con farolillos multicolores; sobre las frutas se levantan las almas libres, humea el agua en los calderos y cantan las frutas al viento. ¿Verdadero! El olor de pescado frito y de carne caliente, me coquillea las narices. El olor de estomago estornudando. Entonces me doy cuenta de que mi pañuelo ha sido empujado en las direcciones por el pueblo más alegre, más charlatán, más vivo más diestro que puede imaginarse; de pronto, una joven comadre, precisamente cuando estaba admirando sus magníficos cabellos negroes, me da un golpe con su hombro elástico y fuerte, me envía sin hacerme daño, tres pasos más atrás, dejándome caer en los brazos de un hombre que está comiendo *muaromí*, el cual me recibe en ellos sonriendo.

Ya estoy en Nápoles. Cómo he conseguido llegar hasta aquí, con algunos restos informes de que yo mismo no lo sé, no podría explicarlo, por la sencilla razón, y me repito, que en esta ciudad tan luminosa, tengo el aspecto de un buho al sol. La noche es peor todavía! Para poder estudiar las costumbres populares, me fui a la *strada di porto*, donde ahora me hallo. En torno a mí, alegres grupos se apiñan ante los puestos de vitualas, y floto como un despojo, arrastrado por olas vivientes, que hasta cuando surgen me acarician. Porque este pueblo napolitano tiene en su alegre vivacidad un no sé qué de dulce y de halagador. No me empujan, me mecen. Y a veces pienso que a fuerza de balancearme de

(1) Equivalente a este antiguo pregón del levante español: ¿Quién por dos cuartos no come, bebe y se lava la cara?

aquí para allá esta gente acabará por dormirme de pie. Admiró, al hollar las losas de lava de la *irrada*, a los mozos de coedel y a los pescadores que hablan, cantan, fuman, gesticulan, se pelean y se abrazan con extraordinaria rapidez. Cual a un tiempo con todos los sentidos y, con una sabiduría de la cual no se dan cuenta, miden sus descos con arreglo a una sabiduría de la vida. Me aceto a una taberna muy iluminada, y leo en la puerta esta cuarteta en dialecto napolitano:

Amice, alliegge magnanimo e bevinmo,
Nfin che n'ce stace noglio a la luera;
Chi sa s'a l'autro munno n'ce esdinmo?
Chi sa s'a l'autro munno n'ce taverna?

(Amigos, comamos y bebamos alegremente,
Mientras haya aceite en la lámpara:
¿Quién sabe si en el otro mundo volveremos a vernos?
¿Quién sabe si en el otro mundo habrá una taberna?)

Horacio daba consejos muy parecidos a sus amigos. Tú los recibiste, Pétrono. Tú los escuchaste, Leuconoe, hermosa rebelde, que descabas conocer los secretos del porvenir. Aquel porvenir es ahora el pasado y nosotros lo conocemos. En realidad, hiciste mal atormentándote por tan poca cosa, y tu amigo dió prueba de ser un hombre de buen sentido, aconsejándote que fueras prudente y que filtrases tus vinos griegos. *Sapias, una liquis*. De este modo, una tierra hermosa y un cielo puro aconsejan las tranquilas voluptuosidades. Pero existen almas atormentadas por un sublime descontento. Esas son las más nobles. Tú fuiste de esas, Leuconoe. Y al llegar en el ocaso de mi vida a la ciudad en que resplandeció tu belleza, saludo con respeto tu sombra melancólica. Las almas como la tuya, que hicieron su aparición en la cristiandad, fueron las almas de las santas y sus milagros llenan *La leyenda dorada*. Y reconozco a uno de sus niños en la persona del tuberno poeta que en estos momentos sirve vino en las tazas, bajo su rótulo epicúreo.

Y, sin embargo, la vida le da la razón al amigo Flaco, y su filosofía es la única que se acomoda al desarrollo de los acontecimientos. Contemplad a ese joven tan gallardo que, apoyado en una reja cubierta de pámpanos, toma un helado contemplando las estrellas. No se bajaría siquiera para recoger del suelo ese viejo manuscrito que estoy buscando a costa de tantas fatigas, y es que, en realidad, el hombre está hecho más para tomar helados que para compulсар viejos textos.

Continué divagando en torno de los bebedores y de los cantantes. Algunos emmarorados mordan hermosas frutas enlazados por el tallo. Indudablemente el hombre es, por naturaleza, malo, pues toda aquella alegría ajena me entristece profundamente. Aquella multitud demostraba tal gusto ingenuo por la vida, que todos mis pudores de viejo escriba se sublevaron. Además, me hallaba desesperado por no comprender nada de las palabras que resonaban en el aire. Lo que resultaba una prueba humillante para un filólogo. Estaba muy apesadumbrado, cuando algunas frases pronunciadas a mi espalda, me hicieron aguzar el oído.

—Ese viejo seguramente es un francés, Dimitri. Me da pena verle tan aburrido. ¿Por qué no le hablas? Tiene aire de ser una excelente persona. ¿No te parece, Dimitri?

Aquellas palabras fueron dichas en francés por una voz de mujer. Al pronto me resultó muy desagradable oír que me llamaban viejo. ¿Es uno viejo a los sesenta y dos años? El otro día, en el puente de las Artes, mi colega Perrot d'Avignac me felicitó por mi aspecto juvenil, y dije de ser más entendido en eso de aparentar edad que las alondras que cantaba a mi espalda, dado caso de que las alondras canten de noche. ¿De manera que tengo el aire de una excelente persona? ¡Ah, ah! Siempre lo había sospechado; pero ahora ya no lo creo, puesto que se trata de la opinión de una pájara. No quiero volver la cabeza para ver a la que acaba de hablar, pero estoy seguro de que es una mujer bonita. ¿Por qué?

Porque la voz de las mujeres que son bellas o que lo fueron, gustan o que gustaron, es la única que puede tener esa abundancia de sonidos felices, ese tono argentino que es como una risa perenne. De la boca de una fea quizá saldrá una palabra más suave y más melodiosa, pero nunca tan viva seguramente, ni con ese gorjeo.

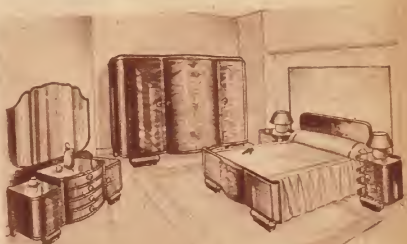
Estas ideas se adueñaron de mi mente en menos de un segundo, y huendo muy apresurado de aquellos dos desconocidos me lancé entre la más apiñada multitud napolitana, enfundando un *violetto* torzoso, alumbrado únicamente por una lamparilla encendida ante el nicho de una Madonna. Allí, reflexionando con más sosiego, acabé por reconocer que aquella bella mujer (seguramente era bella) había expresado respecto a mí un pensamiento de benevolencia que merecía mi gratitud. "Ese viejo seguramente es un francés, Dimitri. Me da pena verle tan aburrido. ¿Por qué no le hablas? Tiene el aire de ser una excelente persona. ¿No te parece, Dimitri?"

Al oír aquellas palabras amables no debí emprender una fuga tan rápida. Hubiera sido más acertado abordar de una manera cortés a la dama de voz clara, inclinarme ante ella y hablarle de este modo:

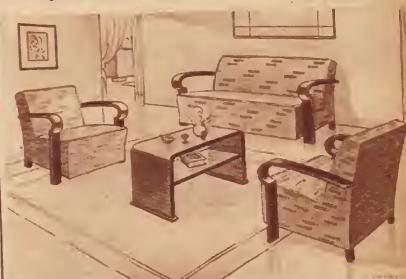
GRANDES FABRICAS DE MUEBLES BRUCCINI

¡ATENCIÓN! - CASA NETAMENTE ARGENTINA

Aproveche nuestras grandes ofertas meses aniversario, cincuenta años de existencia, cuatro Exposiciones en la misma ciudad, inmenso surtido de: DORMITORIOS, COMEDORES, LIVING-ROOM, VESTIBULOS, SOFAS, CAMA, OTOMANAS, COLCHONES, Etc.



Espléndido juego de dormitorio "BOMBE" finamente terminado, compuesto de: ROPERO 2 metros, TOILET, 2 MESAS DE LUZ, Cama 2 plazas, elástico flejes, 1 Banqueta. Precio propaganda.....\$ **350.-**



Soberbio juego de Living Room brazos curvados, fina tapicería, compuesto de: SOFA, 2 SILLONES y Mesita. Precio propaganda.....\$ **140.-**

Compre directamente en nuestras grandes Fábricas. Venta directamente al público. Visítenos y se convencerá.

Solicite catálogo ilustrado, N° 60

SARMIENTO 1554-57-61 y 77 - Bs. Aires

«Señora: a pesar mío, he oído todo lo que usted acaba de decir, ¿Deseaba usted hacer un favor a un pobre viejo? Pues ya lo ha hecho usted. Bastan las inflexiones de su voz francesa para proporcionarme un placer por el cual le quedo reconocido". Sin duda alguna debí decirle estas palabras u otras semejantes. Tengo la seguridad de que es francesa, porque su voz lo es. La voz de las damas de Francia es la más agradable del mundo. Al igual que nosotros, también los extranjeros perciben su encanto. Felipe de Bergame dijo en 1483, refiriéndose a Juana la Boncella: "Su hablar era dulce, como el de todas las mujeres de su país". El acompañante a quien se dirigía se llama Dimitri. Debe ser ruso. Seguramente son personas ricas que pasan su aburrimiento por el mundo. Hay que compadecer a los ricos. Sus bienes los rodean, pero sin penetrarlos; se encuentran pobres y desnudos dentro de sí mismos. La miseria de los ricos es lamentable.

Al acabar estas reflexiones me encontré en un callejón, o para decirlo en napolitano, en un *sotto-porco*, que se deslizaba por debajo de tan numerosas arcadas y de balcones tan salientes que no descendía hasta él la más mínima luz del cielo. Todo me demostraba que me había perdido y que estaba condenada a buscar mi camino durante toda la noche. Para poder preguntar, hubiera sido preciso encontrar un rostro humano, y desespere para ver uno solo. En mi desesperación, tomé por un calle al azar, o mejor dicho, por un espacio de espanto y de dolor. Tal era su aspecto. Y efectivamente, a los pocos minutos de andar por él, vi a dos hombres que esgrimían cuchillos. Se atacaban más aún con la lengua que con los aceros, y comprendí, por las injurias que ambos se lanzaban, que se ventilaba un asunto amoroso. Me deslicé prudentemente por una calleja cercana, mientras aquellos dos bravos continuaban ventilando sus asuntos, sin preocuparse más mínimo de los míos. Después de haber andado durante algún tiempo a la ventura, me senté desalentado en un banco de piedra, lamentando haber huído tan locamente y de un modo tan laberíntico de Dimitri y de su compañía de la voz clara.

—Buenas noches, señor. ¿Viene usted de San Carlo? ¿Ha oído usted a la diva? Sólo en Nápoles se canta así.

Levanté la cabeza y reconocí a mi huésped. Me hallaba sentado contra la fachada de mi hotel, debajo de mi propia ventana.

Monte-Allegro, 30 de noviembre de 1869.

Estaba descansando con mis guías y sus mulas en el camino de Sciaca a Girgenti, en una posada del misero pueblo de Monte-Allegro, cuyos habitantes, consumidos por la *mal'aria* tiritaban al sol. Pero son graciosos todavía, y su alegría resiste a todo. Algunos de ellos rodeaban la posada con curiosidad sonriente. Si hubiese yo sabido contarles algún cuento, sin duda hubiera logrado hacerles olvidar los quebrantos de la vida. Su aspecto revelaba inteligencia, las mujeres, a pesar de tener ajado y curtido el rostro, se envolvían con gracia en su largo manto negro.

Vela ante mí las ruinas roídas por el viento del mar, y sobre las cuales no crece ni la hierba. La lúgubre tristeza del desierto reina en aquella tierra árida, cuyas entrañas agrietadas apenas alimentan algunas mimosas rapaces, cactus y palmeras canas. A veinte pasos de distancia y a lo largo de un barranco blanqueaban los guijarros como un reguero de osamentas. Mi guía me explicó que se trataba de un arroyo.

Hacia quince días que estaba en Sicilia. Entré por la bahía de Palermo, que se abre

entre las dos moles áridas y abrumadoras del Pellegrino y del Catalano y que se extienden a lo largo de la Concha de Oro, cubiertas de mirtos y de naranjos. Sentí una admiración tan grande, que resolví visitar esa isla tan noble por sus recuerdos y tan hermosa por sus cadenas de colinas. Viejo peregrino, encañecido en el Occidente bárbaro, me aurreví a aventurarme en aquella tierra clásica, y busqué un guía, fui de Palermo a Trapani, de Trapani a Selinunte, de Selinunte a Sciaca, de donde salió esta mañana para dirigirme a Girgenti, donde espero hallar el manuscrito de Juan Toutmoullif. Todas las cosas bellas que he podido contemplar se hallan tan presentes en mi imaginación, que me parece una fatiga inútil el describirlas. Para qué eschar a perder mi viaje amontonando notas? Los amantes, que quieren de veras no escriben sus dichas.

Entregado por completo a la melancolía del presente y a la poesía del pasado, con el alma anegada en bellas imágenes y los ojos cargados de perfiles armoniosos y puros, saboreaba en la posada de Monte-Allegro el rojo espeso de un vino de fuego, cuando vi entrar en la sala a una mujer joven y hermosa, como sombra de paja y un vestido de seda cruda. Sus cabellos eran oscuros; sus ojos, negros y brillantes. En su modo de andar reconocí a una parisienne. Se sentó. El posadero puso ante ella una copa de agua fresca y un ramo de rosas. Al verla entrar me levanté, apurándome un poco por discreción y simulando que examinaba las imágenes piadosas adosadas a las paredes. Me di cuenta perfectamente de que al verme de espaldas hizo un ligero movimiento de sorpresa. Me acerqué a la ventana, y miré pasar los carritos que avanzaban por el camino pedregoso bordeado de cactus y de chumbras.

Mientras ella bebía agua helada, yo contemplaba el cielo. Se siente en Sicilia una volubilidad inexplicable, bebiendo agua fresca y respirando luminosidad. Murmuré para mí los versos del poeta ateniense:

¡Oh, santa luz, ojo de oro del día!

En tanto, la señora francesa me observaba con singular curiosidad, y aunque me esforzaba en no mirarla más de lo debido, sentí que no apartaba de mí sus ojos. Parece ser que poseo el don de adivinar las miradas que me dirigen sin miras. Hay mucha gente que cree también poseer esa facultad misteriosa; pero, en realidad, no hay en ello ningún misterio, sino que percibimos algún indicio tan ligero que apenas nos damos cuenta de él. No sería imposible que yo hubiera visto los hermosos ojos de aquella señora reflejados en los cristales de la ventana.

Cuando me volví de pronto hacia ella, nuestras miradas se encontraron.

Una gallina negra entró en y estancia y se puso a picotear el suelo mal barrido.

—¿Quieres pan, brujita? —dijo la señora, echándole unas migajas que habían quedado sobre la mesa.

Reconocí la voz dulce que había oído por la noche en Santa Lucia.

—Perdóname, señora —le dije en seguida—, aunque es un desconocido para usted, creo cumplir un deber agradeciendo la solicitud que ha mostrado al un viejo compatriota, errante por las calles de Nápoles a las altas horas de la noche.

—¿Me ha reconocido usted? Yo también lo reconozco.

—En el aire que tengo de excelente persona?

—¡Ah! ¿Oyó usted lo que le dije a mi marido? Sentiría el alma habido disgustado.

—De ningún modo, señora. Si yo hablara me halagarán. Y su observación me parece, en principio por lo menos, justa y profunda.

La fisonomía no reside sólo en los rasgos del rostro. Hay manos espirituales y manos sin imágenes. Hay rodillas hipócritas y codos egoístas. Hombres arrogantes y... aire de persona excelente.

—Es verdad —dijo ella—. Pero es que a mí me parece también recordar su rostro. Hemos debido encontrarnos ya en Italia o en otro país. No sé dónde. El príncipe y yo viajamos mucho.

—No creo haber tenido nunca la suerte de verla en ninguna parte —respondí—. Soy un viajero solitario. He pasado mi vida encerrado entre libros, sin viajar nunca. Usted debió comprenderlo en mi actitud azorada, y por eso tuvo lástima de mí. Lamento haber vivido siempre arrinconado y quieto. Se aprende mucho en los libros, pero se aprende mucho más recorriendo países.

—¿Es usted parisense?

—Sí, señora. Vivo desde hace cuarenta años en la misma casa y salgo muy poco. Es cierto que mi casa está situada en la orilla del Sena, en el lugar más lústre y más hermoso del mundo. Desde mis ventanitas veo las Tullerías, el Louvre, el Puente Nuevo, las torres de Nuestra Señora, los torreones del Palacio de Justicia y la aguda flecha de la Santa Capilla. Todas esas piedras hablan y me cuentan la prodigiosa historia de los franceses.

Al oír aquel discurso, la joven pareció quedarse maravillada.

—¿Vive usted en el muelle? —me preguntó, vivamente.

—En el muelle Malaquais —le respondí—, en el tercer piso de una casa en la que se halla establecida una tienda de grabados. Me llamo Silvestre Bonnard. Mi nombre no es muy conocido, pero es el de un miembro del Instituto. Yo para mí, basta con que mis amigos no lo olviden.

Ella me miró con una extraordinaria expresión de sorpresa, de interés, de melancolía, de enternecimiento. Y yo no podía comprender que un relato tan sencillo produjera a mi hermosa desconocida emociones tan diversas y tan vivas.

Esperaba que me explicase la causa de su sorpresa, cuando un coloso dulce y triste entró silenciosamente en la sala.

—Mi marido —me dijo ella—; el príncipe Tropof.

Y designándole a él:

—El señor Silvestre Bonnard, de la Academia Francesa.

El príncipe saludó bajando sus hombros altos, anchos y apesadumbrados.

—Querida mía —dijo—, estoy desolado por tener que arrancar a la conversación del señor Silvestre Bonnard. Pero el coche está enganchado, y es preciso que lleguemos a Mello ante de la noche.

Ella se levantó, tomó las rosas que el posadero le había ofrecido y se dispuso a salir. La seguí, mientras el príncipe examinaba los arreos de las mulas, comprobando la solidez de las cinchas y de los correajes. Deteniéndose bajo el empujamiento, me dijo sonriendo:

—Vamos a Mello. Un publicista horrible a seis leguas de Girgenti. No podrá usted añadir jamás a qué vamos allí. No trate usted de hacerlo porque no lo conseguiremos. Vamos a buscar una caja de fósforos. Dimitri colecciona cajas de fósforos. Ha coleccionado ya toda clase de objetos: collares de correo, botones de uniforme, estampillas de correo. Pero, ahora, sólo las cajas de fósforos le interesan. Las cajitas de cartón con cromos. Hemos llegado a reunir ya cinco mil doscientos cuarenta modelos diferentes. Algunos nos ha costado muchísimo trabajo encontrarlos. Supimos que habían hecho en Nápoles una caja con los retratos de Mazzini y de Garibaldi, y que la policía las había reco-

gido, encarcelando al fabricante. Después de mucho buscar y preguntar, hallamos una que nos la vendió un labriego por cien liras, denunciándonos después a la policía. Los esbirros registraron nuestro equipaje. No encontraron la caja, pero se llevaron todas mis joyas. Desde entonces, le he tomado gusto a esta colección. En el verano iremos a Suecia, para completar las series.

No sé si atreverme a decir que experimento una piedad llena de simpatía hacia esos pertinaces coleccionistas. Indudablemente, hubiera preferido ver al señor y la señora de Trepof rebucarse mármolos antiguos, vasos pintados o medallas. Me hubiera gustado verlos interesados por las ruinas de Agrigente y las tradiciones poéticas de Eryk. Pero, en fin, puesto que están formando una colección, pertenecen a la cofradía, y ¿podría burlarme de ellos sin burlarme un poco de mí mismo?

—Ahora ya sabe usted —añadió— por qué viajamos por este horrible país.

Ante semejante salida, se borró mi simpatía y experimenté cierta indignación.

—Este país no es horrible, señora —le respondí—. Esta tierra es una tierra gloriosa. La belleza es algo tan grande y tan augusto en ella, que ni los siglos de barbarie consiguieron borrarla hasta el punto de que no queden de ella vestigios agradables. La majestad de la antigua Ceres planea todavía sobre esas colinas áridas, y la musa griega que hizo resonar con sus acentos divinos Arethusa y el Menalá, resuena todavía cantando en mis oídos sobre la montaña desnuda y la fuente agotada. Si, señora, en los últimos días de la tierra, cuando ruede por el espacio infinito el pávido cadáver de nuestro mundo deshabitado, como ahora lo está la luna, el suelo de las ruinas de Selamonte conservará, en medio de la muerte universal, signos de Salomón. Y entonces, al menos entonces, no existirán ya bocas frías para blasfemar de sus grandezas solitarias.

No había acabado de pronunciar estas frases cuando comprendí que había cometido una simpleza. "Bonnard, me dije, un anciano que como tú ha consumido su vida ante los libros, no debe hablar con las mujeres". Felizmente, para mí, la señora de Trepof comprendió menos mi discurso que si le hubiera hablado en griego.

Y añadió con dulzura:

—Dimitir se aburre y yo también me aburro. Ahora nos entretemos con las cajas de fósforos. Pero también llegan a aburrir las cajas de fósforos. En otro tiempo pesaban sobre mí muchas preocupaciones, y no me aburría. Verdaderamente, las preocupaciones son una gran distracción.

Enternecido por la miseria moral de aquella linda persona:

—Señora —le dije—, la compadezco por no tener hijos. Con un hijo, su vida tendría un objeto y sus reflexiones serían a aburrir las cosas más graves y más consoladoras sus pensamientos.

—Tengo un hijo —me respondí—. Mi Jorge ya es mayorcito, casi un hombre; ha cumplido ya ocho años. Le quiero lo mismo que cuando era pequeño, pero ya es muy diferente.

Me tendió una rosa de su ramo y, sonriendo, me dijo al subir al coche:

—No puede usted figurarse la alegría que he tenido de verle. Espero que nos volveremos a encontrar en Girgenti.

Girgenti, el mismo día.

Me acomodé lo mejor que pude en mi leticia. La leticia es un coche sin ruedas o, si se quiere, una silla tirada por dos mulas, colocada una delante y la otra detrás. Su uso es muy antiguo. Muchas veces he visto estas literas, representadas en los manuscritos del siglo XIV. Entonces no pude imaginar que una litera como aquella me llevaría alguna vez desde Monte-Allegro a Girgenti. No hay que asombrarse de nada.

Durante tres horas las mulas hicieron tintinear sus campanillas, mientras golpeaban con sus cascos un suelo calcinado. En torno nuestro se extendían lentamente, tras las dos hileras de áloes, las formas áridas de una naturaleza africana; yo pensaba en el manuscrito del clérigo Juan Toutmouillé, y lo deseaba con un cándido ardor que me enternecía a mí mismo, por la inocencia infantil y la puerilidad conmovedora que advierto en él.

El perfume de una rosa que se hizo sentir con más intensidad a la caída de la tarde, me recordó a la señora de Trepof. Venus comenzaba a brillar en el cielo. Pensé: "La señora de Trepof es una mujer muy hermosa, muy sencilla y muy cerca de la naturaleza. Tiene instintos de gata. No he descubierto en ella ni lo más mínimo de esas nobles curiosidades que agitan a las almas reflexivas, y, sin embargo, ha sabido expresar a su manera un pensamiento profundo: "Las preocupaciones son una gran distracción". No ignora que en este mundo de la inquietud y el sufrimiento son nuestras más seguras diversiones. Las grandes verdades no se descubren sin pena y sin trabajo. ¿Cuántos sufrimientos habrá costado a la princesa Trepof el aprenderlo?"

Girgenti, 1º de diciembre de 1869.

Al otro día me desperté en Girgenti, en casa de Gellias. Gellias era un rico ciudadano de la antigua Agrigente, tan célebre por su gene-



TOS

Y RESFRIOS

de los

NIÑOS

Resotil

FUCUS

contra la tos infantil

Los niños

lo toman

con facilidad por su gusto agradable

ESTUDIE POR CORREO

¡Aproveche su tiempo libre! Estudie por correo en estas famosas Escuelas, fundadas en 1915. Enseñamos por CORREO: RADIO, AUTOS, DIESEL, DIBUJO, CONSTRUCTOR, CONTADOR, SASTRE, MODISTA, TENEDOR DE LIBROS, SECRETARIO, AGRONOMÍA, ELECTRICIDAD, ORTOGRAFÍA, CALIGRAFÍA, ARITMÉTICA, etc.

Envíenos sólo su nombre y dirección y recibirá informes muy interesantes.

ESCUELAS SUDAMERICANAS
695, Avenida Montes de Oca, 695 - Buenos Aires

Nombre.....

Dirección.....

Localidad..... (6)

rosidad como por su magnificencia, el cual dotó a la ciudad con varias hospederías gramíneas. Gellias murió hace más de trescientos años, y hoy ya no existe la hospitalidad gratuita entre los pueblos civilizados. El nombre de Gellias es ahora el de un hotel donde, ayudado por la fatiga, pude dormir toda la noche.

La moderna Girgenti levanta sobre la acrópolis de la antigua Agrigente sus casas estrechas y apretadas, a las que domina una sombría catedral española. Vela desde sus ventanas, en medio de una cuesta que baja hacia el mar, la blanca hilera de templos hueco derruidos. Sólo en estas ruinas existe alguna frescura. Todo lo demás es árido. El agua y la vida han abandonado Agrigente. El agua, la divina Nests del argentino Empédocles, es tan necesaria a los seres animados que puede ver vivir lejos de los ríos, de las fuentes. En el puerto de Girgenti, situado a tres kilómetros de la ciudad, hay mucho tránsito, y a este lugar triste, situado sobre una roca abrupta, es donde tengo que ir a buscar el manuscrito de Juan Toutmouillé. Hice que me indicaran la casa del señor Miguel Angel Polizzi, dirigiéndome hacia ella.

Encontré al señor Polizzi vestido de amarillo de pies a cabeza y friendo salchichas en una sartén. Al verme entrar, soltó la sartén y levantando los brazos prorumpió en gritos de entusiasmo. Era un hombre bajito, cuyo rostro granujiento, la nariz respingona, la barbilla saliente y los ojos redondos, formaban una fisonomía extraordinariamente expresiva.

Me trató de Excelencia, diciéndome que iba a señalar aquella fecha con piedra blanca, me invitó a sentarme. El aposento donde nos hallábamos le servía a lo tiempo de cocina, de salón, de alhoba, de estudio y de despensa. Allí se veían hornillos, una cama, lienzos, un caballero, botellas de vino y pimientos encarnados. Observé los cuadros que cubrían las paredes.

—¡Las artes, las artes! — exclamó el señor Polizzi, levantando de nuevo los brazos al cielo. — ¡Las artes! ¡Qué dignidad! ¡Qué consuelo! ¡Soy pintor, Excelencia!

Y me enseñó un San Jerónimo que estaba aún sin terminar, y que hubiera podido seguir así sin causar ningún perjuicio ni al arte ni al culto. Luego me hizo ver algunos cuadros antiguos de mejor escuela, pero que parecían restaurados con bastante indiscreción.

—Restauró cuadros antiguos — me dijo —. ¡Oh, los maestros antiguos! ¡Qué alma! ¡Qué genio!

—Entonces es verdad que es usted, al mismo tiempo, pintor, anticuario y negociante en vinos?

—Para servir a su Excelencia — me respondió —. Tengo en este momento un *zucco* del que cada gota es una perla de fuego. Quiero que lo pruebe su Señoría.

—Estimo los vinos de Sicilia — respondí —, pero no es por las botellas por lo que he venido a verle a usted, señor Polizzi.

—¿Será acaso un asunto relacionado con la pintura? ¿Es usted aficionado? Me produce una alegría inmensa recibir a los amantes de la pintura. Voy a enseñarle la obra maestra de Monreale. Sí, Excelencia, ¡una obra maestra! ¡Una Adoración de los pastores! ¡Es la perla de la escuela siciliana!

—Tendré mucho gusto en ver esa obra. Pero antes hablemos del asunto por el que he venido.

Sus ojos cillos se desviaron sobre mí con curiosidad. Y no sin experimentar una cruel angustia; me di cuenta de que decir si quería sospechaba el objeto de mi visita.

Muy turbado y sintiendo que el sudor se helaba sobre mi frente, pude murmurar con

tono plañidero una frase más o menos como esta:

—He venido expresamente desde París para informarle sobre un manuscrito de *La leyenda dorada*, que usted me había dicho que poseía.

A estas palabras, levantó los brazos, abrió desmesuradamente la boca y los ojos, y dió pruebas de la más viva agitación.

—¡Oh, el manuscrito de *La leyenda dorada*! ¡Una perla, Excelencia, un rubí, un diamante! Dos miniaturas tan perfectas, que hacen entrar el paraiso. ¡Qué suavidad! ¡Sus colores encantadores, como las corolas de las flores, son una miel para los ojos! ¡No ha hecho nada mejor Julio Clodio!

—Muéstremelo — le dije, sin poder disimular ni mi inquietud ni mi esperanza.

—¡Mostrárselo! — exclamó Polizzi —. ¡Si pudiera, Excelencia! ¡Yo no lo tengo! ¡Ya no lo tengo!

Y parecía querer arrojarse los cabellos. Seguramente se los hubiera arrancado si yo se lo le impidiera. Pero él mismo se detuvo antes de llegar a hacerse daño.

—¿Cómo? — le dije lleno de cólera —. ¿Cómo? Me hace usted venir desde París a Girgenti para mostrarme un manuscrito, y cuando vengo me dice usted que ya no lo tiene. ¿Es una cosa indigna, señor. Dejo que las gentes honradas juzguen su conducta.

Quien me hubiera visto, hubiera podido formarse una idea bastante aproximada de lo que puede ser un cordero rabioso.

—¡Es indigno! ¡Es indigno! — repetía, extendiendo mis brazos, que temblaban.

Miguel Angel Polizzi se dejó caer sobre una silla en la actitud de un héroe moribundo. Y sus ojos llenos de lágrimas, y sus cabellos, hasta entonces llantosos, sobre su cabeza, caer en desorden sobre su frente.

—¡Soy padre, Excelencia, soy padre! — exclamaba juntando las manos. Y agregó entre sollozos: — Mi hijo Rafaelo, el hijo de mi pobre mujer, a la que lloro desde hace quince años que murió, Rafaelo, Excelencia, ha querido establecerse en París: ha alquilado una casa, en la calle Laffitte, para vender curiosidades. Yo le he dado cuanto poseía de más precioso, le he dado mis más bellas mayólicas, mis más bellas porcelanas de Urbino, mis cuadros de los maestros, ¡y qué cuadros, señor! ¡Todavía me deslumbra cuando los veo en mi imaginación! ¡Y todos firmados! En fin, le he dado el manuscrito de *La leyenda dorada*. Le hubiera dado mi sangre, y mi sangre. ¡Un hijo único! El hijo de mi pobre y santa mujer.

—De suerte — le dije — que mientras yo, fiado en su palabra, venía a buscar en el fondo de Sicilia el manuscrito del clérigo Toutmouillé, ese manuscrito estaba expuesto en una vidriera de la calle Laffitte, a quinientos metros de mi casa!

—Esa es la santa verdad; estaba allí — me respondió el señor Polizzi, sereniéndose de pronto —, y es usted que afortunadamente continuará allí, Excelencia.

Y tomando una tarjeta que había sobre la mesa, me la ofreció, diciéndome:

—Aquí tiene usted las señas de mi hijo. Hágaselas conocer a sus amigos, y le quedará muy obligado. Porcelanas, esmaltes, telas, cuadros; posee un surtido muy completo de objetos de arte, todo auténtico, todo antiguo; palabra de honor. Vaya usted a verle, y le enseñaré el manuscrito de *La leyenda dorada*. Dos miniaturas de una frescura prodigiosa.

Cobardeamente tomé la tarjeta que me tendía.

Aquel hombre abusó de mi debilidad, invitándome a propagar, entre mis relaciones, el nombre de Rafaelo Polizzi.

Yo había puesto yo la mano sobre el picaporte, cuando mi siciliano me agarró de un

brazo. En aquel instante tenía un aire insipido.

—¡Ah, Excelencia! — me dijo —. ¡Qué ciudad la nuestra! ¡Aquí ha nacido Empédocles! ¡Empédocles! ¡Qué grande hombre y qué gran ciudadano! ¡Qué audacia de pensamientos! ¡Qué virtud! ¡Qué alma! Hay en el puerto una estatua de Empédocles, ante la cual me descubro cada vez que paso. Cuando mi hijo Rafaelo estaba dispuesto a marcharse, para establecer su comercio de antigüedades en la calle Laffitte, de París, le conduje al puerto de nuestra ciudad y al pie de la estatua de Empédocles le di mi bendición paternal, diciéndole: "Acuérdete de Empédocles, el que me enseñó. Un nuevo Empédocles es lo que necesitamos hoy nuestra desdichada patria. ¡Quiere que le lleve a ver esa estatua, Excelencia! Le serviré de guía para visitar las ruinas. Le enseñaré el templo de Cástor y Pólux, el templo de Júpiter Olímpico, el templo de Juno Luciniano, los antiguos pozos, la tumba de Thamyris y la Puerta de Oro. Los guías de viajeros son generalmente unos burros. Yo soy un buen guía. Si quiere, haremos excavaciones y descubriremos tesoros. Poseo la ciencia, el don de las excavaciones: descubro obras maestras donde los sabios no habían encontrado nada.

Conseguí al fin librarme de él. Pero corrí detrás de mí, alcanzándole al pie de la escalera, me detuvo y me dió al oído:

—Excelencia, escócheme, le llevaré a la ciudad para presentarle a nuestros girgentinos: sicilianos, señores. ¡Belleza clásica! También le enseñaré a nuestras campesinas! ¿Quiere usted?

—¡El diablo le lleve! — exclamé indignado y me lancé a la calle, dejándole con los brazos abiertos.

Como se estuvo lejos de su vista, dejándome caer sobre una piedra me puse a reflexionar con la cabeza entre las manos.

Pensaba: ¿sólo para oír tales ofrecimientos he venido a Sicilia?

Seguramente el tal Polizzi era un granuja y su hijo otro. Pero, ¿qué habían tramado? No podía vislumbrarlo. Entretanto, me sentía bastante humillado y entristecido.

Un paso ligero y un ruido de faldas me hicieron levantar la cabeza, y vi venir hacia mí a la princesa Trepof. Me recuó sobre el banco y tomándome de una mano, me dijo con dulzura:

—Le andaba buscando, señor Sylvestre Bonnard. Es una gran alegría para mí el haberlo encontrado. Desearía dejarle un buen recuerdo de nuestro encuentro. Lo deseo verdaderamente.

Y mientras hablaba, me pareció ver bajo su velo una lágrima y una sonrisa.

El príncipe se aproximó a su vez, cubriéndome con su sombría colosal.

—Muéstrole, Dimitri, muéstrole al señor Bonnard tu precioso botín.

Y el coloso me tendió, dócilmente, una cajita de fósforos, una vulgar cajita de cartón, ornada con una cabeza azul y roja que, según decía la inscripción, era la de Empédocles.

—Ya lo veo, señora, ya lo veo. Pero el abominable Polizzi, a cuya casa le aconsejo que no envíe jamás al señor Trepof, me ha malquistado para toda la vida con Empédocles. Y ese retrato no consigue hacerme más agradable al antiguo filósofo.

—Es feo — dijo ella —, pero es raro. Estas cajitas son muy difíciles de encontrar. Hay que comprarlas aquí mismo. A las siervas de la mansión ya estaba Dimitri en la fábrica. Como verá usted, no hemos perdido el tiempo.

—Ya lo veo, señora — respondí con un tono amargo —, pero yo estoy seguro de haberlo perdido, ya que no he podido hallar lo que vine a buscar tan lejos.

— Pareció interesarse por mi decepción.
— ¿Está usted disgustado? — me preguntó —.
— Puedo ayudarlo en algo? ¿No quiere usted contarme sus penas?

Se lo conté todo. Mi relato fué largo, pero llegó a convertirla, pues me hizo de inmediato una serie de preguntas minuciosas, que a mí se me antojaron otros tantos testimonios de interés. Quiso saber el título exacto del Manuscrito, su formato, su aspecto, su fecha; pidiéndome, por último, la dirección del señor Rafaelo Polizzi.

Y yo se la di, haciendo (¡oh, destino!) lo que el abominable Miguel Angel Polizzi me recomendara.

A veces resulta difícil dominarse. Volví a empezar con mis quejas y mis imprecaciones. Ahora la señora Trepof no pudo contener la risa.

— ¿Por qué se rie usted? — le dije.

— Porque soy una mujer muy mala — me respondió.

Y levantó el vuelo, dejándome solo y consagrado sobre mi piedra.

Paris, 8 de diciembre de 1869.

Mis valijas, llenas aún, estaban estorbando en el comedor. Me hallaba yo sentado ante una mesa cargada con esos manjares apetitosos que el país de Francia produce para los gastrónomos. Comía de un pastel de Chartres, que por sí solo bastaría para hacernos amar la patria. Teresa, de pie ante mí, con las manos cruzadas sobre su delantal blanco, me miraba con benevolencia, inquietud y piedad. Amilcar se restregaba contra mis piernas, loco de alegría.

Acudí a mi memoria este verso de un antiguo poeta:

Feliz quien, como Ulises, ha hecho un bello
[viaje].

— Bueno — pensaba yo —, me he paseado inútilmente y vuelvo con las manos vacías; pero, como el de Ulises, el mío ha sido un bello viaje.

Y habiendo tomado el último sorbo de café, pedí a Teresa mi bastón y mi sombrero, que ella me entregó con desconfianza. Temía un nuevo viaje, pero la tranquilicé, encargándole que la comida estuviese para los seis.

Ya de suyo constituía para mí un placer exquisito andar por las calles de Paris, de las que amo con verdadera ternura todas las piedras y todas las aceras. Pero, además, aquella vez tenía una finalidad, y me fui en dirección a la calle de Laffitte. No tardé en descubrir la tienda de Rafaelo Polizzi. Se hacía notar por el gran número de cuadros antiguos que, aunque se hallaban firmados por nombres variadamente ilustres, descubrían entre sí cierto aire de familia, que hubiera podido dar idea de la fraternidad, si no hubiera atestado aún mejor los artificios del pincel de Polizzi padre. Enriquecida con aquellas obras maestras tan sospechosas, la tienda se adornaba además con curiosas chucherías, puñales, vinagrerías, jarros, figulinas, molduras de cobre y platos hispanoárabes con reflejos metálicos.

Sobre un sillón portugués de cuero blasonado, se hallaba colocado un ejemplar de horas de Simón Vestre, abierto por la página que tiene una figura astrológica, y un viejo Vitruvio ostentaba, sobre un cofre, sus magistrales grabados de cariátides y de atlantes. Aquel aparente desorden, que ocultaba sabias disposiciones; aquella falsa casualidad con que los objetos estaban expuestos bajo la luz más favorable, hubiera aumentado mi desconfianza, si la que el solo nombre de Polizzi me inspiraba pudiera aumentar o no fuera ya sin límites.

El señor Rafaelo, que estaba allí como el alma única de todas aquellas formas diversas y confusas, me pareció un joven fleumático, una especie de inglés. No revelaba en su

El perfume, invisible personaje

nos sigue y nos rodea, creándonos una aureola de encanto y particular atracción.

Haga Ud. que esa compañía sea grata y distinguida, perfumándose con LOCION CHIPRE de Preal que, con su aroma fino, delicado y persistente, pondrá una nota de distinción en su tocado.

LOCION CHIPRE de Preal es el perfume femenino por excelencia y simboliza la esencia misma de la mujer.

Pruebe LOCION CHIPRE de Preal y tendrá la satisfacción de sentirse agradablemente perfumada.

Se vende en todas las
farmacias, tiendas y per-
fumerías, en varios tama-
ños.

CAMAUER y CIA.
Soc. de Resp. Ltda.
Capital \$ 200.000.—

Inclán 2839/47 - Buenos Aires

REPRESENTANTES:

URUGUAY: José C. Codenazzi y Cía.
Payson 906, Montevideo.
PARAGUAY: Vicente Scavone y Cía.
Palma 224-26, Asunción.



Susan Hayward
Paramount Pic.

EXTRACTO
Y LOCION

Chipre de PREAL
(El perfume femenino por excelencia)

Muchas mujeres sufren lo indecible a causa de los trastornos producidos por el deficiente funcionamiento de sus glándulas de secreción interna. Continuamente nerviosas, de mal carácter, deprimidas, etc., la vida no ofrece para ellas ningún atractivo.

Fertilinets

constituye un valioso auxiliar para combatir esos estados, y así se explica la gran aceptación de que goza hoy entre las mujeres de todas las edades.

Fertilinets

está indicado para las señoras que han llegado a la edad crítica, para combatir la excesiva nerviosidad, flaqueza, dejadez, falta de desarrollo del cuerpo, pechos, etc.

EN VENTA EN
TODAS LAS
FARMACIAS

na forma las facultades que su padre desplegabam en la mímica y la declamación.

Le dije lo que me había llevado hasta allí. Abrió un armario y sacó de su interior un manuscrito que dejó sobre la mesa, donde pude examinarlo con toda libertad.

En la vida había experimentado una emoción semejante, exceptuando algunos meses de mi juventud, cuyo recuerdo, aunque viva cien años, permanecerá hasta mi última hora, tan fresco en mi alma como el primer día.

¡Era el manuscrito reseñado por el bibliotecario de sir Thomas Raleigh; era el manuscrito del clérigo Juan Toutmouillé el que veía, el que tocaba! La obra de Voragine hallábase sensiblemente cercenada; pero aquello me importaba poco. Las inestimables adiciones del monje de Saint-Germain-des-Prés estaban allí. ¡Eso era lo que importaba! Quise leer la leyenda de San Droctoveo, mas no pude. Leía todos los renglones a la vez y en mi cabeza resonaba un ruido semejante al que hace un molino de agua por la noche en el campo. Reconocí fácilmente que el manuscrito presentaba los caracteres de la más indudable autenticidad. La dos figuras de la Purificación de la Virgen y de la Coronación de Proserpina eran recargadas de dibujo y de un colorido chillón. Muy deterioradas en 1824, como lo atestiguaba el catálogo de sir Thomas, habían adquirido después una frescura nueva. Aquel milagro no me sorprendió. ¡Y qué me importaban las dos miniaturas! Las leyendas y el poema de Juan Toutmouillé, ¡eso era el tesoro! Yo miraba con ansia cuanto mis ojos podían abarcar.

Afectando un aire indiferente, pregunté al señor Rafael el precio de aquel manuscrito, haciendo votos, mientras esperaba su respuesta, por que el precio no subiese más que mis ahorros, muy disminuidos ya por un viaje costoso. El señor Polizzi me respondió que no podía disponer de aquel objeto que ya no le pertenecía, y que iba a ser subastado en el hotel de Ventas con otros manuscritos y algunos incunables.

Aquello fue un rudo golpe para mí. Esforzándome en tranquilizarme, pude responder aproximadamente esto:

—Estoy muy sorprendido, señor. Su padre, al que he visto hace poco tiempo en Girgenti, me informó que era usted el dueño de este manuscrito, y me parece que no le corresponde a usted hacerse dudar de la palabra de su señor padre.

—Lo era, en efecto — me respondió Rafael con la más absoluta naturalidad —, pero ya no lo soy. He vendido ese precioso manuscrito a un aficionado, a quien me está prohibido nombrar, y que por razones que yo no debo decir, se ve obligado a vender su colección. Honrándome con la confianza de mi cliente, redacté el catálogo y me encargué de dirigir la venta, que se verificará el 14 de diciembre próximo. Si quiere usted darme sus señas, tendré mucho gusto en mandarle un ejemplar del catálogo que tengo en prensa y en el que podrá usted hallar *La leyenda dorada*, descrita en el número 42.

Le dejé mis señas y me fui. La decente gravedad del hijo me desagradaba tanto como la impudicia mímica del padre. En el fondo de mi alma detestaba las farsas de aquellos viles negociantes. Resultaba clarísimo que los dos granujas se entendían para aquella venta en pública subasta, encomendada a un escribano, con objeto de hacer subir a un premio immoderado el manuscrito que yo deseaba. Estaba entre sus manos. Los deseos, incluso los más inocentes, tienen la contra de que nos someten a otros, enajenándonos la libertad. Aquella reflexión fue cruel para mí, pero no aminoró en un ápice el deseo de poseer la obra del clérigo Toutmouillé. Mientras meditaba, disponiéndome a cruzar la acera, tuve que detenerme para dejar

paso a un coche que marchaba en dirección contraria y dentro del cual pude reconocer, a través de los cristales, a la señora de Trepop, a quien dos caballos negros y un cochero envuelto en pieles como un boyardo, llevaban al galope. Ella no me vio.

—¡Ojalá — pensé — encuentre lo que busca, o pur mejor decir, lo que le convenga! Solo eso le deseo, en pago de la risa cruel con que respondió a mi decepción en Girgenti. Tiene un alma de pájaro.

Y, entristecido, llegué a los puentes. Con su eterna indiferencia, la naturaleza nos condujo al día 24 de diciembre, sin prisas ni retrasos. Me dirigí al hotel Bulliñ, colocándome en la sala número 4, junto a la mesa donde debía ponerse el tasador Boulouze y el perito Polizzi. Vi poco a poco llenarse la sala de caras conocidas. Estreché la mano de algunos antiguos liberos del muelle, pero la prudencia que todo gran interés inspira, aun a los más expansivos, me hizo callar la causa de mi insólita presencia en los salones del hotel Bulliñ. Por el contrario, interrogué a aquellos señores sobre el interés que les inspiraba la venta de Polizzi, y tuve el gusto de oírles hablar de objetos distintos del mío.

La sala fué llenándose lentamente de interesados y curiosos y con media hora de retraso el tasador, provisto de un martillo de marfil, el pasante cargado de expedientes, el perito con su catálogo y el vocecedor con una escudilla colocada en el extremo de una pértiga, subieron al estrado envueltos en burguesas solemnidad. Los muros del salón se alinearon al pie de la mesa y después de anunciar al tasador que la venta comenzaba, reinó a medias el silencio.

Primero vendieron, a precios bajos, una colección insignificante de *Preces pie* con miniaturas. No necesito advertir que las miniaturas conservaban una lozanía admirable.

Lo módico de las tasaciones, alentó al grupo de los prederos que habían unido a nosotros, como si fueran de los nuestros. Los caldereros entraron también después, al abrirles las puertas de una sala vecina, y sus groseras expansiones ahogaron los gritos del vocecedor.

Un magnífico códice de la *Guerra de los Judíos*, reanimó la atención. Fue muy disputado durante un largo rato. "Cinco mil francos, cinco mil", anunciaba el vocecedor, en medio del silencio de los caldereros, sobrecoídos de admiración. Siete u ocho antefijos hicieron caer de nuevo en los preciosos bajos. Una revendedora muy gruesa, con la cabeza descubierta y a cuerpo, animada por el tamaño del libro y lo módico de la tasación, adquirió uno de aquellos antifonales por treinta francos.

Por fin, el perito Polizzi puso sobre la mesa el número 42: *La leyenda dorada*, manuscrito francés inédito, dos miniaturas soberbias, tasado en tres mil francos.

—¡Tres mil! ¡Tres mil! — ganía el vocecedor.

—¡Tres mil! — repuso secamente el tasador.

Me zumbaban las sienes y, a través de una niebla, vi una multitud de rostros ansiosos que se volvían hacia el manuscrito abierto, paseado en torno de la sala por un dependiente.

—¡Tres mil cincuenta! — dije yo.

Me quedé espantado del sonido de mi voz y confuso al ver que todos los rostros se volvían hacia mí.

—¡Tres mil cincuenta a la derecha! — dijo el vocecedor, publicando mi ofrecimiento.

—¡Tres mil ciento! — repuso el señor Polizzi.

Y empecé un duelo heróico entre el perito y yo.

—¡Tres mil quinientos!

—¡Seiscientos.

—¡Setecientos.

—¡Cuatro mil!

casa Trepof. Pero había sido para mí una visión muy rápida la de la joven viuda mostrándose su hijo desnudo en la escalera. Tenía sobrada razón para acusarme de haber pasado junto a un alma tan atractiva y bella, sin haberlo adivinado.

—Bonnard—me decía a mí mismo—, sabes describir los viejos textos, pero no sabes leer en el libro de la vida. Esta aturrida señora de Trepof, a quien tú no concedías más que un alma de pájaro, ha demostrado, por gratitud, más fervor y más espiritualidad que jamás has puesto tú para complacer a nadie. Te ha pagado regamente aquel leño... —Teresa, ¿usted, una urraca y se ha convertido en una tortuga? ¿Venga a poner en agua estas violetas de Parma!

SEGUNDA PARTE

JUANA ALEXANDRE

Lusance, 8 de agosto de 1874.

Cuando descendía del tren en la estación de Melín, la noche extendía su paz sobre el campo silencioso. La tierra recalentada durante todo el día por un sol abrasador, por un "gras soleil", como dicen los segadores del valle de Viré, exhalaba un olor fuerte y cálido. A ras del suelo se arrastraban pesadamente los olores de las hierbas. Me sacudí el polvo del vagón y respiré con alegría. Mi suéter me servía ahora como un abrigo abrigado de ropas y menudos objetos de tocador, *munditiii*, me pesaba tan poco que lo agitaba como un pequeño escolar agita, al salir de la clase, el portablibros, en el que ceñidos por las correas se apiñan sus textos elementales.

¡Pluguiera al cielo que fuese yo todavía un chiquillo que va a la escuela! Pero no faga más mucho tiempo, haga los setenta años largos que mi difunta madre, habiéndome preparado con sus propias manos una rebanada de pan con miel, la metió en una cesta, de la que pasó el asa por mi brazo y, así provisto, me llevó a la escuela atendida por el señor Doulour, que se hallaba situada entre un patio y un jardín, en la esquina del pasaje del convento, muy conocido por los gorrones. El enorme señor Doulour nos sonrió con una gracia llena de regocijo y me acarició las mejillas, sin duda para expresar mejor la ternura que le había inspirado espontáneamente. Pero cuando mi madre hubo atravesado el patio en medio de los gorrones, que levantaban el vuelo ante ella, el señor Doulour dejó de sonreír, no me demostró ninguna ternura, dando a entender, por el contrario, que me consideraba como un pequeño ser bastante enorme. Más tarde pude observar que experimentaba sentimientos de esa naturaleza respecto a todos sus alumnos. Nos distribuía los palmetazos con una agilidad que no se hubiese podido esperar de su maciza corpulencia. Si bien su primera ternura volvía a manifestarse cada vez que hablaba con mis queridas madres en nuestra presencia, y entonces, mientras alababa nuestras felices disposiciones, nos envolvía en una mirada afectuosa. Fué un tiempo bien grato el que pasó sobre los bancos del señor Doulour con mis pequeños compañeros, que al igual que yo reían y lloraban de todo corazón de la mañana a la noche.

Después de más de medio siglo, estos recuerdos suben frescos y claros a la superficie de mi alma, bajo este cielo azul, que no ha sufrido ningún cambio desde entonces y cuyos fulgores, inmutables y serenos, verán sin desfallecer otros muchos escolares, como era yo entonces, convertirse en sabios cazorros y en canecillos, como yo lo soy ahora.

¡Estrellas que habéis resplandecido sobre la cabeza, ligera o pesada, de todos mis ascen-

dientes olvidados, a vuestro fulgor siento despertarse en mí una pena dolorosa! Quisiera tener una posteridad que todavía os contemplara cuando yo no os viera más. ¡Sería padre y abuelo si tú lo hubieras querido, Clementina, tú, cuyas mejillas se mostraban tan frescas bajo tu capotita rosa! Pero te casaste con el señor Aquiles Allier, rico labrador nivernés con algo de nobleza, ya que el granuja de su padre, comprador de bienes nacionales, había adquirido la ejecutoria de sus señores junto con el castillo y las tierras. No he vuelto a verte desde que se verificó tu matrimonio, Clementina, y me imagino que tu vida ha transcurrido bella, oscura y dulce, en tu castillo rústico. Un día quisiera la casualidad, que supiera por uno de tus amigos, que habías abandonado esta vida, dejando una hija que se asemejaba a ti. Ante aquella noticia, que veinte años antes hubiera trastornado todas las energías de mi alma, se produjo en mí como un gran silencio. El sentimiento que llenó todo mi ser no fué un dolor, sino la tristeza profunda y silenciosa y tranquila de un alma dócil a las grandes enseñanzas de la Naturaleza. Comprendí que lo que yo había amado no era más que una sombra. Pero tu recuerdo sigue siendo el encanto de mi vida. Tu figura amable, después de haberse marchitado lentamente, ha desaparecido bajo la hierba tupida. La juventud de tu hija ha pasado ya. Su belleza, sin duda ya no existe. Y yo te sigo viendo siempre, Clementina, con tus bucles rubios y tu capotita rosa.

¡Qué hermosa noche! Con noble languidez, reina sobre los hombres y los animales, a los que ha aliviado del yugo cotidiano, y percibo su benévola influencia, aun cuando por una costumbre de más de sesenta años no conozca las cosas más que por los signos que las representan. Para mí no hay en el mundo nada más que la vida, y yo soy filósofo! Cada cual da forma a su manera al sueño de la vida. Yo he formado el mío en mi biblioteca y cuando me llegue la hora de abandonar este mundo, ¡permítame Dios que me encuentre sobre mi escalera, delante de mis estantes cargados de libros!

—¡Eh! ¡Claro que es él! Buenas tardes, señor Silvestre Bonnard. ¿Adónde va usted andando por el campo con su paso ligero, mientras yo le esperaba delante de la estación con mi cabriolé? Se me escapó usted a la salida del tren y yo volvía a Lusance completamente burlado. Deme usted su saco de viaje y suba conmigo al coche. ¿Sabe usted que de aquí al castillo hay sus buenos siete kilómetros?

—¿Quién me hablaba así a voz en cuello desde lo alto de un cabriolé? Pablo de Gabry, sobrino y heredero de Honorato de Gabry, par de Francia en 1842, y entonces ya fallecido en el exilio en París. Era precisamente a casa de Pablo de Gabry donde yo me dirigía con mi valija bien repleta por mi sirvienta. Aquel excelente hombre acababa de heredar, juntamente con sus dos cuñados, los bienes de su tío, quien por ser descendiente de una familia de toga muy antigua, poseía en su castillo de Lusance una biblioteca rica en manuscritos, algunos de los cuales se remontaban hasta el siglo XIII. Para inventariar y catalogar aquellos manuscritos me dirigía yo a Lusance, accediendo a los ruegos de Pablo de Gabry, cuyo padre, hombre de letras y bibliófilo distinguido, había mantenido conmigo toda su vida relaciones muy cordiales. A decir verdad, el hijo no ha heredado las nobles inclinaciones de su padre. Pablo se ha consagrado a los deportes; es muy entendido en caballos y en perros, y me parece que de todas las ciencias propias para saciar o engañar la inagotable curiosidad de los hombres, las relativas a la caza y a la perra son las únicas que posee plenamente.

No puedo decir que me sorprendió el encontrarle, puesto que estaba citado con él, pero confieso que arrastrado por el curso natural de mis pensamientos, había perdido de vista al castillo de Lusance y a sus dueños, hasta el punto de que me llenara el pensamiento el recuerdo de la casa de mi abuelo campesino, al enfilar la carretera, que se extendía ante mí como una cinta, resonó al pronto en mis oídos como un ruido inesperado.

Tengo motivos para temer que mi fisonomía me haya traicionado, dejando traslucir mi distracción incongruente por cierta expresión de estupidez, que le reviste en la mayoría de los casos que me llaman social. Mi valija fue colocada en el cabriolé, y me dirigí a mi valija. Mi huésped me guió por su franqueza y su sencillez.

—Yo no entiendo nada de esos viejos pergaminos —me dijo—, pero no le va a faltar con quien hablar de ellos en nuestra casa. Sin contar al cura, que escribe libros, y al médico que es muy simpático, aunque liberal, y usted, ¿encontrará a alguien que lo tendrá a mal traer? mi mujer. No es que sea una sabia, pero creo que no hay nada que ella no adivine. Y cuento, a Dios gracias, con tenerle a usted entre nosotros por bastante tiempo, para hacerle conocer a la señorita Juana, que tiene dedos de maga y alma de ángel.

—¿Y esa señorita, tan singularmente dotada, le dije —, es de su familia?

—No —respondió Pablo, dirigiendo la mirada hacia las orejas de su caballo, que golpeaba con sus cascos la carretera azulada por la luna—. Es una muchacha amiga de mi mujer. Huérfana de padre y madre. Su padre nos hizo correr una arriesgada aventura de dinero, que no sólo nos costó el susto, sino bastante más.

Después, sacudiendo la cabeza y cambiando de tema, me advertió del estado de abandono en que iba a encontrar el parque y el castillo, que habían estado deshabitados durante treinta y dos años.

Supe por él que Honorato de Gabry, su tío, estuvo durante toda su vida muy a mal con los cazadores furtivos del país, sobre los que su guarda jurado tiraba como si fueran conejos. Uno de ellos, un labriego vengativo, que había recibido en pleno rostro el plomo del señor, le acechó una noche detrás de los árboles y le faltó muy poco para matarlo, pero le quemó con una bala el lóbulo de una oreja.

—Mi tío —añadió Pablo—, quiso descubrir de dónde había partido el disparo, pero no pudo ver nada y siguió hacia el castillo sin apurar el paso. Al día siguiente, habiendo hecho llamar a su administrador, le dio la orden de cerrar el castillo y de no dejar entrar en él alma viviente. Prohibió expresamente que tocaran nada, que cuidaran ni repararan nada en sus tierras, ni dentro de sus muros, hasta su regreso; añadiendo entre dientes, como en la canción, que vendría por la Pascua o por la Trinidad; y como en la canción, la Trinidad se pasó sin que se le volviera a ver. Murió en Cannes el año pasado, y mi cuñado y yo fuimos los primeros que entramos en el castillo abandonado desde hacía treinta y dos años. Encontramos un castaño nacido en medio del salón. En cuanto al parque, para poderlo recorrer, sería preciso que aun existiera el trazado de sus pasos.

Mi compañero se calló y sólo oímos el trote acompasado del caballo, en medio del zumbido de los insectos en las hierbas. A los costados de la carretera, los hachos aplazados en los campos tomaban, bajo la incierta claridad de la luna, la apariencia de mujeres desmesuradas, blancas y de rodillas, y me abandoné a las magníficas puerilidades de las seducciones nocturnas. Habiendo pa-

hajo las espesas sombras de la arboleda, torcimos en ángulo y seguimos por una avenida señorial, a cuyo término el castillo apareció de pronto como una masa negra, con sus garitas y su torre en sus ángulos. Cruzamos una especie de cazada da acceso al patio de honor y que, sobre el foso lleno de corriente, reemplaza al puente levadizo destruido hace largo tiempo. La pérdida de aquel puente levadizo, creo que debió ser la humillación que aquel castillo guerrero hubo de sufrir, antes de verse reducido al aspecto pacífico bajo el cual me recibí. Las torres se reflejaban en el agua sombría con una maravillosa nitidez. Pablo, como huésped cortés, me acompañó hasta mi habitación situada en el último piso, al extremo de un largo corredor, y cuando por no presentarme de inmediato a su mujer, a causa de lo avanzado de la hora, se retiró descendiéndome una buena noche. Mi habitación, pintada de blanco y tapizada con telas persas, me hallaba impregnada de las gracias galantes del siglo XVIII. Cien rodavías calientes, que me demostraban los cuidados que habían empleado para disipar la humedad, llenaban la chimenea, cuyo calor sobortaba un busto de María Antonieta en porcelana. Sobre el marco blanco del espejo oscurecido y manchado, había dos ganachitos de cobre, que usarían las damas de otras épocas, y que se ofrecieron gustosos a recibir mi reloj, al que tuve cuidado de dar cuerda, porque

creo que el hombre no es dueño del tiempo, que es la vida misma, sino cuando lo ha dividido en horas, en minutos y en segundos; es decir, en parcelas proporcionadas a la brevedad de la existencia humana. Y pensé que la vida nos parece corta porque la medimos inconsideradamente con respecto a nuestras locas esperanzas. Tenemos todos, como el anciano de la fábula, un ala que añadir a nuestro edificio. Yo deseo terminar antes de verme la historia de los abades de Saint-Germain-des-Prés. El tiempo que Dios nos concede a cada uno de nosotros es como un precioso tejido, que cada cual borda lo mejor que puede. Yo he trabajado la trama del mío con toda clase de ilustraciones filológicas. Así vivagaba mi pensamiento y, mientras me ataba al pañuelo a la cabeza, la idea del tiempo me hizo volver al pasado, y por la segunda vez en una vuelta del reloj pensé en ti, Clementina, para bendecirte en tu posteridad, antes de soplar mi bujía y de dormirme al son del croar de las ranas.

II

Lusane, 9 de agosto.

Durante el almuerzo tuve ocasión de apreciar la conversación de la señora de Gabry, la que me ha hecho saber que el castillo se ve frecuentado por fantasmas y especialmente por la "Dama de los tres pliegues en la espalda", envenenadora en vida y alma en pena después de muerta. No sabía decir cuánta vida y cuánta gracia supo comunicar a ese cuento de viejas. Tomamos el café en la terraza, cuyos balaustrados, oprimidos y arrancados de sus soportes de piedra por una hiedra vigorosa, seguían aprisionados entre los nudos de la planta lasciva, en la actitud turbada de las mujeres tesalanas entre los brazos de los centauros raptores.

El castillo, con la forma de un carretón de cuatro ruedas, flanqueado por un torreón en cada ángulo, al cabo de una serie de reparaciones sucesivas había perdido todo carácter. Era una ruina y estimable construcción, nada más. Me pareció que no había sufrido grandes deterioros durante aquel abandono de treinta y dos años. Pero, cuando conducido por la señora de Gabry entré en el gran salón del piso bajo, pude ver los techos abombados, los zócalos podridos, los entarimados agrietados, las pinturas de los entrepaños ennegrecidas y desprendidas casi por completo de los marcos. Un casarón, levantando las tablas del suelo, había crecido allí y volvía hacia la ventana sin cristales los penachos de sus amplias hojas.

No pude contemplar aquel espectáculo sin inquietud, pensando que la rica biblioteca de Honorato de Gabry, instalada en un aposento contiguo, se veía expuesta hacia tanto tiempo a aquellas influencias deletéreas. Sin embargo, contemplando el joven castaño del salón, no he podido dejar de admirar el magnífico vigor de la naturaleza y la irresistible fuerza que impulsa a todo germen a desarrollarse en la vida. Por el contrario, me entristecía el pensar que el esfuerzo que hacemos nosotros, los eruditos, para retener y conservar las cosas muertas, es un vano y penoso esfuerzo. Todo aquello que ha vivido es el alimento necesario para las nuevas existencias. El árabe que se construye una cabaña con los mármoles de los templos de Palmira, es más filósofo que todos los conservadores de los museos de Londres, de París y de Munich.

Lusane, 11 de agosto.

¡Dios sea loado! La biblioteca, situada al levante, no ha sufrido perjuicios irreparables. Fuera de la pesada hilera de los viejos *Containers* en folio, que los libreros han taladrado de parte a parte, los libros están intactos dentro de sus armarios enrejados. He pasado toda la mañana clasificando manuscritos. El sol penetraba por las altas ventanas sin cortinas y a través de mis lecturas, a menudo muy interesantes, oía el chocar pesadamente de torpes zumbidos contra



PIORRI BRISOL

(LIQUIDO)

Está indicado en la **PIORREA ALVEOLAR**,
gingivitis, reblandecimiento y retroceso
de las encías

PIORRI BRISOL

En frascos de \$ 3.90, \$ 5.50 y \$ 8.—

Autorizado por el H. Dpto. Nacional de Higiene, N° 2956

Rechace imitaciones: el legítimo **Piorri Brisol** se expende
líquido en frascos originales.



Fotomundo!!!

hágase artista en FOTO OLEO

Produce copias fotográficas en colores con un trabajo de pocos minutos. Enseñanza moderna por correo.

menina, Dibujo Artístico, Caligrafía, Procurador (título oficial en el Uruguay), Profesor de Artes Plásticas (título oficial en la Argentina). Precios económicos en moneda argentina. Marque con una X el Curso que le interesa. Escriba hoy.

CUPON

NOMBRE.....

DIRECCION.....

LICEO ARIEL

SARMIENTO 1357 - B. AIRES
SARANDI 548-MONTEVIDEO

los cristales, crujió los entarimados, y a las moscas ébrias de luz y de calor, batir sus alas en círculo sobre mi cabeza. Hacia las tres su bordonero aumentó a tal punto que me obligó a levantar la cabeza que tenía inclinada sobre un documento sumamente precioso para la historia de Melún en el siglo XIII, y me puse a considerar los movimientos concéntricos de aquellas bestiecillas o "bestias", como decía Lafontaine. Pude comprobar que el calor obra sobre las alas de las moscas de muy distinta manera que sobre el cerebro de un archivero paleógrafo, pues yo experimentaba una gran dificultad para pensar y un emborramiento bastante agradable, del que no podía librarme sino por un esfuerzo violento. La campana llamando a comer me sorprendió en medio de mis trabajos y tuve que hacer mi *toilette* a toda prisa. Para presentarme correctamente ante la señora de Gabry.

La comida, servida con prodigalidad, se prolongó considerablemente. Tengo un talento, quizás superior a lo corriente, para apreciar los sabores. Mi huésped, percatándose de mis conocimientos sobre la materia, los estimó lo bastante como para descorchar en honor mío cierta botella de Chateau-Margaux. Bebi con respeto aquel vino de gran raza y de noble virtud, del que nunca se podrá alabar bastante su aroma y su fuego. Aquel riesgo ardiente circuló por mis venas, animándome de un entusiasmo juvenil. Sentado en la terraza cerca de la señora de Gabry, en el crepúsculo que envolvía en el misterio las formas agrandadas de los árboles, tuve el placer de expresarle mis impresiones con una vivacidad y una elocuencia verdaderamente asombrosas en un hombre desprovisto de imaginación como lo soy yo. Acerté a describirle espontáneamente, y sin buscar la ayuda de ningún texto antiguo, la dulce tristeza de la noche y la belleza de nuestra tierra natal, que nos nutre no sólo de pan y de vino, sino también de ideas, de sentimientos y de creencias, y que nos acogió a todos en su seno maternal como a niños fatigados por una larga carrera.

—Mire usted... me dijo aquella amable dama... mire esas viejas torres, esos árboles, ese cielo... ¿Cuántos personajes de cuentos y canciones populares habrán salido de todo esto! ¿Ve usted allí abajo el sendero por el que Capercucita Roja iba al bosque a buscar avellanas! Ese cielo cambiante y semivelado siempre, fue surcado por los carros de las hadas, y la torre del norte ha podido ocultar anfibio, bajo su techo pintagüado, a la vieja hilandería cuyo huso pinchó a la Bella Durmiente del Bosque.

Meditaba yo todavía sobre aquellas sutiles palabras, mientras que Pablo me refería, a través de las bocanadas de humo de un soberbio cigarro, no sé qué proceso instruido por él en el discreto, a propósito de una presa y toma de

agua. La señora de Gabry, sintiendo el frescor de la noche, se estremeció bajo su chal y se dispuso a dejarnos para retirarnos a su habitación. Yo resolví entonces, en vez de subir a la mía, volver a la biblioteca, para continuar el examen de los manuscritos. A pesar de la oposición de Pablo, que se obstinaba en que fuese a acostarme, entré en lo que llamaríamos en lenguaje antiguo "la librería", y me puse a trazar a la luz de la lámpara.

Después de haber leído quince páginas, evidentemente escritas por algún amanuense ignorante y distraído, pues me costó algún trabajo alcanzar su significado, hundi la mano en el amplio bolsillo de mi levita para sacar mi tabaquera, pero aquel movimiento tan natural y casi instintivo, me costó en aquella ocasión un poco de esfuerzo y de fatiga. Sin embargo, abrí la cajita de plata, sacando de ella algunos granos de polvo aromático, que se escaparon a lo largo del plastrón de mi camisa, bajo mi chasqueada nariz. Estoy cierto de que mi nariz expresaría mi decepción, porque es sumamente expresiva. Ha traicionado muchas veces mis más íntimos pensamientos y singularmente en la biblioteca pública de Coutances, donde descubrí, ante las barbas de mi colega Brioux, el cartulario de Nuestra Señora de los Angeles.

¿Cuál no sería mi alegría! Mis ojos pequeños y opacos detrás de los anteojos, nada dejaron traslucir. Pero a la sola vista de mi nariz respingosa, que se estremecía de contento y de orgullo, Brioux advino que había logrado un hallazgo. Se fijó en el volumen que tenía en la mano, vió el lugar donde lo dejaba, y en cuanto me marché, fue a cogerlo pisándose los talones, lo copió a escondidas y lo publicó a toda prisa, para jorgarme una mala pasada. Pero, creyendo fastidiarme, fue él quien se fastidió. Su edición estaba llena de errores y tuve la satisfacción de poner de manifiesto algunos yerros de mucho bulto.

Volviendo al punto en que me había quedado, sospeché que una pesada somnolencia entorpecía mi trabajo. Tenía ante mis ojos una carta foral, de la que podría imaginar fácilmente el interés que me inspiraba, cuando haya dicho que en ella se hace mención de una gazerpa vendida a Juan de Estourville, sacerdote, en 1212. Pero, aunque me diera cuenta en seguida de su importancia, no le presté toda la atención que tal documento exigía improrrogablemente. Mis ojos, aunque yo no quisiera, se volvían hacia un lado de la mesa que me contenía ningún objeto importante desde el punto de vista de la erudición. Allí no había más que un volumen alemán bastante grande, encuadernado en piel de cerda, con clavos de cobre en las tapas y grietas nervaduras en el lomo. Era un hermoso ejemplar de la recopilación, recomendable únicamente por los grabados en

madra con que está ornada y que es tan conocida bajo el título de *Crónica de Nuremberg*. El volumen, cuyas tapas estaban ligeramente entreabiertas, reposaba sobre un canto mediano.

No podría decir durante cuánto tiempo mis miradas eran atraídas sin causa ninguna sobre aquel viejo infolio, cuando se sintieron cautivadas por un espectáculo tan extraordinario que hasta un hombre totalmente desprovisto de imaginación, como lo soy yo, debía sentirse vivamente impresionado.

Vi de repente, sin haberme dado cuenta de su llegada, una personita sentada sobre el lomo del libro, con una rodilla doblada y la otra colgando, o sea poco más o menos en la postura que adopta sobre el caballo las amazonas de Hyde Park o del bosque de Bolonia. Era tan pequeña que su pie colgante no llegaba a la mesa, sobre la que se sostenía, suspendiendo, la cola de su vestido. Pero su rostro y sus formas eran los de una mujer adulta. La amplitud de su corpillo y la morbidez de su busto, no dejaban ningún lugar a dudas respecto a este particular, ni aun tratándose de un viejo sibio como yo. Añadiría, sin temor de equivocarme, que era muy bella y de rostro activo, para sus meditaciones iconográficas me han habituado desde hace tiempo a ver en sus facciones la pureza de un tipo de raza y el carácter de una fisonomía. La figura de aquella dama, sentada tan inopinadamente sobre el lomo de una *Crónica de Nuremberg*, respiraba una nobleza mezclada de rebeldía. Tenía aires de reina, pero de una reina caprichosa; y comprendí, sólo por la expresión de su mirada, que ejercía en alguna parte gran influencia, con mucha fantasía. Su boca era impetiosa e irónica, y sus labios azules sonreían de una manera inquietante, bajo sus cejas negras de arco purísimo. He oído decir siempre que las cejas negras les sientan muy bien a las rubias y aquella dama era rubia. En suma, daba una impresión de grandeza.

Puede parecer extraño que una persona de la estatura de una botella y que hubiera desaparecido en el bolsillo de mi levita, si no resultara una irreverencia el meterla allí, diera precisamente una idea de grandeza. Pero había en las proporciones de la dama sentada sobre la *Crónica de Nuremberg* una esbeltez tan alta y una armonía tan majestuosa; guardaba una actitud a la vez tan sencilla y tan noble, que me pareció grande. Aunque mi tintero, que ella consideraba con una atención febril, como si hubiera podido leer por adelantado todas las palabras que debían salir adheridas a los puntos de mi pluma, fuese para ella una palangana profunda, en la que hubiera podido ennegrecer hasta la liga de sus medias de seda rosa, recamadas de oro, era grande, o lo seguro, e imponente en su jovialidad.

Su traje, muy apropiado para su fisonomía, era de una extrema magnificencia. Consistía en un vestido de brocado de oro y plata y un manto de terciopelo nacarado, forrado de un finísimo tornasol. Ostentaba en su cabeza una especie de toca de dos cuernos, que perlas de un bello origen hacían clara y luminosa, como el creciente de la luna. Su diminuta mano blanca sostenía una varita, que llamé mi atención, por una extrema magnificencia. Consistía en un bastón de oro que mis estudios arqueológicos me han predichos alguna vez, con alguna certeza, las insignias por las que se distingue a las personas notables de la leyenda y de la historia. Es, me dije, la varita de un hada; por consiguiente, la dama que la tiene en la mano es un hada.

Dichoso por saber la clase de persona con quien tenía que habérmelas, procuré coordinar mis ideas para dirigirme un cumplido respetuoso. Hubiera experimentado alguna recesión, si lo confieso, habiéndole documentado del papel descomulgado por sus semejantes, tanto en las razas sajonas y germánicas, como en el Occidente latino. Tal disertación pensaba yo que era un medio ingenioso de agradecer

...dama el haberse aparecido a un viejo contrariamente a los usos comunes a quienes, que no se mostraron más que a unos y a campesinos incultos.

...iendo hada, no dejará de ser mujer, y yo, y puesto que Mme. Recanier, lo he oído referir a J. J. Ampère, en cuenta la impresión que producía su en los desolladores, la dama sobre sea está sentada sobre la *Crónica* de la vida, debe sin duda sentirse halagada a un erudito tratarla doctamente, como medalla, un sello, una fíbula o una pero tal empresa, que le costaba mucho vez, se hizo verdaderamente imposible vi a la dama de la *Crónica* sacar viva a una escalera que llevaba a un avellanas más pequeñas que he visto variando las cáscaras con los dientes y a las narices, mientras mordis el fruto con la gravedad de un niño

...tal coyuntura hice lo que exigía la dignidad de la ciencia: me quedé callado. Pero las mas me producían un penoso cosquilleo al llevarme la mano a la nariz para cubrir con gran sorpresa que mis cabellos cabalgando en la punta y que por yo veía a la dama no a través de los sino por encima de ellos, cosa increíble, puesto que mis ojos gastados sobre viejos textos no distinguen sin lentitud de un frasco, aunque ambos estén en mis narices.

...nariz, notable por su tamaño, su forma de un, atrajo legítimamente la atención de la apoderándose de mi pluma de gan se elevaba como un penacho por encima del tintero, paseó por mi nariz las barbaquella pluma. A veces, he tenido ocasión de prestarme a las travestidas inocentes de las que me asociaban a sus juegos. Me dije: me parecía que la besara a la del respaldo de una silla, o invitándome a una baba que levantaban de pronto, me era fuerza del alcance de mi aliento. Hasta entonces, ninguna persona del sexo había sometido a caprichos tan familiares como cosquillearme las narices con las de mi propia pluma. Me acordé, felizmente, de una máxima de mi difunto abuelo, que me decía que todo les estaba permitido a las damas y que cuanto proviene de ellas es gracia y en favor. Y recibí como favor gracia las cáscaras de las avellanas y las de la pluma, procurando sonreír. Y tomé la palabra:

...entra — le dije, con finura y dignidad —, ¿usted el honor de su visita no a un, ni tampoco a un rústico, sino a un secretario, que se siente muy dichoso por haber conocido, y que sabe que en otros enmarcaba usted en el pesbre las de los jumentos, se bebía la leche de las jarras espumantes, deslizaba polvos de mica por las espaldas de las abuelas, chisporrotear la lumbre del fogón en las de las buenas gentes; en una palabra, había usted el desorden y la alegría en la vida. Además, pues, usted alababa de haber por la noche en los bosques los más terribles sustos del mundo a las parejas solas. Pero la creía desvanecida para siempre desde hace lo menos tres siglos. ¿Es posible, señora, que se la pueda ver en esta época sinos de hierro y de telegrafo? Mi por que en sus tiempos fué nodriza, y no en su historia, y mi vecino, a quien su vida tiene que sonar todavía, afirma que no está usted ya.

— ¿Qué está usted diciendo? — exclamó con argentinidad, irguiendo su figurita regia de manera arrogante y fustigando como a un erudito, el lomo de la *Crónica de Nuremberg*. No lo sé — le respondí, restregándome los

mo profundamente científico, produjo sobre mí interlocutora un efecto deplorable.

— Señor Silvestre Bonnard — me dijo —, no es usted más que un pedante. Siempre lo había sospechado. El más pequeño de los rapazuuelos que van por los caminos con el faldón de la camisa asomando por la delantera de los calzones, me conoce mejor que toda la gente de anteojos de vuestros institutos y vuestras academias. Saber no es nada, imaginar lo es todo. Sólo existe lo que se imagina. Yo soy pura imaginación. ¡Me parece que eso es existir! ¡Me sueñan y aparezco! Todo no es sino sueño, y puesto que nadie sueña con usted, Silvestre Bonnard, es usted el que no existe. Soy el encanto del mundo, estoy en todas partes, sobre un rayo de luna, en el temblor de un manantial oculto, en el agitado follaje que canta, en los blancos vapores que suben al amanecer de lo hondo de las praderas, en medio de los matorrales y en medio de las rosas, en todas partes... El que me ve, me ama. Suspiran y se estremecen sobre la huella ligera de mis pasos que hacen cantar a las hojas muertas. Hago sonreír a los niños, infundiendo gracia a las nodrizas más torpes. Inclínase sobre las cunas, inquieto, consuelo, adormezco. ¿Y usted duda de que existo? Silvestre Bonnard, su caliente y nullada bata, recubre la piel de un burro.

Se cayó. La indignación hinchaba su delicada nariz, y en tanto que yo admiraba, a pesar de mi despecho, la cólera heroica de aquella persona, ella pasó mi pluma por el tintero como un remo por un lago y me la tiró a las narices con los puntos hacia adelante.

Me restregué la cara que sentía mojada de tinta. Ella había desaparecido. Mi lámpara estaba apagada; un ravo de luna atravesaba los cristales y caía sobre la *Crónica de Nuremberg*. Un viento fresco, que se había levantado sin que yo lo advirtiese, hacía volar las plumas, los papeles y las odas. La mesa estaba toda manchada de tinta. Había dejado entreabierto la ventana durante la tempestad. ¡Qué imprudencia!

III

Lusane, 12 de agosto.

He escrito a mi sirvienta, según le había prometido, que estoy sano y salvo. Pero me he guardado muy mucho de decirle que he tenido un catarro de cabeza por haberme dormido una noche en la biblioteca con la ventana abierta, va que la excelente mujer no hubiera escatimado sus recomendaciones. «¿Ser tan poco razonable a su edad, señor?» Es lo bastante ingenua para creer que el buen sentido aumenta con los años. A mí me juzga una excepción sobre ese particular.

Como no tenía los mismos motivos para silenciar mi aventura a la señora de Gabry, le referí mi sueño con toda clase de detalles. Se lo referí tal como aparece en este diario y tal como lo tuve dormido. Ignoro el arte de las ficciones. Sin embargo, puede ocurrir que al escribirlo y al contarlo haya añadido aquí y allí, algunas circunstancias y algunas palabras que no hayan existido al principio, no ciertamente con el prurito de alterar la verdad, sino más bien por secreto deseo de esclarecer y completar lo que permanecía oscuro y confuso, cediendo quizás a ese gusto por las alegorías que he recibido de los griegos en mi infancia.

La señora de Gabry me escuchó sin desagrado.

— Su visión — me dijo — es encantadora, y hay que tener bastante ingenio para forjar visiones semejantes.

— Debe ser — le respondí — que tengo ingenio cuando duermo.

— Cuando sueña usted — repuso ella —, ¿Y se pasa la vida soñando?

Sé muy bien que hablando de este modo, la señora de Gabry no abrigaba otro propósito que el serme agradable; pero sólo por esa idea

LA VIDA MODERNA EXIGE A LOS HOMBRES CONSTANTE ACTIVIDAD

Evite que la depresión de los nervios se apodere de su organismo; conserve íntegra su vitalidad y será un triunfador. Mantenga sus energías y las puertas del éxito estarán siempre abiertas para usted.

Virilinet

moderno preparado de hormonas, ha de ser su aliado. Se indica en los casos de debilidad sexual, impotencia, depresiones, fatiga, nerviosidad, insomnio, debilidad, flaqueza y falta de energía.

EN VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

Tal respuesta, impregnada de un escepticismo

Táctica



—Esta noche, durante la función, me demoraré; Uno de los internos está enamorado de mí, pero no se atreve a besarla.

merece todo mi reconocimiento, y por ese sentimiento de gratitud y de dulce remembranza, es por lo que lo anoto en este cuaderno, que releeré hasta mi muerte, pero que no será leído por nadie más que por mí.

Los días siguientes los empleé en terminar el inventario de los manuscritos de la biblioteca de Lusance. Algunas palabras confidenciales que se le escaparon a Pablo de Gabry, me produjeron una sorpresa penosa y me determinaron a llevar el trabajo de muy distinta manera de como lo había comenzado. Supe por él que la fortuna de Honorato de Gabry, mal administrada desde tiempo atrás y amonivada en gran parte por la quiebra de un banquero, cuyo nombre no quiso revelar, fue sólo transmitida a los herederos del antiguo par de Francia bajo la forma de inmuebles hipotecados y créditos incoables.

Pablo, de acuerdo con sus coherederos, estaba decidido a vender la biblioteca, y tuve que buscar el medio de llevar a cabo aquella venta lo más venturosamente posible. Extraño como soy a todo asunto de negocios, resolví pedir consejo a un librero amigo mío. Le escribí para que fuera a reunirse conmigo en Lusance y, mientras esperaba su llegada, cogí mi bastón y mi sombrero y me dediqué a visitar las iglesias de las diócesis, algunas de las cuales encerraban inscripciones funerarias que aun no habían sido transcritas correctamente.

Dije a mis huéspedes y partí a mi peregrinación. Exploré durante todo el día las iglesias y los cementerios, visitando a las curas y a los escribanos de los pueblos, cenando en la posada con los buhoneros y los tratantes de ganado, acostándome entre sábanas perfumadas con espolio, experimenté durante toda una semana un placer apacible y profundo, observando, mientras pensaba en los muertos, realizar a los vivos su trabajo cotidiano. En lo que se refiere al objeto de mis investigaciones, lo gré tan sólo algunos descubrimientos triviales, que me produjeron una alegría moderada y por lo mismo saludable y nada fatigosa. Llegué a descubrir algunos epígrafos interesantes, añadiendo a la vez a este pequeño tesoro unas cuantas recetas de cocina rústica, que un buen cura quiso regalarme.

Enriquecido de este modo, regresé a Lusance y atreví al patio de honor con la íntima satisfacción de un burgués que entra en su casa. Era éste un efecto de la bondad de mis

huéspedes, y la impresión que yo sentí entonces bajo su techo, prueba bien a las claras, mejor que todos los razonamientos, la excelencia de su hospitalidad.

Llegué hasta el gran salón sin encontrar a nadie, y el joven castaño que extendía allí sus espesas hojas, me hizo el efecto de un amigo. Pero lo que vi en seguida sobre la consola, me produjo tan gran sorpresa, que tuve que sujetarme con las dos manos mis anteojos sobre la nariz, palpiándolos después, para obtener una noción, aunque sólo fuera superficial, de mi propia existencia. Me asaltaron la imaginación en un segundo veinte ideas, de las que la más verosímil era la de que me había vuelto loco. Me parecía imposible que existiera lo que yo veía, y también me era imposible no verlo como una cosa que existía. Lo que causaba mi sorpresa, reposaba, como ya he dicho, sobre la consola, rematada por un espejo turbio y picados.

Me vi en aquel espejo y puedo asegurar que una vez en mi vida he contemplado la imagen perfecta de la estupefacción. Pero, dándome la razón a mi mismo, probaba en mí fuero interno mi estupefacción ante una cosa tan estúpida.

El objeto que examinaba con un asombro que la reflexión no lograba disminuir, prestaba al examen una calma absoluta inmovilidad. La persistencia y la firmeza del fenómeno, excluían toda idea de alucinación. No padezco ninguna de esas afecciones nerviosas que perturban el sentido de la vista. Esas afecciones son debidas generalmente a trastornos estomacales, y a Dios gracias, tengo un estómago excelente. Además, las ilusiones de la vista suelen ir acompañadas de afecciones particulares y anormales, que impresionan a los propios alucinados, inspirándoles una especie de terror. Yo no experimentaba nada parecido, y el objeto que contemplaba, aunque imposible en sí, se me aparecía con todas las condiciones de la más absoluta realidad. Pude observar que tenía tres dimensiones, que estaba coloreado y que proyectaba sombra. ¡Ah! (¿Cómo lo examiné!) Los ojos se me llenaron de lágrimas y me vi precisado a limpiar los cristales de mis anteojos.

Por fin tuve que rendirme a la evidencia y comprobar que tenía delante de mí vista al hada, al hada con que había soñado la noche en la biblioteca. ¡Era ella, puedo asegurarlo, era ella! Conservaba todavía su aire de niña infantil, su actitud dócil y aliva; sostenía en la mano su varita de avellano; llevaba la misma toca, formando dos cuernos, y la cola de su vestido de brocado serpentaba en torno a sus piecitos. Su mismo rostro, su mismo tallo. Era ella, y, para que no se pudiera dudar, estaba sentada sobre el lomo de un grueso y viejo librero, muy parecido a la *Cronica de Nuremberg*. Su inmovilidad me molestaba sólo en la medida en que me demostraba que me hallaba de nuevo a sacar avellanas de su escarcela, para tirarme las cáscaras a la cara.

Me quedé allí con los brazos colgando y la boca abierta, cuando la voz de la señora de Gabry, resonó en mis oídos:

—¿Está usted examinando su hada, señor Bonnard? — me dijo la dueña de la casa —. ¿Qué?

—Aquellos dedos parecían... Aquellas palabras fueron pronunciadas de prisa, pero, mientras las oía, tuve tiempo de reconocer que mi hada era una figurita modelada en cera coloreada, con mucho gusto y sentimiento, por una mano inexperta aun. El fenómeno, llevado así a una interpretación racional, no dejaba de sorprenderme. ¿Por qué y cómo la dama de la *Cronica* había llegado a alcanzar semejante existencia material? Eso era lo que me daba abstracción.

Volviéndome hacia la señora de Gabry, pude advertir que no estaba sola. Una adolescente, vestida de negro, se hallaba junto a ella. Tenía los ojos de un gris tan dulce como el cielo de la Isla de Francia, y de una expresión inteligente y cándida. Al extremo de sus bra-

zos, un poco floacos, se atormentaban dos manos finas pero coloreadas, como suelen ser las manos de los muchachitas. Encerrada en su traje de marinero, parecía risa como un árbol nuevo, y su boca grande aunciaba la franqueza. No puedo expresar lo mucho que me agradó aquella criatura en cuanto la vi. No era bella, pero los dos hoyuelos de sus mejillas y el de su mentón, sonreían, y toda su persona, que conservaba todavía una inocencia desmañada, tenía un no sé qué de vívido y de bondad.

Me miradas fueron de la figurita a la muchacha, y vi que ésta se ruborizaba, pero francamente, ampliamente, a oleadas.

La señora de Gabry, que acostumbrada a mis distracciones, me hacía con gusto diversiones de la misma pregunta, me dijo:

—¿Qué, es verdaderamente la dama que entró a verle, por la ventana que usted se había dejado abierta? Ella fué muy resuelta, pero usted muy imprudente. ¿Qué, la reconoce usted?

—Es ella — le respondí —, y la vuelvo a encontrar sobre esta consola tal como la vi sobre la mesa de la biblioteca.

—Si así es — respondió la señora de Gabry —, debe usted estar parecido a usted mismo, que siendo un hombre, no tiene ni imaginación, como dice usted, sabe pintar sus sueños con tan vivos colores; después a mí, que retuve y supe describir fielmente su sueño, y, por último y sobre todo, a la señorita Juana, quien siguiendo mis indicaciones precisas ha modelado la cera como puede usted ver.

La señora de Gabry, mientras hablaba, había mirado a la mano de la jovencita, pero ésta, desatendida, cayó por el parque.

—¡Juana! —. ¿Pero se puede ser salvaje hasta ese punto? ¿Ven, que voy a regañarte!

De nada sirvió este llamamiento, y la muchacha desapareció entre la espesura. La señora de Gabry se sentó en la única butaca que aun existía en el desmantelado salón.

—Me sorprendería bastante si me dijero — que mi marido no la haya hablado ya de Juana. La queremos mucho y es una criatura buenísima. Dígame de verdad, ¿qué le parece la estraña?

Le respondí que era una obra llena de gracia y de buen gusto, pero que se veía que al autor le faltaba el estudio y la práctica; que por otra parte, me sentía conmovido hasta el extremo de que aquellos dedos tan jóvenes hubieran sabido bordar de tal manera en el cáñamo de un muñeco, y copiado de un modo tan brillante los ensueños de un viejo chocho.

—Le pido su opinión con tanto interés — repuso la señora de Gabry —, porque Juana es una pobre huérfana. ¿Cree usted que podría ganar algún dinero haciendo figuritas así?

—¿Tanto como eso, no! — le respondí —. Yo creo que hay que darle un lance. Examine sus dibujos, dice usted, es afectuosa y tierna; la creo a usted y creo a su rostro. La vida de artista necesita una preparación que hace salir fuera de la regla y de la medida a las almas generosas. Esa criatura está moldeada con una arcilla sentimental. Cáscela usted.

—¿Pero es que no tiene dote! — me respondió la señora de Gabry.

—A usted puedo decirle todo. El padre de esa niña era un financiero muy conocido.

Emprendía grandes negocios. Tenía un espíritu aventurero y seductor. No era un hombre desaprensivo: se engañaba a sí mismo antes de engañar a los demás. Y quizá fuera esta su mayor habilidad. Sosteníamos relaciones muy afectuosas con él. Nos tres, sus amigos, todos, mi marido, y yo, a mis primos.

Su derrumbamiento fué repentino. En medio de aquel desastre — ya se lo ha dicho Pablo —, se hundieron las tres cuartas partes de la fortuna de mi tío. A nosotros nos alcanzó la catástrofe mucho menos, y como no tenemos hijos... El murió poco después de arruinarse.

desarrollar absolutamente nada. Por eso le digo honrado. Debe usted conocer su nombre se vió en todos los diarios: Noel Allier. Su mujer era muy simpática; creo que había sido muy bonita. Le gustaba mucho lucir. Pero demostró un gran valor y gran dignidad cuando la ruina de su hijo murió un año después de haber nacido en el mundo. No pudo salvar nada de su fortuna personal, que era escasa. La señora de Noel Alexandre Allier, hijo de Aquiles Allier, de Ne-

la hija de Clementina! — exclamé —, ¡Clementina ha muerto y su hijo ha muerto también! La humanidad se compone así por generaciones muertas, tan pequeño es el número de vivos, comparado con la multitud de muertos que han vivido. ¡La vida es aún más breve y breve memoria de los hombres!

— ¿Dónde se encuentran hoy, Clementina, este corazón enfiado por la edad, que sangra ardor por sí en otro tiempo, y si no se reanima sólo a la idea de una resta de sí sobre la tierra. Todo pasa, que tú has pasado, tú y tu hijo; pero esto es inmortal, es a ella a quien tú ves en sus imágenes renovadas incesantemente.

— Me distraía con mis libros, como un niño con sus juguetes. Y mi vida, en sus últimos días, toma un sentido, un interés, una vida de ser. Soy abuelo. La nieta de Clementina, pobre. No quiero que nadie más que ella tenga la dote.

— ¿Qué le lloraba, la señora de Gabry se lamentaba.

VI

París, 16 de abril.

— Drocotevo y los primeros abades de Germain-des-Prés me preocupaban desde mis cuatro años, pero no sé si llegaré a escribir historia antes de ir a reunirme con él.

— Hace ya mucho tiempo que soy viejo, desde el año pasado, sobre el puente de Arles uno de mis colegas del Instituto me contaba ante mí del fastidio de envejecer.

— Por ahora — le respondió Saint-Beuve —, ¿cómo medio que se ha encontrado de nuevo tiempo? Yo he usado de este tiempo lo que él supone. La lástima no es que nuestra vida se prolongue, sino que todo pasa a nuestro alrededor.

— ¿Mujer, amigos, hijos, la naturaleza hace de estos divinos tesoros con una triste conciencia, y al fin nos hallamos con que somos amado, con que no hemos abrazado más que sombras. ¿Pero hay alguien tan amado que nuestra vida se deslió como sombra en la vida de un hombre, es la aquella que amé cuando (cosa que ahora me parece increíble) yo también era un hombre.

— Y, sin embargo, el recuerdo de esta vida es todavía hoy una de las mejores cosas de mi vida.

— ¿El sarcófago cristiano de las catacumbas que ostenta una fórmula de imprecación cursiva terrible sólo he alcanzado a traducirla. Dice así: "Si algún impio esta sepultura, que muera el último de los tiempos". En mi condición de arqueólogo, he abierto tumbas, he removido cenizas, he recogido los fragmentos de telas, los ornamentos de neta y las gemas mezcladas a cenizas. Pero lo he hecho por una curiosidad de saber, de la cual no están del todo libres la veneración y la piedad. ¿Que la leyón grabada por uno de los primeros apóstoles de los apóstoles sobre la tumba de un hombre me alcance jamás! ¿Pero, cómo la ella de herirme? No yo debo temer el morir a los míos mientras haya hombres en la tierra, pues siempre habrá alguien a se pueda amar.

— ¡Ay! La capacidad de amar se debilita y se pierde con la edad, como todas las demás energías del hombre. El ejemplo nos lo prueba, y esto es lo que me horroriza. ¿Estoy yo cierto de no haber experimentado ya esta gran pesadumbre? Seguramente la hubiese experimentado ya sin un feliz encuentro que me la rejuveneció. Los poetas hablan de la fuente de Juventud; y, en realidad, existe; brota de la tierra a cada uno de nuestros pasos. ¡Y cruzamos sin beber en ella!

— Desde que he encontrado a la nieta de Clementina, mi vida, que no tenía ninguna utilidad, ha recobrado un sentido y una razón de ser.

— ¿Cómo? — lo tomo en la terraza del Luxemburgo, al pie de la estatua de Margarita de Navarra. Es un sol de primavera, espirituoso como un vino nuevo. Estoy sentado y sueño. Mis pensamientos escapan de mí mente como la espuma de una botella de cerveza. Son ligeros y su chiropoteo me divierte. Sueño, pienso que esto le he sido útil, pero permito que me lo brome. He publicado treinta volúmenes de textos antiguos y colabora desde veintiséis años en el *Journal des savants*. Tengo la satisfacción de haber realizado mi tarea todo lo bien que me ha sido posible y haber desarrollado plenamente las mediocres facultades que la naturaleza me ha otorgado. Mis esfuerzos no fueron del todo vanos, y he contribuido, con mi modesta parte, al renacimiento de los trabajos históricos que será honra de este inquieto siglo. Figuraré ciertamente entre los diez o doce eruditos que revelaron a Francia sus antigüedades literarias. Mi publicación de las obras poéticas de Gauthier de Coincy inaugura un método razonable y hace época. En la severa calma de la vejez, me dedico a mi vida, a este merecido premio. ¡Dios, que me mi alma, sabe si el orgullo o la vanidad tienen parte alguna en la justicia que me hago.

— Pero estoy cansado, mis ojos se nublan, mi mano tiembla y veo mi imagen en esos ancianos de Homero, cuya debilidad los excluía de los combates y que, sentados sobre las murallas, elevaban sus voces, como las cigarras en la primavera.

— Discutían así mis pensamientos, cuando tres jóvenes se sentaron ruidosamente cerca de mí. No sé si cada uno de ellos había venido en tres barcas, como el mono de La Fontaine, pero es lo cierto que los tres se instalaron sobre doce sillas, me complacía en observarlos, no porque tuviesen nada de extraordinario, sino porque les encontraba ese aire vigoroso y alegre, natural de la juventud. Eran estudiantes que venían de la ciudad de Meaux. El carácter de su fisonomía que por los libros que llevaban en la mano. Puse todos aquellos que se ocupan en actividades del espíritu, se reconocen al pronto por yo no sé qué cosa que les es común. Tengo un gran cariño por los jóvenes, y éstos ganaron mi afecto, a pesar de ciertos rasgos provocativos y burlescos que me recordaban maravillosamente los tiempos de estudiante. Bien es verdad que no llevaban ellos, como nosotros, largas melenas sobre cuellos de terciopelo; no se paseaban, como nosotros, con una calavera en la mano; no gritaban como nosotros: "¡Infierno y maldición!". Iban correctamente vestidos, y ni por su traje ni por sus palabras tenían nada que ver con la ciudad de Meaux. Debían haber ocupado de las mujeres que pasaban por la terraza, y que sobre algunas hicieron apreciaciones demasiado audaces. Pero sus reflexiones a este propósito, no llegaban al extremo de obligarme a abandonar mi sitio. Por lo demás, cuando la juventud es estudiosa, yo le permito que tenga estas alegres expansiones.

— Como uno de ellos dijo ya no sé qué chiste gracioso.

— ¿Qué significa eso? — exclamé, con un ligero acento gascón, de más pequeño y el más morano de los tres —. A nosotros, fisiólogos,

AHORA ES EL MOMENTO!

Cómo aprender Radio, Construcción, Cine Sonocine, Electricidad, Aviación, Contabilidad, Mecánica, Diesel, Caucho, Motores Explosión, Dibujo, etcétera. GRATIS pida folleto: A. Ward.

Sgo. DEL ESTERO - 1513 Bs. As.

es a quienes corresponde ocuparnos de la matemática. En cuanto a ti, Gelis, que como todos tus cofrades los archivistas paleógrafos, no existes más que en el pasado, ocúpate de las murallas de piedra que son tus contemporáneos.

— Y le señalé con el dedo las estatuas de las damas de la antigua Francia, que en su blanda, se elevaban en semicírculo bajo los árboles de la terraza. Esta brota, insignificante en sí misma, me descubrió a mí mismo, a quien se llamaba Gelis, era un alumno de la Escuela de Diplomacia. El resto de la conversación me hizo saber que su vecino, tan rubio y pálido que parecía esfumarse, silencio y sarcástico, era Boulmier, su compañero de estudios. Gelis y el futuro doctor (yo bien deseo que lo sea un día), discutían entre sí con exuberante fantasía y locuacidad. Después de elevarse hasta las más altas especulaciones, jugaban al vocablo y decían esas tonterías propias de las personas inteligentes; quiero decir, enormes tonterías. No tengo necesidad de agregar que lo único que estaban dispuestos a sostener eran las más monstruosas paradojas. ¡Enhorabuena! No me gustan a mí los jóvenes demasiado razonables.

— El estudiante de medicina, después de mirar el título del libro que Boulmier tenía en la mano:

— ¡Anda! — le dije —, ¡Tú lees a Michelet! — Si respondió gravemente Boulmier —, me gustaban las novelas.

— Gelis, que los dominaba con su alta talla, con su gesto imperioso y su palabra rápida, tomó el libro, lo hojeó y dijo:

— Es el Michelet de la última manera, el mejor Michelet. ¡Nada de explicaciones! Colegas, desmayos, una crisis epiléptica, a propósito de hechos que no se digna exponer. ¡Gritos de criaturas, deseos de mujer embarazada, suspiros y ni una frase acabada! ¡Es asombroso!

— Y devolví el libro a su compañero. Esta literatura es divertida, me dije, pero está tan desprovista de sentido como pudiera creerse en apariencia. Hay algo de agitación y yo diría que también de trepidación en los últimos escritos de nuestro gran Michelet.

— Pero el estudiante provenzal afirmó que la historia era un ejercicio de retórica absolutamente despreciable. Según él, la sola y verdadera historia es la historia natural del hombre. Michelet estaba en el buen camino cuando encontró la fístula de Luis XIV, pero volvió en seguida a caer en la rutina.

— Después de exponer este juicio pensamiento, el joven fisiólogo fué a reunirse con un grupo de amigos que pasaba. Los dos archivistas, con menos intimidad en el jardín demasiado distante de la calle Paradis-au-Maraîs, quedaron frente a frente, y se pusieron a hablar de sus estudios. Gelis, que acababa su tercer año, preparaba una tesis, cuyo tema expuso con juvenil entusiasmo. A la verdad, su asunto me pareció bien, y tanto más cuanto yo me creí en el deber de tratar recientemente de él. Era el *Monasticisme gallicanum*. El joven erudito (le doy este nombre como un presagio) quería explicar todas las planchas grabadas hasta el año 1660, en las que Dom Germain hubiera hecho imprimir sin el irreparable impedimento que no prevé nadie y que no se evita jamás. Dom Germain

dio al menos, al morir, su manuscrito completo y bien ordenado. ¡Haré yo otro tanto con el mío! Creo no es ésta la cuestión. Galis, por lo que pude entender, se proponía consignar una noticia arqueológica a cada una de las alabades representadas por los humildes grabados de Don Germán.

Su amigo le preguntó si él conocía todos los documentos manuscritos e impresos relativos a este asunto. Fue entonces cuando yo presté oído. Hablaban primero de las fuentes originales, y debo reconocer que lo hicieran con suficiente método, a pesar de innumerables y deformes equivocaciones. Después examinarán los trabajos de la crítica contemporánea.

—¿Has leído — preguntó Boulmier — los apuntes de Courajod?

—¡Bueno!, exclamé para mí.

—Si — respondió Gelis —, es un trabajo concienzudo.

—¿Has leído — dijo Boulmier — el artículo de Tamissey de Larroque en la *Revue des questions historiques*?

—¡Bueno!, me repetí por segunda vez.

—Si — contestó Gelis —, y he encontrado en él indicaciones útiles.

—¿Has leído — insistió Boulmier — el *Traité des abbayes bénédictines en 1600*, por Silvestre Bonnard?

—¡Bueno!, me dije por la tercera vez.
—¡Dios me libre! No — respondió Gelis —. Y me parece que no lo leeré. Silvestre Bonnard es un imbécil.

Al volver la cabeza, vi que la sombra había invadido el lugar en que yo estaba. Hacía fresco y juzgué demasiado estúpido arriesgarme a pescar un reumatismo, por escuchar las impertinencias de dos jóvenes fatuos.

—¡Ah! ¡Ah!—me dije, levantándome—. Que este pajarillo charla haga su tesis y la sostenga. Ya se encontrará con mi colega Quicherat, o con algún otro profesor, que me bajarán los humos. Por mi parte, no merece otro nombre que el de granuja, y verdaderamente, pensando con serenidad, lo que ha dicho de Michelet es intolerable y traspasa todo límite. Hablar así de un viejo maestro plétorico de genio... ¡es abominable!

17 de abril.

—Teresa, déme mi sombrero nuevo, mi mejor levita y mi bastón de puño de plata.

Pero Teresa es sorda como un saco de carbón y lenta como la justicia. Los años tienen la culpa. Lo peor es que cree tener muy buen oído, pues ligeros. Yo, orgulloso de sus sesenoides años de honrada servidumbre, atiende a su viejo maestro con el más vigilante despotismo.

—No les decía yo?... He aquí que no quiere darme ni bastón de puño de plata, por temor de que lo pierda. Es verdad que olvidó con bastante frecuencia paraguas y bastones en los ómnibus y en las librerías. Pero tengo mis razones para no llevar hoy mi levita blanca, cuyo puño de plata cincelada representa a don Quijote empalmando, lanza en ristre, contra los molinos de viento, mientras que Sancho Panza, levantando los brazos al cielo, le conjura en vano para que se detenga. Esta caída es todo lo que he recogido de la herencia de mi río, el capitán Victor, que fué en vida más senciente a don Quijote que a Sancho Panza, y que amaba los golpes con la misma naturalidad con que los demás los temen de ordinario.

Llevo este bastón, desde hace treinta años, a toda diligencia memorable o solemne que lago, y las dos figurillas del señor y de su escudero, me inspiran y me aconsejan. Me parece oírlos. Don Quijote me dice:

—Piensa ahincadamente en grandes cosas, y convénecete de que la idea es la única realidad en el mundo. Levanta la naturaleza hacia la gloria, y que el universo entero no sea para ti más que el reflejo de tu alma heroica. Combate por el honor; sólo esto es digno de un hombre, y si te llega el caso de ser herido,

derrama tu sangre como un rocío bienhechor y sonrte."

Y Sancho Panza me dice a su vez:

—¡Quédate en lo que el cielo te ha hecho, compódate. Prefiere la corteza de pan que se endurece en tu alforja a las ayes que se asan en la cocina del señor. Obedece a tu amo, cuerdo o loco, y no te atiborres la cabeza de cosas inútiles. Teme los golpes: buscar el peligro es tentar a Dios."

Pero así como el caballero incomparable y su escudero son igual se hallan en imagen en el puño de ese bastón, están, en realidad, en mi fuero interno. Tenemos todos en nosotros mismos un don Quijote y un Sancho, a los que escuchamos, y aunque sea Sancho quien nos persuada, a quien admiramos es a don Quijote... ¡Pero basta de chorrices! Y vamos a ver a la señora de Gabry, para un asunto que está por encima de las cuestiones ordinarias de la vida.

El mismo día.

Encontré a la señora de Gabry vestida de negro y poniéndose los guantes.

—Estoy pronta — me dijo.

Es así como la he encontrado en todo momento: pronta a hacer una buena obra.

Descendimos la escalera y tomamos un coche.

No sé qué secreta influencia tenía yo disipar rompiendo el silencio. Lo cierto es que seguimos los anchos bulevares desiertos mirando, sin decir nada, las cruces, los cipos y las coronas, cuyos vendedores esperan su finébre clientela.

El coche se detuvo en los últimos confines de la tierra de los vivos, ante la puerta sobre la cual están grabadas palabras de esperanza.

Caminamos a lo largo de una avenida de cipreses, y después seguimos un camino estrecho, entre las tumbas.

—Es aquí — me dijo ella.

Sobre el friso, ornado de antorchas invertidas, estaba grabada esta inscripción:

FAMILIAS DE ALLIER Y ALEXANDRE

Una verja cerraba la entrada al monumento. Al fondo, sobre un altar cubierto de rosas, una placa de mármol, en la que se leían varios nombres, y, entre ellos, los de Clementina y su hija.

Lo que entonces sentí fué algo tan profundo y tan largo que no podría expresarse más que por las armonías de una bella música. En mi vieja alma oí cantar los instrumentos de una celeste dulzura. A las graves armonías de un himno funerario, se mezclaban las notas veladas de un cántico de amor, pues mi alma confundía en un mismo sentimiento la melancólica gravedad del presente y las gracias familiares del pasado.

Al dejar aquella tumba que la señora de Gabry había perfumado de rosas, atravesamos el cementerio sin decir una palabra. Cuando de nuevo estuvimos en el mundo de los vivos, se desató mi lengua:

—Mientras la seguía por aquellas avenidas silenciosas — dije a la señora de Gabry — pensaba en los ángeles de las leyendas, que se encuentran en los confines del mundo, y que en la vida y de la muerte. La tumba a la cual usted me ha conducido, y que yo ignoraba, como casi todo lo que se refiere a aquella cuyos restos guarda, me ha recordado emociones únicas en mi vida, y que son en ella como una luz en un negro camino. La luz se aleja a medida que la ruta se prolonga; yo estoy casi al borde de la última cuesta, y, sin embargo, una vez más igualmente viva cada vez que me vuelvo. Los recuerdos se presentan en mi alma. Soy como una vieja encina nodosa y llena de musgo, que al agitar sus ramas despierta a las nidadas de pájaros cantores. Por desgracia la canción de mis pájaros es vieja

como el mundo, y sólo puede distraerme a mí.

—Esa canción me encantará — me dijo ella —. Cuénteme usted sus recuerdos, y yo hablo como a una ancianita. Esta mañana he encontrado tres hilos blancos entre mis cabellos.

—Véalos usted llegar sin pena, señora — le respondí —. El tiempo sólo es dulce para quienes lo toman con dulzura. Y cuando, dentro de largos años, una ligera espuma de plata bordease las negras ondas de su cabellera, usted vestida de una belleza nueva, joven, viva, me miraría con la misma curiosidad que usted usó a su marido admirar sus cabellos blancos al igual que el bucle negro que le dió usted cuando se casaron, y que él lleva en un medallón como una cosa santa. Estos bulevares son largos y poco frecuentados. Podemos hablar a nuestro placer, en tanto caminamos. Por lo pronto, le diré cómo conocí a don de Clementina. Pero no espere usted nada de extraordinario, nada de notable, porque entonces se sentiría profundamente defraudada.

El señor de Lessay habitaba el segundo piso de una vieja casa de la avenida del Observatorio, cuya fachada de yeso ornada de bustos antiguos y el gran jardín inculto fueron las primeras imágenes que se imprimieron en mi mente al acercarme, y de un encanto misterioso. Es que, ciertamente, señora, el universo no es más que el reflejo de nuestra alma.

—Mi madre era una criatura dotada maravillosamente. Se levantaba con el sol, como los pájaros, a los cuales se parecía por lo industriosa, por el instinto maternal, por una perpetua necesidad de cantar y por una especie de gracia brusca que yo apreciaba muy bien, a pesar de ser un niño. Era el alma de la casa, que llenaba con su actividad ordenada y alegre. Mi padre, al revés que ella, era muy callado. Recuerdo su placido rostro, sobre el cual pasaba por momentos una sonrisa irónica. Estaba fatigado y amaba su fatiga. Sentado junto a la ventana, en su gran sillón, leía de la mañana a la noche, y de él heredé el amor a los libros. Tengo en mi biblioteca un libro, que me salvó la vida, el primer volumen del principio al fin. No había que esperar de él que se metiese en cosa alguna. Cuando mi madre, por medio de sutiles argucias, procuraba sacarlo de su apoltronamiento, él movía la cabeza con esa dulzura inexorable que constituye la fuerza de los caracteres débiles. Desesperaba a la pobre mujer, que no participaba en absoluto de sus salpullidos condescendentes. comprendía otra cosa de la vida que los afanes cotidianos y el alegre trabajo de cada hora. Ella le creía enfermo, y temía que su mal se agravara. Pero su apatía tenía otra causa.

—Mi padre, que entró en las oficinas de la marina, en tiempos de Decrès, en 1801, dió pruebas de un verdadero talento de administrador. La actividad era entonces grande en el departamento, y la marina estaba en plena actividad. Soy, jefe de la segunda división administrativa. En este año, el emperador, al cual había sido recomendado por el ministro, le pidió un informe sobre la marina inglesa. Ese trabajo, en el que su autor había puesto, sin darse cuenta, un espíritu profundamente liberal y filosófico, no fué terminado hasta 1809, alrededor de dieciocho meses después de la muerte del almirante Villeneuve en Trafalgar. Napoleón, que después de aquel día sintió no quería ni oír hablar de navios, hizo borrar la memoria con cólera y la arrojó al fuego, exclamando: "¡Frases! ¡Frases! ¡Frases!". Supo mi padre que la cólera del emperador había sido tal en ese momento, que aplastaba el na-



VITANOVA (Vida Nueva)

DEBILIDAD SEXUAL (Ambos Sexos)

VIGOR MASCULINO - AGOTAMIENTO FÍSICO - MENTAL - ANEMIA - NERVIOSIDAD - INSUBORDINACIÓN - SURMENAGE

Imp. de Barcelona, España. Venta en 181 buenos farm. Franco de 25 lab., \$ 4.10; y de 100 lab., \$ 15.-Net. E. Alvaré, Pósc 136, G.A.

bajo su bota en el fuego de la chimenea por otra parte su costumbre, cuando pasaba, pisotear los tizones, hasta que iban las suelas de sus botas.

padre no se rehizo jamás de esta desatención y la inutilidad de todos sus esfuerzos al conseguirlo, fué, sin duda, la causa de la mala salud que más tarde, sin embargo, a su regreso de la isla de Elba, a tomar y le encargó que redactara, con patriotismo y liberal, proclamas y boletines para la flota. Después de Waterloo, más que lo que sorprendió, quedó al margen de los acontecimientos y no fué molestado. Lo hicieron fué decir que era un jacobino bebedor de sangre, uno de esos hombres que no se puede tener cerca, y que era el mayor de mi madre, Víctor, capitán de infantería, al que se dejó pagar en 1814 y se le licenció en consecuencia con su desdichada actitud las cosas que la caída del imperio había traído a mi padre. El capitán Víctor grió los cafés y en los bailes públicos, que entonces habían vendido Francia a los franceses. Y mostraba a todo el que la quería escapar la tricolor escarapela del emperador, llevando, además, con un bastón cuya empuñadura, hecha en proyectaba en sombra la silueta del emperador.

padre no ha visto, señora, ciertas litografías de Charler, no puede usted darse una idea de la fisonomía del tío Víctor cuando, en sus malos galanes bordados apretada al cuerpo sobre el pecho su cruz de legión de honor violeta, se paseaba por el jardín con una elegancia imponente. La modestia y la intemperancia, dieron el origen a sus pasiones políticas. Insultaba a las que hacía leyendo la *Quotidienne* y *Frappé blanc*, y le obligaba a batirse. Tuvo también el dolor y la vergüenza de morir en duelo a un niño de dieciséis años. En fin, mi tío Víctor era todo lo contrario de un hombre sensato, y, como tal, se aminoró a comer a cada todos los días de mala fama se extendía a nuestro pobre padre sufrió cruelmente de las consecuencias de su huésped; pero, como era un hombre de puerta abierta al capitán, que recibía cordialmente, sin decir nada.

que le he contado, señora, me fue más adelante. Pero mi tío el capitán inspiraba entonces el más puro entusiasmo, y me prometía porvenir a él cuanto era posible, en un día. Una mañana, al despertar a imitarle, apoyando mis puños sobre sus rodillas, como un renegado. Mi madre me aplicó sobre la mejilla una palmada tan ratera, que me quedé al momento estruendo ante de echarme a llorar. Yo todavía el viejo sillón de terciopelo de terciopelo amarillo, detrás del cual derramé los innumerables lágrimas.

era entonces un hombrecillo muy pequeño. Una mañana mi padre, habiéndome en brazos, según su costumbre, me llevó a aquella leve ironía que ponía algo de ternura a su eterna dulzura. Mientras, sentada en sus rodillas, jugaba yo con sus largos dedos grises, él me decía cosas que me parecían bien, pero que me interesaban muy poco. Yo mismo que eran misteriosas para mí, pero, sin que yo me enterara bien, seguía leyendo en la mañana me contaba la historia del peregrino de Yverot, según la canción. De repente oímos un gran ruido y los cristales se rompieron. Mi padre me había dejado desahogado a sus pies; sus brazos extendidos se balanceaban en el aire temblando; su rostro estaba muy pálido, y mis ojos enojados me procuró hablar, pero sus dientes se resaca. Por fin, después de un largo silencio, después de que hablaba del mariscal Ney, caído el 7 de diciembre de 1815,

junto al muro que cerraba un terreno cercano a nuestra casa.

"En ese tiempo, yo encontraba con frecuencia en la escalera un señor viejo (acaso no era verdaderamente un viejo), cuyos ojos negros brillaban con extraordinaria vivacidad en un rostro curtido e inmóvil. No me daba la impresión de un ser vivo, o al menos, me parecía que no debía vivir del mismo modo que los demás hombres. Yo había visto, en casa del señor Denon, donde mi padre me había llevado, una momia traída de Egipto; y me imaginaba de buena fe, que la momia del señor Denon se despertaba cuando se hallaba sola, salía de su cofre dorado, se ponía un traje de color avellana y una peluca empolvada, y que entonces era el señor de Lessay. Hoy mismo, mi buena amiga, aunque rechazada esta opinión, como desprovista de fundamento, debo confesar que el señor de Lessay se parecía enormemente a la momia del señor Denon. Y esto explica sobradamente el porqué aquel personaje me inspiraba un terror fantástico.

"En realidad, el señor de Lessay era un pequeño gentilhombre y un gran filósofo. Discipulo de Mably y de Rousseau, se vanagloriaba de no tener prejuicios, y esta pretensión constituía por sí misma un enorme prejuicio. Le hablo, señora, del contemporáneo de una época desaparecida. Temo no hacerme comprender y estoy cierto de no interesarla. ¡Todo esto está tan lejos de nosotros! Pero abreviaré cuanto me sea posible; por otra parte, no le he prometido nada interesante, y usted no podía esperar que hubiese grandes aventuras en la vida de Séverste Bonnard."

La señora de Gabry me anima a proseguir, y yo lo hago en estos términos:

—El señor de Lessay era brusco con los hombres y cortés con las señoras. Besaba la mano de mi madre, a quien las costumbres de la República y del Imperio no habían habituado a esta galantería. Por él yo llegaba a alcanzar la época de Luis XVI. El señor de Lessay se profería, y nada más seguro, que me mostraba tan orgulloso de ocuparse de la forma de la tierra. En el antiguo régimen se había dedicado a la agricultura, pero como filósofo, y había perdido así hasta el último palmo de sus campos. Cuando ya no le quedaba ni un terrón, se apoderó de todo el globo terráqueo y dibujó una cantidad extraordinaria de mapas, de acuerdo con relaciones de viajeros. Naturalmente como estaba hecha la redacción de la Enciclopedia, no se limitó a encerrar a los hombres en tal grado, tantos minutos y tantos segundos de latitud y de longitud. ¡El se ocupaba de su felicidad, ay! Está comprobado, señora, que los hombres que se han ocupado de la felicidad de los pueblos, han hecho la desdicha de sus allegados. El señor de Lessay era realista volteriano, especie bastante común entonces entre aquellos que no eran más que realistas, que d'Alembert, más filósofo que Juan Jacobo y más realista que Luis XVIII. Pero su amor por el rey no era nada, comparado con su odio por el emperador. Anduvo mezclado en la conspiración de Georges contra el primer consúl; pero como el juez de instrucción lo ignoró o lo despreció, no figura entre los acusados; no perdí jamás esta injuria a Bonaparte, a quien llamaba el ogro de Córcega y a quien él no hubiera confiado jamás un regimiento, hasta

tal punto lo consideraba un militar lamentable.

"En 1813, el señor de Lessay, viudo desde hacía largos años, se casa, teniendo alrededor de cincuenta y cinco años, con una mujer muy joven, que empleó en dibujar cartas geográficas, que le dio una hija y que murió de parto. Mi madre la atendió en su corta enfermedad; y ella cuidó de que nada faltara a la criatura. Esta criatura se llamaba Clementina.

"De esta muerte y de este nacimiento datan las relaciones de mi familia con el señor de Lessay. Como salía yo por entonces de la primera infancia, me oscurecí y me embriagué, perdiendo el don encantador de ver y de sentir, y las cosas no me comunicaron ya las sorpresas deliciosas que consiguiera al escape de la edad más tierna. Esto hace que no conserve ningún recuerdo de los tiempos que siguieron al nacimiento de Clementina; tan sólo sé que con algunos meses de intervalo sufrí una desgracia que me oprime aún el corazón cuando pienso en ella. Perdí a mi madre. Un gran silencio, un gran frío y una gran sombra envolvieron súbitamente la casa.

"Cái en una especie de embocamiento. Mi padre me envió al colegio, y me costó mucho trabajo salir de aquel estado.

"Sin embargo, no me había convertido en un imbécil, y mis profesores no tardaron en enseñarme todo lo que quisieron, es decir, un poco de griego y de latín. Sólo tuve tratos con los antiguos. Aprendí a estimar a Milcíades y a admirar a Temístocles. Quinto Fabio me acordé siéndome familiar, en la medida en que me era posible la familiaridad con un gran consúl. Orgulloso de estas altas relaciones, no bajaba mis ojos sobre la pequeña Clementina y su viejo padre, que por otra parte, se marcharon un día a Normandía, sin que yo me dignase inquietarme por su regreso.

"¡Volviendo, sin embargo, señora, volviendo! ¡Influencias del ciclo, energías de la naturaleza, potencias misteriosas que derraman sobre los hombres el don de amar, vosotros sabéis si volví a ver a Clementina! Entraron en nuestra triste morada. El señor de Lessay no llevaba ya peluca. Calvo, con mechones grises sobre sus sienes encarnadas, denotaba una vejez robusta. Y aquella divina criatura que yo veía resplandecer tomada de su brazo, y cuya presencia iluminaba el viejo salón descolorido, no era, no, una aparición; ¡era Clementina! De verdad lo digo: sus ojos claros, sus ojos color de almendra, me parecían algo sobrenatural, y todavía hoy no puedo imaginarme que aquellas dos joyas animadas hayan sufrido las fatigas de la vida y la corrupción de la muerte.

"Se turbó un poco al saludar a mi padre, al que no conocía. Su cutis estaba ligeramente sonrosado y su boca entrecerrada sonreía con esa sonrieta que hace soñar en lo infinito, sin dudar porque no descubre ningún pensamiento determinado, y que no expresa otra cosa que la alegría de vivir y la dicha de ser bella. Su rostro brillaba bajo una capota rosa como una joya en un estuche abierto. Llevaba un chal de cachemira sobre un traje de muselina blanca, pliegado en la cintura, y donde debía anar la punta de un corsete mordido... No se burle usted, querida amiga; era la moda de entonces, y yo no sé si

El también



—[No me darían la combinación antes de irse? Mi mujer hizo cambiar el sistema la semana pasada y desde entonces estoy sin un centavo.

las de ahora tienen tanta sencillez, tanta lozanía y tanta gracia decente.

"El señor de Lessay nos dijo que, habiendo emprendido la publicación de un atlas histórico, volvía a vivir en París y que arrendaría otro lugar su antiguo departamento, si estaba desocupado. Mi padre preguntó a su hija si estaba contenta de hallarse en la capital. Que lo estaba lo dijo su sonrisa al acentuarse. Sonreía a las ventanas abiertas sobre el jardín verde y luminoso; sonreía al Mario de bronce sentado entre las ruinas de Cartago sobre la esfera del reloj; sonreía a los viejos sillones de terciopelo amarillo y al pobre estudiante que iba a osar levantar los ojos hasta ella.

"Desde aquella día, cómo la amaba!

"Pero hemos llegado a la calle de Sévres, y pronto divaricamos sus ventanas. Soy un pésimo narrador y, si me propusiera escribir una novela, el éxito no me acompañaría. He preparado durante mucho tiempo un relato que se lo voy a hacer a usted en pocas palabras; pues existe una cierta delicadeza, una cierta gracia del alma que un viejo hería extendiéndose con complacencia sobre los sentimientos del amor, aun del más puro. Denos algunos pasos por este bulevar bordeado de conventos, y mi relato podrá terminarse en el espacio que nos separa de aquel pequeño campionario que vemos desde aquí.

"Al saber que yo salía de la escuela diplomática, el señor de Lessay me juzgó digno de colaborar en su atlas histórico. Se trataba de determinar en una serie de mapas lo que el viejo filósofo llamaba las vicisitudes de los imperios desde Noé hasta Carlomagno. El señor de Lessay había almacenado en su cabeza todos los errores del siglo XVIII en lo tocante a antigüedades. Yo pertenecía a la escuela de los innovadores en historia, y estaba en una edad en la que no sabemos fingir. La manera que tenía de comprender aquel anciano, o mejor dicho, de no comprender, los tiempos bárbaros; su olivación de no ver en la antigüedad más que príncipes ambiciosos, preladados hipócritas y ávidos, ciudadanos virtuosos, poetas filósofos y otros personajes que no han existido nunca más que en las novelas de Marmontel, me hacía horriblemente desdichado y me inspiraba toda clase de objeciones, sin duda muy razonables, pero perfectamente inútiles y algunas veces peligrosas. El señor de Lessay era muy irascible y Clementina era muy bella. Entre ella y él pasaba yo horas de tortura y de delicias. Estaba enamorado. Fue

cobarde y le concedí bien pronto cuanto él exigía sobre la figura histórica y política que esta tierra, que más tarde debía guardar a Clementina, afectaba en las épocas de Abraham, de Moisés y de Decaulión.

"A medida que nosotros trazábamos nuestros mapas, Clementina los labraba a la acuñada. Inclínase sobre la mesa, tenía el pincel con dos dedos; una sombra descendía de sus párpados sobre sus mejillas y bañaba sus ojos entornados de una penumbra encantadora. Algunas veces levantaba la cabeza y veía yo su boca entreabierta. Era tan expresiva su belleza, que su respiración tenía el aire de un suspiro, y sus más vulgares actitudes me sumergían en una profunda ensoñación. Contemplándola, estaba yo de acuerdo con su padre en que Júpiter había reinado despoticamente sobre las montañosas regiones de Tesalia, y que Orfeo fue imprudente al confiar a los sacerdotes la enseñanza de la filosofía. Aun hoy mismo, todavía no sé si me comportaba como un héroe o como un cobarde, cuando hacía estas concesiones al atestado anciano.

"Clementina, debo confesarlo, no me concedía gran atención. Esta indiferencia me parecía tan justa y tan natural, que ni siquiera se me pasó por la imaginación el quejarme. Ciertamente sufría, pero sin darme cuenta. Esperaba. Estábamos todavía en el primer imperio de Asiria.

"El señor de Lessay iba todas las noches a tomar el café con mi padre. No comprendo qué podía llegarle, pues sería difícil encontrar dos naturalezas tan absolutamente opuestas. Mi padre admiraba poco y perdonaba mucho. Con la edad había llegado a odiar todas las exageraciones. Revestía sus ideas de mil finos matices y jamás aventuraba una opinión como no fuera con toda clase de reservas. Estas modalidades de su espíritu, que yo consideraba al viejo gentilhombrón, seco y entumecido, a quien la moderación de su antagonismo no desarmaba jamás, sino todo lo contrario. Yo vislumbraba un peligro. Este peligro era Bonaparte. Mi padre no conservaba ningún afecto hacia él, pero como había trabajado bajo sus órdenes, no gustaba el oír que lo injuriasen; sobre todo en presencia de los Borbones, contra los cuales tenía agrios sentimientos. El señor de Lessay, más legítimista que nunca, hacía renovar a Bonaparte el origen de todo mal político, social y religioso. Así las cosas, el capitán Victor me inquietaba por encima de todo. Mi terrible tío, se había vuelto absolutamente intolerable desde que su hermana no estaba entre nosotros para calmarlo. Rota el alma de David, Saul se entregaba a sus furores. La caída de Carlos X aumentó la audacia del viejo napoleónico, que hizo todas las bravatas imaginables. No frecuentaba con tanta asiduidad nuestra casa, demasiado silenciosa para él. Pero algunas veces, a la hora de comer, le veíamos llegar, cubierto de flores, como un mauloso. Con frecuencia se sentaba en la mesa jurando con toda el alma, y vanagloriándose, entre sorbo y sorbo, de sus aventuras de viejo bravucon. Terminada la comida, doblaba la servilleta en forma de mitra de obispo, vaciaba media botella de aguardiente y se marchaba con la prisas de un hombre espantado ante la idea de ponerse a beber, frente a frente de un viejo filósofo y de un joven sabio, yo comprendía perfectamente que, si un día se encontraba con el señor de Lessay, todo estaría perdido. ¡Y ese día llegó, señora!

"Aquella vez, el capitán desapareció bajo las flores, y se asemejó tanto a un monumento conmemorativo de las glorias del Imperio, que daban ganas de pasarle una corona de siemprevivas por cada brazo. Estaba extraordinariamente satisfecho, la primera persona que se benefició de aquella feliz disposición de su ánimo, fue la cocinera, a la que agarró por la cintura en el momento en que dejaba el asado sobre la mesa.

"Después de comer, rechazó la botella que me le ofreció, diciendo que luego haría llaman al aguardiente en su café. Yo le pregunté, temblando, si no preferiría mejor que se le sirviera el café en seguida. Mi tío Victor era muy desconfiado y nada noto. Mi precipitación le pareció una mala jugada, pues me miró con cierta aire y me dijo:

"Paciencia, sobrino! No es el más blando de la tropa quien ordena que toque a retreta, ¿qué diablos! Tiene usted mucha prisa, señor magistrado, en ver si llevo espuelas en las botas.

"Estaba claro que el capitán había adivinado mis deseos de que se marchara pronto. Conociendo muy bien la actitud de que se quejaba, yo quedé, los ojos bajos. Los señores de aquella velada quedaron impresos en mi memoria. Mi tío continuaba jovial. La sola idea de ser importuno le ponía de buen humor. No contó, en un excelente estilo de cuartel, cierta historia de una religiosa, un corneta y cinco botellas de chambertin, muy del gusto, la duda, de las guarniciones y que yo no interrumpí, cuando, señora, aun me me acordaba ella. Cuando pasamos al salón, nos hizo notar el mal estado de nuestros morillos y nos recomendó decentemente el empleo del tripoli para borrar los cobres. De política, ni una palabra. Se reservaba. Sonaron las ocho en las ruinas de Cartago. Era la hora del señor de Lessay. Unos minutos después entraba en el salón con su hija. La velada dió comienzo a una conversación. Clementina se puso a bordar cerca de una lámpara, cuya pantalla dejaba su linda cabecita en una ligera penumbra y proyectaba sobre sus dedos una claridad que los volvía casi luminosos. El señor de Lessay habló de un cometa anunciado por los astrónomos y desarrolló este propósito teórica que, por peregrinas que fueran, atestiguaban cierta cultura intelectual. Mi padre, que tenía nociones de astronomía, expresó algunas sanas ideas, terminando con: "En fin, ¿qué sé yo?" A mi vez, y expuse la opinión de nuestro vecino del observatorio, el gran Arago. El tío Victor afirmó que los cometas influyen sobre la calidad de los vinos y en apoyo de su teoría citó una sola gran cosecha de uva. Yo estaba muy contento de esta conversación, que me daba en mano de esta conversación, que me daba en mano de esta conversación, con ayuda de mis más recientes lecturas, exponiendo largamente la construcción química de estos ligeros astros que, esparcidos en los espacios celestes sobre millares de leguas, cabrían en una botella. Mi padre, un poco sorprendido por mi elocuencia, me miraba con su peculiar ironía. Pero no es posible permanecer mucho tiempo en los cielos de astronomía. Clementina, hablé de un cometa de diamantes que había admirado la víspera en la vidriera de una joyería. La verdad, no estuve inspirado.

"Sobrina — exclamó el capitán Victor — tu cometa no existe al lado del que brillaba en los cabellos de la emperatriz Josefina, cuando en Estrasburgo para distribuir las cruces al ejército.

"Josefina amaba el lujo — repuso el señor de Lessay, entre dos sorbos de café — No la critico; tenía buenas cualidades, aunque era un poco ligera. Hizo un gran honor a Bonaparte, pues era una Tascher, casándose con él. Y aunque decir una Tascher no es decir gran cosa, decir un Bonaparte no es decir nada."

"¿Qué quiere usted significar con eso, señor marqués? — le preguntó el capitán Victor.

"No soy marqués — respondió secamente el señor de Lessay —, y opino que Bonaparte hubiese estado muy bien emparejado casándose con una de esas mujeres canibales que el capitán Cook describe en sus viajes, desnudas, tatadas, un amillo en las narices y devorando a los débiles miembros humanos putrefactos.

"Lo había pensado — pensé yo, y en mi angustia (¡oh, pobre corazón humano!) mi primera idea fué comprobar la justeza de mis

visiones. Debo decir que la respuesta del señor fue del género sublimé. Apoyó el puño en la cadera, miró desdénidamente al señor Lessay y dijo:

—Napoleón, ilustrísimo señor, tuvo otra además de Josefina y de María Luisa, la compañía usted no la conoce, pero yo le visto muy de cerca; lleva un manto azul de las cruces de estrellas, está coronada de laurel y la cruz de honor brilla sobre su pecho; ¡ay Gloria!

El señor de Lessay dejó su taza sobre la mesa y dijo tranquilamente:

Nuestro Bonaparte era un truhán. El padre se levantó con indolencia, extenuadamente el brazo y dijo con una voz dulce al señor de Lessay:

Sea como fuese el hombre que murió en Hiena, yo trabajé diez años bajo su gozque y mi cuidado fué herido tres veces bajo aquélla. Le suplico, amigo mío, no olvide lo me sucesivo.

que no habían conseguido las insolentes sublimas y burlescas del capitán, lo logró tras advertencia de mi padre, provocando al señor de Lessay una colera furiosa.

—Lo había olvidado — exclamó, pálido, con dientes apretados, la boca espumante —, y lo he olvidado. El barril de atreque no pierda el olor y cuando se ha servido a gra-

de oír este, el capitán le saltó al cuello. Y cuando lo hubiese estrangulado a no ser por la y por mí.

El padre, con los brazos cruzados, un poco más pálido que de ordinario, miraba este diálogo con una indecible expresión de pleuro. Lo que seguía fue aún más lamentable.

—¿Qué insistir sobre la locura de dos niños? En fin, conseguí separarlos. El señor Lessay hizo una seña a su hija y salió. Como le siguiese, yo corrí hasta la escalera, para salvarla.

—Clementina — le dije, enloquecido, estrechándole la mano —, ¡yo la amo!, ¡la amo!

Retuvo un segundo mi mano en la suya y me la entregó. —¿Qué iba a decir? Pero pronto, levantando los ojos hacia su padre, estaba la escalera, retiró su mano y me hizo gesto de adiós.

No volví a verla. Su padre se fué a vivir del Pantheon, en un departamento que alquilado para la venta de su atlas histórico. A los pocos meses murió de un ataque apoplejico. Clementina se retiró a Nevers, a familia materna. Y fué en Nevers donde me conocí con el hijo de un rico campesino, mis Aliés.

—En cuanto a mí, señora, viví solo y en paz con yo mismo. Mi existencia, exenta de grandezas y de grandes alegrías, fué bastante. Pero durante mucho tiempo no pude ver las veladas de invierno un sillón vacío junto a mí, sin que mi corazón se sintiese dolorosamente oprimido. Clementina murió hace muchos años. Su hija la siguió en el eterno reposo. En su casa de usted he visto a su nieta. No todavía como el anciano de la Escritura: ahora, llama contigo a tu servidor, señor. —El hombre como yo puede ser útil a alguien a esta huertanita a la que quiero, con ayuda de usted, consagrar mis últimas horas.

El señor pronunció las palabras finales en el recibido del departamento de la señora de Lessay, y cuando iba a separarse de tan amable, me dijo:

—Amigo mío, no puedo ayudarle en este caso como yo quisiera. Juana es huertana y de edad. Usted no puede hacer nada con ella sin la autorización de su tutor.

—¡Ah! — exclamé —, no había pensado en lo más remoto que Juana tuviese un tutor. La señora de Gabry me dijo que tanto me acordaba. No esperaba sin duda tanta simplicidad en un anciano.

Y repuso:

—El tutor de Juana Alexandre es el señor Mouché, notario de Levallois-Perret. Temo que no se entienda usted bien con él, porque es un hombre serio.

—¡Ah! ¡Dios mío! — exclamé yo —, ¿Con quién quiere usted que me entienda a mi edad, sino con las personas serias?

Sonrió con una dulce malicia, como sonría mi padre, y dijo:

—Con las que son como usted: El señor Mouché no es precisamente de ellas: no me inspira ninguna confianza. Séis preciso que usted le pida autorización para ver a Juana, a quien ha metido en un pensionado de Ternes, donde ella no está contenta.

Besé las manos de la señora de Gabry y nos separamos.

Del 2 al 5 de mayo.

He visto al señor Mouché, el tutor de Juana, en su despacho. Pequeño, magro y seco, su tez parecía hecha del polvo de sus legajos. Es un animal con gafas, pues uno no puede imaginárselo sin ellas. He oído al señor Mouché; tiene voz de carraça y habla en términos escogidos, pero yo hubiese preferido que no escogiese tanto sus términos. He observado al señor Mouché; es ceremonioso y acacha a su interlocutor con el raballo del ojo, por debajo de sus gafas.

Mouché me ha confesado que es dichoso; está contento del interés que yo tengo por su pupila. Pero él no cree que estemos en el mundo para divertirnos. No, no lo cree; y para ser justo diré que, cuando se está junto a él, uno es de la misma opinión: tan poco divertido resulta. Teme que se de una idea falsa y perniciosas de la vida a su querida pupila procurando demasiados placeres. Esta es la causa — me ha dicho — por la cual ha solicitado a la señora de Gabry que la lleve solo muy de tarde en tarde a su casa.

He dejado al polvoriento notario en el polvo de su despacho, llevándome una autorización en regla (todo lo que procede del señor Mouché está en regla) para ver el primer jueves de cada mes a Juana Alexandre, en la casa de la señorita Préfère, institutriz, calle Demours, Ternes.

El primer jueves de mayo, me dirigí a casa de la señorita Préfère, cuyo establecimiento reconocí desde lejos por un rótulo de letras azules. Este azul fue para mí el primer indicio del carácter de Virginia Préfère, que tuve desviada ocasión de estudiar ampliamente. Una sirvienta azorada me guió mi tarjeta al gabinete de la señora. La señora Préfère, en un frío locutorio, donde respiré ese olor insipido característico de los refectorios de las casas de educación. El piso de aquel salón había sido encastrado con tan implacable exactitud, que pensé angustiado quedarme en el umbral. Pero habiendo por fortuna descubierto unos cuadrados de lana diseminados sobre el suelo, delantal y me fui a la casa de crin, me decidí, poniéndome sucesivamente el pie sobre cada uno de estos islotes de tapicería, a avanzar hasta el ángulo de la chimenea, donde me senté sofocado.

Había sobre esta chimenea, en un gran marco dorado, una cartulina, cuyo título, con resplandecientes letras góticas, decía: *Cuadro de Honor*, y que contenía gran cantidad de nombres, entre los que yo vi el placer de haber encontrado el de Juana Alexandre. Después de haber leído varias veces los de las alumnas que habían tenido el honor de distinguirse a los ojos de la señorita Préfère, me inquieté viendo que nadie se acercaba. La señorita Préfère hubiera alcanzado sin duda a establecer sobre sus dominios pedagógicos el silencio absoluto de los dominios celestes, si los gorriones no hubiesen escogido su patio para venir en bandadas innumerables a piar a su gusto. Era un encanto orioso. Pero, ¿cómo verlos a través de los cristales esmerilados? Tuve que contentar-

Trabaje con provecho en su propia casa



Adquiera, sin pérdida de tiempo, la máquina de escribir más perfecta que se venden por \$50 pesos 250,— y la que Ud. puede obtener fácilmente hasta \$ 300,— mensuales. Le enviaremos sus medias bajo contrato y le enseñaremos gratis su máquina. AAMPLAS FACILIDADES DE PAGO. Vídennos a edifice felices ilustrados.

THE HOLLAND MACHINE CO.
— Salta NV 482 — Buenos Aires

me con el espectáculo que ofrecía el salón, decorado de espíritu abajo en sus cuatro paredes, con dibujos ejecutados por pensionistas del establecimiento. Había allí vestales, flores, chozas, capiteles, volutas y una enorme cabeza de Tatío, rey de los sabinos, firmada por Estela Moutón.

Lleaba un buen rato admirando la energía con que la señorita Moutón había destacado las tapidas cejas y los ojos irritados del puerro anterior, cuando un ruido me hizo salir, pero que el de una hoja muerta arrastrada por el viento, me hizo volver la cabeza. En efecto, no era precisamente una hoja muerta, era la señorita Préfère. Con las manos juntas, avanzaba sobre el espejo del entarimado como las santas de la *Leyenda dorada* sobre el cristal de las aguas. Pero en ninguna otra ocasión creo yo que la señorita Préfère me hubiera hecho pensar en las vírgenes, caras a la idealización mística. No fijándome nada más que en su rostro, me hubiera más bien sugerido una manzana reineta conservada durante el invierno en el granero de una buena ama de casa. Cosa sobre sus hombros una pelerina a franjas, que no ofrecía por sí misma nada de particular, pero que ella llevaba como si hubiera sido una vestidura sacerdotal o la insignia de una alta magistratura.

Le expliqué el objeto de mi visita y le entregué mi carta de presentación.

—Ha visto usted al señor Mouché — me dijo —, ¿su salud es todo lo buena que se puede desear? Es un hombre tan decente, tan...

No acabó la frase y sus ojos se elevaron al techo. Los míos los siguieron, encontrándose con una pequeña espiral de papel recortado, que suspendida en el lugar de una lámpara, debía estar destinada, según mis conjeturas, a atraer a las moscas, alejándolas, por consiguiente, de los marcos dorados de los espejos y del cuadro de honor.

—He conocido — le dije — a Juana Alexandre en la casa de la señora de Gabry, y he podido apreciar el excelente carácter y la viva inteligencia de esa muchacha. Habiendo conocido su tipo tiempo a tiempo, me siento inclinado a dispensar a su nieta el interés que ellos me inspiraron.

Por toda respuesta, la señorita Préfère suspiró profundamente, apretó contra su corazón su misteriosa pelerina y contempló de nuevo la pequeña espiral de papel.

A callé me dijo:

—Cahallero, puesto que ha conocido usted a los señores Alexandre, me imagino que habrá usted deplorado, como el señor Mouché y como yo, las locas especulaciones que los condujeron a la ruina y han reducido a su hija a la miseria.

Al oír sus palabras, pensaba yo que es una gran pena ser desdichado, y que esa pena no perdona a los que se ven mucho tiempo dignos de envidia. Su caída nos venga y nos halaga, y somos con ellos implacables.

Después de haber declarado con toda franqueza que no entendía una palabra de asuntos de finanzas, pregunté a la directora del pensionado, si estaba contenta con Juana Alexandre.

—Esa niña es indomable — exclamó la señorita Préfère.

Y adoptó una actitud de alta escuela para expresar simbólicamente la situación que le creaba una alumna tan difícil de corregir.

Luego, volviendo a sentimientos más apacibles:

—Esta jovencita — dijo — no carece de inteligencia. Pero no puede resolverse a aprender las cosas con método.

—¿Qué extraña señorita, la señorita Préfère! Caminaba sin levantar las piernas y hablaba sin mover los labios. Sin detenerme más de lo razonable en estas particularidades, le respondí que el método era, sin duda, una cosa excelente y que sobre este punto estaba de acuerdo con sus ideas, pero que en fin de cuentas, cuando se sabía una cosa, era indiferente que se la hubiese aprendido de una manera o de otra.

La señorita Préfère hizo lentamente un signo negativo. Después, suspirando:

—¡Ah, señor! — dijo —. Las personas ajenas a la educación tienen de ella ideas muy falsas. Estoy cierta que hablan con las mejores intenciones del mundo, pero harían mejor, mucho mejor, en dejarse guiar por las personas competentes.

No insistí, y le pregunté si podía ver en seguida a Juana Alexandre.

Contemplé su pelerina, como para leer en la maraña de sus franjas, tal que si leyera en un grimorio, la respuesta que debía darme, y por fin me dijo:

—La señorita Alexandre tiene que dar una clase. Aquí las mujeres enseñan a las pequeñas. Eso es lo que se llama la enseñanza mutua... Pero me sentiría desolada de que usted se hubiese molestado inútilmente. La mandaré llamar. Sólo ha de permitirme, señor, para mayor regularidad, inscribir su nombre en el registro de los visitantes.

Se sentó ante la mesa, abrió un grueso cuaderno y, sacando de debajo de la pelerina la carta del señor Mouché que se había guardado.

—Bonnard con una d... ¿no es eso? — me dijo escribiendo... Perdióme que insistía sobre este detalle. Pero mi opinión es que los nombres propios tienen su ortografía. Aquí, señor, se hacen dictados de nombres propios... de nombres históricos, se entiende.

Después de haber escrito mi nombre con mano suelta, me preguntó si no podía poner a continuación un adjetivo cualquiera, como antiguo negociante, empleado, rentista, u otra cosa parecida. Su registro contaba con una columna para ello.

—¡Dios mío! — le dije —. Si tiene usted absoluta necesidad, señor, de llenar esa columna, ponga usted: miembro del Instituto.

Seguía siendo la pelerina de la señorita Préfère la que veía ante mí, pero no era ya la señorita Préfère la que se cubría con ella. Era otra persona, atenta, graciosa, zalanera, feliz, radiante. Sus ojos sonreían; las pequeñas arrugas de su rostro (¡eran muchas!) sonreían; su boca también sonreía, pero de un solo lado. Habló, y su voz tenía el aire de toda su persona, era una voz de miel:

—Decía usted, señor, que esta querida Juana es muy inteligente. Yo he hecho la misma observación y estoy orgulloso de haber coincidido con usted. La verdad es que esta muchacha me inspira un gran interés. Aunque un poco viciado de genio, tiene lo que yo llamo un carácter feliz. Pero, permáname usted que abuse de sus preciosos momentos.

Llamó a la sirvienta, que apareció más diligente y más asustada que antes, y desapareció con la orden de advertir a Juana Alexandre que la señorita Silvestre Bonnard, miembro del Instituto, la esperaba en el locutorio.

La señorita Préfère apenas tuvo tiempo de confirmarme que sentía un profundo respeto por las decisiones del Instituto, fuesen las que fuesen, cuando apareció Juana, sofocada, roja como un tomate, los ojos muy abiertos, los brazos colgando, encantadora en su desmayada inocencia.

—¿Cómo vienes, hijita! — murmuró la seño-

rita Préfère, con una dulzura maternal, arreglándole el cabello.

A la verdad, Juana venía de una extraña manera. Sus cabellos echados hacia atrás y sujetos por una redicella de la cual se escapaban algunos mechones; sus delgados brazos enfundados hasta el codo en unos manguiños de lustrina; sus manos enrojecidas por los sabañones que parecían molestarla mucho; su vestido muy corto, dejando ver unas medias demastadas y unas botas con los tacones desgastados; una comba atada como un cinturón alrededor de su talle, todo lo cual daba a Juana un aire poco presentable.

—¡Locuela! — suspiró la señorita Préfère, que ahora parecía no una madre, sino una hermana mayor.

Luego se marchó, deslizándose como una sombra sobre el espejo del entarimado.

Dijo a Juana:

—Séntate, Juana, y hablemos como a un amigo. ¿No estás a gusto aquí?

Después de vacilar un momento, me respondió con una sonrisa resignada:

—No mucho.

Con los dos extremos de la comba entre sus manos, callaba.

Le pregunté si a su edad todavía saltaba a la comba.

—¡Oh, no señor! — me respondió vivamente... Cuando la sirvienta me dijo que un señor nie esperaba en el locutorio, estaba dando a la comba a las pequeñas. Entonces he atado la cuerda a mi cintura para no perderla. Esto no es muy correcto. Le ruego que me perdone. ¡Pero tengo tan poca costumbre de recibir visitas!

—¡Sanito Dios! ¿Por qué iba yo a ofenderme de tu comba? Las clarisas llevaban una cuerda a la cintura, y eran unas santas mujeres.

—¡Ha sido usted muy bueno, señor — me dijo —, viniendo a verme y hablándome como usted me habla. No se me ocurriría darle las gracias cuando entré porque estaba muy sorprendida. ¡Ha visto usted a la señora de Gabry? Hábílele de ella, ¿quiere usted?

—La señora de Gabry — le respondí — está bien. Se halla en la bella tierra de Lusance. Te diré de ella, Juana, lo que un viejo jardinero decía de la castellana, su dueña, cuando alguien le preguntaba por ella: "La señora está en su camino" Sí, la señora de Gabry está en su camino; y tú sabes, Juana, todo lo bueno que es ese camino, que ella no deja de recorrer, siempre con el mismo paso. El otro día, antes de que se marchara a Lusance, he ido con ella lejos, muy lejos, y hemos hablado de ti. Hablamos de ti, hijita, sobre la tumba de tu madre.

—¿Cuánto me alegro! — me dijo Juana, y se echó a llorar.

Con el mayor respeto dejé correr aquellas lágrimas de una chiquilla. Después, mientras se enjugaba los ojos, le rogué me dijera cómo transcurría su vida en aquella casa.

Por ella supe que era a la vez alumna y maestra.

—Te mandan a ti y tu mandas. Es una situación frecuente en este mundo. Sopórtala, hijita mía.

Pero me dió a entender que a ella no le enseñaban nada, ni ella enseñaba nada tampoco; que estaba encargada de vestir a las parvullas, de lavarlas, enseñarles buenas maneras, el alfabeto, el manejo de la aguja, hacerles jugar y acostarlas, después de dormir.

—¿Eso es lo que le enseñan? — Esto es lo que la señorita Préfère llama la enseñanza mutua. No he de ocultarle, Juana, que la señorita Préfère no es de mi agrado y que no la creo todo lo buena que fuera de desear.

—¡Oh! — me respondió Juana —, es como la mayoría de las gentes. Buena con las personas que quiere y mala con las que no quiere. Pero, ¡ay!, que yo creo que a mí no me quiere mucho.

—¿Y el señor Mouché? ¿Qué piensas tú, Juana, del señor Mouché?

Me respondió vivamente:

—Le suplico que no me hable del señor Mouché. Se lo suplico.

Cedí a su súplica, ardiente y casi agresiva, y cambié de conversación.

—¿Y dime, Juana, modelas aquí figuras de cera? No he olvidado el hada que tanto me sorprendió en Lusance.

—No tengo cera — me respondió, dejando caer sus brazos.

—¡No tener cera — exclamé yo — en una república de abejas! Juana, yo te traeré ceras coloreadas y lucentes como joyas.

—Se lo agradezco mucho, señor, pero no me las traiga. No tengo aquí tiempo para trabajar en mis figuras de cera. Sin embargo, hefa empezado un pequeño San Jorge para la señora de Gabry, un pequeño San Jorge con su coraza dorada. Pero las menores, tomándolo por un muñeco, se pusieron a jugar con él y lo hicieron pedazos.

Sacó del bolsillo de su delantal una figurita cuyos miembros dislocados estaban apenas unidos por un alambre. Al contemplarlo, experimenté a la vez tristeza y alegría. Pudo nait la alegría y sonrió, pero la sonrisa se le heló bruscamente.

La señorita Préfère estaba de pie, vigilante, en la puerta del locutorio.

—¡Esta chiquilla! — suspiró la directora con su más tierna voz —. Temo que le fatigüe a usted. Y además, sus momentos son preciosos. Procuré deslustrarlo a este respecto y, levantándose para marcharme, saqué de mis bolsillos algunas tabletas de chocolate y otras golosinas que le había llevado.

—¡Oh, señor! — exclamó Juana —. Hay para todo el interesado.

La dama de la pelerina, intervino:

—Señorita Alexandre — dijo —, dé las gracias al señor por su generosidad.

Juana se inclinó con un aire huraño; y después, volviéndose hacia mí:

—Le agradezco, señor, estas golosinas, y sobre todo le agradezco la bondad que ha tenido de venir a verme.

—Juana — le dije yo, estrechándole las dos manos —, continúa siendo una niña buena y valerosa. Hasta la vista.

Al retirarme con sus paquetes de chocolate y de dulces, chocaron los mangos de su comba con el respaldo de una silla. La señorita Préfère apretó su corazón con las dos manos bajo su pelerina y creí que iba a ver desvanecerse su alma escolástica.

Cuando nos quedamos solos recordé su seriedad, y debo confesar, sin que esto suponga vanagloria, que me sonrió con todo un lado de su rostro.

—Señorita — le dije, aprovechando sus buenas disposiciones —, he observado que Juana Alexandre está un poco pálida. Usted sabe mejor que yo los cuidados y miramientos que exige la edad indecisa en que ella se encuentra. La ofendería a usted recomendándola muy especialmente a su vigilancia.

Estas palabras parecieron encantarla. Contempló un aire estasiado la pequeña espiral del techo y exclamó juntando las manos:

—¿Cómo estos hombres eminentes saben descender hasta los más ínfimos detalles!

Le hice observar que la salud de una muchacha no es precisamente un ínfimo detalle, y tuve el honor de despedirme. Pero ella se le detuvo en el umbral y me dijo confidencialmente:

—Perdone usted mi debilidad, señor. Soy mujer y amo la gloria. No puedo ocultarle que me he sentido honrada con la presencia de un miembro del Instituto en mi modesto pensionado.

Perdoné la debilidad de la señorita Préfère y, pensando en Juana con la ceguera del egoísmo, me dije a lo largo del camino:

—¿Que haremos de esta niña?

2 de junio.

que día había conducido hasta el cementerio de Marnes a un viejo colega de avanzada que, según el pensamiento de Goethe consentido en morir. El gran efecto que uno no muere hasta que le viene gana, es decir, cuando todas las energías resisten a la descomposición final y cuyo fin constituye la vida misma, son destruyéndose hasta lo último. En otros términos, pensamos sólo se muere cuando ya no se puede morir. Enhorabuena! No se trata más que de vencer y el magnífico pensamiento de la canción del Palisse.

Pues, mi excelente colega había consentido en morir, gracias a dos o tres ataques de coque de lo más persuasivos, el último de los cuales posible. Le frecuenté poco en vida, según parece fui muy amigo suyo en la vida, pero dejó de existir, pues mis colegas me dijeron con un tono grave y una mirada penetrante, que debía llevar uno de los cordones de la vida y hablar sobre su tumba.

Después de haber leído bastante mal un discurso que había escrito lo mejor que pude, yo no es mucho decir, fui a pasearme por los bosques de Ville-d'Avray y seguí, sin pensar en nada sobre el bastón del capitán, un sentimentalizado por el ramaje, entre el cual la luz en disco de la luna, el olor de la tierra y de las hojas húmedas, ante la belleza del cielo y la majestuosa seriedad de los árboles, habían penetrado tanto en mis sentidos, en toda mi alma, y la opresión que sentí en aquel silencio atravesado por una especie de tintineo continuo, era a la vez sensual y religioso.

Me senté a la sombra del camino, junto a un grupo de jóvenes campesinas. Y allí me vino a la mente, no moriré, o al menos no consentiré en morir, antes de sentarme de nuevo bajo una palmera, donde, en la paz de una extensa campiña, meditaré en la naturaleza del alma y en los últimos del hombre. Una abeja, cuyo cuerpo castaño brillaba al sol como una armadura de oro, vino a posarse sobre una flor que yo veía en una gran suavidad, y una vez que sobre su tallo frondoso, me vino a la mente la primera vez que yo veía un espectáculo tan corriente, pero era la primera, si yo lo veía con una curiosidad tan afectuosa y tan inteligente. Reconocí que había entre el insecto y la flor toda clase de simpatías, y mil explicaciones ingeniosas que hasta entonces yo no hubiera sospechado.

El insecto, saciado de néctar, hendió el aire con una línea atrevida.

Adiós — dije a la flor, y a la abeja —, adiós. Yo viviera todavía el tiempo necesario para descubrir el secreto de vuestras armonías. Estoy muy fatigado. Pero el hombre es de esta naturaleza, que sólo descansa de un trabajo otro. Serán las flores y los insectos los que me descañarán, si Dios lo quiere, de la vida y de la diplomacia. ¡Qué pleno de vida está el viejo mito de Anteo! He tomado la tierra y soy un hombre nuevo, y he tomado a los sesenta y ocho años, nuevas energías nacen en mí, como los brotes nuevos en el tronco hueco de un viejo árbol.

4 de junio.

Me encanta mirar desde mi ventana, en estas primeras de un gris terroso, que da a las cosas una dulzura infinita, el Sena y sus muelles. He contemplado el cielo azul, que extiende sobre la bahía de Nápoles su luminosa seriedad. Pero nuestro cielo de París es más mismo, más bondadoso y más simpático. Sonríe, amigablemente, se entristece y se enoja, como una mirada humana. Derrama en este mundo una suave claridad sobre los hombres y los

animales de la villa, que desempeñan su tarea cotidiana. A lo lejos, en la otra orilla, sobre el puerto de San Nicolás, desembarcan cargamentos de cuernos de buey, y unos peones, alineados sobre la pasarela volante, hacen saltar ágilmente de mano en mano, pilones de azúcar que van a parar a la bodega de un barco. En el muelle del muelle, los colos de los coches de punto, alineados a la sombra de los plátanos, la cabeza en el morral, mastican tranquilamente su avena, mientras los rubicundis cocheros vacían su vaso ante el mostrador del tabernero, espiando con el raballo del ojo al burgués madrugador.

Los libreros colocan sus cajas sobre el parapeto. Estos valerosos mercaderes del espíritu, que viven continuamente a la intemperie, la blusa al viento, están tan trabajados por el aire, las lluvias, los helios, las nieblas y el sol, que acaban por parecerse a las viejas estatuas de las catedrales. Todos son amigos míos, y no paso por delante de sus puestos sin adquirir algún libraco del que había carecido hasta entonces, o si me reviese la menor sospecha de que me faltaba.

Al volver a mi casa, tengo que oír las protestas de mi sirvienta, que me acusa de que rompo todos mis bolsillos y de que lo lleno todo de viejos papeles que atraen a los ratones. Teresa es razonable en esto, y precisamente porque tiene razón no la escucho; pues a pesar de mi aspecto tranquilo, he preferido siempre la locura de las pasiones a la sensata indiferencia. Pero, como mis pasiones no son de las que estallan, destruyen y matan, el vulgo no las ve. Sin embargo, me siento agitado por ellas, y más de una vez he perdido el sueño por unas páginas escritas por un hombre olvidado, o impresas por un humilde aprendiz de Pedro Schoeffler. Y si sus bellos ardores se extinguían en mí, es porque yo mismo me extingo lentamente. Soy más modesto que son nuestras pasiones. Yo soy a semejanza de mis libros: viejo y encogido como ellos.

Un ligero viento atrae con el polvo de la calzada las aladas semillas de los plátanos y las briznas de heno escapadas de la boca de los caballos. No es nada más que este polvo, pero al verlo volar, recuerdo que en mi infancia me había atraído un polvo semejante, y mi alma de viejo pariente me consuela. Todo cuanto descurro desde mi ventana, este horizonte que se extiende a mi izquierda hasta las colinas de Chailly, y que me permite ver el Arco de Triunfo como un dedal de piedra; el Sena, río de gloria, y sus puentes; los tilos de la terraza de las Tullerías; el Louvre del macanudo, cincelado como una joya; a mi derecha, hacia el lado del Puente Nuevo, mi deracha, hacia el lado del Puente de la Concordia, hacia el lado del Puente de la Amistad, en las antiguas estampas, el viejo y venerable París, con sus torres y sus flechas; todo eso es mi vida, soy yo mismo, y yo no sería nada sin estas cosas que se reflejan en mí con los mil matices de mi pensamiento y que me inspiran y me animan. He aquí por qué amo a París con un inmenso amor.

Y sin embargo estoy cansado, y comprendo que no se puede reposar en el seno de esta villa que piensa tanto, que me ha enseñado a pensar y que sin cesar me invita a seguir pensando. ¿Cómo no estar agitado en medio de estos libros que solicitan continuamente mi curiosidad y la fatigan sin satisfacción? Ya es un dato que es preciso buscar, ya un lugar que importa determinar exactamente o al fin término antiguo, cuyo verdadero significado es interesante conocer. ¿París? ¡Oh, sí, palabras! Filólogo, soy su soberano, y ellas son mis súbditos, a los que consagro, como buen rey, mi vida entera. ¿Podré adorar un día? Adivino que hay en adelante, lejos de aquí, al amparo de un bosque, una casita donde encontraré el reposo que necesito, en espera de que un reposo mayor, este irreversiblemente, me envuelva por entero. Sueño con un banco en el umbral y con campos

LOS SECRETO DEL EXITO

Suerte-Dicha-Dominio

(Compensación del esfuerzo personal)

El medio de obtener todo esto puede proporcionárselo si me escribe comunicándome sus aspiraciones. Está probado que la vida se logra lo que se persigue con perseverancia. Gratuitamente le aconsejaré. Dirija sus cartas a J. M. BASE, en la Avenida PAVON 4270, Lanús (F. C. S.)

donde se pierda la vista. Pero será preciso que un rostro fresco sonría junto a mí, para reflejar y concentrar todo ese fresco; me crece el abuelo y se colmará el vacío de mi vida.

No soy un hombre violento, y, sin embargo, me irrito por cualquier cosa, y mis obras me han proporcionado tantos disgustos como satisfacciones. No sé por qué recuerdo ahora la vana y desdichada impetuosidad que me permitió a mi costa, hace tres meses, mi joven amigo del Luxemburgo. No le doy por irónia el nombre de amigo, pues amo a la juventud estudiosa con sus temeridades y los extravíos de su inteligencia. No obstante, mi joven amigo se extralimitó. El maestro Ambrosio Paré, que fue el primero en practicar la ligadura de las arterias, y que, habiendo encontrado a la cirugía ejercida por barberos empíricos, la elevó a la altura en que ahora se encuentra, en su vejez fue atacado por todos los aprendices pontificantes. Aludido en términos injuriosos por un joven irreflexivo, que podía ser el mejor hijo del mundo, pero que carecía del sentimiento del respeto, el viejo maestro le respondió en su tratado de la *Muñe, de la Licorne, des Venins et de la Perce*. "Yo lo ruego, le dije, no sean libres — yo lo ruego, que no ojeran a algunos objeciones a mi réplica, suprima las animosidades y trate con más dulzura al buen viejo". Esta respuesta es admirable en la pluma de Ambrosio Paré; pero, aunque procediese de un curandero de aldea, encanecido en el trabajo y burlado por un jovencuelo, no dejaría por eso de ser loable.

Acaso pueda creerse que este recuerdo no es más que el síntoma de un bajo rencor. También yo lo creí así y me acusé de preocuparme miserablemente de las palabras de un muchacho que no sabe lo que se dice. Por fortuna, mis reflexiones a este propósito tomaron en seguida un rumbo mejor; por eso las anoto en mi cuaderno. Recordé que un día de mis veinte años (hace de esto cerca de medio siglo), me pasaba en ese momento en el Luxemburgo con algunos camaradas. Habíamos de nuestros viejos maestros, y uno de nosotros nombró a Petit-Radel, estimable erudito que fué el primero en arrojar alguna luz sobre los orígenes etruscos, pero que tuvo la desgracia de hacer un cuadro cronológico de los amantes de Helena. Este cuadro nos hizo reír mucho, y yo exclamé: "Petit-Radel es un idiota, pero no en sus letras, sino en doce volúmenes".

Estas palabras de un adolescente son demasiado ligeras para pesar sobre la conciencia de un viejo. ¡Ojalá no hubiese lanzado en la batalla de la vida nada más que dardos tan inocentes como éste! Pero hoy me pregunto si en mi existencia no habrá hecho, sin darme cuenta, algo tan ridículo como el cuadro cronológico de los amantes de Helena. El progreso de las ciencias toma un ritmo tan apresurado que más han ayudado a ese progreso. Cuando esas obras ya no sirven gran cosa, la juventud cree de buena fe que nunca sirvieron para nada; las desprecia, y al encontrar en ellas una idea anticuada, se rie. He aquí por qué a los veinte años, me burlé de Petit-Radel y de su cuadro de cronología galante; he aquí por qué

Explicable



—¡Oh!, sí; me llevo muy bien con mi compañera de habitación. No tenemos nada que decirnos.

ayer, en el Luxemburgo, mi joven e irreverente amigo...

Vuelve en ti, Octavio, y cesa en tus lamentos. Quieres que te respeten y nada has respetado.

6 de junio.

Era el primer jueves de junio. Cerré mis libros, y me despedí del santo abad Droctoveo que, gozando de la beatitud celeste, me imaginó no debe tener mucha prisa de ver su nombre y sus trabajos glorificados sobre esta tierra, en una humilde rplorificación salida de mis manos. ¿Lo digo? Aquel tallo de malva, que la semana pasada vi visitado por una abeja, me preocupa más que todos los abades nitrados. Y no hace mucho mi sirvienta me ha sorprendido en la ventana de la cocina, examinando con la lupa unas flores de alielies. Hay en un libro de Sprengel, que lei en mi primera juventud, cuando lo leía todo, algunas ideas referentes a los amores de las flores, que vienen ahora a mi memoria, después de medio siglo de olvido, y que me interesan hasta el punto de lamentar el no haber consagrado las humildes facultades de mi alma al estudio de los insectos y de las plantas.

Hacia todas estas reflexiones mientras buscaba mi corbata; pero después de haber revuelto inútilmente un gran número de cajones, tuve que recurrir a mi criada. Llegó Teresa con su paso tardío.

—Señor — me dijo —, si me hubiese advertido usted que iba a salir, yo le hubiera dado su corbata.

—Pero, Teresa — le respondí —, ¿no sería mucho mejor guardarla en un sitio donde yo pueda encontrarla sin su ayuda?

Teresa no se dignó responderme. No puedo disponer de nada. No puedo tener un pañuelo sin pedirselo y, como está muy sorda, muy torpe, y cada día más desmemoriada, me veo siempre desprovisto de todo. El caso es que goza, con un orgullo tan apacible de su autoridad doméstica, que no tengo valor de intentar un golpe de Estado contra el gobierno de mis amarras.

—¿Mi corbata, Teresa! No me oye? ¡Mi corbata! Si me sigue usted desesperando con su calma, no va a ser corbata lo que necesite, sino una cuerda para ahorcarme.

—¿Tiene usted mucha prisa, señor! — me respondió Teresa —. Su corbata no se ha per-

dido. Aquí no se pierde nada, pues yo tengo buen cuidado de todo. Pero déme usted por lo menos tiempo para buscarla.

—He aquí, pensaba yo; he aquí el resultado de medio siglo de fidelidad. ¡Ah! Si por fortuna esta inexorable Teresa hubiera una vez, una sola vez en su vida, faltado a sus deberes de sirvienta; si hubiese caído en falta aunque sólo fuera un minuto, no hubiese alcanzado este imperio inflexible sobre mí, y yo me atrevería al menos a defenderme. — Pero, ¿quién se opone a la virtud? Las personas que no han tenido debilidades son terribles; no hay forma de volverse contra ellas. Ahí tienen a Teresa: ni un vicio por donde sorprenderla. No duda de ella, ni de Dios, ni del mundo. Es la mujer fuerte, la virgen prudente de la Escritura, y, aunque los hombres no la conozcan, yo sí. Se aparece en mi alma con una lámpara en la mano, una humilde lámpara de hogar, que brilla bajo las vigas de un rústico techo y que no se apagará nunca, sostenida por su brazo flaco, fuerte y torcido, como un sarmiento.

—¿Mi corbata, Teresa! ¿No sabe usted, desdichada, que hoy es el primer jueves de junio, y que la señorita Juana me espera? — dije, torpemente, pensando que debía mandar que encerraran al piso del locutorio. Estoy seguro de que será una distracción para mí, aunque me rompa los huesos, cosa que sin duda no tardará, contemplar en el mí triste figura, como en un espejo. Tomando entonces por modelo el anable y admirable héroe cuya imagen está cincelada en el bastón de mi tío Víctor, me esforcé por mostrar un rostro sonriente y un alma constante. Mire usted qué hermoso sol. Los muelles están dorados, y el Sena sonríe con sus innumerables ondas resplandecientes. La villa es de oro. Un polvillo rubio flota sobre sus bellos contornos como una cabellera... ¿Teresa, mi corbata! ¿Ah! Ahora comprendo al bueno de Chrysale, que guardaba sus alzacuellos en un voluminoso Plutarco. Siguiendo su ejemplo, de hoy en adelante guardaré todas mis corbatas entre las hojas de las *Acta sancionum*.

Teresa me dejaba hablar y buscaba en silencio. Oí que llamaban suavemente a la puerta.

—Teresa — le dije —, llaman. Déme mi corbata y vaya usted a abrir; o mejor, vaya usted a abrir y, con la ayuda del cielo, ya me dará usted luego la corbata. Pero no se quede usted así, por favor, entre la cómoda y la puerta como una estantigua.

Teresa se dirigió hacia la puerta como si marchara contra el enemigo. Mi excelente ama de llaves se ha vuelto muy poco hospitalaria. Todo extraño es para ella sospechoso. Esta actitud procede, según dice, de una larga experiencia de los hombres. Pero me permito para considerar si la misma experiencia, hecha por otro experimentador, daría el mismo resultado. El señor Mouché me esperaba en mi despacho.

Mouché es todavía más amarillo de lo que yo podía crecer. Lleva anteojos azules, y bajo ellos se agitan sus pupilas, como ratones detrás de un biombo.

Mouché se excusó por haber venido a molestarme en aquel momento... No precisa de que momento se trata, pero yo me imagino que se refiere a un momento en que estoy sin corbata. Como ustedes saben, no es culpa mía. Mouché, que no está enterado de nada, no parece, por otra parte, sentirse ofendido. Teme ser importuno, eso es todo. Lo tranquilizo a medias. Me dice que ha venido a hablar conmigo como tutor de Juana Alexandre. Pero le prometo que no le voy a tener en cuenta las restricciones que ha creído un deber poner en un principio a la autorización que me concedió para ver a Juana en su pensionado. En lo sucesivo, el internado de la señorita Préfère estará abierto para mí todos los días, desde las doce a las cuatro. Conoce-

dor del interés que yo tengo por esta muchacha, cree su deber informarme sobre la persona a la cual ha confiado su pupila. La señorita Préfère, a quien él conoce hace mucho tiempo, posee toda su confianza. Es, según él, una persona ilustrada, de buen sentido y de buenas costumbres.

—La señorita Préfère — me dice — es una mujer de principios, lo que es una rara cosa, señor, en los tiempos que corren. Todo esta hoy muy cambiado, y esta época no vale lo que las precedentes.

—Mi escalera es testigo, señor — le respondí —. Hace veinticinco años se dejaba subir lo más cómodamente posible, y ahora me sofoca y me fonde las piernas desde los primeros escalones. Está deteriorada. Testigos son también los periódicos y los libros, que antes devoraba sin trabajo la luz de la luna, que ahora, a pleno sol, se burlan de mi curiosidad y no me muestran más que manchas blancas y negras como no me ponga los anteojos. La gora trabaja mis miembros. Esa es otra de las bromas del tiempo.

—Y no sólo eso, señor — me respondió Mouché, gravemente —. Lo que nuestra época tiene de verdaderamente nuevo es que nadie está contento con su posición. Reñen en la sociedad, de alto a bajo, en todas las clases, un descontento, una inquietud, una sed de bienestar.

—¿Dios mío! — le respondí —. ¿Cree usted que esta sed de bienestar sea un signo de los tiempos? Los hombres no han tenido en ninguna época apertencias de malestar. Siempre han procurado mejorar su situación. Ese constante esfuerzo ha producido constantes conclusiones. Y seguirá produciéndolas, ¡eso es todo!

—¡Ah, señor! — me respondió Mouché —. ¿Cómo se conoce que vive usted entre sus hijos, lejos del mundo! Usted no ve como yo los conflictos de intereses, las luchas por el dinero. Es la misma efervescencia en el gran día, y en lo pequeño. Todos se libran a una especulación desenfrenada. Me espanta lo que veo.

Me preguntaba si Mouché no habría venido a casa nada más que a comunicarme su virtuosa misantropía; pero de sus labios oí palabras más consoladoras. Me presentó a Virginia Préfère como una persona digna de respeto, de estimación y de simpatía, muy honorable, capaz de todas las abnegaciones, instruida, discreta, buena lectora, púdica y hábil para aplicar vejigatorios. Comprendí entonces que si me había hecho una pintura tan sombría de la corrupción universal, sólo había sido para que resaltaran mejor, por contraste, las virtudes de la institutriz. Supe también que el establecimiento de la calle Demours estaba muy acreditado, era lucrativo y gozaba de pública estimación. Para confirmarme sus declaraciones, extendió su mano enguantada de lana negra. Después agregó:

—Estoy obligado, por mi profesión, a conocer el mundo. Un notario es, en cierto modo, un confesor. He creído mi deber, señor, traerle tan buenos informes en el momento en que una feliz casualidad le ha puesto a usted en relación con la señorita Préfère. Sólo he de advertirle, señor, que la señorita Préfère es absolutamente el paso que acabo de dar, me ha hablado de usted el otro día en términos de profunda simpatía. No podría repetirlos sin empujarme a mí mismo, por otra parte, no podría decirles sin traicionar en cierto modo la confianza que ella me ha dispensado.

—No la traicione usted, señor — le respondí —, no la traicione. Si he de serle franco, ignora que yo a la señorita Préfère me conozco, pero no la sé rememor. De todos modos, puesto que tiene usted sobre ella la influencia de una antigua amistad, aproveché, señor, sus buenas disposiciones para conmigo, rogándole que use de su influencia junto a su amiga en favor de Juana Alexandre. Esa niña, pues se

de una mina, está recargada de trabajo, y a la vez, se fatiga demasiado que le hagan sentir excesivamente la pobreza, y las humillaciones pueden acabar elevando a su naturaleza generosa.

—¿Y? —me respondió Mouché—. Es conveniente prepararla para la vida. No estamos en el mundo para divertimos y hacer cuanto ocurre.

—¿Pero en el mundo —respondí vivamente— a complacerlos en la belleza y en el placer, y hacer cuanto se nos ocurra, si lo que ocurre es noble, espiritual y generoso. La educación que no ejercita la voluntad es educación que deprava las almas. Es preciso que el instituto enseñe a tener voluntad, me pareció advertir que Mouché me encontraba como un noble hombre. Muy seguro de que decía y con mucha calma, me respondió:

—Pienso usted, señor, que la educación de los pobres debe hacerse con mucha circunspección y teniendo en cuenta el estado de pobreza en que deben encontrarse en la sociedad. ¿Usted no sabe acaso que su hijo está educado casi por caridad?

—Oh, señor! —exclamé—. No hay que decirlo. El decirlo es cobardía, y entonces dejar de decirlo.

—El pasivo de la sucesión —prosiguió el notario— excedía al activo. Pero yo hice algunos arreglos con los acreedores, en interés de menor.

Se ofreció para darme explicaciones detalladas, le hice gracia de ellas, incapaz de comprender los negocios en general y en particular del señor Mouché. El notario se aplicó de nuevo a justificar el sistema de educación de la señorita Préfère, y me dijo, como a concluir:

—Nada se aprende divirtiéndose.

—Nada se aprende como no se divirtiéndose —le respondí—. El arte de enseñar no es más que el arte de despertar la curiosidad en las mentes juveniles, para satisfacerla.

—Seguid, y la curiosidad sólo es viva y sana en los espíritus felices. Los conocimientos que empujan a la fuerza, embotan las inteligencias y las ahogan. Para digerir todo conocimiento es preciso haberlo deglutido con placer.

Conozco a Juana. Si esta niña estuviese educada a mi, haría de ella no una sabia, pues ella quiere bien, sino una criatura brillante.

—Inteligencia y de vida, y en la cual todas las bellas cosas de la naturaleza y del arte se reflejan con un dulce resplandor. La haría en contacto con los bellos paisajes, con escenas ideales de la poesía y de la historia.

—Con la música noblemente entonada, para hacerle amar todo lo que yo quisiera enseñarle. No desdenaría para ella los trabajos de aguja, la elección de los tejidos, el uso de los bordados y por las distintas clases de encajes. Le regalaría un lindo perro y un pony para enseñarla a gobernar a las criaturas; le regalaría pájaros, para que aprendiera, al criarlos, lo que vale una gata de casa y una mina de pan.

—A fin de que creara en ella una satisfacción más, que sería que fuese capaz de alegrarse. Y, puesto que el dolor es inevitable, puesto que la vida está llena de penas, le enseñaría la resignación cristiana.

—No eleva por encima de todas las miserias el dolor mismo le comunica una belleza. ¡He ahí cómo entiendo yo la educación de una muchacha!

—Es una opinión —respondió Mouché, juntando sus dedos guantes de lana negra.

—Y se levanto.

—Comprenderá usted —le dije, acompañándole— lo que pretendo imponer a la señorita Préfère mi sistema de educación, que es particularmente mi y perfectamente incompatible con la organización de los pensionados mejor dirigidos. Tan sólo le suplico la persuasión para que dé a Juana menos trabajo y más

distracción, para que no la humille y para que le conceda cuanto libertad espiritual y corporal sea compatible con el reglamento de la institución.

Mouché me aseguró con una sonrisa pálida y misteriosa, que mis observaciones no caerían en saco roto y que se las tendría en cuenta muy especialmente.

Por último, me hizo un ligero saludo y se fue, dejándome en un extraño estado de turbación y malestar. He tratado en mi vida personas de muy diversas clases, pero semejantes a este notario y a esta institutriz, ninguna.

6 de julio.

Como me retrasé bastante con la visita de Mouché, renuncié a ver a Juana aquella tarde. Deberes profesionales me ocuparon el resto de la semana. Aunque en la edad de desentenderme de las cosas, estoy unido aún por mil ligaduras a este mundo, a que me he tenido que nacer. Presido academias, congresos, sociedades. Estoy abrumado de cargos honoríficos; desempeño hasta siete, bien contados, en un solo ministerio. Las oficinas bien quisieran deshacerse de mí, y yo bien quisiera deshacerme de las oficinas. Pero la costumbre es más fuerte que ellas y que yo, y subo paño a paño, las escaleras del Estado.

A espaldas mías, los viejos ujieres se señalan entre ellos mi sombra errante por los corredores. Cuando se llega a una edad tan avanzada, es muy difícil desaparecer. Sin embargo, ya es tiempo, como dice la canción, de que me retire pensando en el fin.

Una vieja marquesa filósofa, amiga de Helvecio en su juventud, y que yo vi cuando tenía ya muchos años en casa de mi padre, recien en su última enfermedad la visita de un sacerdote que le quería preparar a bien morir.

—¿Es muy necesario? —respondió ella—. Veo que todo el mundo lo consigue perfectamente a las primeras de cambio.

—Mi padre fue a verla poco tiempo después, y la encontré en las últimas.

—Buenas tardes, amigo mío —le dijo ella, al estrecharle la mano— ahora veré si Dios gana después de conocerle.

He aquí cómo morían las bellas amigas de los filósofos. Esta manera de acabar no es ciertamente de una vulgar impertinencia, y ligereza como ésta no se encuentran en la cabeza de los tontos. Pero me desgraciaron. Ni mis temores ni mis esperanzas cesan de acordarse con tal modo de partir. Yo quisiera para eso vivir un poco de recogimiento, y por eso haré falta que piense, de aquí a algunos años, en estar conmigo mismo, sin lo cual me arriesgaría a que la... Pero, ¡chist!, que Ella, al pasar, no se vuelva al oír su nombre. Todavía puedo, sin su ayuda, levantar mi fardo.

Encontré a Juana muy contenta. Me dio la visita de su tutor, la señorita Préfère la había liberado del reglamento, aligerándola, además, de diversos trabajos. Desde este venturoso jueves, se pasea libremente por el jardín, al que sólo le faltan las flores y el follaje. Y hasta tiene facilidades para trabajar en su pequeño e infortunado San Jorge.

Me dio, sonriendo:

—¿Sé muy bien que es a usted a quien debo todo esto.

Le hablé de otra cosa, pero advertí que me me escuchaba con la atención que ella hubiese querido.

—Noto que algo te preocupa —le dije—. Dime lo que sea, que no es digno de ti ni de mí el que haya ninguna reserva en nuestra conversación.

Me respondió:

—Es verdad que pensaba en otra cosa mientras me hablaba. ¿Me perdona usted, no es cierto? Pensaba que es preciso que

Un lector nos escribe: Un libro maravilloso me resulta la "GUÍA DE ENSEÑANZA", Usted también tiene derecho a recibir gratuitamente este libro. Ver último tapa.

la señorita Préfère le distingia a usted mucho para que se haya vuelto de pronto tan buena conmigo.

Y me miró con un aire a la vez risueño y azorado que me causó risa.

—¿Esto te extraña? —le pregunté.

—Mucho —me respondió.

—¿Podrías decirme por qué?

—Porque no encuentro los motivos por los que pueda usted ser tan agradable a la señorita Préfère.

—¿Tan repelente me hallas, Juana?

—¡Oh, no! Pero verdaderamente no encuentro ninguna razón para que usted interese tanto a la señorita Préfère. Y, sin embargo, usted le interesa mucho, mucho. Me ha mandado llamar, y me ha hecho todo género de preguntas sobre usted.

—¿De veras?

—Sí; quería conocer sus intimidades. ¡Hasta me ha preguntado la edad de su ama de llaves!

—¿Veo bien! —le dije—. ¿Y tú qué te imaginas?

—Permanció un buen rato con los ojos fijos en sus gastadas horas, como absorba en una profunda meditación. Por último, levantando la cabeza:

—Me preocupa —dijo—. ¿No es natural que uno se inquiete por lo que no comprende? Soy una tonturda, es cierto, pero espero que por eso no desmereceré a sus ojos.

—Te aseguro que no, Juana.

Confieso que me contagié su preocupación, y daba vueltas en mi vieja cabeza a este pensamiento de aquella joven criatura: no inquietaba aquello que no comprendemos.

Pero Juana continuó, sonriendo:

—Me ha preguntado... ¿A que no adivina usted?... Me ha preguntado si gusta usted mucho de los buenos manjares.

—¿Y cómo has recibido tú ese chaparrón de interrogaciones?

—Le he contestado: "Yo no sé nada, señorita". Y la señorita me dijo: "Es usted tonta, criatura. Los menores detalles de la vida de un hombre superior no deben escapar a nuestra atención. Sepa usted, señorita, que el señor Silvestre Bonnard es una de las glorias de Francia".

—¡Demonio! —exclamé—. ¿Y tú qué piensas?

—Pienso que la señorita Préfère tiene razón. Pero a mí no me importa... (comprendo que está mal que diga esto); no me importa nada que la señorita Préfère tenga o no razón en cualquier cosa que sea.

—Pues bien, Juana, puedes estar tranquila: la señorita Préfère no tiene razón.

—¡Sí, sí, tiene razón! Pero yo desearía querer a todas las personas que usted quiere, a todas sus inspecciones, y esto no sé si es posible. Jamás podré querer a la señorita Préfère.

—Escuchame, Juana —le respondí gravemente—. La señorita Préfère es ahora buena contigo, sé tu buena con ella.

Con un tono seco, me respondió:

—Es muy fácil a la señorita Préfère ser buena conmigo; a mí me será muy difícil ser buena con ella.

Dando aún más gravedad a mi lenguaje, le respondí:

—Hija mía, la autoridad de los maestros es sagrada. Tu directora representa junto a ti a la madre que has perdido.

Apenas dije esta solemne tontería, cuando me sentí cruelmente arrepetido. La muchacha palideció, sus ojos se inflamaron.

—¡Oh! — exclamó —. ¿Cómo ha podido usted decir semejante cosa?

Sí, ¿cómo puede yo decir aquello?

Juana repetía:

—¡Mamá! ¡Mi mamá querida! ¡Mi pobre mamá!

El azar me impidió ser un estúpido hasta el fin. No sé cómo, lo cierto es que pareció que iba a echarse a llorar. A mi edad ya no se llora. Fue una vez maligna la que llenó de lágrimas mis ojos. Eso se prestaba a equivocaciones, y Juana se equivocó. ¡Oh! ¿Qué pura, que radiante sonrió entonces bajo sus bellas pestañas mojadas, como el sol en las ramas, después de una lluvia de verano! Nos estrechamos las manos y quedamos así largo tiempo, sin decirnos nada, felices.

—Hija mía, hablé yo al fin, soy muy vieja, me han sido revelados muchos secretos de la vida, que tú irás descubriendo poco a poco. Créeme: el porvenir está hecho del pasado. Todo lo que hagas por vivir buena-miente aquí, sin odio y sin amargura, te servirá para vivir un día en paz y dichosa en tu casa. Procura ser dulce y aprende a sufrir. Cuando se sufre con conformidad se sufre menos. Si llegara un día en que tuvieses un verdadero motivo de quej, yo estaría aquí para atenderla. Si alguien te ofendiese a ti, nos sentiríamos igualmente ofendidos la señora de Gabry y yo.

—¿Su salud sigue siendo buena, mi querido señor?

Quien me hacía esta pregunta, acompañándola de una sonrisa, era la señorita Préfère, que había llegado cautelosamente hasta nosotros. Lo primero que me ocurrió fue mandarla a todos los diablos; lo segundo, comprobar que su boca estaba tan hecha para sonreír como una cacerola para tocar el violín; lo tercero, corresponder a su fineza y decirle que esperaba que ella se encontrase bien.

Enví a la muchacha a que se pasara por el jardín, después, con la cabeza sobre la pelerina y la otra extendida hacia el cuadro de honor, me señaló el nombre de Juana Alexandre escrito con letra redondilla a la cabeza de la lista.

—Con verdadero placer — le dije — veo que está usted satisfecha de la conducta de esa criatura. Nada puede ser para mí más agradable, y me incito a atribuir este feliz resultado a su afanosa vigilancia. Me he tomado la libertad de hacerle enviar algunos libros que pueden interesar a instruir a las muchachas. Usted juzgará, después de echarles un vistazo, si cree oportuno dárselos a la señorita Alexandre y a sus compañeras.

La gratitud de la directora del pensionado llevó hasta el enternecimiento, y se manifestó en un chaparrón de palabras. Para acabar con ellas, la interrumpí.

—Tenemos hoy un hermoso día.

—Sí — me respondió —, y si el buen tiempo continúa, mis queridas niñas podrán disfrutar de él.

—Se refiere usted, sin duda, a las vacaciones. Pero la señorita Alexandre, como no tiene familia, no saldrá de aquí. ¿Qué hará ella, Dios mío, en esta gran casa vacía?

—Le daré algunas distracciones sensiblemente. Las leerá a las muchachas.

Vací un momento, y agregué, ruborizándose:

—...y a su casa, si usted nos lo permite.

—¡Oh, sí! — exclamé —. Magnífica idea.

Nos separamos muy amigos el uno del otro. Yo, porque había obtenido de ella lo que deseaba; ella, por mi sin motivo aparente, lo cual, según Platón, coloca a la amistad en el más alto grado de la perfección de las relaciones.

Con todo, indagué si esta mujer en mi casa con un mal presentimiento. Hubiese deseado que Juana estuviese en otras manos. El señor Mouché y la señorita Préfère son dos espíritus que no concuerdan con el mío. Jamás sé por qué dicen lo que dicen, ni por

qué dicen lo que hacen; hay en ellos misteriosas profundidades que me conturban. Tenía razón Juana en lo que me dijo: nos inquietaba aquello que no comprendemos.

¡Ay! A mis años se sabe de sobre lo poco inocente que es la vida; como se sabe también hasta qué punto se pierde esa inocencia viéndolo mucho, y que sólo en la juventud somos confiados.

16 de agosto.

La esperaba. La verdad es que las esperaba con impaciencia. Para convencer a Teresa de que las dispense una buena acogida, empleé todo mi arte de insinuar y de agradar, pero no fué bastante. Llegaron. Juana estaba, o lo aseguro, muy simpática. No es su abuelita, ciertamente; pero hoy, por primera vez, me he dado cuenta de que tiene una fisonomía agradable, cosa que en este mundo es muy útil para una mujer. Juana sonreía, y la ciudad de los libros se llenó de júbilo. Espié a Teresa, para ver si sus rigores de vieja guardiana se suavizaban en presencia de la muchacha. La vi fijar en Juana sus ojos empujados, su rostro de plomo fúnebre, su boca hundida, su puntigudo mentón de vieja hada autoritaria. Y eso fué todo.

La señorita Préfère, vestida de azul, avanzaba, retrocedía, saltaba, trotaba, gritaba, suspiraba, bajaba los ojos, levantaba los ojos, se deshacía en fincas, no se atrevía, se atrevía, no se atrevía a nada más, volvía a atreverse, hacía una reverencia, en fin, un puro dengue.

—¿Qué de libros! — exclamaba —. Y los ha leído usted todos, señor Bonnard?

—¡Ay, sí! — le respondí —. Y ésa es la causa de que no sepa nada de nada, pues no hay uno de estos libros que no desmienta al otro, de suerte que, cuando se los ha leído a todos, no se sabe qué pensar. Este es mi caso, señorita.

La señorita Préfère llamó a Juana para comunicarle sus impresiones, pero la muchacha, que estaba mirando por la ventana, nos dijo:

—¿Qué lindo! ¿Cómo me gusta ver el río! ¿Hace pensar en tantas cosas!

La señorita Préfère se había quitado el sombrero, descubriendo una frente ornada de bucles rubios, y mi sirvienta tomó lo bruscamente el sombrero, diciendo que no le gustaba ver nada rodando por los muebles. Después se acercó a Juana y le pidió "sus trapos", llamándola su señorita. La señorita le dió su manteleta y su sombrero, descubriendo un cuello gracioso y un busto redondeado, cuyos contornos se destacaban netamente sobre la viva luz de la ventana; y yo hubiese deseado que en aquel momento la contemplara alguien que me hubiera enseñado la directora de un pensionado, rizada como un borrego, y un infeliz archivero paleógrafo.

—¡Miras cómo el Sena brilla al sol! — le dije.

—Sí — me respondió, acodada en la barandilla —. Se diría una llama que corre. Pero mire allá lejos, qué frescura tiene en aquel ribazo, bajo los sauces que se reflejan en el río. Ese rincóncito me gusta más que todo el resto.

—¿Y así? — le respondí —. ¿Que el río tiene para ti su encanto? ¿Que dices tú, si con el consentimiento de la señorita Préfère, fuéramos a Saint-Cloud en una lancha a vapor que, seguramente, encontraríamos en Pont-Royal?

Juana estaba muy contenta con mi idea, y la señorita Préfère dispuesta a todos los sacrificios. Pero mi sirvienta no consentía en dejarme marchar así. Me cogió al comando, donde la seguí temblando.

—Donde — me dijo, cuando evasivamos los —. No piensa usted en nada, y es preciso que sea yo la que esté en todo. Afortunadamente tengo buena memoria.

No me pareció oportuno destruir aquella ilusión temeraria. Y continué:

—¡Muy bonito! ¿Se va usted sin decirme lo que le gusta a la señorita? Usted, señora, es muy difícil de contentar, sí, señor, muy difícil; pero al menos sabe usted lo que es bueno. No es como las jovencitas: no critican de cocina. Con frecuencia lo mejor es lo que encuentran peor, y lo malo les parece bueno, porque no tienen hecho todavía el gusto. Basta el punto de que no sabe una vieja hacer para ellas. Dígame si a la señorita le gustan los pichones con guisantes y las frituras.

—Mi querida Teresa — le respondí —, hay usted lo que le parezca mejor, que seguramente le gustará. Estas damas sabrán contentarse con lo que nosotros comemos a diario.

Teresa respondió secamente: —Señor, yo le hablo de la señorita joven, no está bien que se vaya de la casa sin haber disfrutado de algo. En cuanto a la vieja rizada, si mi comida no le gusta, que se chupe el dedo. Me tiene sin cuidado.

Con el alma sosegada volví a la ciudad de los libros, donde la señorita Préfère hací crochét tan tranquilamente, que se hubiera dicho se encontraba en su casa. Nada faltó para que arroyara y se fuera. La verdad es que tenía poco sitio en el rincón de la ventana; pero había elegido tan bien su silla y su taburete, que esos muebles parecían hechos para ella.

Juana, por el contrario, dirigía a los libros y a los cuadros una larga mirada, que parecía casi un afectuoso adiós.

—Toma — le dije —, distráete hojeando este libro, que seguramente te gustará, porque me he comprado muy bonitos.

Y abrió ante ella la compilación de trajes de Vercellio; no la copia vulgar, pobremente ejecutada por artistas modernos, sino un magnífico y venerable ejemplar de la edición príncipe, noble al igual que las nobles damas que figuran sobre sus hojas amarillentas y embellecidas por el tiempo.

Quando los grandes, Juana me dijo con una ingenua curiosidad:

—Hablábmelo de un paseo, y me ofrezco usted un viaje, un gran viaje.

—Pues bien, señorita — le dije —, es necesario instalarse cómodamente para viajar. Está sentada en un rincóncito de tu silla, que hacen apoyar en una sola pata, y el Vercellio debe fatigar tus rodillas. Síntate bien, con la silla bien aplomada y el libro sobre la mesa.

Me obedeció sonriendo, y me dijo: —Mire usted, qué traje más precioso. (Éste el de una dogaresa.) ¿Qué nobleza tiene y qué magníficas ideas sugiere! ¿Es hermoso el lujo!

—No debe usted tener semejantes ideas, señorita — dijo la directora del internado, levantándose a rebobrar su naricilla imperfecta.

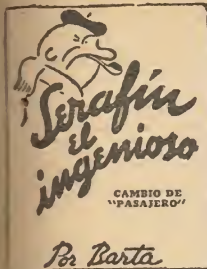
—Es bien inocente la respuesta. Hay algunas hermosas, que tienen el gusto innato de la magnificencia.

La naricilla imperfecta se bajó al instante.

—A la señorita Préfère también le gusta el lujo — dijo Juana —. Recorta papeles transparentes para las lámparas. Es un lujo económico, pero no deja por eso de ser un lujo. Me acuerdo en Venecia, cuando me encontraba con una patricia vestida con una damascada bordada, cuando sonó la campanilla. Creí que sería algún proveedor con su cesta, cuando la puerta de la ciudad de los libros se abrió y... No hace mucho deseaba, viejo Silvestre Bonnard, que otros ojos que no fueran los tuyos, con gafas y cansados, vieran a tu presencia en esta tu gracia; tus deseos se han cumplido de la manera más insospechada. Y, como al imprudente Tesco, una voz te tiene.

—Dices, Teodoro, ¿tienes que el cielo rigoroso no os atormenta tanto que cumples vuestros deseos?

Se abrió la puerta de la ciudad de los libros y apareció en ella un hombre joven y guapo, introducido por Teresa. Esta vieja alana, en su



idad, sólo sabe abrir o cerrar la puerta a las gentes; nada sabe de las finezas de la cámara o del salón. No entra en sus costumbres el anunciar ni el hacer esperar. Deja a los visitantes en la escalera o los hace pasar más miramientos.

—¿Y aquí, pues, al joven que ella conducía, y que yo no podía verdaderamente hacer en un momento en la habitación vecina, a un animal peligroso. Esperé que se fuera, cosa que hizo con desenvoltura, si me pareció que se fijaba en la muchacha inclinada sobre la mesa, ojeaba el Vocabulario y le miró con atención: o mucho me engaño o le había visto ya en otra parte. Se llama Gelis. He aquí un nombre que he oído no sé dónde. El hecho es que Gelis tiene una buena figura. Me dice que está en tercer año de la Escuela Diplomática, y que prepara un trabajo sobre el *Monasticon* y está pendiente de que no puede terminar debidamente. Me dice que es el estado de las cosas, en primer lugar, cierto manuscrito que yo tengo en mi poder, y que no es otro que el registro de cuenta de la abadía de Cîteaux de 1083 a 1704.

Después de informarme sobre estos puntos, le entregué una carta de recomendación firmada por el más ilustre de mis cofrades.

—¿En qué cargo en la cuenta: Gelis es el mismo que el año pasado me trató de imbécil en los castaños. Habiendo desdoblado su recomendación, pienso:

—¡Ah! ¡Qué lejos estás tú, desgraciado, de lo que te he oído y que sé lo que me dices!... o al menos, lo que pensaba. ¡Qué día, pues, las cabezas jóvenes son torcidas! ¡Tres mío, joven imprudente! Me he metido en la cueva del león, pero tan pronto como me he visto, me he dado cuenta de que el viejo león sorprendentemente sabe qué hacer con su presa. ¿Pero tú, león, no serás verdaderamente un imbécil? ¿No eres, lo fuiste. Fuiste un estúpido al prestar atención a lo que decía Gelis al pie de la cama de Margarita de Valois; dos veces me eché al escarlar, y tres veces estúpido al haber olvidado lo que más te valiera no oírlo.

—¿De qué repender así al viejo león, le exhorta a ser mostrara clemente. No se hizo por mucho y bien pronto se puso tan contento que hubo de contentarse para no ser en gozosos rugidos.

—En la forma en que leía la carta de mi hijo, se podía creer que lo hacía deletreando. En tanto su lectura, que Gelis hubiera podido burlarse, si no tomara su mal con pa-

ciencia, contemplando a Juana, que de vez en cuando volvía la cara hacia nosotros. No es posible permanecer inmóvil, ¿no es cierto? La señorita Préfère se arreglaba sus bucles, y su pecho se levantaba con pequeños suspiros. Debí decir que yo mismo he sido honrado con frecuencia con estos pequeños suspiros.

—Señor — dije, doblando la carta —, me satisficé mucho poder serle útil. Se ocupa usted de investigaciones que a mí me han interesado vivamente. He hecho lo que he podido. Sé lo mismo que usted — y aun mejor que usted — cuánto queda aun por hacer. El manuscrito que usted me pide está a su disposición. Puede llevarse, aunque no es de los más pequeños, y me temo...

—¡Ah, señor! — me dijo Gelis —. Los gruesos volúmenes no me dan miedo.

Rogué al joven que se apresurara y fui a un gabinete vecino a buscar el manuscrito que de pronto no encontré y que desesperaba de encontrar cuando me di cuenta, por seguros indicios, de que mi sirvienta había puesto orden en mi gabinete. Pero aquel manuscrito era tan grande y tan voluminoso que Teresa no había podido hacerlo desaparecer por completo. Lo levanté con esfuerzo, y tuve el gusto de hallarlo todo lo pesado que convenía a mis deseos.

—Espera, amigo mío — me dije con una sonrisa que debía ser por demás sarcástica —, espera. Ya verás cómo te abraza con su peso, fatigando primero tus brazos y después tu cabeza. Es la primera venganza de Silvestre Bonnard. Ya nos veremos.

Cuando volvía a la ciudad de los libros, oí a Gelis que decía a Juana: "Las venecianas se teñían el cabello con una tintura rubia. Usaban el rubio de miel y el rubio de oro. Pero hay cabellos cuyo color natural es mucho más bello que el de la miel y el del oro", y Juana respondió con un silencio pensativo y concentrado. Adiviné que se trataba del bribón de Vecellio y que, inclinados sobre el libro, habían contemplado juntos a la dogaresa y a las patricias.

Aparecí con mi enorme librote, pensando en la cara que pondría Gelis. Era la carga de un mozo de cuerda y yo tenía los brazos doloridos. Pero el joven lo levantó como una pluma y lo metió bajo su brazo, sonriendo. Después me dio las gracias con esa brevedad que tanto me agrada, me recordó que tendría necesidad de mis consejos, y tras quedar de acuerdo en el día en que habríamos de vernos, se marchó saludándonos a todos con la mayor desenvoltura del mundo...

Dije:

—Es muy gentil este muchacho.

Juana volvió algunas hojas del Vecellio y no contestó.

Fuimos a Saint-Cloud.

Septiembre-Diciembre.

Sus visitas se han sucedido con una exactitud por la que estoy profundamente agradecido a la señorita Préfère, que ha acabado por tener su rincón en la ciudad de los libros. Ahora dice: mi silla, mi taburete, mi costurero. Su costurero es una tabilla de la que ha expulsado a los poetas champañeses para poner el saco de su labor. Es muy amable y sería preciso que yo fuera un monstruo para no quererla. La sufro en todo el rigor de la palabra. ¿Pero, qué no sufriría yo por Juana? Ella da a la ciudad de los libros un encanto del cual gusto en el recuerdo cuando se marcha. Es poco instruida, pero tan admirablemente dotada, que cuando quiero enseñarle algo bello, resulta que yo no lo había visto jamás y que es ella quien me lo hace ver. Si hasta ahora me ha sido imposible hacerla seguir el curso de mis ideas, con frecuencia encuentro placer en seguir el espiritual capricho de las suyas.

Un hombre más sensato que yo pensaría en hacerla útil. ¿Pero no es útil en este mundo el ser amable? Sin ser bonita, es encantadora. Encantar vale tanto acaso como el zurcir medias. Por otra parte, yo no soy inmortal, y ella sin duda no será todavía tan vieja cuando mi notario (que no es precisamente Mouché) le lea el cierto papel que yo he firmado hace poco.

No quiero que nadie más que yo la proteja y la dote. No soy rico y la herencia paterna no se ha acrecentado en mis manos. No se amasan escudos comprando viejos textos. Pero mis libros, al precio a que se vende hoy esta noble mercancía, algo valen. Hay sobre estos estantes muchos poetas del siglo XVI que los banqueros disputarán a los príncipes. Y yo creo que estas *Horas* de Simón Vostre no pasarán inadvertidas en el hotel Silvestre, lo mismo que esas *Preces pías* que pertenecieron a la reina Claudia. He tenido buen cuidado de reunir y de conservar todos estos ejemplares raros y curiosos que pueblan la ciudad de los libros, y he creído durante mucho tiempo que eran tan necesarios a mi vida como el aire y la luz. Los he querido bien, y aun hoy día no puedo dejar de sonreírles y de acariciarlos. ¡Estos tafetanes son tan agradables a la vista y estas violetas tan suaves al tacto! No hay uno solo de estos libros que no sea digno, por algún mérito singular, de la estimación de un

hombre espiritual. ¿Qué otro dueño sabrá apreciarlos en todo lo que valen? ¿Se tan siquiera si un hombre propietario no los dejará puestos en el abandono o no los nutrirá por un capricho de ignorante? ¿En qué mundo caerá este incomparable ejemplar de la *Historia de la abadía de Saint-Germain-des-Prés*, en cuyos márgenes el autor mismo, Dom Jacob Bouillard, puso con su propia mano notas sustanciales?... Bonnard, eres un viejo loco. Tu cocinera, pobre criatura, está hoy clavada en su cama por un tratamiento reumático; Juana tiene que venir con su "carabina" y, en lugar de prepararte para recibirlas, piensas en mi boberías, Silvestre Bonnard, tú no llegarás nunca a nada, yo te lo digo.

Y precisamente desde mi ventana las veo que bajan del ómnibus, Juana salta como una gata y la señorita Préfère se confía a los robustos brazos del conductor, con las gracias pícaras de una Virginia escapada nuevamente de los naufragios y resignada esta vez a dejarse salvar. Juana levanta la cabeza, me ve, y me hace una imperceptible seña de amistosa confianza. Me doy cuenta de que es bella. Menos bella que su abuelita. Pero su encanto es la alegría y el consuelo del viejo loco que soy yo. En cuanto a los jóvenes locos (todavía se encuentran), no sé lo que ellos pensarán; no es cuenta mía... Pero es necesario registrar, Bonnard, amigo mío, que tu sirvienta está en la cama y que tú debes ir por ti mismo a abrir la puerta?

Abre, infeliz Invierno..., es la Primavera quien llama.

Es Juana, en efecto; Juana, que llega muy sonrosada. A la señorita Préfère, le falta todavía un poco que subir, sofocada e indignada, para llegar al descubierto.

Les expliqué el estado de mi sirvienta y las promesas que me hicieron en el restaurante. Pero Teresa, todo poderosa aun en su lecho de dolor, decidió que debíamos comer en la casa. Según ella las gentes decentes no comían jamás en el restaurante. Por otra parte, ella lo tenía todo previsto. La compra estaba hecha y la portera se encargaría de preparar la comida.

La atrevida Juana quiso ir a ver si la vieja enferma necesitaba algo. Como pude usarle imaginarse, fué rápidamente enviada de nuevo al salón, aunque no con tanta rudeza como yo me temía.

—Si tengo necesidad de que me sirvan, no lo quiera Dios —le respondió—, buscaré a alguien que sea menos chiquilla que tú. Necesito descanso. Es una miercería de la que tú no tienes un puesto en la feria, que se titula: ¡chirón! ¡te a divertí y yo síguis aquí. Es málisimo la viejez se contagia.

Repetiéndonos sus palabras, Juana agregó que le gustaba mucho la manera de hablar de la vieja Teresa. Por este motivo, la señorita Préfère la reprochó el tener gustos poco distinguidos. Procuré justificarla con el ejemplo de tantos buenos artifices del idioma, que buscaban sus maestros entre los cargadores del puerto y entre las viejas lavanderas. Pero la señorita Préfère tenía predilecciones demasiado selectas para avenirse a mis razones.

Mientras tanto, Juana, con gesto suplicante, me pidió por favor que le permitiera ponerse un delantal blanco e ir a la cocina para ocuparse de la comida.

Juana —le respondí con la gravedad de un dueño de casa—, creo que si se trata de romper platos, desportillar fuentes, avollar vajillas y desfondar ollas, la sólida criatura que Teresa ha puesto en su lugar en la cocina se basta y se sobra, pues me parece oír allí en este momento ruidos desastrosos. Sin embargo, yo te propongo, Juana, la preparación del postre. Busca un delantal blanco; te lo ataré yo mismo.

En efecto, yo learé solemnemente el delantal al tallo y se lanzó a la cocina para prepa-

rar, como después comprobamos, los más delicados manjares.

No me acordaba de haber tomado esta disposición, pues la señorita Préfère, en cuanto se quedó sola conmigo, adoptó una actitud inquietante. Me miró con los ojos llenos de lágrimas y de fuego y dio enormes suspiros.

—Lo compadezco —me dijo—. Un hombre como usted, un hombre selecto, vivir solo con una criada grosera (porque inevitablemente se grosera), ¿qué existencia tan cruel! Usted tiene necesidad de descanso, de miramientos, de atenciones, de cuidados de todo género; puede usted caer enfermo. Y no habrá mujer que no se sienta honrada de llevar su nombre y compartir su existencia. ¡Oh, no, no puede haberla! Me lo dice el corazón.

Y apreté con sus dos manos aquel corazón siempre pronto a escaparse.

Yo estaba literalmente desesperado. Procuré demostrar a la señorita Préfère que no pensaba variar el curso de mi vida ya muy avanzada y que así era todo lo feliz que podía serlo, de acuerdo con mi naturaleza y mi destino.

—¡No! Usted no es dichoso —exclamé ella—. Para eso necesitaría cerca de usted un alma capaz de comprenderlo. Salga usted de su ensimismamiento, déjese a los otros, se alegrará. Tiene usted numerosas relaciones, buenas amistades. No se puede ser miembro del Instituto sin frecuentar la sociedad. Vea usted, juegue, compare. Una mujer sensata no le rehusará su mano. Yo soy mujer, caballero; mi instinto no me engaña nunca; hay algo que me dice que encontrará usted la felicidad en el matrimonio. ¡Las mujeres son tan adictas, tan curiosas (no todas, se comprende, pero algunas sí)! Y además, son tan sensibles a la gloria! A su cocinera le faltan ya las fuerzas, es sorda, está achacosa, ¡sí se enfermará usted durante la noche! ¡Tiemble solo de pensarlo!

Y temblaba realmente; cerraba los ojos, apretaba los puños, pateaba. Mi abatimiento era extremo. Con qué formidable ardor continué.

—Su salud; ¡Su preciosa salud! Daría con placer todo mi sangre por conservar los días de un sabio, de un literato, de un hombre de mérito, de un miembro del Instituto. Yo despreciaría a una mujer que no fuera capaz de hacer esto. Verá usted: conocí a la mujer de un gran matemático, un hombre que llenaba innumerables cuadernos de cálculos, con los que atestaba los armarios de la casa. Estaba enfermo del corazón y se desmayaba a ojos vistas. Y yo observaba a su mujer muy tranquila a su lado. Hasta que no pude contenerme y un día le dije: "Pero, amiga mía, no tiene usted corazón." En su lugar, yo haría... yo haría... ¿No sé lo que yo haría!"

Se calló extenuada. Mi situación era terrible. No me podía sentir sin ella. La señorita Préfère claramente lo que pensaba de sus consejos, pues regañar con ella significaba perder a Juana. Tomé, por consiguiente, la cosa con dulzura. Por otra parte, ella estaba en mi casa: esta reflexión me ayudó a guardarle ciertas consideraciones.

—Soy demasiado vieja, señorita —le respondí—, y me temo que sus advertencias me lleguen un poco tarde. Pero pensaré en ello. En tanto, cálmese. Conviéndrse que tomara usted un vaso de agua azucarada.

Con gran sorpresa mía, estas palabras la calmaron súbitamente, y la vi sentarse con tranquilidad en su rincón, junto a su costurero, sobre su silla, los pies sobre su taburete.

La comida no estaba muy bien que digamos. La señorita Préfère, perdida en su sueño, no se había dado cuenta de que yo me sentaba a esta clase de contratiempos; pero éste causó a Juana tanta alegría, que yo mismo acabé por divertirme con él. A mi edad aun no sabía que un pollo quemado por un lado y crudo por el otro fuese algo cómico; me lo enseñaron las claras risas de Juana. Aquel pollo nos hizo decir mil cosas ingenuas que he olvidado y al

cabo hasta me pareció encantador que no estuviera asado convenientemente.

La comida terminó no sin cierta gracia, cuando Juana, con su delantal blanco, delgada y tiesa, presentó la fuente de huevos a la nieve que ella misma había preparado. En su baño de oro pálido, brillaban con el más cándido fulgor y difundían un fino olor a vainilla. Y los puso sobre la mesa con la gravedad de una cocinera de Chardin.

En el fondo de mí alma yo estaba profundamente inquieto. Me parecía poco aconsejable imposible mantenerme mucho tiempo en buenas relaciones de amistad con la señorita Préfère, cuyos furiosos matrimoniales habían estallado. Y marchándose la profesora, ¡adiós la alumna! Aproveché un momento en que la buena señora había ido a ponerse el abrigo, para escaparme a Juana, que me dijo diez y ocho años y un mes. Conté con los dedos y me convencí de que no sería mayor de edad antes de dos años y once meses. ¿Cómo pasar todo este tiempo?

Al separarnos, la señorita Préfère me miró con tal expresión que temblé de pies a cabeza. —Hasta pronto dije gravemente a la chiquilla, pero escúchame: tu amigo es mono y te puede faltar. Prométeme que no te faltará nunca a ti misma y estaré tranquilo. ¡Que Dios te guarde, hija mía!

Después de cerrar la puerta tras ella, abrí la ventana para verla marcharse. La noche era oscura y sólo divisé sombras confusas que se deslizaban en la negrura del muelle. El zumbido inmenso y sordo de la villa subía hacia mí, y sentía oprimido el corazón.

15 de diciembre.

El rey de Thulé conservaba una copa de oro, que su amante le había dejado como recuerdo. Poco antes de morir y comprendiendo que estaba bebido en ella por última vez, arrojó la copa al mar. Guardó este episodio de recuerdos como el viejo príncipe de los mares brumosos guardaba su copa cincelada, y al igual que él hundió su joya de amor en los abismos de las olas, yo quemaré este libro de memorias.

La verdad es que no destruí este monumento de una vida humilde, por una altiva aversión y por un orgullo egoísta; pero temía que las cosas que me son queridas y sagradas resultaran, por falta de arte, vulgares y ridiculas.

No digo esto a propósito de lo que va a continuación. Me encontraba verdaderamente en ridículo cuando, invitado a comer por la señorita Préfère, me senté en una otomana (era en realidad una otomana) a la derecha de una persona tan inquietante y me estaba puesta en un saloncito. Platos desportillados, vasos descabalados, cuchillos con el mango despegado, tenedores con los dientes amarillos; no faltaba nada de lo que puede quitar el apetito a una persona delicada.

Se me advirtió que la comida estaba preparada para mí, exclusivamente para mí, aunque Monsieur asistiera también a ella. Sin duda, la señorita Préfère se imaginó que yo tenía, con respecto a la manteca, gustos de Sármatas, pues la que me ofreció estaba extremadamente rancia.

El asado acabó de envenenarme. Pero tuve el placer de oír a Mouché y a la señorita Préfère hablar de la virtud. Digo el placer y debía decir la vergüenza, pues los sentimientos que expresaban están muy por encima de mi progreso natural.

Lo que dije me probaba con claridad meridiana, que la abnegación era para ellos como el pan de cada día y que el sacrificio les era tan necesario como el aire y el agua. Viendo que yo no probaba bocado, la señorita Préfère hizo mil esfuerzos por vencer lo que ella, con excesiva bondad, llamaba mi discreción. Juana

participaba de nuestra fiesta porque, según dijeron, su presencia, contraria al reglamento, hubiera quebrantado la igualdad que era necesario mantener entre todas las alumnas. La desolada sirvienta, nos presentó un expósito y desapareció como una sombra. Entonces, la señorita Préfère contó a Mouche grandes transportes, todo cuanto ella había dicho en la ciudad de los libros, mientras criada estaba en la cama. Su admiración por un miembro del Instituto, sus temores de verme enfermo y solo, su certidumbre que una mujer inteligente se sentiría con orgullo de compartir mi existencia; omitió, agregando — por el contrario — mis locuras. Mouche aprobaba con la cabeza en tanto cascaba avellanas. Y, cuando terminó su perorata, le pregunté con una dulce sonrisa lo que yo había respondido. La señorita Préfère, con un nudo sobre el labio y la otra extendida hacia mí, exclamó: — Es tan afectuoso, tan superior, tan bueno tan grande! Me respondió... Pero yo no sé. simple mujer, repetir las palabras de un miembro del Instituto: bastará con que resume. Me respondió: "Sí, la comprendo y la amo".

— Haciendo ésto, me agarró una mano. Mouche levantó, muy emocionado, y me agarró la mano.

— ¡O felicito, señor — me dijo. Algunas veces he tenido miedo en mi vida, jamás había experimentado un horror de naturaleza, tan repugnante.

Desprendí mis manos de las suyas y, levantando para dar a mis palabras toda la grabable.

— Señora — le dije —: sin duda me habrá excusado mal en mi casa o la he entendido mal. En los dos casos es necesaria una declaración muy clara y terminante. Permítame usarse, hacerla ahora mismo. No, yo no lo he comprendido; no, yo no he aceptado nada. Ignoro en absoluto en qué mujer ha pensado. En cualquier caso, no tengo el propósito de casarme. A mi edad sería una locura imborrable, y aun no puedo imaginarme cómo, una persona sensata como usted, me lo haya podido aconsejar. Me inclino a creer que yo me engaño y que usted jamás me ha dicho nada semejante. En este caso, permítame insistir en lo que no tiene costumbres de sociedad, poco hecho al lenguaje de las damas y mucho por su error.

Mouche volvió de nuevo a su sitio, muy lentamente; donde, a falta de avellanas, se dedicó a partir un corcho.

La señorita Préfère, después de haber fijado en mí algunos instantes unos ojos redondos y secos, que yo no le conocía, me miró a los ojos y su gracia acostumbrada. Y con calma, exclamó:

— ¡Estos sabios! ¡Estos hombres de gabinete! como los niños. Sí, señor Bonnard, es un verdadero niño.

Después, volviéndose hacia el notario, que me decía que, la nariz sobre el corcho: — ¡Oh! No le acuse usted! — le dije: — No me de el, se lo ruego. ¡No piense nada! —

— Me examinó su corcho por todos lados como única respuesta.

— Estaba indignado. A juzgar por el calor que sentía en la cabeza, mis mejillas debían estar extraordinariamente rojas. Y esto me hizo comprender las palabras que de entonces a través del zumbido de mis oídos.

— Me asustó nuestro pobre amigo. Haga usted el favor de abrir la ventana, señor Mouche, parece que no le vendría mal una compresa fría.

Salí a la calle con un indecible sentimiento de repugnancia y de terror.

Estuve ocho días sin oír hablar de la institución Préfère. No pudiendo seguir más tiempo sin noticias de Juana y pensando por otra parte que me debía abandonar la liza, tomé el camino de Ternes.

El locutorio me pareció más frío, más húmedo, más inhospitalario, más insidioso, y la sirvienta más espantada, más silenciosa que nunca. Pregunté por Juana y, después de un largo rato, fué la señorita Préfère la que se presentó grave, pálida, los labios apretados, los ojos duros.

— Señor, lo siento vivamente — me dijo, cruzando los brazos bajo la pelserina — no poder permitirle que vea hoy a la señorita Alexandre; es de todo punto imposible.

— ¿Por qué?

— Señor, las razones que me obligan a suplicarle que no menudee tanto sus visitas, son de una naturaleza particularmente delicada, y le ruego mi evite la contradicción de decirselas.

— Señora — le respondí —, estoy autorizado por el tutor de Juana para ver a su pupila todos los días. ¿Qué razones puede usted tener para oponerse a la voluntad del señor Mouche?

— El tutor de la señorita Alexandre... y se afirmó sobre este nombre de tutor como sobre un sólido punto de apoyo) desea tan vivamente como yo ver terminadas sus asiduidades.

— Siendo así, tendrá usted a bien darme las razones en que se fundan él y usted.

Contempló la pequeña espiral de papel y respondió con una calma severa:

— ¿Lo quiere usted? Aunque semejante explicación sea penosa para una mujer, accederé a sus exigencias. Esta casa, señor, es una casa decente. Tengo mi responsabilidad; debo velar como una madre sobre cada una de mis educandas. Sus asiduidades junto a la señorita Alexandre no podrían prolongarse sin perjuicio para ella. Mi deber es hacerlas cesar.

— No la comprendo a usted — le respondí.

Y era la verdad. Continuó lentamente:

— Sus asiduidades en esta casa son interpretadas por las personas más respetables y las menos suspicaces de tal forma, que yo debo, en interés de mi establecimiento y en interés de la señorita Alexandre, ponerles fin lo antes posible.

— Señora — exclamé —, he oído muchas espulpeces en mi vida, pero ninguna comparable con la que usted acaba de decirme.

Me respondió sencillamente:

— Sus injurias no me alcanzan. Nada nos da tanta fuerza como el cumplimiento del deber.

Y apretó su pelserina contra su corazón, esta vez no para contentarlo, sino más bien para acallar su impulso generoso con el dedo —.

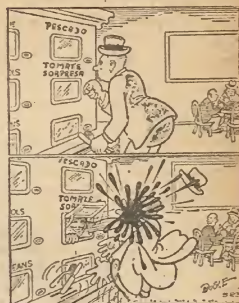
— Señora — le dije señalándole con el dedo —, ha provocado usted la indignación de un anciano. Procure usted que este anciano la olvide, y no agregue nuevas infamias a las que acabo de conocer. La advierto que no dejaré de velar sobre Juana Alexandre. ¡Pobre de usted si le hace algún daño, cualquiera que sea!

Mostrándose más tranquila a medida que yo me exaltaba, me respondió con una gran sangre fría:

— Señora — le dije —, me advierte sobre la naturaleza del interés que a usted le guía respecto a esa jovencita, para no sustraerla a la vigilancia con la cual usted me amenaza. Ya hubiera debido, viendo la intimidad más que equivoca en la que usted vive con su ama de llaves, evitar su contacto con una niña inocente. Es lo que haré en adelante. Si me he mostrado hasta aquí demasiado indulgente, no le quedará más que reprochárselo, sino la señorita Alexandre; pero ella es demasiado inocente, demasiado pura, gracias a mí, para imaginar la naturaleza del peligro que usted le ha hecho correr. Supongo que no me obligará usted a instruírla a este respecto.

— ¡Vamos — me dije, encogíndome de hombros —, era necesario que vierases tanto, mi pobre Bonnard, para conocer con exactitud lo

Automático



Al pie de la letra.

que es una mala mujer. Ahora tu ciencia sobre este particular es completa".

Salí sin contestarle una palabra, y tuve la satisfacción de ver en la súbita solocación de la directora del internado, que mi silencio la impresionaba más que mis palabras.

Atravesé el patio, mirando a todas partes, por si veía a Juana. Me acababa, corría hacia mí.

— Si tocan a uno solo de tus cabellos, escribeme, Juana. Adios.

— ¡No! ¡Adios, no!

Le respondí:

— ¡No! ¡No! ¡Adios, no! Escribeme.

— ¡Voy directamente a casa de la señora de Gabry.

— La señora está en Roma, con el señor. ¡No lo sabía usted!

— ¡Es cierto! — le respondí —, la señora me lo escribió.

Me lo había escrito, en efecto, y era preciso que yo estuviese trastornado para olvidarlo. Esta fué sin duda la opinión del criado, pues me miró de una manera que quería decir: "El señor Bonnard ha vuelto a la infancia", y se inclinó sobre la barandilla de la escalera, para ver si me entregaba a alguna acción extravagante. Bajé cuidadosamente los escalones y él se retiró decepcionado.

Al entrar en mi casa, supe que Gelis se encontraba en el salón. Este muchacho me visita con frecuencia. Certo que sus opiniones no son muy firmes, pero su espíritu no es en realidad trivial. Esta vez su visita me molestó un poco. ¡Ay! Pienso que acaso diré a mi joven amigo alguna tontería y a él también le parecerá un chocheo. No puedo explicarle que he sido pedido en matrimonio y tratado como un hombre de malas costumbres; que se sospecha de Teresa y que Juana se halla en poder de la mujer más deshonrada de la tierra. Verdaderamente estoy en un estado muy a propósito para hablar de la abadías cistercienses con un joven y malvado erudito. ¡Vamos, sin embargo, vamos!...

Pero Teresa me devueto: — ¿Qué sofocación está usted, señor! — me dijo con un tono de reproche.

— Es la primavera — le respondí.

Y me reboté:

— ¡La primavera en el mes de diciembre?

Estamos efectivamente en el mes de diciembre. ¡Ah! ¡Qué cabeza la mía y qué buen apoyo tiene a mi la pobre Juana!

— Teresa, tome mi bastón y guárdelo usted, si es posible, en un rincón donde yo no lo encuentre.

—Buenas tardes, Gelis, ¿cómo está usted?

Sin fecha.

Al día siguiente el buen viejo quiso levantarse; no pudo lograrlo. La mano invisible que lo tenía extendido sobre el lecho era muy recia. El buen viejo, materialmente clavado, se resignó a no moverse, pero fueron sus ideas las que echaron a andar.

Era indudable que tenía una fiebre muy alta, pues la señorita Préfère, los abades de Saint-Germain-des-Près y el criado de la señora de Galiano se me apretaban bajo formas fantásticas. Sobre todo este último, que se alargaba gesticulando sobre mi cabeza, como una gárgola de catedral. Tenía la impresión de que había mucha gente, una enorme cantidad de gente en mi alcoba.

Esa alcoba estaba amueblada a la antigua. El retrato de mi padre, con uniforme de gala, y el de mi madre, con traje de caletina, colgaban del muro sobre el panel que lo cubría, rodeado de verde. Lo se muy bien, como sé igualmente que todo ello se encuentra muy deslucido. Pero la alcoba de un viejo no tiene necesidad de ser coqueta; basta con que esté limpia y de ello se encarga Teresa. Además, está lo bastante adornada como para satisfacer a mi espíritu un poco infantil y candoroso. Hay en las paredes y en los muebles, cosas que de ordinario me hablan y me alegran. ¿Pero, que quieren decirme hoy todas estas cosas? Se han vuelto chillonas, gesticulantes y amenazadoras. Esta estatua, moldeada sobre una de las Virtudes teológicas de Nuestra Señora de Brou, tan ingenua y tan graciosa en su estado natural, ahora se contorsiona y me saca la lengua. Y esta bella muchacha, en la cual yo veo los más suaves discípulos de Juan Fouquet, se ha representado, ceñido con el cordón de los hijos de San Francisco, ofreciendo de rodillas su libro al buen duque de Angulema, ¿quién lo ha sacado de su marco, para poner en su lugar una enorme cabeza de gato, que me mira con ojos fosforescentes? También los ramales del papel se han convertido en cabezas, cabezas verdes y fosforescentes. ¿No, como hace veinte años, son ramales estancados y nada más?... No, decía yo bien, son cabezas con dos ojos, una nariz, una boca, ¿son cabezas?... Me lo explico: son a la vez cabezas y ramales. Alzo daría por no verlos.

A mi derecha, la linda miniatura del franciscano ha vuelto a su sitio, pero me parece que retengo por un agotador esfuerzo de mi voluntad y que, si me canso, la repente cabeza de gato va a reaparecer. No deliro: voy perfectamente a Teresa al pie de mi lecho; oigo que me habla, y la respondería con perfecta lucidez si no estuviese ocupado en conservar en su figura natural todos los objetos que me rodean.

He aquí que llega el médico. No lo habíamos visto, pero le voy con gusto. Es un viejo vecino para quien he sido de poco provecho, pero a quien quiero muy de veras. Aunque nada le digo, tengo pleno conocimiento de todo y hasta me he vuelto singularmente astuto, pues espío sus gestos, sus miradas, los menores movimientos de su rostro. Pero no puedo saberlo que verdaderamente piensa de mí. Viene a mi memoria el profundo concepto de Goethe, y le digo:

—Doctor, el viejo ha consentido en estar enfermo; pero esta vez no piensa concederle otras ventajas a la naturaleza.

Ni el doctor ni Teresa rien de mi bromita. Sin duda no la han entendido.

El doctor se va, el día declina, y toda clase de sombras se forman y se disponen como nubes en los pilgones de mi cénica. Los rostros de las sombras pesan ante mí a través de ellas veo el rostro inmóvil de mi fiel servidor. De pronto mi grito, un grito agudo, un grito de angustia me traspasa los oídos. ¿Eres tú, Juana, que me has llamado?

Ya ha muerto el día, y las sombras se instalan en mi cabecera para toda la noche negra.

Al alto silencio una paz, una paz inmensa: envolverme por entero. ¿Es que me abres tu seno, Señor, Dios mío?

Febrero de 1876.

El doctor está muy contento. Parece como si le hiciera un gran honor teniéndome en pie. A creerle a él, males innumerables se han curado a la vez sobre mi viejo cuerpo.

Estos males, terror de la humanidad, todos tienen sus nombres, terror del filólogo. Son palabras híbridas, mitad griegas, mitad latinas, con terminaciones en *itis* para indicar el estado inflamatorio y el *algia* para expresar el dolor. El médico me las repite con un crecido número de adjetivos en *ico*, destinados a caracterizar su inestable calidad. En suma, una buena columna del Diccionario de medicina.

—¿Tenga esa mano, doctor! Me ha devuelto usted a la vida y se lo perdono. Me ha devuelto usted a mis amigos y se lo agradezco. Usted dice que soy fuerte. Sin duda, sin duda; pero he durado ya bastante. Soy un mueble sólido, pero viejo; comparable al sillón de mi padre. Era un sillón que le venía de herencia a aquel hombre de bien, y sobre el cual permanecía sentado de la mañana a la noche. Cuando era niño, me encarnaban veinte veces al día sobre los brazos de aquel antiquísimo sillón. Mientras se conservó en buen estado nadie se cuidaba de él. Pero cuando empezó a renguar de una pata, comencé a decir que era un buen sillón. En seguida rengué de tres patas, se tronchó la cuarta y se quedó así mudo de los tres brazos. Y entonces me dijeron exclamaron: "¿Qué sillón tan fuerte!" Se admiraban de que, sin tener un brazo entero, ni una pata que le sirviera de apoyo, conservara la figura de un sillón y prestara todavía algún servicio. Pero la crin se salió de su cuerpo y rindió su alma.

Y cuando Cipriano, nuestro criado, le seccionó los miembros para echarlos a la leñera, las exclamaciones de admiración redoblaron: "¿Qué esturpado! ¿Qué maravilloso sillón!" Fué usado por Pedro Silvestre Bonnard, comerciante en paños; Epifanio Bonnard, su hijo, y Juan Bautista Bonnard, jefe de la tercera división marítima y filósofo pirroniano. ¿Qué sillón y venerable sillón!" En realidad era un sillón muerto. Pues bien, doctor, voy soy igual a aquel sillón. Usted me es fuerte porque he resistido embestidas que hubieran matado por completo a un gran número de personas y que a mí sólo me han matado en unas tres cuartas partes. Gran merced. Pero no debo de ser por ello algo completamente averiado.

El doctor quiere probarme, con la ayuda de numerosas palabras griegas y latinas, que me encuentro en muy buen estado. El francés resulta demasiado claro para una demostración de ese género. Sin embargo, me doy por convencido y le acompaño hasta la puerta.

—¿Sea en buena hora! — me dice Teresa—. Así es como hay que despedir a los médicos. Con que lo haga usted lo mismo dos o tres veces no volverá más, que es lo que hace falta.

No, no tiene, Teresa; ahora que va a ser mucho un cliente, no me niegue usted más cosas. Sin duda debe haber un buen paquete de ellas, y sería una bronja muy pesada el seguir impidiéndome por más tiempo el que las lea.

Teresa, después de algunas protestas, me entrega mis cartas. Pero, ¿para qué? He mirado todos los sobres y ninguno está escrito por la manita que yo quisiera ver aquí, hojando el Vercelle. He rechazado todo el paquete, que nada me dice ya.

Abril-Junio.

El asunto ha sido pelisgado.

—Espérese usted, señor, a que me ponga de

limpio — me ha dicho Teresa —, y hoy también irá con usted, llevará su sillita de tiera, como estos últimos días, e iremos a tomar el sol. Pero, Juana, Teresa, me eres enfermo. Sin duda he estado muy mal, pero todo tiene su fin. La señora Enfermedad se ha marchado hace tiempo y van ya tres meses cumplidos, que su acompañante de pálido y gracioso semblante, la dama Convalencia, me ha dado gentilmente su adiós. Si escuchase a mi sirvienta me confortaría en absoluto en el señor Argente, cubriendo mi cabeza para dormir, por el resto de mis días, con un gorro de noche. ¿Nada de eso! Quiero salir solo. Teresa no opina lo mismo. Se ha provisto de mi silla de tiera y está dispuesta a seguirme.

—Teresa, mañana tomaremos el sol junto al muro de la pequeña Provenza todo el tiempo que usted quiera. Pero hoy tengo asuntos que despachar.

¡Asuntos! Piensa que se trata de dinero y me explica que nada nos apremia.

—¿Tanto mejor! Pero en el mundo hay además otros asuntos.

Suplico, regaño, me escapo.

Hace un tiempo bastante bueno. Por medio de un coche de punto, y si Dios no me abandona, llevaré a cabo mi aventura.

Ya veo el muro que tiene escrito en letras azules estas palabras: *Colegio de señoritas, dirigido por la señorita Virginia Préfère*. Ahí está la verja que se abriría ampliamente al patio de honor, si se abiera alguna vez. Pero la cerradura está oxidada y una lámina de hojalata protruye contra la cerradura, impidiendo a las pobres almitas a quienes la señorita Préfère enseña, sin ningún género de duda, la modestia, la sinceridad, la justicia y el desinterés. Se ve una ventana cuyos cristales empañados revelan ser un lugar de uso común, ojo empañado que es el único abierto al mundo exterior.

En cuanto a la puerterella excusada por la que yo tantas veces he entrado y que hacía tiempo estaba cerrada para mí, la hallé de nuevo con su mirilla enrejada. Su escalón de piedra está desgastado y sin que mis ojos vean mucho bajo los lentes, observo sobre las piedras las pequeñas huellas blancas que han ido dejando en ella al pasar las suelas claveteadas de las educandas. ¿Por qué yo no había de pasar también! Creo que Juana sufre en aquella casa un triste y que me llama en secreto. No puedo aljarme. Me domina la inquietud. Llamo. La criada desparejada sale a abrirme, mis desparadas que nunca. Tiene su consigna. No puedo ver a la señorita Juana. Le pido por lo menos que me dé noticias de su salud. La criada, después de mirar a derecha e izquierda, me dice que está bien y me da con la puerta en las narices. Y me encuentro de nuevo en la calle.

¿Cuántas veces habrá pasado después ante la puerterella avergonzada, desesperado, por ser aún más débil que aquella criatura que no tenía en este mundo más apoyo que el mío!

10 de junio.

He vencido mi repugnancia, y he ido a ver a Mouchet, el primero que me salta a la vista es que su despacho está más empolvado y más mohoso que el año pasado. Apareció el notario, con su aspecto raquítico y sus pupilas inquietas bajo los anteojos. Le presento mis quejas. El me responde... Pero, ¿para qué daré impresos, aunque sea en un cuaderño que debe ser quemado, el recuerdo de un perfeccionamiento? La que estimas hace mucho tiempo por su inteligencia y su carácter. Sin querer terciar a fondo en el debate, se ve obligado a decir que las apariencias no me son favorables. Esto no me importa gran cosa. Después añade (y esto sí que me importa mu-

que la exigua cantidad de que podía disponer para la educación de su pupila se basaba, y en tal circunstancia no podía menos que admitir vivamente el desinterés de la señorita Préfère, que consiente, a todo, todo, en que siga junto a ella la Juana.

La luz magnífica, la luz de un hermoso arroyo sus ondas incorruptibles en tan lugar, iluminando a aquel hombre, difundió su esplendor sobre todos los rostros de un barrio popular. «Que dulce luz que llena mis ojos hace tanto tiempo la que ya pronto no podré gozar. ¡Marcho pensativo, con las manos a la cabeza, a lo largo de las fortificaciones, y me tro sin saber cómo en los arrabales, orcos minúsculos jardinitos. Sobre el borde de un camino polvoriento, me fijo en una curva flor, resplandeciente y sombría, parece hecha para asociarse a los dueños nobles y más puros. Es una ancolía. Los padres la llamaban "guante de la virgen". Solo una virgen, que se volviera muy blanca, para aparecerse así a los niños, por sus preciosos dedidos en las estrechuras de aquella flor.

¡Eso me aterroriza! Su embute en ella brama. Su agitación no puede alcanzar el fin, y el muy goloso se esfuerza en vano, por renunciar y sale embarrundado. Vuelve a emprender su vuelo pesado; las flores andan escasas en aquel arrabal por el hollín de las fábricas. Vuelve a la ancolía; pero esta vez aguiereza y clupa el néctar a través del aguallero por el. Nunca hubiera creído que un aguallero pudiera tener tanta inteligencia. ¡Una cosa admirable. Los insectos y las aves se maravillan más cuanto más los observas. Soy como el bueno de Rollin, a quien le gustan las flores de sus melocotoneros. ¿Gustaría tener un bello jardín, y vivir al lado de un bosque.

Agosto-Septiembre.

Se me ha ocurrido la idea de ir un domingo a la mañana a espiar el momento en que las niñas de la señorita Préfère van en fila a la parroquia. Las vi pasar de dos en dos, las pequeñas a la cabeza, con las crasas serias. Había entre ellas tres vestidas de lujos, bajitas, rechonchas, pretenciosas, a las que conocí. Eran las señoritas Mouton. La mayor es la artista que dibujó la cabeza de Tatío, rey de los sabios. La menor es la columna la subdirectora, con el monedero en la mano, se afana, frunce el entrecejo. Pasaron las medianas y las mayores, cuchicheando. Pero no vi a la Juana.

Estaba en el ministerio de Instrucción Pública no habría en el fondo de alguna cartilla cualquier nota sobre la institución de la Demours. Llegué a conseguir que entrara a las inspectoras. Volvieron trayendo unos impresos. El colegio Préfère según ellas, una institución modelo. Si ello me provocara una investigación, estoy seguro de que la señorita Préfère recibiría las felicitaciones académicas.

3 de octubre.

Aquel jueves era día de solido, y encontré a los alrededores de la calle Demours a las señoritas Mouton. Después de saludar a la madre, le pregunté a la mayor, que podrá tener unos doce años, cómo estaba la señorita Alexandre, su compañera.

Me respondió de un tirón: «Juana Alexandre no es compañera mía. Está en el colegio por caridad, y por eso me hace barrer la clase. Así nos lo ha dicho nuestra.

Las tres señoritas volvieron a ponerse en marcha, y la señora de Mouton las siguió de

cerca, echándose por encima de su amplio hombro, una mirada de desconfianza.

¡Ay! Me veo reducido a ensayar diligencias sospechosas. La señora de Gabry no volverá a París hasta dentro de tres meses lo más pronto. Lejos de ella no tengo ni tacto, ni inteligencia; no soy más que una máquina pesada, incomoda y perjudicial.

Y, sin embargo, no puedo tolerar que Juana sirva de criada en el colegio y esté expuesta a las ofensas de Mouche.

28 de diciembre.

El tiempo estaba brumoso y frío. Ya era de noche. Llamé a la puertecilla con la tranquilidad de un hombre que no teme nada. En cuanto la timida criada me hubo abierto, le deslicé en la mano una moneda de oro, prometiéndole otra si podía conseguir que yo viera a la señorita Alexandre. Ésta fue su respuesta:

«Dentro de una hora en la ventana enrejada.

Y me cerré la puerta en las narices tan rudemente que el sombrero tembló sobre mi cabeza.

Esperé durante una hora larga entre torbellinos de nieve; después, me aproximé a la ventana. ¡Nada! El viento rugía, y nevaba copiosamente. Los obreros que pasaban cerca de mí, con las cabezas inclinadas al viento y inclinando la cabeza bajo los espesos copos, me tropezaban. Nada. Temí llamar la atención. Sabía que había obrado mal sobornando a una criada, pero no sentía por ello ningún pesar. Es un ser despreciable el que ante la necesidad no se decide a saltarse de la regla general. Pasó un cuarto de hora. Nada. Al fin, se entreabrió la ventana.

«¿¿usted señor Bonnard?

«¿¿Lres tú, Juana? Dime en una palabra cómo estás.

«Bien. Estoy muy bien.

«¿Y qué más?

«Trabajo en la cocina y barro las clases.

«¿En la cocina! ¿De barrendera! ¿Bonnard divino!

«Sí, porque mi tutor no paga ya el colegio.

«Tu tutor es un miserable.

«Entonces, ¿lo sabe usted?

«¿El qué?

«¡Oh! No me obligue a decirselo. Pero antes preferiría morir a encontrarme a solas con él.

«¿Y por qué no me has escrito?

«Estaba muy vigilada.

En aquel momento tomé mi resolución, y nada hubiera podido ya hacerme cambiar. Me vino a la imaginación la idea de que podía muy bien no estar en mi derecho, pero me reí de aquella idea. Resuelto a ello, fui prudente. Obré con una calma verdaderamente notable.

«Juana — le pregunté —, ¿tu habitación comunican con el patio?

«Sí.

«¿Puedes tú misma tirar del cordón?

«Sí no hay nadie en la portería, sí.

«Pues ve a hacerlo, y procura que no te vean.

Esperé vigilando la puerta y la ventana.

Resaparecí detrás de la reja al cabo de cinco o seis segundos. ¡Al fin!

«La criada está en la portería.

«Bueno — dije —. ¿Tienes una pluma y un tintero?

«No.

«¿Y un lápiz?

«Sí.

«Dámelo.

Saque de mi bolsillo un periódico viejo, y bajo el viento que silbaba apañando los faroles y la nieve que me cegaba, envolví lo mejor que pude en torno a aquel periódico una faja con la dirección de la señorita Préfère.

Mientras escribía, pregunté a Juana:

AVENTURAS DE DON LINO

IMPOSIBLE SACARLO

por BARTA



BARTA

Puntos de vista



—Me alegro de que Luis sea suplente del team, así esta noche podrá llevarme al baile sin ir con un brazo en cabestrillo, como el año pasado.

—Cuando pasa el cartero y deja en el buzón las cartas y los impresos, llama a la campañilla, ¿verdad? Entonces la criada abre el buzón y va a llevar en seguida lo que ha encontrado en él a la señorita Préfère. ¿No es esto lo que ocurre en cada reparto?

Me dijo que creía que así era.

—Vamos a ver, Juana, me debes de vigilar, y en cuanto la criada abandone la portería, tiras del cordón y sales afuera.

Después de dicho eso, metí el periódico en el buzón, di un fuerte campanillazo y fui a ocultarme en el hueco de una puerta vecina.

Levanté allí algunos minutos cuando la puerrecilla echó y, entreabiéndose después, vi a Juana aparecer en ella. Tomando sus manos, la atraje hacia mí.

—Ven acá, Juana, ven.

Ella me miraba con inquietud. Seguramente creía que me había vuelto loco. Estaba por el contrario lleno de juicio.

—Vamos, hija mía, vamos.

—¿Dónde?

—A casa de la señora de Gabry.

Entonces se agarró a mi brazo. Corrimos durante algún tiempo como dos ladrones. El correr no me hizo apropiado para mi corpulencia. Deteniéndome muy sofocado, me apoyé en algo que resultó ser la hombría de un vendedor de castañas, establecido en la esquina de un despacho de vinos donde bebían los cocheros. Uno de ellos nos preguntó si no necesitábamos un coche. ¡Ya lo creo que lo necesitábamos! El hombre de la fusta, después de dejar el vaso sobre el mostrador de cine, subió al pescante haciendo arrancar al caballo. Estábamos salvados.

—¡Uf! — exclamé, enjugándome la frente, pues a pesar del frío sudaba la gota gorda.

Le extraño era que Juana parecía tener más conciencia que yo del acto que acabábamos de realizar. Estaba muy seria y visiblemente inquieta.

—En la cocina! — exclamé con indignación.

Ella movió la cabeza, como queriendo decir: «Allí o en otra cualquier parte, qué más da!» Y a la luz de los faroles, advertí con pena que su rostro estaba enflaquecido y sus rasgos alterados. Ya no tenía la vivacidad, los arranos bruscos, la rápida expresión que tanto me había gustado en ella. Sus miradas

eran opacas, sus gestos pesados, su actitud sombría. Le tomé la mano, una mano endurecida, dolorida y fría. La pobre criatura debía haber sufrido mucho. La interrogué. Me refirió tranquilamente que la señorita Préfère la había mandado llamar un día y la había tratado de monstruo y de vboribilla, sin que ella supiera porqué. Añadiendo después:

—No volverá usted a ver al señor Bonnard, que la daba malos consejos y se ha portado muy mal conmigo. Yo le dije: «Eso no lo creeré jamás, señorita». Ella entonces me dio una bofetada y me mandó volver al estudio. Esa noticia de que no volvería a verle a usted fue para mí como el caer de la noche. Como esos tardes en que se enciende un tan triste cuando la oscuridad cae sobre nosotros. Pues bien, figúrese usted ese momento prolongado durante semanas, durante meses. Un día, supe que estaba usted en el locutorio con la directora, le acéché y nos dijimos: «Hasta la vista». Y me sentí algo consolado. Poco tiempo después, vino mi tutor a sacarme un jueves. No quisiera contárselo. Me respondió muy bajito que era una niña muy caprichosa, y me dejó tranquila. Pero al día siguiente, la señorita Préfère, se dirigió hacia mí con un aire tan perverso que sentí miedo. Llevaba una carta en la mano. «Señorita, me dijo, su tutor me comunica que se han agotado las sumas que le pertenecían. Pero no tenga cuidado, no pienso abandonar la, aunque comprenderá usted que es justo que se gane usted la vida».

«Entonces me empleé en limpiar la casa, y algunas veces me encerré en un desván durante días enteros. Ya sabe usted todo, lo que ha sucedido en su ausencia. Si hubiese podido escribirle no sé si lo hubiera hecho, porque no creía que a usted le fuera posible sacarme del colegio. Y como no me obligaban a ir a ver al señor Mouche, no tenía prisa. Podía esperar en el desván y en la cocina».

—¿Aunque tengamos que huir hasta Oceanía — exclamé —, la abominable señorita Préfère no volverá a apoderarse de ti! Lo juro por lo más sagrado. ¿Y por qué no habíamos de marcharnos a Oceanía? El clima es sano y el otro día leí en un periódico que tienen hasta pianos. Mientras eso llega vamos a casa de la señora de Gabry, que por suerte está en París desde hace tres o cuatro días. Somos dos inocentes, y tenemos gran necesidad de que nos ayuden.

Mientras hablaba, las facciones de Juana padecieron, haciéndose borrosas; un velo se extendió ante sus ojos y un pliegue doloroso contrajo sus labios entreabiertos. Dejé caer la cabeza sobre mi hombro, y se quedó sin conocimiento.

La tomé en mis brazos y subí así con ella la escalera de la señora de Gabry, como si fuera un niño dormido. Abrumado por la fatiga y por la emoción, me dejé caer con ella en el banco del descansillo. Allí se reanimó.

—¿Es usted? — me dijo abriendo los ojos —. ¿Qué contenta estoy!

Y en tal estado fuimos a llamar a la puerta de nuestra amiga.

Daban las ocho. La señora de Gabry acogió con bondad al viejo y a la niña. Seguramente se sentiría muy sorprendida, pero nada nos preocupó.

La señora — le dije —, venimos a ponernos los dos bajo su protección. Y, antes que nada, venimos a pedirle que nos dé de cenar. Sobre todo a Juana, pues acaba de desvanecerse de debilidad en el coche. Yo, por mi parte, no podría comer un bocado tan tarde sin prepararme una noche de agonía. Espero que el señor de Gabry se encuentre bien.

—Está aquí — me dijo ella.

Y en seguida le hizo anunciar nuestra llegada.

Tuve un gran placer venir yo rostro franco y estrechando su mano fuerte. Pasamos los

cuatro al comedor y, mientras servían a Juana una carne fiambré, la que ni siquiera tocó, les referí nuestra aventura. Pablo de Gabry me pidió permiso para encender su pipa, y después se dispuso a escucharme silenciosamente. Cuando terminé, se rascó sobre las mejillas su barba corta y espesa.

—¿Demasiado — exclamé —, ¿se ha metido usted en un bonito asunto, señor Bonnard?

Después, fijándose en Juana, que volvía a uno y otro sus ojos aterrados.

—Venga — me dijo.

Le seguí a su despacho, donde relucían bajo la luz de las lámparas, sobre la oscura tapicería, las escopetas y los cuchillos de caso. Allí llevé mis ojos a los sonidos del código.

—¿Qué ha hecho usted? me dijo —. ¿Que ha echo usted, Dios mío? Corrupción de menores, rapto, fuga, ¿tú buena se ha metido? Está usted en camino de cinco a diez años de cárcel.

—¡Misericordia! — exclamé —, ¡Diez años de cárcel por salvar a una niña inocente!

—¡Eh! — respondió el señor de Gabry —. Conozco bastante bien el código, querido Bonnard, no por haber estudiado derecho, sino porque siendo alcalde de Lusance tuve que enterarme por mi mismo, para poder enterar a mis administrados. Mouche es un grunja, la Préfère una perversa y usted on... no encuentro una palabra lo bastante fuerte.

Abriendo después su biblioteca en la que guardaba collares de perlas, listones, espuelas, cajas de cigarrillos y algunos libros usuales, sacó un código, y se puso a hojearlo.

—Crimenes y delitos... secuestro de personas. Ese no es su caso. Rapto de menores. Esto es... Artículo 354: Cualquiera que por fraude o violencia rapte o haga rapto a menores, o los haya sacado o mandado sacar de los lugares donde estuvieran depositados por las personas a cuya dirección o autoridad estén sometidos o confiados, sufrirá pena de reclusión. Véate Código Penal 21 y 28... 21: el tiempo de la reclusión no será menor de cinco años... 28: la pena de reclusión lleva en sí la inhabilitación civil. ¿Está bien claro, no es verdad, señor Bonnard?

—¡Clarísimo!

—Continuemos. Artículo 356. Si el rapto no hubiere cometido aún los veintidós años, sólo será castigado... Esto no va en nuestros. Artículo 357. En el caso en que el raptor se hubiere despojado con la joven que ha rapado, sólo podrá ser perseguido a petición de aquellas personas que, según el Código Civil, tengan derecho a pedir la anulación del matrimonio, y sólo podrá ser condenado una vez que la anulación haya sido acordada. No sé si está en sus propósitos enterarse con la señorita Alexandre. Ya habrá usted visto que el Código no es tan malo, y le deja esa puerta abierta. Pero, no está bien echarlo a broma, ya que su situación es bastante comprometida. ¿Como un hombre como usted ha podido imaginar que era cosa fácil en París y en pleno siglo XX raptar a una muchacha así en sus propios terrenos, en la Edad Media, y el rapto no está permitido.

—No crea usted — le respondí — que el rapto estaba permitido en el derecho antiguo. Puede usted hallar en Baluze un decreto dado por el rey Childberto en Colonia, en los años 593 ó 04 sobre esta materia. ¿Quién no conoce la famosa ordenanza de Blois, mayo de 1570, en la que se dispone formalmente que aquellos que hubieran solmatado a un joven o a una joven menores de veinticinco años, bajo el pretexto de matrimonio u otro cualquiera, sin el consentimiento, orden o deseo expreso del padre, madre o tutores, serán castigados con la pena de muerte. E igualmente — añade la ordenanza — serán castigados con rigor, todos aquellos que hayan participado en el rapto, prestando ayuda, consejo o facilitado de cualquier género que fueren. Estos son, poco más o menos, los términos de la ordenanza. En

to a ese artículo del Código de Napoleón acabó usted de hacerse conocer y se casa. La joven rapada, me recuerda que, según el nombre de Bretaña, el rapto seguido de un no está castigado. Pero está cosque, que dio ocasión a muchos abusos, fué una mala idea.

— ¿Doy esta fecha, que se aproxima unos meses a la verdadera. Mi memoria ya no es buena, y pasaran los tiempos en que se recitar de corrido, sin tonar aliento, otros versos de Girtart de Roussillon. En cuanto a la capitular de Carlomagno, regula la compensación del rapto, si no es de ella es porque seguramente la tened en la memoria. Ya ve usted, mi Gabry, que el rapto estuvo siempre cuando como un crimen puntual bajo las banderas de la antigua Francia. Están muy locos los que creen que la Edad Media es época del caos. Puede usted estar seguro el contrario...

— Conoce usted — exclamó — las ordenanzas Blois, Baluze, Childeberto y las Capitulaciones de Carlomagno, y no conoce el Código de Napoleón?

— Respondí que, en efecto, no había leído el Código, y se quedó muy sorprendido. Comprenderá usted ahora — añadí — la realidad de la acción que acaba de cometer? — Realidad, aun no lo comprendía. Pero a poco y por efecto de las reflexiones de Pablo, llegó a pensar que sería un acto por mis intenciones que eran insino por mi acción, que resultaba comente. Entonces me lamenté desesperado. ¿Qué hacer? — exclamaba. — ¿Qué hacer? Irremisiblemente perdido, y, además, he también conmigo a esa pobre niña a quien quería salvar.

— El señor de Gabry careció silenciosamente su vida y la encendió con tal lentitud que su y bondadoso rostro apareció durante cuatro minutos roto como el de un cerro junto a su fragua. Después:

— Me pregunta usted qué puede hacer? No sé, mi querido Silvestre Bonnard. Por lo de Dios y por su propio interés, no absolutamente nada. Sus asuntos están enredados, no se mezcla en ellos, si se evitase un nuevo trastorno. Pero proe estar de acuerdo con todo lo que yo le iré mañana mismo por la mañana a ver a usted, y si es lo que creemos, es decir, un encuentro, aunque sea por medio del la manera de hacerlo inofensivo. Todo de él. Como es demasiado tarde para que Juanita este noche al momento me la guardará junto a ella. Esto constituye un hermoso delito de complicidad, pero modo se le quita todo carácter equivo a la situación de la muchacha. En cuanto a usted, querido Bonnard, vuelva en su al muelle de Malaquais, y si van allí a ver a Juanita, le será muy fácil probar que ella en su casa.

— ¿Nos hablabamos, la señora de Gabry to sus disposiciones para acostar a su coleccion. Vi pasar por el corredor a la doncella levaba en sus brazos sábanas perfumadas espiglo. — ¿Qué olor tan honesto y tan dulce! — dije. — ¿Qué quiere usted? — me respondió la señora de Gabry —. Somos campesinos.

— Ah! — me respondió —. ¿Si yo pudiera ser feliz en un campesino? ¿Si yo pudiera algún como ustedes en Lusane, respirar agrosromas, bajo un techo perdido entre el fondo? Y, si este deseo es demasiado ambicio para un anciano cuya vida está próxima a extinguirse, quisiera por lo menos que mi hijo estuviera como esa roga, perfumado espiglo.

— Conviniémos que al día siguiente almorcen con ellos. Pero me prohibieron terminamente que me presentara antes de mediodía. Juana, al abrazarme, me suplico que no la volvieran al colegio. Nos separamos enternecidos y turbados.

Encontré a Teresa en el desencanto de la escalera, presa de una inquietud que la ponía furiosa. Hablabla nada menos que de encerrarse en adelante.

— ¿Qué noche pasó! No pude cerrar los ojos ni un sólo instante. Tan pronto me relacomo un chiquillo del éxito de mi aventura, como me veía ya, con una angustia indescriptible, conducido ante los jueces, para responder, desde el banquillo de los acusados, del crimen que con tanta naturalidad había cometido. Estaba aterrado, y, sin embargo, no sentía ni remordimientos ni arrepentimiento. El sol, entrando en mi alcoba, acarició alegremente los pies de mi cuna y yo recé esta oración:

— "Dios mío, vos que hicisteis el cielo y el rocío, como se dice en Tristán, juzgadme en vuestra equidad no conforme a mis actos, sino mirando mis intenciones, que fueron rectas y puras, y yo diré: ¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad! Pongo en vuestras manos a la criatura que he robado! ¡Haced lo que yo no he sabido hacer: guardadla de todos sus enemigos y sea bendito vuestro nombre!".

29 de diciembre.

— Cuando entré en casa de la señora de Gabry encontré a Juana transfigurada.

— Habría ella invocado, como yo, a los primeros resplandores del alba, a Aquel que hizo el cielo y el rocío? Sonreía con dulce calma.

La señora de Gabry la llamó para acabar su peinado, pues la amable señora había querido arrojarse con sus propias manos los cabellos de la niña que le había sido confiada. Al llegar yo un poco antes de la hora convenida, había interrumpido aquella graciosa toilette. Como castigo, me impusieron el esperar solo en el salón. El señor de Gabry se me reunió allí bien pronto. Sin duda, debía llegar de la calle, pues aun tenía en la frente la señal del sombrero. Su rostro expresaba una alegre animación. Pensé que me debía hacerle ninguna pregunta, y nos dispusimos todos a almorzar. Cuando los criados hubieron terminado de servir, Pablo, que había guardado su historia para el café, nos dijo:

— ¡Bueno! Ya he ido a Levallois.

— ¿Y has visto a Mouche? — le preguntó, vivamente, su mujer.

— No le respondí, observando nuestros rostros, que dejaban ver su contrariedad.

Después de gozar durante un espacio de tiempo razonable de nuestra inquietud, el excelente hombre añadió:

— Mouche no está en Levallois. Mouche ha dejado Francia. Hará pasado mañana ocho días que desapareció, llevándose el dinero de sus clientes, una suma bastante crecida. He encontrado cerrada la notaría. Una vecina me ha contado el asunto con toda clase de maldiciones y de imprecaciones. El notario no iba solo al tomar el tren de las siete y cincuenta y cinco; se ha llevado a la hija de un peluquero de Levallois. El hecho me ha sido confirmado por el comisario de policía. Verdaderamente el tal Mouche, goda ser un ladrón, el cual me lo vuelvo más a tiempo.

Tras el golpe tan sólo una semana podía como representante de la moral social, haberle llevado a usted, Bonnard, delante de los jueces, como a un criminal. Ahora ya no tenemos nada que temer. ¡A la salud de Mouche! — exclamó, llenándonos las copas.

Quisiera vivir mucho tiempo, para recordar mucho tiempo aquella mañana. Estábamos en el comedor, en el grande y elegante comedor, en torno a la mesa de roble encarnado. La alegría de Pablo era ruidosa y hasta un poco

Lo mordió



— Abrahe un poco más, señorita. Un poquito más... para que pueda sacar el dedo.

ruda; bebía a grandes sorbos. Su mujer y Juana me sonreían con una sonrisa que recompensaba todas mis penas.

Recibí al volver a mi casa las más agrias amonestaciones de Teresa, que no conocía mi nueva manera de vivir. Era indudable, según su criterio, que yo había perdido el juicio.

— Si Teresa, soy un viejo loco, y usted una vieja loca. Eso es cierto. Que Dios nos bendiga, Teresa, y nos dé nuevas fuerzas, pues tenemos nuevos deberes. Pero, díjeme usted echarme en este sofá, porque no puedo tenerme en pie.

15 de enero.

— Buenos días — me dijo Juana, abriendo la puerta, mientras Teresa, a quien había dejado dejado atrás, gruñía en la oscuridad del corredor.

— Señorita, le ruego que me saludé solemnemente con mi nuevo título, diciéndome: "Buenos días, tutor".

— Entonces, ¿ya está hecho? ¡Qué alegría!

— me dijo, batiendo palmas.

— Sí, ya ha quedado establecido, señorita, en la sala del juzgado y ante el juez de paz. Desde hoy tendrá usted vivir bajo mi autoridad. ¿Te causa risa? ¡Si, lo veo en tus ojos. Se te ha ocurrido alguna idea descabellada, ¿no?

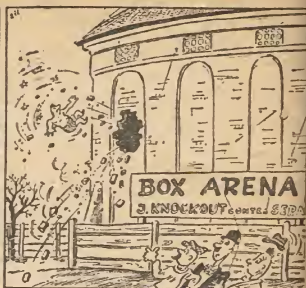
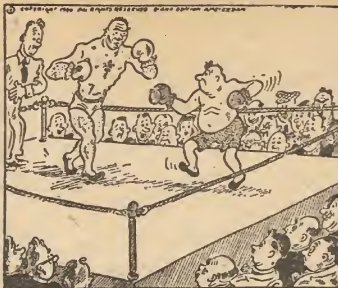
— ¡Oh, no, señor... tutor! Estaba contemplando sus cabellos blancos. Se encendían en la de su sombrero como una madeja en un balcón. Son preciosos, y a mí me gustan mucho.

— ¡Sientate, y si es posible, no digas más desatinos, pues tengo que hablarte de un asunto serio. Escúchame: creo que no debes tener ningún deseo de volver al internado de la señorita Préfère, ¿no es así? ¿Qué te parecería si yo te tuviera conmigo en mi casa, hasta que termines tu educación, hasta que... ¿qué sé yo? Siempre.

— ¡Oh, señor! — exclamó, roja de alegría. Yo continué:

— Aquí detrás hay una habitación pequeña que ni sirvienta tiene ya preparada para ti. Vas a reemplazar a los libros como el día sucede a la noche. Anda con Teresa, a ver si te parece habitable. Está ya convenido con la señora de Gabry que desde esta noche dormirás aquí.

— Echó a correr para ver su habitación; la llamó.



—Juana, escúchame una cosa. Hasta ahora te has hecho querer de mi criada que, como todas las viejas, es naturalmente muy pesada. Sé atenta con ella. Yo he creído siempre un deber en mí el atenderla y sufrir sus imperipencias. Te diré más, Juana, deseo que la respetes. Y al hablar así no pienses que olvido que es mi sirvienta y también la nuya. Ella tampoco lo olvidará. Pero debes respetar en ella su edad avanzada y su gran corazón. Es una criatura humilde que siempre ha vivido practicando el bien, y se ha endurecido. Sufre con paciencia la rigidez de esa alma recta. Si sabes mandar, ella sabrá obedecer. Anda, hija mía, arregla tu habitación de la manera que juzgues más conveniente para tu trabajo y yo descanso.

Y, habiendo impulsado así a Juana en su camino de buena ama de casa, me dediqué a leer una revista que, aunque hecha por gente joven, encontré excelente. El tono era duro, pero el espíritu excelente. El artículo que leí superaba en precisión y en firmeza a todo lo que publicaban en mi juventud. El autor de aquel artículo, Pablo Meyer, marcaba cada falta con un arañazo incisivo.

Nosotros no practicábamos tan implacable justicia. Nuestra indulgencia era grande. Casi juntaba al sabio y al ignorante en la misma alabanza. Sin embargo, es necesario saber criticar, es un deber riguroso. Recuerdo siempre a Raimundito (así le llamaban). No sabía nada, tenía una inteligencia limitadísima, pero quería mucho a su madre. No quisimos nunca denunciar la ignorancia y la estupidez de un hombre que era tan buen hijo, y Raimundito, gracias a nuestra complacencia, llegó a pertenecer al Instituto. Ya no tenía madre, y los honores seguían lloviendo sobre él. Era todopoderoso, en perjuicio de sus compañeros y de la ciencia. Pero aquí fue llegar a mi joven amigo del Luxemburgo.

—Buenas tardes, Gelis. Viene usted con una cara muy alegre. ¿Qué le ocurre, hijo mío? Le ocurre que ha sostenido muy bien su tesis y ha alcanzado una magnífica clasificación. Esto es lo que me anuncia, añadiendo que mis trabajos, de los que se habló incidentalmente en el curso de la sesión, fueron elogiados sin reserva por parte de los profesores de la escuela.

—Eso está muy bien —le respondí—, y me complace mucho, Gelis, ver mi vieja reputación asociada a su joven gloria. Yo me interesaré vivamente, ya lo sabe usted, por su tesis; pero algunos sucesos domésticos me habían hecho olvidar que la sostenía usted hoy. Juana vino muy a punto para informarme de aquellos sucesos. La muy estúpida penetró como una ligera brisa en la ciudad de los libros,

asegurando que su habitación era una maravilla. Se puso encendida al ver a Gelis. Pero nadie puede eludir su destino.

Observé que en aquella ocasión estuvieron muy tímidos el uno y el otro, sin hablar ni una palabra entre ellos.

—¡Bien! ¡Muy bien, Silvestre Bonnard! Contemplando a tu pupila, te olvidas de que eres tuerto. Lo eres desde esta mañana y esta nueva obligación te impone ya deberes muy delicados. Bonnard, debes apartar hábilmente a ese joven, debes... ¡Ah! ¿Es que sé yo acaso lo que debo hacer?...

Gelis toma notas de mi ejemplar único de *La Ginevra della elre domne*. He sacado al azar un libro cualquiera del estante más próximo; lo abro y entro con respeto en medio de un drama de Sófocles. Al envolver siento más amor que nunca por las dos antigüedades, y en adelante los poetas de Grecia y de Italia estarán en la ciudad de los libros al alcance de mi mano. Leo aquel coro suave y luminoso, que desarrolla su bella melopea en medio de una canción violenta, el coro de los ancianos tebanos *Eptus axiate*. —¡Invencible amor, ¡Oh! Tú que te arrojas sobre las mansiones poderosas, que reposas sobre las delicadas mejillas de las adolescentes, que cruzas los mares y visitas los establos, ninguno de los inmortales puede huirte, como tampoco ninguno de los hombres que viven breves días. Y, quien te posea, delira". Cuando hubo leído aquel delicioso canto, la figura de Antígona se me apareció en toda su inalterable pureza. ¿Qué imágenes! ¡Dioses y diosas flotando en el más puro de los cielos! El anciano ciego, el rey mendicante que erró durante largo tiempo, conduciendo por Antígona, ha recibido ya sepultura santa, y su hija, bella entre las más bellas imágenes que el alma humana haya concebido jamás, resiste al tirano y enterra piadosamente a su hermano. Ama al hijo del tirano y es amada por él. Y mientras va al suplicio, donde su piedad la conduce, los ancianos cantan:

—Invencible amor. ¡Oh! Tú que te arrojas sobre las mansiones poderosas, que reposas sobre las delicadas mejillas de las adolescentes..."

No soy un egoísta, soy prudente; tengo que educar a esta criatura, que es aun demasiado joven para casarse. ¡No! Yo no soy un egoísta; pero debo tenerla algunos años junto a mí, sola conmigo. ¿No puede esperar a que me muera? Pueden estar tranquila, Antígona; el anciano Edipo encontrará a tiempo el santo lugar de su sepultura.

Por el momento, Antígona, ayuda a nues-

tra sirvienta a mondrr nabos. Dice que esta ocupación la recuerda la escultura.

Mayo.

¿Quién reconocería la ciudad de los libros? Ahora hay flores sobre todos los muebles. Juana tiene razón: esas rosas resultan muy bellas en su vaso de porcelana azul. Acompaña a Teresa al mercado y siempre trae flores. Las flores son, en verdad, como encantadoras criaturas. Será necesario que algún día realice mi deseo de estudiarlas de cerca en el campo, con todo el espíritu metódico de que soy capaz.

¿Y qué hacer aquí? ¿Para qué acabar de quemarme los ojos sobre estos viejos perenninos que no me dicen nada que valga la pena? En otros tiempos describía los viejos textos con un ardor magnánimo. ¿Qué esperaba yo entonces hallar en ellos? La fecha de una fundación piadosa, el nombre de algún monje miniaturista o copista, el precio de un pan, de un buey o de un campo; una disposición administrativa o judicial, todo ello y algo más, algo misterioso, vago y sublime, que inflamaba mi entusiasmo. Pero he buscado sesenta años, sin encontrar ese algo. Los que valían más que yo, los maestros, los grandes, los Lauriel, los Thierry, que han descubierto tantas cosas, han muerto en la tarea, sin haber descubierto tampoco ese algo, que no tiene cuerpo ni nombre, y sin lo cual, sin embargo, ninguna obra de la inteligencia sería emprendida sobre la tierra. Ahora que ya yo he huscado más que lo que razonablemente puedo hallar, no encuentro absolutamente nada, y es probable que deje sin terminar la historia de los abades de Saint-Germain-des-Prés.

—¿A qué no adivina usted, tutor, lo que traigo en el pañuelo?

—Según todas las apariencias, deben ser flores, Juana.

—¡Oh, no! No son flores. Míre usted. Miro y veo una cabezita gris que salta fuera del pañuelo. Era la de un gatito gris. El pañuelo se abre. El animalito salta sobre la alfombra, se sacude, endereza una oreja, después la otra, y examina prudentemente el lugar y las personas.

Con la pata al brazo entra Teresa sin aliento. No tiene el defecto del disimulo. Reprocha con vehemencia a la señorita llevar a casa a un gato al que no conoce. Juana, para justificarse, relata la aventura. Al pasar con Teresa ante la puerta de una farmacia, vió que un manecbo lanzaba de un pantapié un gatito a la calle. El gato, sorprendido e incomodado, se pregunta si permanecerá en la calle a pesar de los transeúntes, que le tropiezan y

...o, si volverá a entrar en la farmacia, corre el riesgo de volver a salir, por la punta de un zapato. Ah, Juana, que su situación es muy crítica, y que le duele. El animal tiene un aire... Ella cree que es la indecisión la que le da ese aspecto. Lo toma en brazos, y como se encontraba a gusto ni fuera ni dentro de quedarse en el aire. Mienta de tranquilizar al gato con sus caricias le dice al manecillo de la botica: no me gusta este animalito, no tiene por qué morir; me lo puede dar a mí. ¿Tómelo usted — respondió el muchacho —

...ha sido todo... — añadió Juana, a manera de conclusión. Haciendo una voz aflautada, promete al dueño una clase de alafagos.

— ¿Qué flaco está! — dije examinando al pomañito... Además, es bastante feo. Pero no lo encuentro feo, pero reconozco que un aire cada vez más estrípidio. Ah, no es la indecisión, sino la sorpresa lo que le da ese aspecto. Si nosotros estuviéramos en su lugar, piensa, nos convenceríamos de que es imposible comprender nada de su conducta. Nos reímos en las narices del pomañito, que conserva una seriedad cómica. Quiere volver a tomarme en brazos, pero se desliza debajo de la mesa, de donde no puede salir ni a la vista de un platillo de leche.

...nos alejamos. Al acercarnos de nuevo, el animal está vacío.

— Juana — le digo, — tu protegido tiene una conducta poco clara, su carácter es solapado; pero que no cometa en la ciudad de los librerías que no obliquen a enviarlo de nuevo a su farmacia. Entretanto, se impone un nombre. Propongo llamarle Don Góter, aunque este nombre me resulta demasiado largo. Píldora, Droga o Risperían más breves y, además, tendrían el mérito de recordarle su primera condición. ¿Te parece?

— Píldora, le iría bien — me responde Juana. Pero, ¿qué generoso darle un nombre que le recuerde sin cesar las penas de que es libre? No sería más conveniente nuestra hospitalidad. Seamos más generosos, dándole un nombre bonito, en la esperanza de que sabrá merecerlo. Fíjese usted cómo mira; se da cuenta de que nos ocupa de él. Es menos torpe desde que ha sido de ser desgraciado. La desgracia empuja, yo lo sé muy bien.

— Bueno, Juana, si quieres podemos llamarle... Pero, ¿tu protegido? La conveniencia de ese nombre no debe sorprenderme. Pero me el gato de Angora, que le precedió en la ciudad de los libros y a quien yo tenía el deber de hacerle confidencias, pues era muy discreto, se llamaba Amilcar. Y es natural que aquel nombre engendrase el otro y que el otro suceda a Amilcar.

...volvimos de acuerdo sobre ese punto.

— ¡Anibal! — exclamó Juana. — Ven aquí. Anibal, asustado por la extraña sonoridad de ese nombre, fué a agazaparse bajo un estante de la biblioteca, en un hueco tan pequeño que una rata no hubiera cabido en él. Eso es llevar bien un gran nombre!

Me sentía aquel día con ánimos de trabajar y había sumergido en el tintero la punta mi pluma, cuando oí que llamaban a la puerta. Si algunos ociosos llegaron a leer estas páginas, emborronadas por un viejo despreciable de imaginación, se reirán bastante de los errores de los autores que resucitan en todo momento el curso de mi relato, sin introducir jamás un nuevo personaje, ni preparar una escena inesperada. Al revés que en el teatro. Scríbe sobre sus puertas sino de una manera constante y para interesar a las damas y señoritas. Eso es arte. Antes me ahorcan que escribir

una obra de teatro, no por desprecio a la vida, sino porque me parece que no podría inventar nada divertido, ¡pluvatur! Para tal cosa es necesario haber recibido la influencia secreta. Ese don me sería funesto. Imagínese usted que en la historia de la abadía de Saint-Germain-des-Prés, se me ocurriera inventar algún frailecillo. ¡Qué dirían los jóvenes eruditos! ¡Qué escándalo se armaría en la escuela! En cuanto al Instituto, no diría nada, ni tampoco pensaría nada. Mis colegas, aunque escriben algo, no leen absolutamente nada. Son de la misma opinión de París, que decía:

Una tranquila indiferencia es la más razonable virtud.

Ser lo menos posible, para ser lo mejor posible. Por alcanzar esto se esfuerzan esos budistas sin saberlo. Si hay una sabiduría más razonable, iré a decirlo a Roma. Todo esto ha venido a propósito del campanillazo de Gelis. Este joven ha cambiado por completo de manera de ser. Ahora es tan grave como antes era ligero, tan taciturno como antes charlatán. Juana sigue su ejemplo. Nos encontramos en la fase de la pasión contenida. Pues por muy viejo que sea creo que no me equivoco: estas dos criaturas se aman con toda la fuerza de su alma. Juana ahora procura evitarlo, se esconde en su habitación cuando él entra en la biblioteca. ¡Pero, qué bien le encuentra cuando está sola! Solo le habla toda la noche con la música que ejecuta en el piano, con un acento rápido y vibrante, que es la nueva expresión de su alma nueva.

— ¡Bien está! ¿Por qué no decirlo? ¿Por qué no confesar mi debilidad? ¡Mi egoísmo sería menos censurable ocultándolo a mí mismo! Voy a decirlo, pues sí, yo esperaba otra cosa; ¡sí, contaba conservarla para mí solo, como mi hija, como mi nieta, no siempre, ni siquiera mucho tiempo, pero sí algunos años todavía. Soy viejo. ¿No podía esperar? ¿Y quién sabe? Con ayuda de la gota y el artritismo, quizá no hubiera abusado demasiado de su paciencia. Ese era mi deseo, esa era mi esperanza. Pero no como el notario, no como el tonto, pues si yo esperaba eso, ¡pero si la cuenta estaba mal, la equivocación ha sido bien cruel. Y después de todo, me parece que se condena con mucha ligereza, amigo Silvestre Bonnard. Si desearas conservar a tu lado a esa muchacha algunos años más, era tanto en interés de ella como en el tuyo. Aun tiene bastante que aprender, y tú no eres un maestro desdichado. Cuando el notario me dijo, que hizo después una trastada tan oportuna, te dispensó el honor de visitarte, tú le explicaste tu sistema de educación con el calor de un alma apasionada. Todo tu afán tendía a aplicar aquel sistema. Juana es una ingrata y Gelis un seductor.

Pero, si no le pongo de patitas en la calle, cosa que sería de un gusto y de un sentimiento detestables, tengo que reírme; y llevo ya un buen rato esperándole en el silencio, frente a unos vasos de Sèvres, que me fueron generosamente regalados por el rey Luis Felipe. Los sedadores y los pescadores, de Leopoldo Robert, se hallan pintados en esos vasos de porcelana, que Juana y Gelis están de acuerdo en encontrar horribles.

— ¡Hijo mío, perdóneme que no le haya recibido en seguida. Estaba terminando un trabajo.

Digo la verdad: la meditación es un trabajo. Pero Gelis me lo entiende así. Cree que se trata de arqueología, y me manifiesta su deseo de que termine pronto mi historia de los abades de Saint-Germain-des-Prés. Sólo después de haberme dado esa prueba de interés, me pregunta por Juana, a lo que yo le respondo: "Esta muy bien", con un tono seco en el que se revela mi autoridad moral de tutor.

Problema



— Mi marido extraña la comida que le hacía su madre, y ella no quiere cederme su cocina.

Y después de un momento de silencio, habíamos de la Escuela, de las últimas publicaciones y de los progresos de las ciencias históricas. Luego entramos en generalidades. Las generalidades son un gran recurso. Procuró inculcar a Gelis un poco de respeto para la generación de historiadores a la cual pertenecía. Le dijo:

— La historia, que era un arte y que se permitía todas las fantasías de la imaginación, ha llegado a ser en nuestro tiempo una ciencia en la que se impone el proceder con riguroso método.

Gelis me pide permiso para no compartir mi opinión. Me declara que no cree que la historia sea, ni llegue a ser nunca, una ciencia.

— Y, ante todo — me dice, — ¿qué es la historia? La representación escrita de los acontecimientos pasados. Pero, ¿qué es un acontecimiento? ¿Es un hecho cualquiera? ¡No! me dirá usted: es un hecho notable. Entonces, ¿cómo puede juzgar un historiador si un hecho es notable o no lo es? Lo juzga arbitrariamente, según su gusto, su capricho o su idea. En fin, como un artista, pues los hechos no se dividen por su propia naturaleza en hechos históricos o en hechos no históricos. Por lo tanto, un hecho es algo extraordinariamente complejo. ¿El historiador representa los hechos en toda su complejidad? No, eso es imposible. Los representará desprovistos de la mayor parte de las particularidades que los constituyen y, por consecuencia, truncados, mutilados, diferentes de como fueron. Y, en cuanto a la relación de los hechos entre sí, ni habremos de ello. Si un hecho histórico está motivado, lo que es muy posible, por uno o varios hechos no históricos y por lo tanto desconocidos, dígame usted, se lo ruego: ¿qué medios tiene el historiador para marcar la relación de esos hechos entre sí? Y todo esto que he dicho es en el supuesto, señor Bonnard, de que el historiador tenga ante sus ojos testimonios ciertos, cuando, en realidad, sólo oruga su confianza a tal o cual testigo, por razones de sentimiento. La historia no es una ciencia, es un arte, y en ella sólo se logra el éxito por la imaginación.

Gelis me recordaba en aquel momento a un joven loco, a quien el conde de Luxemburgo, bajo la estatua de Margarita de Nava-

PANCHO SOMBRERO

CON LAS MISMAS ARMAS por TOONDER



rra. Y en el curso de la conversación nos dimos de narices con Walter Scott, a quien mi desdichado joven encuentra un aire recargado, trovadoresco y pasado. Son sus propias expresiones.

—Pero — le dije, exaltándome en la defensa del magnífico padre de Lucy y de la preciosa chiquilla de Perth — todo el pasado vive en sus admirables novelas. ¡Es la historia, es la epopeya!

—Son vejez — me respondió Gelis.
¿Y podrán ustedes creer que esta insensata criatura me afirma que es imposible, por muy sabio que se sea, precisar cómo eran y cómo vivían los hombres hace cinco o diez siglos, puesto que sólo con un gran esfuerzo conseguimos figurarnos poco más o menos cómo eran hace diez o quince años? ¡Para él la novela histórica, el poema histórico, la pintura de historia, son generos abominablemente falsos!

—En todas las artes — añade —, el artista no hace sino describir su alma; su obra, cualquiera que sea el ropaje en que la envuelva, es su contemporánea por el espíritu. ¿Qué admiramos en la Divina Comedia, sino el alma grande de Dante? Y los mármoles de Miguel Ángel, ¿qué nos representan de extraordinario, sino a Miguel Ángel mismo? Si el artista no da su propia vida a sus creaciones, consigue tan sólo tallar mármoles y vestir muñecos.

—¿Cuántas paradojas y cuánta irreverencia! Pero las audacias no me disgustan en un joven, Gelis se pone en pie y se sienta de nuevo. Sé muy bien lo que piensa y a quién espera. Me habla de los quinientos francos que gana, a los que hay que añadir una pequeña renta de dos mil francos que ha heredado. A mí no me engañan sus confidencias. Sé muy bien que me hace conocer sus cuentas para que me entere de que es un hombre colocado, establecido y ordenado; es decir, un hombre que puede casarse. C. q. f. d., como dicen los geómetras.

Se ha levantado y se ha vuelto a sentar veinte veces. Se pone en pie por la veintinueve vez y, como no ha visto a Juana, se va desolado.

En cuanto ha salido, entra Juana en la ciudad de los libros con el pretexto de vigilar a Anibal. Está desolada y, con voz doliente, llama a su protegido para darle leche. ¡Fíjate en ese rostro entristecido, Bonnard! Tirano, contempla tu obra. Los has mantenido separados, pero fíjate en sus rostros y, por la expresión de sus rasgos, podrás comprender que, a pesar tuyo, están unidos por el pensamiento. ¡Casandra, que seas feliz! ¡Bartolo, regocíjate! ¡Esto es ser tutor! Ahí la tienes, arrojada sobre la alfombra, con la cabeza de Anibal entre sus manos.

—¡Sí! ¡Acárcia a ese estúpido animal, compádecle, gime por él! Ya sabemos, pérdida, a donde van tus suspiros y quién es el causante de tus quejas.

Formaban un cuadro que contemplé largamente; después, lanzando una mirada sobre mi biblioteca:

—Juana — dije —, todos esos libros me aburren; los vamos a vender.

20 de septiembre.

Es cosa hecha: están prometidos. Gelis, que es huérfano, como Juana, ha encargado de formular la petición de mano a uno de sus profesores, colega mío, altamente estimado por su ciencia y su carácter. Pero, ¿qué mensajero de amor, justo cielo! Un oso, pero no un oso de los Pirineos, sino un oso de biblioteca, y esta segunda variedad es mucho más feroz que la primera.

—Con razón o sin ella (yo creo que sin ella),

a Gelis no le importa la dote. Se lleva a la pupila sin más que lo puesto. Diga usted qué sí y asunto terminado. Dése prisa, que quiero enseñarle dos o tres fichas de Lorena muy curiosas y que seguramente no conoce usted.

Esto es lo que literalmente me ha dicho. Me le he respondido que consultarla a Juana, y me he dado el gusto de hacerle saber que la pupila tenía dote.

¡Qué está el dote! Mi biblioteca. En fin, y Juana está a mil leguas de sospecharlo, quiera y el hecho es que generalmente me creen más rico de lo que soy. Tengo toda la apariencia de un viejo avaro. Pero es una apariencia bien engañosa y que me ha valido muchas consideraciones. No hay ninguna clase de personas a quien la gente respete tanto como a un rico tacaño.

He consultado a Juana; pero, ¿cómo necesito de oír su propuesta para saberlo? La cosa hecha: están prometidos.

No le va ni a mi carácter ni a mi figura dedicarme a espiar a estos dos muchachos para notar sus palabras y sus emociones. No me tangere. Es el lena de los bellos amores. Conozco mi deber: respetar el secreto de esa alma inocente por la que velo. ¿Que se amara? Ninguna de sus largas efusiones, ninguna de sus cándidas imprudencias, será anotada en este cuaderno por el viejo tutor cuya autoridad fué tan suave y duró tan poco!

Además, no me estoy de brazos cruzados y, si ellos tienen sus asuntos, yo tengo los míos. Estoy redactando por mí mismo el catálogo de mi biblioteca, con vistas a una venta en pública subasta. Es una tarea que me alivia y me distrae a la vez. La hago durar cuanto algo más de lo debido y hojeo los ejemplares tan familiarizados con mi pensamiento, con mis manos, con mis ojos, mucho más de lo necesario y de lo útil. Es un adiós, y siempre estubo en la naturaleza de los hombres el prolongar los adioses.

—Puedo separarme de este grueso volumen que tantos servicios me ha prestado durante treinta años, sin darle las pruebas de consideración que se deben a un buen servidor? Pero a este otro, que tantas veces me ha reconfortado con su santa doctrina, no debo saludarlo por última vez como a un maestro? Pues cada vez que me encuentro con un libro que me ha inducido a error, que me perturbó con sus falsas fechas, lagunas, mentiras y otros pestes del arqueólogo: — ¡Vete! — le digo, con amarga alegría: — ¡vete! Impositor, traidor, falsario, huye lejos de mí, vete retro y no regreses por tu indumento cubierto de oro, y gracias a tu reputación usurpada y a tu bella envoltura de tafetán, entrar en la vitrina de cualquier banquero bibliómano, al que no podrás engañar como me has engañado a mí, porque no te leerá jamás.

Puse aparte, para conservarlos siempre, los libros que me han sido regalados como recuerdo. Cuando coloqué en aquella hilera el manuscrito de *La leyenda dorada*, pensé en besarlo, en recuerdo de la señora de Trepof, que supo ser agradecida a pesar de sus riquezas y de la elevada posición que había alcanzado y que para demostrármelo, vino a convertirse en mi bienhechora. Sin embargo, tenía una reserva. Fué en aquella ocasión cuando conocí el crimen. Las tentaciones me asaltaban durante la noche; al rascar el alba se hacían irresistibles. Entonces, mientras todo en la casa dormía, yo me levantaba y salía furtivamente de mi alcoba.

FIN DE "EL CRIMEN DE

encias de la sombra, fantasmas de la no-
retardadas junto a mí, después del can-
gillo, me viaste deslizar de puntillas
la calidad de los libros, no hubieras excla-
mo la señora de Trepof en Nápoles:
el aire de ser una excelente persona".
Aníbal, con el rabo tieso, se restrega-
por mis piernas ronroneando. Yo sacaba
amen de su estante, algún gótico vene-
un noble poeta del Renacimiento, lo
resoro con que había soñado toda la no-
me lo llevaba para ocultarlo en lo más
del armario de las obras reservadas que
teniendo hasta reventar. Es horrible, de-
a robaba a Juana su dote. Y cuando el
ya estaba consumido, me ponía de nue-
arrogar tenazmente, hasta que Juana ve-
consultarme sobre cualquier detalle de
nietos o de su equipo. Yo no alcanzaba
comprender de lo que se trataba, pues
co el vocabulario actual de la costu-
las ropas; ¡Ah! Si una novia del siglo
ciera por un nilagato a consultarme so-
pores, ¡eso ya sería otra cosa! Compre-
bien su lenguaje. Pero Juana no es
tiempos y se la mando a la señora de
que en estos momentos le sirve de ma-

la noche, ¡la noche ha llegado! Aco-
en la ventana contemplamos la vasta
oscura, acibillada de puntos lumino-
sa, inclinada sobre la barandilla, apoya
en mi mano y parece empujarla. El
servo y me digo a mí mismo: "Todos los
incluso los más deseados, traen consi-
melancolía, ya que aquello que aband-
es una parte de nosotros mismos; es pre-
miar a una vida para entrar en otra."
respondiendo a mi pensamiento, ella
dice:
—Tutor mío, soy muy dichosa y, sin embar-
tengo ganas de morir.

ULTIMA PAGINA

21 de agosto de 1882.

Página ochenta y siete... Todavía una vein-
de líneas y mi libro sobre los insectos
flores estará terminado. Página ochenta
y última... "Como acaba de verse, las
de los insectos tienen una gran importan-
cia las plantas; en efecto, ellos se encar-
gan de transportar el polen de los estambres al
Dijérase que la flor está dispuesta y ata-
a la espera de esta visita nupcial. Creo
demostrado que el néctar de la flor des-
teor azucarado que atrae al insecto y
a operar inconscientemente la fecun-
directa o cruzada. Este último modo es
frecuente. He demostrado que las flo-
res coloradas y perfumadas de manera
eran a los insectos y construidas interior-
mente que ofrecen a sus visitantes un
que les permite penetrar en la corola
pasar sobre el estigma el polen del cual
cargados. Sprengel, mi querido maestro,
propósito de la heliútila que tapiza la
del geranio de los bosques: "El sabio
de la naturaleza no ha querido crear un
"lilo inútil". Yo digo a mi vez: "Si el lirio
campos, al que se refiere el Evangelio,
rido con más riqueza que el, rey Salo-
su manto de púrpura es un manto de bo-
este rico atuendo es una necesidad de
perpetuación de su existencia. (1).

"Brollés, a 21 de agosto de 1882."

¡Est! Mi casa es la última que se encuen-
la calle de la aldea, yendo hacia el bos-
Es una casa de agudo techo de pizarra,
irisa al sol, como el cuello de una pala-
la veta que se eleva sobre el techo, me
mis consideración en estos lugares, que

todos mis trabajos de historia y de filología.
Hasta el último momento conoce la veta del
señor Bonnard. Está empujando y rechujando
al viento agriamente. Algunas veces se niega a
prestar su servicio, como Teresa, que, gruñen-
do, se deja ayudar por una muchacha campe-
sina. La casa no es grande, pero yo vivo a mi
gusto. Mi alcoba tiene dos ventanas y recibe
los primeros rayos del sol. Arriba está la habi-
tación de los jóvenes. Juana y Enrique vienen
dos veces al año.

El pequeño Silvestre tenía su cuna. Era un
lindo niño, pero muy pálido. Cuando jugaba
sobre la hierba, su madre le seguía con una
mirada inquieta, y a cada momento dejaba sus
aguas para tenerlo sobre sus rodillas. El pobre-
cillo no se quería dormir. Decía que, durmien-
doso, se iba lejos, muy lejos, donde todo era
negro y donde veía cosas que le daban miedo
y que no quería ver.

Entonces su madre me llamaba, y yo me
acercaba a su cuna: él cogía uno de mis de-
dos en su manecita caliente y seca y me decía:
—Quiero que me cuentes un cuento, papá.
—Le lo contaba toda clase de cuentos, que él
escuchaba gravemente. Le interesaban todos,
pero había uno que maravillaba singularmente
a su alma: era el de El pájaro azul. Cuando
acababa de contárselo, me decía:

—¡Otra vez! ¡Otra vez!

Yo recomenzaba, y su cabecita pálida, en la
que azuleaban las venas, se dejaba caer sobre
la almohada.

El médico respondía a todas nuestras pregun-
tas.

—No es nada extraordinario!

—¡No! El pequeño Silvestre no tenía nada de
extraordinario. El año pasado, su padre me ha-
ló una noche:

—Venga — me dijo —. El niño está muy gra-
ve.

Me acerqué a la cuna, junto a la cual la madre
permanecía inmóvil, atada por todas las
potencias de su alma.

El pequeño Silvestre volvió lentamente ha-
cia mí su pupila, que se alzaron bajo sus párp-
ados y no querían bajar de nuevo.

—Padrino — me dijo —, ya no es necesario que
me cuentes más cuentos.

—¡No, ya no había para qué contarle más
cuentos!

—Pobre Juana, pobre madre!

Soy ya demasiado viejo para ser muy sen-
sible; pero, en verdad, la muerte de un niño es
un doloroso misterio.

El padre y la madre han llegado hoy, para
pasar seis semanas bajo mi mismo techo. Helos
aquí que vuelven del bosque, dándose el brazo.
Juana se envuelve en un negro manto. Y
Enrique lleva una gasa de luto en su sombrero
de paja; pero los dos están radiantes de ju-
ventud y se sonríen dulcemente el uno al otro,
sonríen a la tierra que pisan, al aire que los
envuelve, a la luz que cada uno de ellos ve
brillar en los ojos del otro. Yo les llamo la
atención desde mi ventana con mi pañuelo, y
ellos sonríen a mi vez.

Juana sube rápidamente la escalera, me besa y
murmura a mi oído algunas palabras que yo
adivino más que entiendo. Y le respondo:

—Que Dios te bendiga, Juana, a ti y a tu
marido, en vuestra más remota descendencia.
Et nunc dimittis servum tuum, Domine.

(1) Silvestre Bonnard no sabía que, antes que él,
cientistas naturalistas habían investigado las relaciones
de los insectos y las plantas. Ignoraba los trabajos
de Darwin y los del doctor Hermann Müller, así como
las observaciones de sir John Lubbock. Es preciso ad-
vertir que las conclusiones de Silvestre Bonnard se
asemejan muy sensiblemente a las de estos tres sa-
bios. Aunque resulta menos útil, es acaso interesante
comprobar que sir John Lubbock es, al igual que
Bonnard, un arqueólogo entregado tardíamente a las
ciencias naturales. (Nota del editor.)

AVENTURAS DE DON LINO

SOLUCION

por BARTA



COMO FUE INSTITUIDO EL



HE aquí de qué manera el azar, que los escépticos llaman "agente de negocios" del buen Dios, puso un día en contacto a los individuos cuya asociación formal debía constituir más adelante el círculo formado por aquella clase de bohemia que el autor de esta obra ha intentado dar a conocer al público.

Una mañana — era el 8 de abril — Alejandro Schaubard, que cultivaba las artes liberales de la pintura y de la música, fué despertado bruscamente por el carrilón de un gallo de la vecindad, que le servía de reloj.

— ¡Demonio! — exclamó Schaubard —. Mi reloj de plumas adelanta. No es posible que haya amanecido ya.

Diciendo aquellas palabras saltó precipitadamente fuera de un mueble de su industriosa invención, y que, desempeñando el papel de cama por la noche — y no hay que decir que lo desempeñaba pésimamente —, reemplazaba durante el día a todos los demás muebles, ausentes por causa del frío riguroso habido en el precedente invierno. Una especie de mueble Juan Pablos, como se ve.

Para prevenirse de las mordeduras del frío matinal, Schaubard se puso a toda prisa una falda de satén rosa sembrada de lentejuelas y que le servía de bata. Aquella original prenda había sido olvidada, cierta noche de baile de máscaras en casa del artista, por una locura que había cometido: la de dejarse atrapar en las falaces promesas de Schaubard, el cual, disfrazado de marqués de Mondor, hacía resonar en sus hollos el tintineo seductor de una docena de escudos, moneda de fantasía recordada con un sacabocón en una placa metálica cogida en la guardarrropía de un teatro.

Vestido ya con su ropa de casa, el artista fué a abrir la ventana y a pensarla. Un rayo de sol, semejante a una flecha de luz, penetró bruscamente en el cuarto y le obligó a abrir del todo los ojos, deteniendo velados por las nieblas del sueño. Al mismo tiempo daban las cinco en un campanario cercano.

— ¡Es la aurora misma — murmuró Schaubard —. ¡Qué cosa más rara! Sin embargo — añadió consultando un calendario colgado de la pared — no hay ningún error. Las indicaciones de la ciencia afirman que en esta época del año, no

debe salir el sol hasta las cinco y media. No son más que las cinco y ya está el sol arriba. Exceso de celo, sin duda. Ese astro está equivocao. Me quejé ante el Observatorio Astronómico. Entretanto — agregó — debería comenzar por inquietarme un poco. Hoy es indudablemente el día siguiente de ayer, y como ayer era siete, a menos que Saturno no marche hacia atrás, debe ser hoy ocho de abril. Y si creo en lo que afirma este papel — prosiguió Schaubard leyendo de nuevo una notificación de desalojo pegada en la pared — hoy a las doce en punto debo haber desocupado estos rincones y puesto en manos del señor Bernard, mi casero, una suma de setenta y cinco francos por trimestre vencido, y que me reclama por este escrito redactado con pésima caligrafía por cierto. Esperaba, como siempre, que la casualidad se encargaría de liquidar este asunto; pero parece que no ha tenido tiempo. En fin, tengo aún seis horas ante mí; empleándolas bien, puede ser que... ¡Vamos... vamos, en marcha! — añadió Schaubard, y ya se disponía



a ponerse un abrigo cuya tela, primitivamente peluda, estaba a la sazón completamente calva, cuando de pronto, como si hubiese sido mordido por una tarántula, se puso a ejecutar en su habitación una danza de su cosecha, que en los bailes públicos nías de una vez le había valido los honores de la policía. — ¡Admirable! — exclamó —. ¡Qué cosa más curiosa! El aire matinal despertaba las ideas. Me parece que estoy sobre la pista de mi composición. Veamos.

Y Schaubard, medio desnudo, fué a sentarse sobre su piano, y, después de haber despertado al dormido instrumento con una tempestad de acordes, comenzó, sin dejar de monologar, a perseguir sobre el teclado la frase melódica que buscaba desde hacía tanto tiempo. *Do, sol, mi, la, si, do, re, ¡pun! ¡pun! Fa, re, mi, re, ¡Ay! ¡ay! ¡Es más falso que Judas, este —* recordó Schaubard golpeando con violencia en la tecla de tonos dulces —. Veamos el tono menor... Debe describir hábilmente la aflicción de una joven que está deshojando una margarita blanca en un lago azul. He aquí una idea que no es infantil. En fin, ya es la moda, y si no se encontraría un editor que se atreviese a publicar una romanza donde no hubiera un

lago azul, hay que conformarse... *Do, mi, re, mi, do, la, si, do, re. No soy descontento con esta, da bastante bien la idea de una margarita sobre todo para las personas que están fuera en botánica. La, si, do, re, ¡Demonio de re!* Ahora para dar la sensación exacta del lago azul, me haría falta algo húmedo, algo así como algo de rayo de luna, porque la luna entra también bien. ¡Toma, pero si va saliendo!... No me videntes el cisne — *fa, mi, la, sol* — continuó Schaubard, haciendo chapulear las notas cristallinas de la octava aguda —. Queda el adiós a la muchacha que decide arrojarse al lago azul para volver a reunirse con su amado, enterrado bajo la nieve. El desenlace no está claro — murmuró Schaubard —, pero es interesante. Necesitaba alguna cosa tierna, melancólica; ¡sale, ya sale! He aquí una docena de compases que lloran como Magdalena; ¡parte el corazón! ¡Brrr! ¡Brrr! — farfolló Schaubard, estremeciéndose en su falda tachonada de lentejuelas — ¡Si pudiera partir leña en vez de corazón! ¡He aquí mi alcoba una viga que me incomoda mucho cuando tengo gente... a comer; encendí un poco de lumbre con... la, la... re, mi, porque siento que la inspiración me viene en vuela en un resfrió de cabeza. ¡Qué le vamos a hacer! Paciencia. Continuemos ahogando a mi muchacha.

Y mientras que sus dedos aporreaban el teclado palpitante, Schaubard, con los ojos encendidos, y las orejas tiesas, daba caza a la melodía, cual, semejante a una ninfa intangible, revoloteaba en medio de la niebla sonora que las vibraciones del instrumento parecían espigar por el cuarto.

— ¡Veamos ahora — prosiguió Schaubard — como mi música se ensarta en la letra de mi poeta. Y tararé con voz desagradable este fragmento poético, compuesto especialmente para las óperas cómicas y las leyendas populares.

*La rubia jovencita
hacia el ciclo estrellado,
quitándose la mantilla,
lanza su mirar velado,
y en la onda azulosa
del lago de olas de plata...*



CENACULO DE LA BOHEMIA

**Un episodio de
ESCENAS DE LA VIDA BOHEMIA**
la inmortal obra de **ENRIQUE MURGER**

ILUSTRACIONES DE ARTECHE

¡...! ¡cómo! — exclamó Schaunard arre-
en justa indignación —: ¿la onda azu-
un lago de olas de plata?... ¡Todavía
había dado cuenta de ello! Es demasiado
al fin. Este poeta es un idiota. No
nunca ni plata ni lago. Su balada es
además. El corte de los versos perju-
música. En lo sucesivo yo mismo com-
la letra. Y en seguida. Estoy en vana
a hilar un boceto de cuplé adaptable
medía.

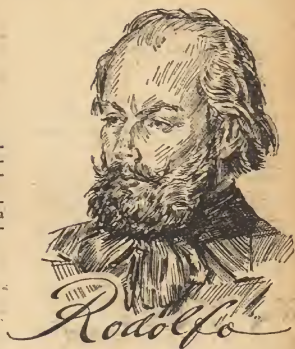
Schaunard, apoyando la cabeza entre sus
tomó la grave actitud de un mortal que
relaciones con las Musas. Al cabo de
de aquel connubio sagrado, había dado
de aquellas deformidades que los li-

bretistas llaman con razón *monstruos*, y que im-
provisan bastante fácilmente para servir de ca-
ñamazo provisional a la inspiración del compo-
sitor.

Sólo que el monstruo de Schaunard tenía sen-
tido común y expresaba bastante claramente la
inquietud provocada en su espíritu por la lle-
gada brutal de aquella fecha: ¡8 de abril!

He aquí la copla:

*Ocho y ocho dieciséis,
Pongo seis y llevo el uno,
Sería muy venturoso
Si topase con alguno,
Cual yo, humilde y generoso,*



ARTECHE

*Que me dé pronto y gustoso
Ochoientos francos juntos.
Pagando a mis acreedores
Se acabaron los sustos
Y además los sinsabores.*

Estribillo:

*Y a las doce menos cuarto
En el cuadrante a sonar,
¡Pagaria lo que debo
A mi casero Bernard.*

—¡Caramba! — exclamó Schauvard leyendo su composición. — *Sonar y Bernard* no son rimas muy millonarias que digamos; pero no tengo tiempo de enriquecerlas. Intentemos ahora casar las notas con las sílabas.

Y con aquel horrible órgano nasal que le era peculiar volvió de nuevo a la ejecución de su comedia. Satisfecho sin duda del resultado que acababa de obtener, Schauvard se felicitó con una mueca de júbilo que, semejante a un acento cirineño, se le ponía a caballo en sus narices siempre que se sentía contento de sí mismo. Pero aquella orgullosa beatitud duró muy poco.

Dieron las once en el campanario cercano. Cada campanada entraba en la habitación y se extinguía en resonancias sacaronas, que parecían decir al desgraciado Schauvard: «¿Estás listo?»

El artista brinco en su silla.
—El tiempo corre como un gamo — dijo —. Sólo me quedan tres cuartos de hora para encontrar mis setenta y cinco francos y mi nuevo alojamiento. No lo conseguiré nunca. Eso entra denudado en el dominio de la magia. Vámonos a ver. Me concedo cinco minutos para dar con ello... Y hundiendo la frente entre sus rodillas, descendió a los abismos de la reflexión.
Los cinco minutos corrieron, y Schauvard enderezó su cabeza sin haber encontrado nada que se pareciera a setenta y cinco francos.

—Decididamente sólo tengo un partido que tomar para salir de aquí. Es el de marcharme tranquilamente. Hace buen tiempo, y quizá mi amigo el azar está pensando al sol. Tendrá que darme hospitalidad hasta que haya encontrado el medio de liquidar con el señor Bernard.

Schauvard, tras de atiborrar los bolsillos del gabán, profundos como cuevas, de cuantos objetos podían entrar, envolvió, anudando en un pañuelo, algunos efectos de ropa y dejó su aposento, no sin dirigir en unas palabras conmovidas un adiós a su domicilio.

Al atravesar el patio, el portero de la casa, que parecía espiarle, le detuvo súbitamente.

—¡Eh, señor Schauvard! — gritó cerrando el paso al artista. — ¿Se acuerda usted de eso? Hoy es día ocho.

*Ocho y ocho dieciséis.
Pongo seis y llevo uno...*
—canturreó Schauvard. — No pienso en otra cosa.

—Es que se ha retrasado usted un poco en su mudanza — repuso el portero. — Son las once y media, y el nuevo inquilino, a quien se ha alquilado su cuarto, puede llegar de un momento a otro. ¡Déjese usted ir, señor!

—En ese caso — respondió Schauvard — déjeme pasar. Voy a buscar un carro de mudanza.

—Muy bien. Pero antes de mudarse hay que cumplir una pequeña formalidad. Tenga orden de no dejarle a usted llevar un solo pelo sin que haya pagado los tres trimestres vencidos. Supongo que estará usted en condiciones...

—¡Paso adelante! — exclamó Schauvard dando un paso adelante.

—¿Quiere usted entonces entrar en mi habitación? — repuso el portero. — Le voy a dar sus recibos.

—Los recogeré al volver.

—Pero, ¿por qué no en seguida? — preguntó el portero con insistencia.

—Voy a buscar un cambio... No tengo moneda de ella.

—¡Ah! — repuso el otro con impaciencia —.

¿Con que usted va en busca de plata menuda? En tal caso, para ayudarle, permítame que le guarde ese paqueto que lleva debajo del brazo, y que podría estorbarle.

—¿Es que desconfía usted de mí, por casualidad, señor portero? — interrogó Schauvard con dignidad. — ¿Cree usted, pues, que llevo mis muebles en un pañuelo?

—Disculpe, señor — replicó el portero bajando un poco el tono. — Es mi consigna. El señor Bernard me ha dado orden expresa de que no le permita a usted sacar ni un pelo, sin que antes le haya pagado.

—Pero hombre — exclamó Schauvard desatando el lío —, no hay aquí pelos ni para muestra. Son camisas que llevo a la planchadora, que vive al lado del cambista, a veinte pasos de aquí.

—Eso es otra cosa — contestó el portero después de haber examinado el contenido del paquete —. Ahora, si no hay indiscreción en la pregunta, ¿adónde se muda usted, señor Schauvard?

—A la calle de Rivoli — repuso fríamente el artista, que, habiendo puesto el pie en la calle, se alejó lo más presto posible.

—Calle de Rivoli — murmuró el portero metiéndose los dedos en la nariz. — Cosa extraña que le hayan echado a volar la calle de Rivoli y que no hayan venido a tomar informes aquí; ¡Extrañísimo! En fin, no se llevará sus muebles sin haber pagado antes. ¡Con tal que, el otro inquilino no se mude precisamente en el momento en que el señor Schauvard se mude! ¡Menudo jaleo habría en la escalera con ambos mobiliarios! ¡Paf! Hablando de Roma... — exclamó de pronto sacando la cabeza entre el postigo de la ventana —. Aquí está precisamente mi nuevo inquilino.

Seguido de un mozo de cuerda, que no parecía doblarse bajo el peso de su carga, acababa de entrar, en efecto, un joven tocado con un sombrero blanco Luis XIII.

—¿Está ya libre mi apartamento? — preguntó al portero, que había seguido a su encuentro.

—Aun no, señor; pero yo estaré. La persona que lo ocupa ha ido a buscar el carro para mudarse. Por lo demás, en tanto espera, el señor podría depositar sus muebles en el patio.

—Temo que lleve — respondió el joven, mastacando tranquilamente un ramo de violetas que tenía entre los dientes. — Podría expropiarse mi mobiliario. Debe haber usted, eso, — añadió dirigiéndose al hombre que había quedado tras él, portador de un gancho cargado de objetos cuya naturaleza no se explicaba bien el portero —, en el vestíbulo y vuelva a mi antiguo alojamiento a tomar lo que queda todavía de muebles preciosos y de objetos de arte.

El mozo colocó a lo largo de una pared varios paquetes, y se dirigió a una aljura de seis pies, y cuyas hojas, replegadas en aquel instante unas sobre otras, parecían poderse desplegar a voluntad.

—¡Ejefe! — exclamó el joven al mozo abriendo a medias una de las hojas y enseñándole una desgarradura que había en la tela. — He aquí una desgracia. Me ha estrellado usted mi gran luna de Venecia. Procure usted tener cuidado con eso, ¡señor! — añadió, muy contento, sobre todo con mi biblioteca!

—¿Qué quiere decir usted con su luna de Venecia? — musitó el portero dando vueltas con aire inquieto en torno a un biombo. — En fin, vámonos a ver lo que va a traer en el segundo viaje.

—¿Es que su inquilino no va a dejar en seguida el lío libre? — preguntó al portero. — Son las doce y media y quería ya ocuparlo.

—No creo que tarde — respondió el portero. — Por lo demás, no hay todavía mal alguno, puesto que no han llegado sus muebles — añadió recalcando las últimas palabras.

Iba a responder el joven, cuando un soldado en funciones de ordenanza entró en el patio.

—El señor Bernard — preguntó sacando una carta del portadocumentos de cuero que llevaba colgada en bandolera.

—Sí, señor; aquí es — contestó el portero. — Esta carta es para el — repuso el militar —. Firme usted el recibo.

Y entregó al consorte un talonario de despachos. — ¿Quiere usted, señor Durand, que le firme yo, que esté ya a firmar en sus habitaciones?

—Dispense usted si le deajo solo — dijo el portero al joven que se pasaba en el patio con impaciencia; — pero se trata de una carta del Ministerio para el señor Bernard, mi patriótico vecino a subirla.

En el momento en que el portero entró en su casa, el señor Bernard estaba asfistiendo.

—¿Quiere usted, señor Durand, que le firme yo, que esté ya a firmar en sus habitaciones?

—Dispense usted si le deajo solo — dijo el portero al joven que se pasaba en el patio con impaciencia; — pero se trata de una carta del Ministerio para el señor Bernard, mi patriótico vecino a subirla.

En el momento en que el portero entró en su casa, el señor Bernard estaba asfistiendo.

—¿Quiere usted, señor Durand, que le firme yo, que esté ya a firmar en sus habitaciones?

—Dispense usted si le deajo solo — dijo el portero al joven que se pasaba en el patio con impaciencia; — pero se trata de una carta del Ministerio para el señor Bernard, mi patriótico vecino a subirla.

En el momento en que el portero entró en su casa, el señor Bernard estaba asfistiendo.

—¿Quiere usted, señor Durand, que le firme yo, que esté ya a firmar en sus habitaciones?

—Dispense usted si le deajo solo — dijo el portero al joven que se pasaba en el patio con impaciencia; — pero se trata de una carta del Ministerio para el señor Bernard, mi patriótico vecino a subirla.

En el momento en que el portero entró en su casa, el señor Bernard estaba asfistiendo.

—¿Quiere usted, señor Durand, que le firme yo, que esté ya a firmar en sus habitaciones?

—Dispense usted si le deajo solo — dijo el portero al joven que se pasaba en el patio con impaciencia; — pero se trata de una carta del Ministerio para el señor Bernard, mi patriótico vecino a subirla.

En el momento en que el portero entró en su casa, el señor Bernard estaba asfistiendo.

—¿Quiere usted, señor Durand, que le firme yo, que esté ya a firmar en sus habitaciones?

—Dispense usted si le deajo solo — dijo el portero al joven que se pasaba en el patio con impaciencia; — pero se trata de una carta del Ministerio para el señor Bernard, mi patriótico vecino a subirla.

En el momento en que el portero entró en su casa, el señor Bernard estaba asfistiendo.

—¿Quiere usted, señor Durand, que le firme yo, que esté ya a firmar en sus habitaciones?

—Dispense usted si le deajo solo — dijo el portero al joven que se pasaba en el patio con impaciencia; — pero se trata de una carta del Ministerio para el señor Bernard, mi patriótico vecino a subirla.

En el momento en que el portero entró en su casa, el señor Bernard estaba asfistiendo.

—¿Quiere usted, señor Durand, que le firme yo, que esté ya a firmar en sus habitaciones?

—Dispense usted si le deajo solo — dijo el portero al joven que se pasaba en el patio con impaciencia; — pero se trata de una carta del Ministerio para el señor Bernard, mi patriótico vecino a subirla.

En el momento en que el portero entró en su casa, el señor Bernard estaba asfistiendo.

—¿Quiere usted, señor Durand, que le firme yo, que esté ya a firmar en sus habitaciones?

—Dispense usted si le deajo solo — dijo el portero al joven que se pasaba en el patio con impaciencia; — pero se trata de una carta del Ministerio para el señor Bernard, mi patriótico vecino a subirla.

En el momento en que el portero entró en su casa, el señor Bernard estaba asfistiendo.

—¿Quiere usted, señor Durand, que le firme yo, que esté ya a firmar en sus habitaciones?

—Dispense usted si le deajo solo — dijo el portero al joven que se pasaba en el patio con impaciencia; — pero se trata de una carta del Ministerio para el señor Bernard, mi patriótico vecino a subirla.

En el momento en que el portero entró en su casa, el señor Bernard estaba asfistiendo.

—¿Quiere usted, señor Durand, que le firme yo, que esté ya a firmar en sus habitaciones?

han sido cortados de la frente de las por el escapelo del Amor.
de usted, puse, señor y casero, disponer dorados techos bajo los cuales he vivido.
usted mi autorización reforzada con al pie.

Alejandro Schauhaard.

hubo acabado de leer aquella epístola el artista había redactado en la oficina de sus amigos, empuñada en el Ministerio de Guerra, el señor Bernard la entregó en indignación; y como su mirada cayese sobre mase Durand, que aguardaba la gratificación prometida, le preguntó brutalmente allí.

—¿Esperando, señor, ¿verdad?
—¿Qué?
—¿Generosidad que el señor... con motivo de buena noticia... — balbuceó el portero.
—¿Por qué? (Cómo, bribón! ¿Se atreve a regañar puesta en mi presencia?)

—¿Señor...
—Me conteste. Retírese, le digo. Es decir, no se vaya. Espéreme. Vamos a subir al ático de esta granuja de artista, que se muda de arte.

—¿Es posible? — exclamó el portero. — ¡El señor Schauhaard!

—¿Prosigue el casero, cuyo furor subía tanto como el de Nicolás... Y si ya se ha ido el menor objeto, ¿qué oye usted?, le digo, ¿me oye usted? ¡Le pongo de patitas en la calle!

—¿Pero no es posible — murmuró el pobre portero — El señor Schauhaard no se ha mudado...
—¿A buscar dinero para pagar al señor y pagar el carro que ha de llevarse sus muebles?

—¿Llevarse los muebles? — exclamó el señor Bernard. — ¡Corramos! Estoy seguro de que se va llevando. Le ha tendido a usted un lazo para alejarle de la portería y dar el golpe de animal.

—¿Villemme Dios, qué animal soy! — exclamó mase Durand temblando ante la simpática de su amo, que le arrastraba por la escalera.

—¿Habían llegado al patio cuando el joven el sombrero blanco apostrofó al portero, ¿verdad?

—¡Oiga, portero. ¿Es que no me van a dar pronto posesión de mi domicilio? ¿No es hoy a 8 de abril? ¿No es aquí donde he vivido, y no le he dado a usted una seña de nada? ¿Sí o no?

—¿Perdón, señor, perdón — intervino el casero diciendo a su inquilino —. Soy con usted en el Durand — añadió, dirigiéndose a su amo —, voy a responder yo mismo al señor. Usted arriba, porque ese picaro de Schauhaard vuelvo sin duda para hacernos su vida. Lo sé si usted lo sorprende, y vuelva a bajar a buscar los guardias.

—¿Durand desapareció por la escalera.
—¿Perdón, señor — dijo el casero inclinándose al joven, con quien había quedado solo —, ¿tengo el gusto de hablar?

—¿Su nuevo inquilino, señor. He alquilado un cuarto en esta casa en el sexto, y estoy impaciente porque el alojamiento me desocupa.

—¿¿Siento mucho, crea usted — repuso el señor Bernard —. Ha surgido una dificultad con el niño a quien usted ha de reemplazar.

—¿Señor, señor Bernard! — gritó mase Durand desde una ventana situada en el último de la casa —. No está el señor Schauhaard, su habitación, sí... ¿Qué animal soy!... no decir que no se ha llevado nada. ¡Ni un señor!

—¿Está bien. Baje usted — respondió el señor Bernard —. ¡Dios mío! — repuso dirigiéndose al portero.

—¿Suplico a usted un poco de paciencia. El portero va a bajar al sótano los objetos que están en el cuarto de mi inquilino insolvente, y en media hora tomará usted posesión

de él. Puesto que los muebles de usted aun no han llegado...

—¿Perdón, señor — respondió tranquilamente el joven.

—El señor Bernard echó una mirada a su alrededor y no advirtió sino las grandes mamparas que habían preocupado ya a su portero.

—¿Cómo perdón? — murmuró —. Pero el caso es que yo no veo nada.

—¿Nada? — Mire usted — contestó el joven, desplegando las hojas de la mampara y ofreciendo a la vista del casero artonó un magnífico interior de palacio con columnas de jaspé, bajorelievos y cuadros de grandes maestros.

—¿Y los muebles? — volvió a preguntar el casero.

—¿Pues ahí están — contestó el joven indicando el mobiliario suntuoso que se encontraba pintado en el palacio que acababa de comprar en la casa Bullion, donde formaba parte de una venta de decoraciones de un teatro de aficionados.

—Me complazco en creer, señor — repuso el casero —, que tendrá usted muebles más serios que éstos.

—¿Cómo! Son de Boule puro.

—¿Comprenderá usted que necesito garantías para el pago de los alquileres.

—¿Caramba, señor! ¿No le es a usted suficiente un palacio para responder del alquiler de una buhardilla?

—No, señor. Quiero muebles de verdad. Muebles de caoba.

—¿Ay, señor. ¡Ni el oro ni la caoba nos hacen dichosos! — ha dicho un antiguo. Y, además, no puedo tolerar la caoba. Es una madera demasiado vulgar. Todo el mundo la tiene.

—En fin, señor, ¿tiene usted mobiliario, sea el que fuere?

—No, señor. Eso ocupa demasiado sitio en las habitaciones, y en cuanto uno tiene sillars ya no sabe dónde sentarse.

—¿Entonces, tendrá usted una cama. ¿Dónde descansa usted?

—Descanso en la Providencia, señor.

—Perdón, una pregunta más — dijo el señor Bernard —. Si no le molesta, ¿cuál es su profesión?

—En aquel mismo instante el mozo de cuerda llegaba de su segundo viaje y entraba en el patio. Entendiéndose de los objetos de que estaba cargado su patafarfo, se advertía un caballete.

—¿Ah, señor! — exclamó mase Durand con terror, enseñando el caballete al casero —. ¿Es un pintor?

—¿Un artista! ¿Pero es verdad lo que ven mis ojos? — exclamó a su vez el señor Bernard, y los cabellos de su peluca se le ponían de punta. — ¡Un pintor! ¿Pero no se ha informado entonces usted de este señor? — repuso dirigiéndose al portero —. ¿No sabía usted lo que hacía?

—¿Caramba! — replicó el pobre hombre —. ¿Cómo podía dudar si me había dado cinco francos de seña de trato?

—¿Cuándo acabarán ustedes? — preguntó a su vez el joven.

—Puesto que usted, señor — repuso el señor Bernard afirmando bien los anteojos en la nariz —, no tiene muebles, no puede ocupar el cuarto. La ley autoriza a rechazar un inquilino que no ofrezca garantías.

—¿Y mi palabra? — replicó el artista con dignidad.

—No reemplaza a los muebles... Puede usted buscar un cuarto en otra parte. Durand va a devolverle a usted lo que dió usted en concepto de trato.

—¿Eh? — terció el portero con estupor. — Lo he puesto en la Caja de Ahorros.

—Señor mío — dijo el joven al casero —, encontrar otra habitación no es cosa de un minuto. Déme usted hospitalidad al menos por un día.

—Vaya usted a una pensión — repuso el señor Bernard —. A propósito — añadió vivamente, como inspirado por una idea repentina —. Si

usted quiere, le alquilaré amueblada la habitación que debía ocupar, y en que se encuentran los muebles de mi inquilino insolvente. Ahora que, como sabrá usted, en este género de locación se paga siempre adelantado.

—La cuestión es saber cuánto pide usted por ese tabuco — contestó el joven, obligado a tratar sobre aquella base.

—El alojamiento es muy conveniente. El alquiler será de veinticinco francos al mes, dadas las circunstancias. Pago adelantado.

—Ya lo ha dicho usted, y es frase que no merece los honores de la repetición — observó el joven al par que registraba en el bolsillo —. ¿Tiene usted cambio de quinientos francos?

—¿Eh? — preguntó el casero, estupefacto —. ¿Dice usted?

—Sí, un billete de quinientos francos, la mitad de mil. ¿Le extraña? ¿Es que no lo ha visto usted nunca? — añadió el artista restregando el billete por las narices del casero y del portero, quienes, al verlo, parecieron perder el equilibrio.

—Voy a cambiárselo — dijo respetuosamente el casero —. Y no cobraré más que veinte francos, puesto que Durand le debe cinco.

—Se los regalo — contestó el artista — con la condición de que suba todas las mañanas a decirme el día y la fecha del mes, las fases de la luna, el estado del tiempo y la forma de gobierno en que vivimos.

—¿Ah, señor! — exclamó mase Durand describiendo una curva dorsal de noventa grados.

—Está bien, buen hombre. Me servirá usted de almanaque. Entretanto, ayude usted a mi mozo a subir los muebles.

—Voy a enviarle, señor, su recibo — dijo el casero.

Aquella misma tarde el nuevo inquilino del señor Bernard, el pintor Marcelo, estaba instalado en la habitación del fugitivo Schauhaard, transformada en palacio.

Entretanto, el sudichoso Schauhaard corría por París tocando lo que llamaba la generala de la moneda. Schauhaard había elevado el sablazo a la altura de un arte. Pretendiendo el caso de tener que salir a extranjeros, había aprendido la manera de pedir prestados cinco francos en todas las lenguas del globo. Había estudiado a fondo el repertorio de las astucias que la moneda emplea para escurrirse de sus perseguidores. Y conceder de las mareas mejor que un piloto, Schauhaard sabía las épocas en que las aguas estaban altas o bajas; es decir, los días en que sus amigos y conocidos tenían la costumbre de recibir dinero. Por eso, en algunas casas, al verle entrar por la mañana, no decían: "Aquí está Schauhaard", sino: "Aquí está el primero o el quince del mes". Para facilitar e igualar al mismo tiempo aquella especie de diezmo que iba a cobrar a cuenta de mayor cantidad cuando la necesidad le forzase, de las personas que tenían medios de pagarle, Schauhaard había confeccionado listas por barrios y distritos y en orden alfabético donde se encontraban los nombres de todos sus amigos y relaciones. Frente a cada nombre está inscrito el máximo de la suma que podía pedirle, en relación a sus recursos, con expresión de la época en que la persona estaba en fondos, y la hora de la comida que servía en la habitación de la casa. Además de aquel cuadro, Schauhaard llevaba una contabilidad minuciosa en que constaban las cantidades recibidas, aún las más pequeñas, pues no quería entraparse con deudas superiores a las suyas podría liquidando cuando licredase a cierto tío suyo, nombrado.

Tan pronto como ascendía a 20 francos lo salda de una persona, cerraba la cuenta y para pagarle tuviera que pedir prestado a otras personas. De aquella manera mantenía siempre en la plaza cierto crédito al que daba el nombre de "deuda flotante"; y como se sabía que tenía la costumbre de pagar en cuanto sus recursos personales se le permitían, se le daba con gusto hasta donde era posible lo que pedía.

Ahora bien; desde las once de la mañana en

que había partido de su casa en busca de los setenta y cinco francos necesarios, no había reunido todavía más que tres, gracias al recuerdo de las famosas listas en sus letras M. V. y R. Teniendo todo lo demás del alfabeto que pagar el alquiler, lo estimuló a Schauard a proseguir en su recorrida.

A las seis de la tarde un violento apretito hizo sonar en su estómago la hora de comer. Estaba entonces en la calzada del Maine, donde vivía la letra U, Schauard subió a casa de dicha letra, donde tenía cubierto puesto, cuando había cubierto.

—¿Dónde va usted, señor? — le preguntó el portero, deteniéndolo al pasar.

—A casa del señor U... — respondió el artista.

—No está.

—¿Y la señora?

—Tampoco. Me han encargado que si viene uno de sus amigos, a quien esperaba esta noche, le diga que han ido a comer al centro... ¡Ah!, puede que sea usted, precisamente — añadió el portero —. Aquí tiene usted la dirección que han dejado. — Y tendió a Schauard un trozo de papel en el que su amigo U. había escrito: "Nos hemos ido a comer a casa de Schauard, calle de... número... Allí te esperamos".

—Muy bien — comentó él, marchándose —. Cuando la casualidad interviene, suceden cosas muy divertidas.

Schauard recordó entonces que se encontraba a dos pasos de un figón donde dos o tres veces había comido por poca cosa, y se encaminó hacia el establecimiento en cuestión, situado en la calle del Maine, conocido entre la baja bohemia con el nombre de la *Mère Cadet*. Es un fonducho cuya clientela habitual se compone de cocheros de la línea de Orleans, de cantantes de Montparnasse y galanes de Babilonia. En los buenos tiempos, los pintorruelos de los numerosos estudios que rodean el Luxemburgo, los escritores inéditos, los redactores de revistas misteriosas iban a tropezarse a cenar en la casa de la *Mère Cadet*, célebre por sus frías de conejo, por su chucrut atropellado y por su vinillo blanco que sabe a yesos de chipas.

Schauard fue a sentarse sobre los bosquejillos. En la *Mère Cadet* se llama así al menudito follaje de dos o tres árboles raquíticos con que se ha hecho empujar la vegetación enferma.

—Tanto peor — dijo Schauard para su consuelo —. Voy a darme un atracón y a servirme un festín de Baltasar, intimo.

Y dicho y hecho, pidió un plato de sopa, media ración de chucrut y dos medias raciones de fricacé de conejo. Había observado que fraccionando las raciones se ganaba por lo menos una cuarta parte en el entero.

Aquel modo de pedir platos fue causa de que se fijase en Schauard la mirada de una muchacha vestida de blanco, tocada con flores de azahar y calzada con zapatos de baile. Un velo en imitación... de imitación, flotaba sobre sus espaldas, que habían hecho bien en guardar el incógnito. Era una cantante del Teatro Montparnasse, cuyos pasillos daban, por decirlo así, a la cocina de la *Mère Cadet*. Había ido a comer durante un entreacto de *Lucia*, y terminaba en aquel instante, con una media taza de café, una cena compuesta exclusivamente de una alachofa con aceite y vinagre.

—Dos fricacés... ¡bessia! — dijo quedamente a la camarera —. He aquí un joven que se alimenta bien... ¿Cuánto debo, Adela?

—Veinte de la alachofa, veinte de la media taza y cinco de pan. Total, cuarenta y cinco céntimos.

—¡Ah! van — dijo la cantante. Y salió tarareando.

Este amor que Dios me envía...

—¡Hola! da la — observó entonces un personaje misterioso sentado a la misma mesa que

Schauard y medio oculto detrás de una muralla de libros usados.

—¿Lo da? — repuso Schauard —. Creo, más bien, que se lo guarda. No hay más que ver eso — añadió señalando con el dedo el plato en que *Lucia de Lemotrou* había consumido sus alachofas —. Hace adobar su falsete poniéndolo en vinagre.

—Es un ácido violento — añadió el personaje que había hablado ya —. La ciudad de Orleans produce uno que goza de gran fama.

Schauard examinó atentamente aquel sujeto que le echaba anzuelos para la conversación. Le miró fijamente los ojos azules, que parecían siempre empeñados en buscar algo, daba a su fisonomía un sello de placidez beatífica que se observa en los seminaristas. Su rostro tenía el tono del marfil viejo, excepto las mejillas, que estaban teñidas con una capa de color de ladrillo molido. Su boca parecía dibujada por un alumno de "primeros principios" al que le hubieran empujado al codo. Sus labios, algo levantados a la manera de la raza negra, dejaban ver unos dientes de perro de casa, y su barbilla descansaba, formando dos pliegues, en una corbata blanca, una de cuyas puntas amenazaba a los astros mientras la otra picaba en tierra. Por bajo de un sombrero de fieltro, calvo, con alas prodigiosamente anchas, sus cabellos se desbordaban en rubias cascadas. Vestía un abrigo de color de avellana y con esclavina cuya el puente de la trama, tenía las rugosidades de un rallador. Por los bolsillos muy abiertos del gabán asomaban lios de papeles y folletos. Sin hacerse cargo del examen de que era objeto, saboreaba un chucrut con chorizos, dejando escapar ruidosamente signos de satisfacción. Sin cesar de comer, leía un libro usado abierto ante él, y al que hacía de cuando en cuando anotaciones con un lápiz que llevaba en la oreja.

—¡Eh! — gritó de pronto Schauard dando con el cuchillo en un vaso —. ¿Y mi fricacé?

—Ya no hay, señor — respondió la moza, que llegaba con un plato en la mano —. Este es el último que este señor le había pedido antes... — añadió depositando el plato junto al hombre de los libros viejos.

—¿Caramba! — exclamó Schauard.

Y había tanta decepción melancólica en aquel jarambala, que el hombre de los libros se sintió conmovido íntimamente. Removió la muralla de volúmenes que le separaba de Schauard, y poniendo el plato entre los dos, le dijo con las inflexiones más dulces de su voz:

—Será una osadía, señor, rogar a usted que comparta conmigo este plato?

—¡Oh, no señor! Pero no se prive usted por causa mía.

—¿Me va a privar usted del placer de serle agradable?

—Si es así, señor...

Schauard asintió con su plato.

—Permítame usted que no le ofrezca la cabeza — dijo el desconocido.

—¡Ah, señor! — exclamó Schauard —, no puedo consentirlo.

Pero al retirar su plato se dio cuenta de que el desconocido le había precisamente servido la parte que decía querer reservarse para sí.

—¿Qué querrá decir entonces con su aparente cortesía? — gruñó para sus adentros Schauard.

—Si la cabeza es la parte más noble del hombre — dijo el desconocido —, es en cambio, la más desagradable del conejo. Muchas personas harían por eso que no la pueden tolerar, pero a mí me parece deliciosa.

—Entonces — dijo Schauard —, siento mucho que por mí se haya privado usted de ella.

—¿Cómo? Usted perdona — repuso el hombre de los libros —. Soy yo quien se ha quedado con la cabeza. Yo mismo he tenido el honor de hacerle observar a usted que...

—Permítame — repuso Schauard poniendo el plato bajo la nariz de su interlocutor —. ¿Qué pedazo es éste?

—¡Justo cielo! ¿Qué veo? ¿Otra cabeza...? ¡Es un conejo bicéfalo! — exclamó el desconocido.

—¡Bicé... — comentó Schauard —... falta. Este vino del griego. Buffón, que no era malo, cita algunos ejemplos de esta singularidad. ¡Vaya, hombre, vaya; no me disgusta esto. Haber comido parte de un fenómeno semejante.

Gracias a aquel incidente quedó engañada definitivamente la conversación. Schauard, que no quería ser menos cortés que su compañero, pidió una botella más de vino. El hombre de los libros hizo traer otra. Schauard mandó ensalada. El hombre de los libros comió de buen posture. A las ocho de la noche había comido la mitad de la mesa. Paliando, los seis botellas vacías de la mesa. Paliando, la franqueza, regada con libaciones del vinillo, lo había conducido a uno y a otro a hacerse su biografía y se conocían ya como si siempre hubieran estado juntos. El hombre de los mamotretos, después de haber escuchado las confidencias de Schauard, le había declarado que su tesis de filósofo y tenía dando lecciones de matemáticas, de escolástica, de botánica y de varias otras ciencias terminadas en *ica*.

El escaso dinero que ganaba así, dando lecciones a domicilio, Colline lo derrochaba en la compra de libros viejos. Su gabán avellana era conocido de todos los libreros del muelle, desde el puente de la Concordia hasta el puente de San Miguel. ¿Qué hacía él con aquellos libros, tan numerosos que le hacía la vida de un hombre no hubiera bastado para leerlos? Nadie lo sabía, y él lo sabía menos que nadie. Pero aquella noche había tomado en él las proporciones de una pasión, y cuando volvía a su casa por la noche sin llevar un nuevo libro, reconstruía, para aplicarse al caso suyo, la frase de Tito, y decía: "He perdido el día". Sus modales zalameros y su lenguaje, que ofrecía un mosaico de todos los estilos y los terribles retruécacos con que embalsaba su conversación, habían seducido a Schauard, que pidió en el acto a Colline permiso para añadir su nombre a los que componían la famosa lista de que hemos hablado. El hombre de la *Mère Cadet* a las nueve de la noche, ambos algo achispados, y con el andar de las personas que acaban de dialogar con las botellas.

Colline ofreció el café a Schauard, y éste aceptó a condición de pagar él los licores. Subieron a un café situado en la calle de Saint Michel l'Auxerrois y que en el rótulo tenía la effigie de Monro, dios de los juegos y de las risas.

Al entrar en el establecimiento acababa de entablarse una discusión entre dos parroquianos. Era uno de estos un joven cuyo rostro desaparecía en el fondo de un enorme matorral de barba multicolor. Como antídoto de aquella abundancia de pelambre en el mentón, una calvicie precoz le había desgarnecido la frente, que parecía una rodilla y cuya desnudez tal vez en vano de disimular un mechón tan ralo que podía ser visto a través de un enorme vestido con una levita negra, torsurada en los codos y que dejaba ver, cuando el joven levantaba los brazos demasiado alto, unos ventiladores practicados en la bocananga. Su pantalón había podido ser negro; pero sus botas, que nunca habían sido nuevas, parecían haber dado ya varias veces la vuelta al mundo en los pies del señor l'abbé Errante.

Schauard había observado que su novel amigo Colline y el joven barbudo se habían saludado.

—¿Conocía usted a ese señor? — preguntó al filósofo.

—No del todo — contestó Colline —, pero le encuentro algunas veces en la Biblioteca. Creo que es un escritor.

—Como tal viste, al menos — replicó Schauard.

El personaje con quien discutía aquel joven era un individuo como de cuarenta años, pro-

penso al ataque apolético, a juzgar por su carta metida directamente entre los hombros — la transición del cuello. La idiotez se leía en letras mayúsculas en su frente deprimida, cubierta con una boinita negra. Llamábase el señor Moutón, y estaba empleado en la alcaldía del 4.º distrito, donde llevaba el registro de elecciones.

—Quiere usted, señor Rodolfo — exclamó el viz de cuenco y sacudiendo al joven a la tenia asido por un botón de la levita — ¿le da mi opinión? Pues, vea usted, todos los periódicos, ¿sabe usted?, no sirven juntos para nada. Fíjese, una suposición: yo soy padre de familia, yo, ¿sabe usted? Bueno... Pues voy a jugar una partida de dominó al café. ¿Le da usted a mi razonamiento?

—Continúe usted, continúe — repuso Rodolfo.

—Pues bien — continuó el tío Moutón saboreando las frases con sendos puñetazos en la nuca — ¿estremecían los vasos y las botellas? — bien: ojeo los periódicos. Bueno... ¿Y vea? Uno dice blanco, otro que dice negro. Y patatín y patatán, ¿y qué me va ni tiene eso a mí? Yo soy un buen padre de familia que viene a jugar... una partida de dominó — concluyó Rodolfo. —Todas las noches — prosiguió el señor Moutón — Pero es una suposición, ¿comprende?

—Hay bien — comentó Rodolfo.

—En un artículo que no comparto. Eso me da y me alborota la sangre, señor Rodolfo, porque, ¿sabe usted?, todos los periódicos hacen más que mentir. ¡Sí, señor! ¡Son mentirosos! — aulló con el falsete más repugnante.

Y los periódicos todos son unos banidos fulgurantes.

—Pero, señor Moutón... — unos bandidos — continuó el oficinista — son la causa de la desventura de todo el mundo. Han hecho la revolución y los asignados de él Murat.

—¿Que usted — interrumpió Rodolfo — ¿querido decir — Murat?

—¿Combre, tal — prosiguió Moutón — como que he visto yo su entierro, cuan pequeño...

—¿Seguro que...? — una hay una obra que representan en el teatro. ¡Yaya!...

—Eso es, precisamente — replicó Rodolfo. —Marat.

—¿Que le estoy diciendo a usted desde hace tiempo — exclamó el obstinado Moutón — que trabajaba en una cueva, ¿eso es? — una suposición. ¿No han hecho bien los señores en guillotinarlo, puesto que los había matado?

—¿Y bien? ¿A quién guillotinaron? ¿Quién asesinó? — gritó Rodolfo agarrando a su señor Moutón por los botones de su levita.

—¿Marat...? — no, señor Moutón, pero no. Es Marat. Entendámonos, caramba!

—Precisamente, Marat: un canalla. Ha traicionado al emperador en 1815. Por eso digo que los periódicos son iguales — prosiguió el tío Moutón volviendo a la tesis de lo que él quería una explicación. —¿Sabe usted lo que yo, señor Rodolfo? Pues, una suposición. Yo quería un buen periódico! ¡Ah, grande! ¡Bueno! Y que no hiciera frases.

—¿Usted exigente — acotó Rodolfo — ¡Un periódico sin frases!

—Señor. Atienda a mi razonamiento. Lo que hago, es un periódico que se ocupa sencillamente de la salud del rey y de los bienes terrenales, en fin, para que sirvan a los fines que nadie entiende. Una suposición, en la alcaldía, ¿verdad? Estoy encareciendo el registro. ¡Bueno! Pues bien: es como yo le decimos: "Señor Moutón, inscriba

usted las defunciones. Pues bien: hágalo de esta manera, hágalo de la otra". ¡Bueno!, ¿a qué eso?, ¿a qué eso?, ¿a qué eso? ¡a qué! Pues bien, los periódicos son lo mismo — redondeó para concluir.

—Evidentemente — observó un vecino, que había comprendido.

Y el señor Moutón, luego de haber recibido las felicitaciones de algunos contentillos, que compartían su opinión, se fué a reanudar su partida de dominó.

—Le he hecho callar — dijo indicando a Rodolfo, que había vuelto a sentarse a la misma mesa en que se encontraban Schauard y Colline.

—¡Qué bestia! — exclamó Rodolfo dirigiéndose a los otros dos jóvenes y designando al empleado.

—Buena cabeza tiene, con los párpados en contorno de catarro y los ojos saltones — comentó Schauard sacando una pipa maravillosamente culotada.

—¡Cáspita! — exclamó Rodolfo — ¡Qué linda pipa tiene usted!

—¡Oh! Tengo una más hermosa para andar en sociedad — repuso nuevamente Schauard — Déme usted tabaco, Colline.

—¡Toma! — exclamó el filósofo —. No tengo vino.

—Permítame usted que se lo ofrezca — intervino Rodolfo sacando de su bolsillo un paquete de tabaco y poniéndolo sobre la mesa.

Ante aquella atención, Colline se creyó en el deber de ofrecer una ronda de algo. Rodolfo aceptó. La conversación recayó sobre la literatura. Interrogado Rodolfo sobre su profesión, ya revelada por su traje, costó su relación con las Musas y mandó traer otra ronda. Como el mozo, después de servir, iba a llevarse la botella, Schauard le rogó que tuviera la amabilidad de dejarla, sin preocuparse más de ella.

Había oído sonar en uno de los bolsillos de Colline el dolo argentino de dos monedas de cinco francos. Pronto alcanzó Rodolfo el mismo nivel de expansión a que habían llegado sus amigos, entrando, a su vez, en el terreno de las confidencias.

Habrían pasado sin duda la noche en el café a no haberles rogado que se fueran. No habían dado diez pasos en la calle, empujando para ello un cuarto de hora, cuando les sorprendió una lluvia torrencial. Colline y Rodolfo vivían en los dos extremos de París. Uno, en la Isla de San Luis, y el otro, en Montparnasse. Schauard, que había olvidado completamente que estaba sin domicilio, les ofreció hospitalidad.

—Vengan ustedes a mi casa. Vivo aquí cerca. Pasaremos la noche hablando de literatura y bellas artes.

—Tú tocarás el piano, y Rodolfo nos recitará sus poesías — acotó Colline.

—Eso es — añadió Schauard —. Hay que leer. Sólo se vive una vez.

Llegado ante su casa, que Schauard tuvo alguna dificultad en reconocer, sentóse un instante en un guardacantón, esperando a Rodolfo y a Colline, que habían entrado en una taberna, aun abierta, a proveerse de algo que pudiera servir de alimento. Cuando estos estuvieron de vuelta, Schauard golpeó varias veces la puerta, para que recordara vagamente que el portero tenía la monstruosa de hacerle esperar. La puerta se abrió finalmente, y mace Durand, sumido en las dulzuras del primer sueño y no recordando que Schauard no era ya su inquilino, ni se levantó siquiera cuando éste le voceó su nombre por la ventanilla.

Ya estaban los tres jóvenes en el término de la escalera, cuya ascensión les había resultado tan larga como penosa, cuando Schauard, que iba adelante, lanzó un grito de asombro al encontrar la llave puesta en la cerradura de su cuarto.

—¿Qué hay? — preguntó Rodolfo.

—No entiendo bien esto — repuso Schauard —. Encuentro puesta la llave que me llevó

Está lejos



—¿Falta mucho para la estación?
—¿Qué estación?
—La de cerano. Como no tengo sobre todo...

esta mañana. ¡Ah! Veamos. La había metido en el bolsillo. ¡Eh, diablo! Aquí está todavía! — exclamó exhibiendo una llave.

—¿Es cosa de magia!

—¡De fantasmagoría! — comentó Colline.

—¡Anteos! — añadió Rodolfo.

—Pero — prosiguió Schauard con voz que revelaba un comienzo de espanto — ¿oyen ustedes?

—¿Qué?

—¿Qué?

—¡Mi piano, que está tocando solo la *mi re do*, la *si sol re*! ¡Aláldito re! ¡Siempre desafinado!

—Pero quizá no sea en su casa — le dijo Rodolfo, que añadió por lo bajo al oído de Colline, en cuyo se apoyó pesadamente — ¡está bebido!

—Lo creo. Por lo pronto lo que suena no es piano. Es una flauta.

—¡Estamos frescos! También usted está bebido, amigo — contestó el poeta al filósofo, que se había sentado en el rellano de la escalera —. Es un violín.

—Un violín... ¡hip!... ¡hip!... ¡Lo oye, Schauard? — tartamudeó Colline tirando de las plumas de su amigo —. ¿Qué le parece? ¡Dígame que es un violín...!

—¡Y dale! — exclamó Schauard en el colmo del miedo —. ¿No se dan cuenta que es mi piano que está tocando solo? ¡Cosa de magia!

—¡Fantasma...goria! — gruñó Colline dejando caer una de las botellas que traía en la mano.

—¡Anteos! — gritó a su vez Rodolfo.

En medio de aquella algarabía, la puerta del cuarto se abrió súbitamente, y vieron aparecer en el umbral un personaje que tenía en la mano un candelabro de tres brazos, donde ardían otras tantas flamas de color de rosa.

—¿Qué desean ustedes, señores? — preguntó cortésmente a los tres amigos.

—¡Ah, cielos! ¿Qué es lo que hice? Me he equivocado. Esta no es mi casa — contestó Schauard.

—Sírvase, señores, excusar a mi amigo—añadieron a una Colline y Rodolfo, dirigiéndose al personaje que había salido a abrir —. Está borracho como una cuba.

De repente un rayo de luz cruzó por la borra de Schauard. Acababa de leer sobre su puerta una inscripción escrita con tiza. —"He venido tres veces a buscar mis regalos. Femia."

—¡Claro está! No cabe duda alguna. Estoy en mi mismísima casa — exclamó —. Aquí está la tarjeta de visita que Femia me ha dejado el día

PANCHO SOMBRERO

ASUNTO ARREGLADO por TOONDER



de Año nuevo. Es indudablemente mi puerta. —¡Dios mío! Estoy, señor, verdaderamente confundido — acotó Rodolfo.

—Crámeme, usted, señor — añadió Colline —; por mi parte participo vivamente de la confusión de mi amigo.

El joven no podía entender la risa. —Si quieren ustedes entrar en mi casa un instante — respondió —, sin duda que su amigo, en cuanto la haya visto, reconocerá su error. —Con mucho gusto.

Y el poeta y el filósofo tomando cada uno a Schauarnard por los brazos, le introdujeron en el cuarto, o mejor dicho, en el palacio de Marcelo, que se habrá sin duda reconocido.

Schauarnard pareció vagamente a mirada de alrededor, murmurando:

—¡Asombroso! ¿Cómo está embellecido mi aposento!

—Y bien, ¿te has convencido ya? — le preguntó Colline.

Pero Schauarnard, que había visto su piano, se había aproximado a él y se entretenía en hacer escalas.

—¡Eh! Escúchenme ustedes — dijo haciendo resonar los acordes —; ¡Por fin! El animal ha reconocido al amo: si la sol, fa mi re. ¡Ah, demonio de re! Siempre serás el mismo!... ¡Bah!... Ya decía yo que este era mi piano.

—Insiste — dijo Colline a Rodolfo.

—Y esto, entonces? — añadió Schauarnard mostrando la falsa bordada de lentejuelas, que había tirada sobre una silla —. ¿No es mi ornamento, acaso? ¡Ah!

Y miraba descaramadamente a Marcelo.

—Y eso? — continuó, descolgando de la pared la orden de desalojo, de que hemos hablado antes.

Y se puso a leer: "En consecuencia, el señor Schauarnard deberá desocupar el cuarto y devolverlo en buen estado de conservación el ocho de abril antes de mediodía. Y lo he notificado el presente mandamiento, cuyo costo es de cinco francos".

—¡Ah! ¡Ah! ¿No es a mí, Schauarnard, pues, a quien han notificado este mandamiento de desahucio por medio de papel sellado que cuesta cinco francos? ¡Y este otro? — añadió fijándose en las pantuflas que tenía puestas Schauarnard —. ¿No son mis babuchas, regalo de unas manos queridas? A usted le toca — dijo interponiendo a Marcelo — explicar su presencia en mis lars.

—¡Señores! — respondió Marcelo, dirigiéndose particularmente a Colline y a Rodolfo —. Este señor — y designaba a Schauarnard —, este señor está en su casa, lo confieso.

—¡Ah! — exclamó Schauarnard —. ¿Qué felicidad!

—Pero — continuó Marcelo —, también yo estoy en mi casa.

—No obstante, señor — interrumpió Rodolfo —, si nuestro amigo reconoce...

—Eso es — prosiguió Colline —, si nuestro amigo...

—Y si por su parte usted recuerda que... — añadió Rodolfo —, ¿cómo se explica qué...?

—Eso es — repitió Colline, convertido en eco —, ¿cómo se explica?...

—Dígnense ustedes sentarse, señores — replicó Marcelo —. Voy a explicarles el misterio.

—Y si rociáramos la explicación? — aventuró Colline.

—Comiendo un bocado — añadió Rodolfo.

Los cuatro jóvenes se sentaron a la mesa atacando a un pedazo de ternera fría que habían comprado al tabernero.

Marcelo explicó entonces lo que había pasado por la mañana entre él y el casero, cuando quiso tomar posesión del cuarto.

—Entonces — observó Rodolfo — el señor tiene toda la razón. Estamos en su casa.

—Están ustedes en la suya — dijo cortésmente Marcelo.

Pero costó un trabajo enorme hacerle comprender a Schauarnard cómo había pasado cosas, y el incidente terminó vino a complicar más la situación. Buscando algo en el alacén, Schauarnard tropezó con el vuelto de quinientos francos con que Marcelo había pagado por la mañana al señor Bernard.

—¡Ah! Ya decía yo — exclamó Schauarnard — que la casualidad no me abandonaría. Ahora me acuerdo que había salido esta mañana a persecución. Verdad es que por causa de que he debido venir durante mi ausencia ¿verdad? Nos hemos cruzado en el camino aquí todo! ¿Qué bien hice en dejar la llave al cajón!

—¡Dulce locura! — murmuró Rodolfo, viéndose como Schauarnard aplababa las monedas en sus manos iguales.

—¡Sueno, mentira: tal es la vida! — añadió el filósofo.

Marcelo se refa.

Una hora después, los cuatro estaban riendo.

Al día siguiente, a la mediodía, se despertó y parecieron al pronto muy sorprendidos verse juntos... Schauarnard, Colline y Rodolfo no tenían el aspecto de personas que se despiertan, y se trataban de usted. Fue preciso que Marcelo les recordase que habían venido por la mañana.

En aquel instante entró el mase Durand en su habitación.

—Hoy estamos, señor — dijo a Marcelo —, nueve de abril de mil ochocientos cuarenta y cinco.

Hay barro en las calles y su majestad Luis Napoleón, hijo de Francia y de María, ¡Toma! — exclamó mase Durand viniendo a su antiguo inquilino —. ¡El señor Schauarnard!

¿Por dónde ha venido usted?

—Por telégrafo — exclamó Schauarnard.

—¿Qué dice usted? — replicó el portero —, ¿siendo un bromista?...

—Oiga, Durand — dijo Rodolfo —. No me tome a la servidumbre se mezele en mi conversación. Vaya usted al restaurante cercano a hacer servir almuerzo para cuatro personas. Está la lista — añadió, dando un trozo de papel — en el que había escrito los platos pedidos. Váyase.

—Anoche, señores — prosiguió Marcelo —, me acordé a los tres jóvenes —, me acordé de ustedes la cena. Permítanme ofrecerles un almuerzo hoy, no en mi casa, sino en la casa de ustedes — añadió tendiendo la mano a Schauarnard.

Al terminar el almuerzo, Rodolfo dijo:

—Señores — dijo —, permítanme que me vaya de ustedes...

—¡Oh, no! — exclamó sentimentalmente Schauarnard —. No nos separaremos nunca.

—Es verdad. Estamos muy bien aquí — dijo Colline.

—... que me separe de ustedes un instante, prosiguió Rodolfo —. Mañana aparece *El día de Irir*, un periódico de modas del que redactor en jefe, y necesito ir a corregir pruebas. Volveré dentro de una hora.

—¡Dios! — exclamó Colline —. Esto me recuerda que tengo una lección que da principio indio que ha venido a París a aprender el árabe.

—Vaya usted mañana — dijo Marcelo.

—¡Oh, no! — contestó el filósofo —. El cipe tiene que pagarme hoy. Y, además, será a ustedes, que este hermoso día de hoy me resultaría completo si no diera una cita por las librerías de viejo...

—Pero, ¿volverás? — preguntó Schauarnard.

—Con la rapidez de una flecha lanzada mano firme — contestó el filósofo, a quien le habían las imágenes extravagantes.

EN EL PROXIMO NUMERO: "U



Problemas de ingenio, de lógica, charadas, comprimidos, metagramas, acertijos y todo cuanto pueda proporcionar agradable distracción.

JEROGRAFICOS COMPRIMIDOS

HA 100

2 a

2 PA 2

(Las soluciones en el próximo número)

PROBLEMA DE PALABRAS CRUZADAS

HORIZONTALES

5. —Amarras, sujetas.
6. —Instrumento destinado a atacar o defenderse.
7. —Adorno arquitectónico en forma de flor.
8. —Conjunción de acémilas.
9. —Forma reflexiva del pronombre personal de tercera persona, en activo y acusativo, en ambos géneros y número.
10. —Hombre.
11. —Fenómeno que se añade a otro fenómeno de un modo fatal.
12. —Que matemático.
13. —Pronombre personal de segunda persona en ambos géneros y número, plural, en dativo y acusativo.
14. —Pronombre posesivo.
15. —Salvo de forma masculina singular en los sustantivos de los radicales a que se aplica.
16. —Iniciales del nombre y apellido de un sumiller de la compañía de Jesús, nacido en Carloaba en 1550 y muerto en Granada en 1610.
17. —Un árabe nombrado por el apellido de uno de los héroes de la independencia española, fallecido el 2 de Mayo de 1808.
18. —Una de las divinidades del Olimpo; el Dios de la guerra.

25. - Quilato raspar la superficie de una cosa con un instrumento cortante.
26. - Luminosa, brillante
27. - Aborrezcos.
30. - Estado de dos sistemas de puntos que satisfacen ciertas condiciones geométricas.
32. - Isla del archipiélago de Tonga (Oceania).
33. - Parte arqueada y saliente de una vasija por la que se agarrta ésta.
34. - Apócope.
35. - Libro sagrado de los musulmanes, redactado por Mahoma.
36. - Ara nuevamente; vuelve a arar.
37. - Parte de un círculo comprendida entre un arco y su cuerda.

LAS BROMAS DE LOS NUMEROS

Escriban una cantidad de tres cifras, la primera de las cuales sea mayor que la última.

Para mayor claridad, la escribiremos nosotros, dando así el problema resuelto: ¿Les parece bien 743? ¿Prefieren 491 ó 922? La que quieran. Sólo es necesario que la primera cifra sea mayor que la última. Tomemos la segunda de las cantidades anteriormente citadas, o sea 491; invertámos sus términos, haciendo una resta después:

491

194

297

Invirtamos también esa cifra y sumemos ahora:

297

792

1.089

¿Ven la cantidad obtenida?: 1.089. Pues es la que se obtendrá siempre que se haga esta operación con una cantidad de tres cifras, sin olvidar que la primera sea mayor que la última. Hagan la prueba y verán como se logra siempre el mismo resultado.

PROBLEMA DE INGENIO



(La solución en el próximo número).

EL CUADRADO MISTERIOSO

Aquí se ve una figura, a la que hay que dar dos cortes en línea recta y hacer cuatro triángulos, reunidos, formen un cuadrado perfecto. Es difícil es, pero con un poco de ingenio, el lector encontrará, seguramente, la manera de conseguirlo.



(La solución en el próximo número)

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

DE LAS "CHARADAS"

CATALINA

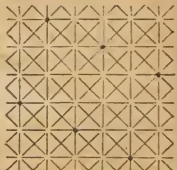
TORNEO

PESCADO



DEL PROBLEMA "LOS ALFILERES"

En esta forma se da cumplimiento al enunciado del planteo.



(La solución en el próximo número.)

¡Aquí le contestamos!

INENE, *Cótel*. — Para no fraccasar es necesario ensayar repetidas veces, variando en más o en menos la cantidad de los diversos ingredientes, hasta dar con la fórmula perfecta. Además, debe tener en cuenta que los procedimientos caseros nunca dan resultados satisfactorios en los industriales. A continuación le transcribimos dos fórmulas para hacer papel copiativo. A): manteca de cerdo, 12 grs.; cera, 2 grs.; negro de humo, 1 gr.; y un poco de aceite de cerro. Se mezcla y se echa la mezcla, poco a poco, en un mortero caliente en el cual se ha echado con anterioridad el negro de humo, agitando y triturando hasta que la pasta se extiende sobre papel caliente. Por último, se quita el

exceso con una franela. B): Tinta de imprimir, 150 grs.; aguarrás, 1.200 grs.; cebo derretido, 900 grs.; clara fundida, 90 grs.; resina fundida, 60 grs.; hollín, 600 grs. Existen otras fórmulas, quizá más perfeccionadas, pero cuyo uso requiere maquinarias especiales.

MIGUEL FEDERICO. — 1º No podemos transcribirle la fórmula de esmalte facial, pues está patentada. 2º Los botones se hacen de hueso, asta o marfil, torneados a máquina.

ta a temperatura conveniente, con un asecante que contenga azufre, o introduciéndolo en el cuerpo en la pasta del cartón, se convierte la celulosa en una substancia gelatinosa que está por encima de toda acción del tiempo, y se endurece mucho. Otra manera de operar consiste en disolver azufre en el aceite, a temperatura inferior a 110 grados, y cocerlo luego en 150 y 170 grados. Si se desea dar la máxima dureza al cartón, se puede someter en seguida a la acción de la prensa.

CARLOS MARQUEZ, Carlos T. Jedor. — Para impermeabilizar el cartón, se le aplica una o dos manos de una mezcla de partes de sangre fresca, 4